

7  
DAD  
CIÓN



LA

QUIGGETTA.



PQ7297

.F37

E3

1853

v.

2

10150Z

F 3630



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



1080024048



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA EDUCACION  
DE  
LAS MUGERES,  
6 L.

# QUIJOTITA Y SU PRIMA.

HISTORIA MUY CIERTA  
CON APARIENCIAS DE NOVELA,  
ESCRITA

*Por el Pensador Mexicano.*

QUINTA EDICION. 101502

M. MURGUIA Y COMP., EDITORES.

TOMO II.  
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
ALFONSO VALVERDE Y TELLEZ  
IMPRESA DE LOS EDITORES, PORTAL DEL AGUILA DE ORO.

1853.

Núm. Clas.

Núm. Au.

Núm. A.

Procede

Precio

Fe.

Clasificó

Catálogo



FONDO MATERIO  
VALVERDE Y ELLEZ

Esta obra es propiedad de D. Ignacio Altamirano.  
La presente edición es propiedad de D. M. Murguía y C.ª

Pd7297

F37

E3

1853

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1026 MONTERREY, MEXICO

CARILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

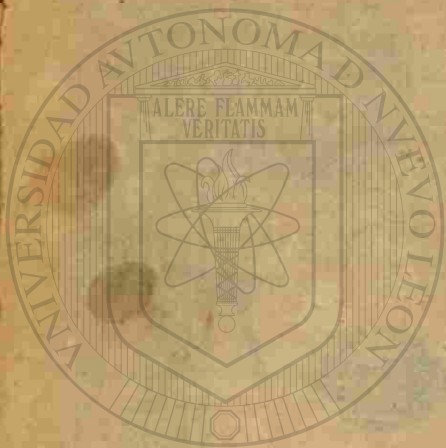
U. A. N. L.

Tam. M.

24 x 34 cm



N  
N  
N  
F  
F  
F  
C  
C



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



063212

LA

EDUCACION DE LAS MUGERES,

Ó LA

## QUIJOTITA Y SU PRIMA.

### CAPITULO I.

*Discurre el coronel sobre el estado religioso, y comienza á instruir á su hija acerca del matrimonio.*

Dos Rodrigo, que de todo procuraba sacar partido para la instruccion y aprovechamiento de Pudenciana, cuando estuvieron juntos en la mesa, dirigiéndose al padre D. Jaime, le dijo: ¿Qué le parece á usted, señor cura, de la estraña historia de Carlota?

¿Qué me ha de parecer, respondió el prudente eclesiástico, sino que la mano del Señor ha andado entre todos sus actores, pues ha sido una grande felicidad que haya rematado de esta suerte! ¿Qué fuera de Carlota si hubiera profesado sin vocacion? Su vi-

da sería muy infeliz, y su muerte quién sabe como. Welster acaso hubiera prevaricado, creyendo que la religion católica sostiene estos abusos. Por otra parte, ya que Carlota por fin no profesó, Adelaida pudo haber muerto entre las propias manos de su padre, que ya la ahorcaba, no pudiendo el señor Labin favorecerla solo, porque yo como viejo débil, apenas hacia cosa de provecho; y por último, D. Tadeo pudo haber muerto en su demencia, en cuyo caso se hubiera condenado sin remedio. Nada de esto sucedió, y todas estas desventuras se escusaron por unos caminos poco comunes: conque vea usted si anduvo en esto la mano del Todopoderoso.

Así fué en efecto, dijo el coronel: yo de todo me alegro; pero mas de que hubiera muerto D. Tadeo como cristiano, y de que no hubiera profesado Carlota. El estado religioso es el mas perfecto, ¿quién lo duda? pero no es siempre el mas seguro. La clausura perpetua, el voto de pobreza y de obediencia, son como la castidad, de consejo evangélico, no de precepto: por tanto la vida monástica no se debe abrazar sino con verdadera vocacion, conociendo muy bien lo que es, y á lo que obliga, y consultando nuestras fuerzas. El que no sufre sobre sus hombros el peso de dos arrobas, menos sufrirá el de seis: y si se las echa á cuestras con imprudencia, caerá en tierra sin poderse mover por mas que quiera.

Así es en lo espiritual. Si apenas puede Palmira cumplir los diez preceptos del Decálogo, ¿cómo se atreve á cargarse de otros cuatro mas, que son los votos?

Antes de tomar el hábito debia toda niña entender que no es lo mismo ser monja que religiosa. Para lo primero, basta con vestir el hábito, y cumplir, aunque sea á fuerza, con lo material de las reglas; para lo segundo, es necesario saber desprenderse del todo de su propia voluntad, renunciar de corazon y para siempre el mundo, y sus placeres, y no perder un instante sin aspirar á la verdadera perfeccion.

Esto es muy fácil decirlo; pero no es así para cumplirse. ¿Cuántas muchachas entran á los conventos, toman el hábito y profesan, llevadas de un fervor mundano, que ellas juzgaban vocacion? ¿cuántas ignoran qué cosa es, ni á qué obliga el voto de castidad? ¿cuántas lo hacen sin estar en edad, para saber cuál es su vicio opuesto? ¿cuántas se retiran á los monasterios porque el mundo las desecha, ó por no perder el dote ó lugar que se proporciona, ó tal vez por fines menos honestos, como por no sufrir los desprecios de algun hombre querido ó inconstante? ¿y cuántas, por último, profesan por carecer de la resolucion necesaria para oponerse á la perversa voluntad de sus padres, como iba á suceder á Carlota?

Todo esto es demasiado cierto, y no son pocos los

ejemplares que tenemos de monjas desesperadas con su estado, ni son menos los recursos hechos á Roma en solicitud de secularizarse. Ahora mismo viven en esta capital algunas que lo han conseguido, y todos las conocen.

El estado de religion, vuelvo á decir, es el mas perfecto, y por lo mismo el mas agradable á Dios; pero por razon de su mayor gravámen, no es el mas seguro para muchos. *Pruébese el hombre á sí mismo*, dice San Pablo, eexamine cada uno su vocacion, su espíritu, sus inclinaciones, su fervor, el fin que lo lleva al claustro y las obligaciones respectivas que le impone el nuevo estado que pretende abrazar, y si despues de un eexámen serio, detenido y consultado, hallare que le conviene, abrácelo en hora buena; pero si lo hace sin estas condiciones, abrirá despues los ojos, reconocerá sus pocas fuerzas, advertirá que no son bastantes para soportar el grave peso que se impuso, y cuando reflexione que no hay remedio para eeximirse de él, entonces llorará su imprudencia, trabajará sin fruto, y se precipitará á la desesperacion, especialmente si es muger.

Para las que entran en los monasterios con verdadera vocacion, todo es suave, todo llevadero, todo fácil. La castidad es una virtud angelical, la obediencia un sacrificio humilde, y la clausura un asilo contra los peligros del mundo.

No así para aquellas que entran por alguno de los motivos que he indicado. Para estas la castidad forzada que guardan sin ser virgenes en cuanto al espíritu, es un martirio: la obediencia una esclavitud: la pobreza una miseria, y la clausura una prision insoportable. ¿Cuál será la vida de estas mugeres infelices? No es mucho que algunas se hallan desesperado con tal vida. El Dr. D. José Boneta en su librito titulado: *Gritos del infierno*, hablando sobre esto, refiere de una monja que estando para morir, preguntó al confesor: *Padre, si me muero ¿dejaré de ser monja?* Sí, hija, respondió el confesor; y la miserable al instante comenzó á acelerarse la muerte apretándose el cuello con las manos. ¿Cuál sería la vida de esta monja desesperada, dejándonos tan malas señales en su muerte!

Todos los estados necesitan tiempo y madurez para elegirlos y especial vocacion de Dios para abrazarlos; pero entre una casada y una monja que hayan errado vocacion, encuentro yo notable diferencia. La casada que no consultó bien su eleccion, y se halla ligada con un hombre que le da mala vida, tiene aun dos esperanzas que la consuelan: una es el divorcio que protegen las leyes y los cánones en ciertos casos, y otra es que muera el marido. En el primer caso, se subtrae de su dominio, se separa de su compañía y se libra de su tirano cruel; y en el se-



gundo se rompe el vínculo en lo absoluto, y queda libre para siempre.

La monja no es así: si no tiene un derecho muy claro para anular la profesion y dinero suficiente para dirigir á Roma su negocio, lo que no se facilita sino de tarde en tarde, bien puede creer que no tiene remedio si no es á costa de su vida, que es lo mismo que no tenerlo.

No por eso se crea que yo pretendo malquistar el estado religioso. Estoy muy lejos de tal estravagancia. A nadie, ni á mi propia hija, disuadiré en ningun tiempo de que sea monja. Sé que el Santo Concilio escomulga igualmente á los que violentan ó persuaden á las mugeres á ser monjas, como á los que *sin justa causa*, impidieren de algun modo el santo deseo que tengan de tomar el hábito, ó de hacer la profesion las virgenes á otras mugeres; pero por lo que toca á Pudenciana, la instruiré en lo que es cada estado, y cuáles son sus respectivos deberes: le diré que en la casa del Padre celestial hay muchas habitaciones: que son diversos los caminos por donde el Señor llama á sus siervos: que lo mas perfecto es lo mejor; pero no lo mas seguro para todos, y segun esto, el estado de castidad es el mejor en lo general; pero si prudentemente considera que no lo puede observar como se debe, mejor es que se case.

Este es el consejo del Apóstol: *Mas vale casarse que abrazarse.*

Aquí concluyó su discurso el coronel, y Pudenciana lo escuchó con bastante atención, que era lo que su padre pretendia. El eclesiástico apoyó, como era regular, la solidez de sus razones, y despues de haber acabado de comer, nos levantamos de la mesa.

Pocos dias despues, estando Doña Matilde sentada en el estrado haciendo una labor con Pudenciana se levantó esta á buscar no sé qué cosa, y al volver dijo su madre: ¡Qué larga se va poniendo esta muchacha! El coronel tomó de estas palabras ocasion para dar una oportuna leccioncita á Pudenciana, diciéndole: En efecto, hija, ya estás bien grande. El tamaño de tu cuerpo señala tus años, y me avisa que debo ya darte las instrucciones correspondientes á tu edad.

Jamas me has hablado de mongio, ni yo exsigré de tí tal cosa. Has presenciado la historia de Carlota, y me oiste discurrir el otro dia acerca de la perfeccion que se requiere para profesar en la vida religiosa. Si esta no es de tu vocacion, no hayas miedo que yo te la persuada; pero si lo es, concurriré con mucho gusto al logro de tus santos deseos. Conque ¿qué dices? ¿quieres ser monja?—Hasta ahora, papá, la verdad no lo pienso, respondió Pudenciana; y prosiguió su padre: Pues eso es lo que me agrada, que

me hables la verdad. Pero supuesto que no quieres ser monja, tal vez te agrada el matrimonio, ¿no es así?... Vámonos, no te pongas colorada: no hay para qué.

El matrimonio es un sacramento santificado por el mismo Jesucristo. En él se puede servir á Dios como en cualquier otro estado elegido con verdadera vocación; y si la tuya es para el matrimonio, yo contribuiré al logro de tus deseos, pues pueden ser tan santos como los de entrar en la religión mas perfecta, si se reducen á servir á Dios en ese estado; mas para que seas buena casada, es preciso que sepas qué cosa es el matrimonio, y cómo te has de manejar para contraerlo: cuáles son las obligaciones que impone, y cómo las ha de desempeñar una muger cristiana.

Pero antes, hija mia, te voy á dar un consejo muy útil, de cuya observancia depende toda tu felicidad.

“Ahora que tu infancia ha pasado, no nos mires solamente como tus padres, sino como tus mas antiguos, tus mas fieles y mejores amigos á quienes ciertamente la vida es menos apreciable que tu bienestar, á quienes no les falta experiencia ni los conocimientos necesarios para darte en cada ocasion los mejores consejos.

“Con este convencimiento, abre tu corazon á tu padre y á tu madre sin ninguna reserva: deposita en

nuestro seno todos tus pensamientos, tus sentimientos, tus deseos: nada nos ocultes ni aun tus faltas y flaquezas: bien persuadida de que nunca abusaremos de tu confianza filial, que nunca contestaremos á tu franqueza con amargura ni severidad, sino siempre con una ternura verdaderamente paternal, y que dirigiremos tus pasos con tanta bondad como celo [1].”

¿Has entendido, hija?—Sí, papá.—Creo que no me has entendido bien. Te lo diré mas claro. Ya tienes quince años ó cerca de ellos, posees algunas habilidades que te recomiendan, y si no tienes una hermosura peregrina, á lo menos tu cara no carece de gracia y atractivo. Debo también advertirte, que vas á entrar en un mundo nuevo que no conoces, y así es necesario que te ponga el farol en la mano para que no tropieces entre sus innumerables precipicios.

Ya no eres la misma que ahora tres años. Tu naturaleza te lo avisa. El movimiento de la naturaleza influye mucho en tu estado actual; y de las novedades que siente tu cuerpo se debe inferir qué es lo que sentirá tu espíritu.

[1] El coronel acaso tomó estas palabras de la Eufemia del célebre alemán Campé, para persuadir á su hija con la autoridad de este juicioso escritor.

En efecto, tú te adviertes agitada de unas nuevas inclinaciones, y estas se aumentarán á proporción de lo que los hombres las fomenten. Si, hija mía, los hombres, ya seduciendo tu virtud con artificios, ó ya alabando tu mérito con sencillez, procurarán inclinar tu voluntad á su favor. Por todas partes se verá asaltada tu inocencia, y combatido tu pudor sin advertirlo. Las calles, los zaguanes, los paseos, las casas y los mismos templos, serán para ti otros tantos lugares en que pueda peligrar tu honestidad con los repetidos asaltos que te dará el libertinage de un corrompido seductor. ¿Y qué deberemos hacer para asegurarte de esos asaltos? Fácil es la respuesta. Tu madre deberá cuidarte sin cesar, yo aconsejarte con prudencia, y tú, seguir con mucha docilidad mis consejos.

El primero que te doy es el que ya escuchaste. Miranos, no solo como á tus padres, sino como ó tus mejores amigos, y los mas interesados en tu bien. En esta inteligencia, deposita en nuestros pechos tu confianza, abrenos tu corazon, nada nos reserves, ni tus mas ocultos pensamientos, satisfecha de que te hemos de atender con dulzura, y te hemos de aconsejar con amistad.

Llegará tiempo en que las criadas, el agnador, tus amigas, tus parientas mismas serán los agentes del que solicite tus favores. ¡Infeliz de ti, si mas que

de nosotros te fiases de ellos! En tal caso tú pensarás que lisonjean tu gusto, y que son acreedores á tu reconocimiento, y engañada con este falso juicio, les descubrirás tus secretos, y pondrás en sus manos tu opinion, y entonces, adios honra, adios crédito, adios reputacion. De boca en boca, no quedará uno que ignore tus flaquezas, si (lo que Dios no quiera) tuvieres la desgracia de cometerlas.

Pero si reservándote de todo el mundo, te descubrieres únicamente con tus padres, entonces, ¡cuánta será la diferencia! ¡con qué amor no te enseñaré á conocer los artificios de los hombres! ¡cómo me valdré de mi esperiencia, dándote lecciones oportunas para que te burles de las asechanzas que te quiera poner un libertino seductor! ¡con qué cuidado te libentaré de los peligros! ¡con qué prolijidad te evitaré las ocasiones que á ellos te puedan inducir! Y si algun dia tú llegares á amar algun hombre de bien que te merezca, ¡con cuánto gusto me prestaré á realizar tus intenciones, si estas fueren unirme con él en el estado santo del matrimonio! ¡Dichosa tú, hija mía, si cooperares por tu parte á que se verifiquen mis deseos! Estos no son ni pueden ser otros sino los de tu verdadera felicidad. A ella he aspirado toda mi vida, y que seas feliz será mi único conato, hasta que la muerte cierre mis ojos para siempre.

Pudenciana abrazó á su padre, y le besó la mano enternecida, dándole las debidas gracias por sus paternales consejos, y prometiéndole seguirlos ciegamente, pues estaba convencida de que se encaminaban á su bien.

Entonces el coronel le dió su bendición y la envió á la cocina, diciéndole que queria cenar aquella noche un bocadito de su mano. Pudenciana fué á hacerlo muy contenta, y luego que se retiró, prosiguió D. Rodrigo hablando con su esposa de este modo: ¿Ya oiste el consejo que acabó de dar á Pudenciana? pues tú necesitas de otros dos que no son de menos importancia.

El primero es, que le abras los ojos á tu hija.... No, no me mires, ni te asustes sin acabarme de oír. Las muchachas cuando entran en la pubertad no son lo mismo que en la niñez. Esto lo entiendes. Luego que llegan á esa edad entran en un mundo nuevo. Pasiones, inclinaciones, sensaciones, deseos, apetitos, ocasiones y peligros, todo es nuevo para ellas. Si al fermento de su sangre, si al trastorno de sus nuevas ideas, unidos á su poca esperiència, se junta una suma ignorancia acerca de lo que puede pasarles en el mundo, están muy espuestas á perderse, ó lo que es lo mismo, á perder su virginidad con desventajas, porque mal guardará una alhaja el que no sabe lo que vale.

Por tanto es conveniente que le esplices con modo y con prudencia qué cosa es ser virgen ó doncella. Hazle ver qué gran virtud es en una niña el recato, como señal segura de su virginidad corporal. Dile en qué consiste esta virginidad, cómo se puede perder y cómo se conserva: adviértele que perdida una vez, no se restaura el honor sino mal, tarde y pocas veces: haz que se llene de temor cuando sepa que de su conservacion depende el honor de las mugeres en el estado de doncellas, y que cuando se pierde no se pierde sola, sino juntamente con la honra y la opinión: instrúyela en los artificios de que se valen los hombres para seducir á las incautas, siendo el mas trillado y el mas antiguo el proponerles un ventajoso casamiento: aconséjale que á nadie de estos crea ni corresponda sin darnos parte de cuanto le pasare: dile que los hombres que parecen mas rendidos y apasionados son los mas sagaces seductores, los clarines que publican la debilidad de la muger que encuentran fácil á sus antojos: enséñale que lo que los hombres de bien aprecian mas en una muger para casarse con ella, es el recato y su integridad corporal: declárale que los hombres de honor se conducen con mucha medida cuando solicitan una niña para esposa: dile que la que llega al tálamo sin su virginidad ignorándolo el marido, se espone á pasar una vida amarga é infeliz, pues á la

menor queja ó incomodidad que haya le estregará en la cara su anterior licenciosa conducta, avergonzándola á cada instante, desconfiando siempre de su fidelidad, y mirándola con una indiferencia que en breve llega á ser un aborrecimiento declarado: repítele una, dos y tres veces en qué consiste el mérito y honor de una niña doncella: espícale mas claro lo inestimable que es la prosea de la virginidad, y cuánto le conviene conservarla: y por último, dile que para esto debe en primer lugar huir todas las ocasiones de familiarizarse sola con los hombres, sean de la clase ó condicion que fueren: é insiste en que nos descultra su pecho con la confianza mas sincera.

Esto es por lo que respecta á su bien moral: por lo que toca al físico, permítele que cuando se ofrezca, oiga hablar de las pasiones y gravámenes que son consiguientes á su sexo: déjala que sepa cómo se debe conducir una muger en las diferentes épocas de su vida: de qué cosa se debe precaver, cuáles debe observar en obsequio de la conservacion de su salud y bien de sus hijos y familia: hazle ver que una muger enferma por su desentido y desarreglo, hace una mala madre para sus hijos, una esposa de bastante gravámen para el marido, y un eterno fastidio de su casa. Todo esto debes enseñar á tu hija en esta edad, y esto será abrirle los ojos con provecho.

Lam. 13

La Guisqueta



Es una ridícula preocupacion la de muchas madres que con pretexto de no abrirles los ojos á las niñas, las crían con tal encogimiento y con tal ignorancia, que ni saben qué es ser doncellas ni casa-las, madres ni esposas. Esto no llamo yo recato, sino groserísima tontera: ¡Cuántas pobres muchachas han dejado de ser vírgenes sin saber lo que han perdido, ni las funestas resultas de esta pérdida! ¡cuántas se han hecho enfermas toda su vida por no saber manejar-se en los tiempos de sus enfermedades periódicas! ¡y cuántas se casan sin saber qué obligaciones contraen en tal estado!

Lejos de tí, hija mía, semejantes absurdas preocupaciones que apadrina la ignorancia con nombre de virtud y de recato. No, no consiste la virtud en ser estúpidos ni en ignorar lo que nos conviene saber; consiste en la sencillez del corazón y en la exacta observancia de los preceptos de la ley. El mismo Jesucristo nos dice: *Sed sencillos como las palomas, y avisados como las serpientes.* ¿Y cómo será una niña cauta en medio de la ceguedad? ¿ni cómo se guardará de los peligros en que fluctúa su espíritu, su honor y su salud, si no tiene mas luz que las tinieblas de una educacion supersticiosa é ignorante!

No basta que instruyas á tu hija de los peligros que la cercan, es necesario que le evites todas las ocasiones en que los pueda hallar. Al hidrópico es



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

menester quitarle el agua de delante, sin contentarse con decirle que le hace daño: esto ya él muy bien lo sabe. Y he aquí el segundo importante consejo que debes observar en la presente educacion de Pudenciana. Ningun cuidado, ninguna vigilancia ni precaucion está demas en su presente edad....

¿Pero no la cuido yo? dijo Matilde, qué quieres que la traiga yo como llavero? Si, señora, si, decia el coronel, no debe apartarse de tus ojos un instante. En la calle, en la casa, en las visitas, en el templo, en todas partes ha de ser su custodia tu presencia. Si al ojo del amo engorda el caballo, al ojo de la madre se conserva la honestidad de la hija. Siempre las niñas han estado espuestas á una misma enfermedad, y siempre se les ha ordenado el mismo remedio de precaucion. S. Gerónimo que conocia bien el mundo, instruyendo á una señora llamada Leta en el modo con que debia criar á su hija Paula, le dice: *No la dejéis jamas ir á parte alguna, si no fuere en vuestra compañía; y ni á visitar las capillas de los mártires ni á las iglesias vaya sin su madre. No consientas tampoco que se ria y buyle con ella ningún mancebo, ni de los que traen copete; y cuando hubieres de velar ó trasnochiar para celebrar la fiesta de algun santo [1] hágalo nes-*

[1] En la primitiva Iglesia acostumbraban los fieles celebrar á los santos mártires en los templos, empleando en

*tra doncellita de tal modo que no se aparte de su madre, ni aun por espacio de una pulgada. Hasta aquí el santo doctor á nuestro intento.*

Su autoridad es muy recomendable; pero sin comparacion lo es mas la del Espíritu Santo, quien dice en las Sagradas letras: (1) *Si tienes hijos, enséñalos, corrígelos desde niños; si tienes hijas guárdales sus cuerpos, esto es, su virtud, su virginidad. ¿Y cómo cumplirá con esta obligacion una madre abandonada que permite que la hija ya grande salga sola á la calle, ó cuando mas con una criada ó una amiga? ¿que se esté sola, si se ofrece, en el estrado, charlando y aun retozando con el caballerito cortejante? ¿que con pretexto de visita se aparte de su madre dos, tres ó mas dias? ¿que á título de pobre, salga á la tienda y á hacer otros mandados? ¿ó lo que es peor que todo, á pedir prestado á algun hombre un peso ó dos? Pues todo esto se ve, y no se quedan ocultas*

*ellos toda la noche de las vísperas en cánticos y alabanzas. A este desvelo se llamaba vigilia; pero por los abusos y desórdenes que se cometian despues que se fué enfriando el primer fervor del cristianismo, está reducida en el dia al ayuno y abstinencia de carnes, exceptuándose solamente la de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, en la que se cantan maitines y se celebran misas á media noche.*

(1) *Ecclesiast. cap. 7, 25 y 26.*

las resultas. Lo mas gracioso es que muchas madres de estas, despues que ellas mismas permiten á sus hijas cuanta libertad apetecen, se asustan y se escandalizan así que las muchachas traen á sus casas el fruto del abandono con que las tratan. Entonces son las lágrimas, los gritos, los regaños y los golpes; golpes que mas bien los merecen ellas que sus hijas, porque son la causa original de su ruina. Ello es cierto que si no hubiera tantas madres descuidadas, no hubiera tantas hijas prostituidas....

Aquí llegaba el coronel, cuando entró Pudenciana avisando que ya estaba la cena. El coronel mandó poner la mess, y se fué á cenar con su familia.

## CAPITULO II.

*En el que se refiere la conferencia de Pomposita con una amiga suya, y el solemne modo con que los colegiales le pusieron por nombre QUIJOTITA.*

Que cierto es que los hijos, por lo comun (1), son lo que los padres quieren que sean, ó como los hacen ser, ó con su educacion ó con su ejemplo!

(1) *No en lo general; porque hay padres muy buenos que hacen cuanto está de su parte para que sus hijos se logren, y sin embargo, estos se pervierten por sí mismos; pero esto no es lo mas frecuente. Regularmente los hijos aprenden de las costumbres de sus padres, y corresponden á la educacion que se les da.*

Ya hemos visto la conducta del coronel y de Matilde para con su hija, y las sanas instrucciones que le daban, y tambien hemos observado el modo con que educaron á Pomposa sus padres. Nada extraño es que fueran ambas primas tan distintas en costumbres, como fué la doctrina que recibieron.

Pomposita todo el tiempo lo empleaba en componerse, en mirarse al espejo, en hacer ademanes ella sola, ensayarse á hacer dengues y favores con los ojos, ayudada del cristal en que se pintaba su cara, y en recibir lecciones de su madre.

Es verdad que esta era su menos nociva directora, pues no veia en ella ni oia cosa descaramente opuesta á la sana moral. Otras tenia de mas infame condicion. Tales eran sus buenas amiguitas.

Entre estas habia una llamada Rosamunda, muchacha pobre, alegre y lisonjera. Esta habia cautivado el corazon de Pomposita, de suerte que era la depositaria de sus secretos, y la plenipotenciaria de sus negocios. El lector querrá hacerse cargo de su carácter, y debemos en esto darle gusto.

Una tarde estando sola con Pomposita, sin advertir que yo la espiaaba por el agujero de una mampara, platicando con ella le decia: En verdad niña que... no es por levantarte los cascos, pero no eres bonita sino linda. ¡Caramba! que tienes una cara como el sol. Es mucho que á la hora de esta



no tengas un *sin fin* de enamorados: yo no soy ni para descalzarte, y con todo eso tengo cuatro.

¿Cómo no? decía Pomposa, yo también tengo diez que me solicitan para casarse conmigo, y ninguno me gusta. Mira tú: uno es oficinista, tres son militares, y me han enamorado por sus grados, porque uno es teniente, otro capitán y otro teniente coronel; mas ¿qué me puede dar ninguno de ellos, si todos están á ración de hambre? Otro de mis enamorados es médico, muy bueno para ponerme á dieta: otro es abogado, que me dará muy lindos pareceres: tres son colegiales, de los que ya sabes que no llega su principal á una peseta: el último que es el mejor de todos, es comerciante, y no pasa de un trapero. Ya verás tú qué tales son mis novios.

¿Conque en resumidas cuentas, decía Rosamunda, ninguno de ellos te gusta?—No, ninguno, porque el mejor es el comerciante, y no pasa de un baratillero por mayor. Aunque me pueda dar lo que yo necesite, ¿quién sabe si tendrá para ponerme coche? y por fin, yo no me tengo en tan poco, que ya que me case, me contente con quedarme con mi nombre. No, yo he de mudar de nombre cuando me case, ó no me caso nunca. Pero, mi alma, ¿cómo has de mudar de nombre? Solo las monjas hacen eso, decía Rosamunda: esa mudanza que tú quieres hacer, me coge muy de nuevo. Pues entiéndelo, proseguía Pomposa: yo

aspiro á casarme con un título para que no me digan la señora Doña Pomposita, sino la marquesa de aquí ó de acullá. Mi sangre es ilustre, no soy pobre ni vieja; y así no pierdo la esperanza.

Ni la debes perder, decía la amiga; otras menos que tú han enmarquesado de la noche á la mañana: conque tú que eres como una plata de bonita y con tantas gracias, como saber bailar, tocar y cantar, ¿por qué no has de poder ser marquesa, ó cuando menos condesa ó baronesa?

No, eso de baronesa no me cuadra. Las baronías se quedan para los varones; pero los demás títulos para las señoritas de mi clase. Tampoco me cuadra casarme con un conde, porque entonces quitándome el *sa*, con *nada* quedo condenada; y así no, marquesa, marquesa en todo caso.

¿Qué discreta eres, mi alma! ¿qué aguda! decía la adulatora Rosamunda: mira qué bien y con qué gracia jugaste el equívoco de condesa y condenada. ¡Ya ya! si tú tienes mil gracias, cada día tienes mas de qué preciarle, pero volviendo á nuestro cuento, tú haces muy bien de pensar de ese modo. Y ¿cómo que sí! contestaba Pomposa, yo he de ser de título y pésele al que le pese. ¡Ay, niña! habrá gusto como oirse llamar de señoría, y no ese usted y ese doña fulanita por aquí, y doña fulanita por allí, que ya me tiene hasta los ojos? Marquesa he ser, ó me he de

quedar para vestir imágenes. Si yo quisiera casarme, ya ves tú que me sobran novios; pero ninguno de ellos es marqués, y así se quedarán *sinque* [1]; pero eso de que yo les dé mi palabra *¿cuándo amores?* [2]

Ello es cierto que á todos los entretengo, y les doy esperanzas; pero no mas por chonguear y pasar el rato, y no por que los quiera.

Haces muy bien, niña, decia Rosamunda, de entretenerte con esos babosos. Tú no tienes necesidad; pero si la tuvieras te diria que les arrancarás á todos cuanto pudieras, cosa que es muy fácil en sabiendo el modo. El asunto es decirle á cada uno de por sí, que es el preferido en nuestra estimacion, que es el único que queremos, y que no amaremos á otro, ni por todo el oro del mundo. Con esto se engañan todos á un tiempo, y se dejan desollar vivos.

Pero no apruebo yo el modo de algunas tontas pidiédenas que enfadan á los hombres, pidiéndoles luego luego, y por lo claro. Esto no es saber vivir. Lo que debe hacer una muchacha de mérito como tú, es escasear mucho sus favores á los amantes: irlos poco á poco apasionando, y cuando ya están borrachitos, entonces no se les pide nada por lo claro, sino que se les da á entender que uno necesita esto, ó que le cuadra lo otro. Apenas una muger se es-

[1] *Refrancillo muy vulgar.*

[2] *Ídem.*

presa con ellos de este modo, cuando los muy bobones se endrogan, se despultan y se sacrifican; pero traen lo que uno quiere; y entonces hace uno que agradece la cosa, pero que no la quiere recibir, porque eso seria un chasco, y ¡qué sé yo, y qué sé cuando! Ellos se apuran porque se los reciba lo que han traído: una se resiste, hasta que por fin se coge porque no digan que es desaire, y se dan muchisimas gracias.

De este modo se pelan vivos, y se quedan muy contentos los hombres, creyendo que una no es interesante, y que le hace mucho favor en pelarlos. Tal era el carácter de la directora de Pomposa, y de estas tenia varias. *¿Qué tal saldria ella?*

En efecto, era cierto que visitaban su casa algunos colegiales, y que le echaban sus polvillos, pero de colegial; quiero decir, la chuleaban y se entretenian con ella, dándole á entender que la adoraban, y la pobre creia sus mentiras como los articulos de la fé. Algo hubiera dado porque no hubiera pisado su casa un colegial, pues á esta familia debió el titular contra su gusto, como vamos á ver.

Siete de ellos visitaban á Dona Eufrosina y á Pomposita, que mas valia que la hubieran visitado los siete pecados capitales. Todos eran la piel de Barabás; pero el mas maldito era un payo alto, obeso, chato, cariredondo, de ojos alegres y saltones á

quien llamaban en el colegio Sanson Carrasco. Este fué el soberano que tituló á la pobre Pomposita con la mayor solemnidad.

Una noche que el diablo lo tentó para el efecto, convidó á su cuarto ó aposento á sus amigos y contertulios, y luego que entraron cerró la puerta con llave, los hizo sentar á la redonda de su mesa, y sin muchos cumplimientos les dijo: camaradas, he llamado á ustedes para que entre todos nos soplemos amigablemente un regalito que señor padre me ha enviado de mi tierra!

Diciendo esto, sacó de su baúl dos quesos, un par de cajetas y unos bizcochos, y de la ventana bajó una tinajita de agua y un vaso. Lo puso todo sobre la mesa, y en un instante le dieron vuelta al refresco.

Así que acabaron, sacó cada uno su paño de narices y se limpió el dulce de las manos y la boca. Iba uno á tomar el bandoion; pero lo embarazó nuestro payo, quien sentándose en el lugar preferente, les dijo con mucha seriedad: Señores, amigos y compañeros míos: despues que habemos refosilado las barrigas con estas pocas migajas que nos han hecho favor de regalárnos, bueno será que tratemos un negocio de gravísima importancia que días ha estoy para comunicaros, fiando el acierto de vuestra sapientísima resolución. Atendedme.

"Ya sabeis cómo por constitucion inmemorial de

los colegios, cada uno debe tener su sobrenombre. Yo cuando vine hallé esta costumbre establecida, recibí el mio con la mayor humildad, y despues acá he procurado cumplir con mis deberes, poniendo á todos sus nombres, segun mi corta capacidad. Tú, por mi cuenta te llamas *Séneca*, por sentencioso: tú, el *Aplastado* por chaparro: tú, el *Alambique* por tus desahoradas parices: tú, el *Discreto* porque eres de Querétaro: tú, el *Zorro* por astuto é hipócrita: tú, la *Niña* por bonito y afeminado: á mí me llamaís *Sanson Carrasco*, por panzon, por grandote, ó por lo que os da la gana: de manera, que cada uno de nosotros los presentes, ausentes, pretéritos y por venir, tienen, han tenido y tendrán su sobrenombre *usque in saecula*, hasta el fin de las siglos, sin que ningun bicho viviente en el colegio se quede sin el suyo, *de capite ad calcem*, esto es, desde el rector hasta el portero."

"Reflexionando esto con la debida atencion y madurez, y considerando que nuestra jurisdiccion ó autoridad de poner nombres, no está limitada dentro de las paredes del colegio, sino que se puede estender *ad libitum*, á nuestro antojo, he acordado que seria muy bueno y muy loable, poner su nombre á una señorita á quien visitamos, y en cuya casa nos hacen agasajo. ¿Qué mejor prueba podemos darle de nuestra gratitud? ¿Ni de qué mejor modo le pagaremos los bizcochitos y el chocolate que nos da su

madre, sino titulando á su hija *more nostro*, segun nuestro modo y nuestra crianza?"

"En este caso, encajándole un título á cuevas á la hija de nuestra protectora, obraremos no solo con justicia, sino con habilidad magnífica."

"En esta inteligencia; habeis de saber, preclaro é ilustrísimo congreso, que la señora Doña Pomposa Langaruto y Contreras, que en paz descanse....."

¿Pues qué ha muerto? dijo el Zorro muy espantado; y Sanson respondió siguiendo su discurso: "Ella no ha muerto; pero su nombre propio murió en ella, desde esta misma noche, y en virtud de hallarse sin nombre, os he convocado, sapientísimos y prudentísimos señores, para que determinéis cuál es el que se le debe poner."

"El caso es de los mas graves, y de los mas urgentes: conque resolved *hic et nunc*, ahora y sin separarnos de aqui, qué nombre se la deberá poner á esta señora."

Por mí que se le ponga la *Aventada*, dijo el *Alambique*, con alusion á su mucha vanidad. Aunque hay alusion, dijo el *Aplastado*, es nombre muy bajo y muy equivoco, pues quien no sepa por qué se le puso, creará que está enferma, y esto cede en contra de su honor, lo que por ningun caso nos es lícito. Mejor será llamarle la *Sacudida*. Ni por pienso, replicó el *Discreto*: porque ese nombre tiene la misma nulidad

que el que acabas de reprobar. Pueden pensar tal vez que se le puso por una coquetilla meneadora. Yo soy de opinion que se llame la *Vénus*, por hermosa. Aquí no se trata de lisonjearla sino de ridiculizar su carácter, dijo *Séneca*: mejor será llamarla *Circe*. Cier-to que es un nombre muy bonito y significa ser una hechicera por su beldad, dijo el *Zorro*: pero aunque en la substancia la ridiculiza, para los que no saben quién fué *Circe*, ni tienen mas noticia sino que fué hermosa, no sirve ni significa nada el nombrecillo. En tal caso, y ya que ustedes quieren acomodarle un nombre de la Mitología, mas bien le cuadra el de *Medusa*, pues todos saben que esta tenia serpientes enroscadas por cabellos, y esto alude tambien á los infinitos caracoies de Pomposa. Es verdad, replicó la *Niña*; pero ese nombre por ese motivo está mal puesto, pues aquí han dicho que se trata de ridiculizar su carácter, no su cuerpo ni su modo de vestir: y así si mi sentir valiera, yo le pondría la *Desdeñosa*. Eso no significa nada, dijo otra vez el *Aplastado*, porque nada particular especifica de ella. ¿Qué muchacha bonita hay que no sea desdeñosa? y así, ponerle ese nombre, es lo mismo que no ponerle ninguno, pues lo que á todos es comun, á nadie es particular; y pues que entre nuestras opiniones hay tanta discordia, diga V. S. su parecer, señor presidente.

"Nada extraño es, sapientísimo congreso, dijo *San-*

son Carrasco, que en los grandes asuntos haya tambien grandes dificultades, ni que se encuentren las opiniones entre sí. Yo, despues de admirar vuestro tino y vuestra ilustracion, ¿qué podré decir, que merezca vuestra aprobacion apetecible?"

"Sin embargo, pues me habeis honrado dias hace con el título de vuestro presidente, y en vista de vuestra indecision quereis que diga mi parecer, con el permiso de esta respetable asamblea, y protestando siempre sujetarlo al mejor voto, digo: que debiendo tener el nombre que se le ponga á Pomposita las cualidades de ridiculo, significativo, gracioso y conveniente, creo que no hay otro que mejor le cuadre, ni que reuna en sí todas esas circunstancias, que el de la *Quijotita*."

"Si hacemos un paralelo entre la demencia, modales y carácter del caballero de los leones y la de Doña Pomposa Langaruto, hallaremos, que salvando la debida proporcion, hay entre ambos alguna semejanza. Probémoslo."

"D. Quijote era un loco, y Doña Pomposa es otra loca. D. Quijote tenia lucidos intervalos, en los que se explicaba bellamente, no tocándole sobre caballeria: Doña Pomposa tiene los suyos, en los que no desagrada su conversacion; pero delira en tocándole sobre puntos de amor y de hermosura. El fantasma que perturbaba el juicio de D. Quijote, era creerse el mas

esforzado caballero, nacido para resucitar su orden andantesca; el que ocupa el cerebro de Doña Pomposa es juzgar que es la mas hermosa y la mas cabal dama del mundo, nacida para vengar su seco de los desprecios que sufre de los hombres, haciendo á estos confesar en campal batalla en el estrado, que la belleza es todo cuanto mérito necesita una muger para atraerse todas las adoraciones del universo. D. Quijote siempre esperaba llegar á ser emperador á costa de la fuerza de su brazo: Doña Pomposa siempre espera ser cosa grande; título de Castilla cuando menos, á favor del poder de su belleza. D. Quijote tenia su dama imaginaria, á quien juzgaba princesa: Doña Pomposa ya tendrá en la cabeza algun amante prevenido á quien hacer digno de sus favores, y este será un embajador ó un general. D. Quijote en los accesos de su locura á nadie temia: Doña Pomposa en los suyos á nadie teme, y se espona á los mas evidentes peligros con los hombres, creyendo salir siempre victoriosa de sus asaltos. D. Quijote acometió una manada de carneros como si fuesen caballeros armados: Doña Pomposa entra á las batallas amorosas que le presentan mil batalleros armados de malicia, con mas confianza que si lidiara con carneros, y tanto fia de las saetas de sus ojos, que temo vuelva chivo al que se descuidare. D. Quijote..... pero ya habré cansado vuestra atencion serenísimo con-

greso, con tanto quijotear. Si, en efecto: basta con lo dicho para probar que este nombre le conviene. *Conveniunt rebus nomina saepe suis.*"

"Ustedes, señores, como tan sabios y entendidos determinarán si se le debe acomodar." Dixi.

Celebraron todos el gran talento, juicio y madurez de su presidente el señor Carrasco, y nemine discrepante resolvieron ponerle el nombre de QUIJOTITA, y se extendió el honorífico diploma.

Ya todo está hecho, dijo el Zorro; pero no basta que nosotros sepamos que Pomposa se llama Quijotita, es menester que lo sepa ella; y que lo sepan todos cuantos puedan. Para esto es necesario decirselo no á secas, sino con un versito que le guste. Este maldito Alambique es medio poeta, y él nos sacará del cuidado.

Soy contento, dijo el Alambique: ¿y que se puede perder por servir á ustedes y á la bella Quijotita? A ver el tintero para acá.....

En menos de dos minutos escribió el poeta una decimita que á todos les gustó, y él dijo: Ya el verso está hecho, ahora ¿quién le pone el cascabel al gato? ¿quién lo lleva, y cómo se le da? porque á tanto no me arriesgo yo.

No hay que apurarse, dijo Sanson: el Zorro nos sacará de este cuidado, pues siempre los zorros son astutos. Amen, amen, amen, contestó el humilde Zor-

rito; y quedaron de acuerdo en que lo llevarían el primer juéves: que irían todos los siete juntos, y para que no pudieran culpar á ninguno de ellos, ni venir en conocimiento de que eran los autores del pasquin, llevarían otros cuatro compañeros mas, con eso habia muchos de quien pudieran sospechar, y ellos, los tertulios de la casa, echarian la culpa á los nuevos compañeros que llevaran, en caso de que la Quijotita ó su mamá les reconviniera. En esto quedaron, cuando la campana les avisó que era hora de cenar, y se fueron corriendo al refectorio.

### CAPITULO III.

*En el que se cuenta una conversacion que tuvo el coronel con su sobrina Pomposa y la gran cólera que hizo esta cuando supo que le habian puesto Quijotita.*

AL dia siguiente fué Pomposa, alias la Quijotita, á visitar á Pudenciana, para que le hiciera un cordón de chaquiras, de que colgar un retrato suyo. Estaban las dos muy divertidas mirando la miniatura, cuando entró el coronel á su cuarto, y le dijo Pudenciana: Mira papá, y qué bonito está el retrato de Pomposa. Si está, en efecto, y ya quisiera tu prima parecerse en todo al retrato.—¿Pues qué el retrato no se parece á mí? dijo Pomposa. El se parece á tí, le respondió su tío; pero tú no te pareces á él, porque

greso, con tanto quijotear. Si, en efecto: basta con lo dicho para probar que este nombre le conviene *Conveniunt rebus nomina saepe suis.*"

"Ustedes, señores, como tan sabios y entendidos determinarán si se le debe acomodar." Dixi.

Celebraron todos el gran talento, juicio y madurez de su presidente el señor Carrasco, y *nemine discrepante* resolvieron ponerle el nombre de QUIJOTITA, y se extendió el honorífico diploma.

Ya todo está hecho, dijo el Zorro; pero no basta que nosotros sepamos que Pomposa se llama Quijotita, es menester que lo sepa ella; y que lo sepan todos cuantos puedan. Para esto es necesario decirselo no á secas, sino con un versito que le guste. Este maldito Alambique es medio poeta, y él nos sacará del cuidado.

Soy contento, dijo el Alambique: ¿y que se puede perder por servir á ustedes y á la bella Quijotita? A ver el tintero para acá.....

En menos de dos minutos escribió el poeta una decimita que á todos les gustó, y él dijo: Ya el verso está hecho, ahora ¿quién le pone el cascabel al gato? ¿quién lo lleva, y cómo se le da? porque á tanto no me arriesgo yo.

No hay que apurarse, dijo Sanson: el Zorro nos sacará de este cuidado, pues siempre los zorros son astutos. Amen, amen, amen, contestó el humilde Zor-

rito; y quedaron de acuerdo en que lo llevarían el primer juéves: que irían todos los siete juntos, y para que no pudieran culpar á ninguno de ellos, ni venir en conocimiento de que eran los autores del pasquin, llevarían otros cuatro compañeros mas, con eso habia muchos de quien pudieran sospechar, y ellos, los tertulios de la casa, echarian la culpa á los nuevos compañeros que llevaran, en caso de que la Quijotita ó su mamá les reconviniera. En esto quedaron, cuando la campana les avisó que era hora de cenar, y se fueron corriendo al refectorio.

### CAPITULO III.

*En el que se cuenta una conversacion que tuvo el coronel con su sobrina Pomposa y la gran cólera que hizo esta cuando supo que le habian puesto Quijotita.*

AL dia siguiente fué Pomposa, alias la Quijotita, á visitar á Pudenciana, para que le hiciera un cordón de chaquiras, de que colgar un retrato suyo. Estaban las dos muy divertidas mirando la miniatura, cuando entró el coronel á su cuarto, y le dijo Pudenciana: Mira papá, y qué bonito está el retrato de Pomposa. Si está, en efecto, y ya quisiera tu prima parecerse en todo al retrato.—¿Pues qué el retrato no se parece á mí? dijo Pomposa. El se parece á tí, le respondió su tío; pero tú no te pareces á él, porque

el retrato tiene dos ventajas que tú no tienes. La primera, es que está muy bien asegurado con el cerco y no le da ni el polvo, por estar debajo de vidrios: y tú no tienes mucha seguridad. ¿Con quién veniste?—Con la recamarera.—¿Y tu madre par qué no vino contigo?—Porque estaba ocupada.—Cualquiera ocupacion importa menos que acompañarte, y no dejarte andar sola en la calle. ¿Pues no le digo á usted que no vine sola, sino con la recamarera?—¿Grande persona para que te cuide!—A Dios, tío! ¿Pues qué me ha de suceder?—¿Cómo qué? darte un tropezon.—¿Qué tropezon me he de dar! Si ya soy grande.—Por lo mismo. Las niñas grandes son las que tienen mas riesgo de tropezar, y cuando en uno de esos tropezos caen de espaldas, no sanan del golpe en su vida.—Pues yo tendré cuidado de no caerme, tío.—Dios lo quiera.—¿Y no dice usted cuál es la otra ventaja del retrato?

¿Por qué no? mira: El retrato, guardadito como está, puede durar cuarenta ó cincuenta años sin que se le bajen los colores, ni se le entristezcan los ojos. De aquí á ese tiempo estará tan bonito] como ahora, pero tú, si vives entonces, ya serás una vieja arrugada, y regañona. ¿Dime si no quisieras parecerle al retrato en la conservacion de tu hermosura.

Es verdad tío; pero yo he oído decir, que la que es buena moza es buena vieja.—Eso has oído decir tú;

mas yo no he visto ninguna vieja que sea buena moza. Todas las viejas son viejas, y ninguna es bonita. La belleza de las mugeres tiene tres enemigos, y ninguna se escapa de caer en manos de alguno de ellos. O la enfermeced, ó la vejez, ó la muerte, dan cuenta de ese frágil don de la naturaleza. Una fiebre, unas viruelas mal asistidas, ú otro accidente, de la noche á la mañana dejan fea á la muchacha mas bonita; si no es esto, y viven sanas las hermosas, los años les arrancan los dientes, les emblanquecen el pelo, les pliegan y manchan el cutis, y las desfiguran de modo, que ni ellas mismas se conocen al verse en el espejo. Solo una muerte temprana las libra de caer en la fealdad.

¡Ay, tío! pues mas que me muera yo muchacha, como no me ponga fea.—Esa es mucha presuncion, hija mía: estás muy pagada de tu hermosura; pero no te engañes. Mejor es que conserves la belleza de tu espíritu que la de tu cuerpo. Esta es una prenda de la naturaleza, que debes apreciar, y darle por ella infinitas gracias á su autor; pero no debes de ninguna manera fiar tu felicidad en tu carita.

La belleza de las mugeres puede ser el origen de sus dichas ó de sus desgracias temporales, segun el uso que hicieren de ella; pero como por lo comun, hacen mal uso, se sigue, que apenas hay bonita que no sea desgraciada, especialmente entre las pobres.



La carita hermosa es el imán de infinitos seductores: estos cercan al dueño, y tratan de poner todos los medios para rendir su honestidad y su recato. Si entre estos medios se cuentan las dádivas, y las promesas de parte de los hombres, y la necesidad de parte de las mugeres, será casi un milagro hallar entre mil de estas una siquiera, que tenga la firmeza necesaria para resistir tan poderosa tentación.

Por lo regular estas bonitas se rinden muy fácilmente, y rendidas á uno, despues son el estropajo de todos. Andan de mano en mano como en el juego de los dados; y este es el modo mas corriente con que se labran su desgracia.

Las hermosas ricas no están muy libres de estos peligros. También se ven acosadas de enemigos que las seducen incesantemente, aunque el maldito interés no influye en ellas tanto. Este medio incuota tan poderoso cuando se encuentra con la necesidad de la muger, no tiene fuerza ninguna, ó á lo menos se debilita mucho cuando esta no conoce la pobreza: por eso pienso yo que hay menos ricas infelices que pobres.

¿No has oído decir que *la fortuna de la fea la bonita la desea*? Pues esto no significa otra cosa, sino que hay algunas mugeres que no habiendo logrado de la naturaleza unos rostros hermosos, se dedicaron á cultivar su espíritu con la virtud y la instrucción para

hacerse amables de los hombres: y como estos, cuando son prudentes, solicitan mejor para casarse una muger que no una miniatura, de ahí es, que muchas de estas no bellas encuentran algunas veces unos hombres de bien que las estimen, conociendo el mérito que tienen, y de esta suerte puede una fea (1) labrarse su fortuna; fortuna que deseará tal vez una bonita, que no teniendo mas atractivo que su cara, pasa mala vida, ó porque habiéndose concluido los días de su belleza, la aborreció el marido, que solo se casó con ella por bonita, ó porque, el marido que pasa una vida tan amarga, ¿se la dará muy dulce á su muger?

De todo lo dicho debes sacar dos consecuencias, y asentar un principio, que te será muy útil en el discurso de tu vida. Primera: que siendo la belleza de la muger un bien tan fugaz, tan frágil, que se pierde con cualquiera grave enfermedad é infaliblemente con la vejez, será harta imprudencia fiar en ella una felicidad constante. Segunda: que los defectos del cuerpo se hacen muy tolerables, compensados con las perfecciones del espíritu; pero los defectos de una alma grosera y corrompida con los vi-

---

(1) *Se habla de aquellas feas que no espantan; no de una deforme espantosa.... .. ¡Oh que noticia tan consolatoria!*

cios jamas pueden hacerse tolerables, aunque se escondan bajo de un rostro hermoso. Conque, segun eso, será prudencia y conveniencia propia (este es el principio que no debes olvidar) de la muger, trabajar por ilustrar su entendimiento con la instruccion, y adornar su alma con las virtudes morales, cuyos medios son mas eficaces que la belleza de la cara para hacerla amable de los hombres sensatos, y conducirla á una felicidad sólida y permanente.

¡Eh! insensiblemente ya les he dado un rato de conversacion. Sigán ustedes ensartando su chaquirá. Diciendo esto, se retiró el coronel y las dejó solas.

¡Ah caramba, niña! y qué tieso es mi tío! decía Pomposa. Mira qué sermón tan largo nos ha echado en tanto que el aire. ¡Qué siempre es así! Siempre, contestaba Pudencianna: mi papá no deja ocasion que no me instruya con buenos documentos y consejos. Dios se lo pague, y me lo guarde muchos años.—¡Ay, niña! ¿Pues qué te gusta que te estén sermoneando todo el día?—Como esos sermones se reducen á mi bien, no me enfadan; antes los agradezco como es justo.—Es verdad; pero lo harás tú que ya estás hecha. Yo como no estoy acostumbrada, no sé qué se me habia de hacer que me estuvieran predicando sin cesar.—Pues hermana, si no te gusta oír á mi papá, no vengas á mi casa, porque yo no le he

de decir que se calle la boca por no disgustarte. A mas, que la instruccion de ahora te la dijo á tí para que yo la entendiera. Le tengo bien comprendido su modo: así no creas que dirigió el sermón á tí.

Pero, despues de todo, proseguia Pomposa, mi tío es muy escrupuloso, muy tétrico y adusto: me parece que te tiene en un puño, y que te pasarás una vida de monja recoleta.—Pues te engañas de medio á medio, porque mi papá me quiere mucho, y tiene un genio muy dulce y muy afable, y me da gusto en cuanto quiero. Si vieras cómo me acaricia como si fuera una criatura de tres años; variarias de concepto, y aun te llenaras de envidia si lo vieras cuando estoy enferma. ¡Jesús! si es mucho. De un dedo que me duela, ya no sabe el pobrecito de papá qué hacerse conmigo. El me cura, me contempla y me chiquea con la mayor ternura. Yo fuera la hija mas ingrata del mundo si dejara de agradecer sus finezas. No tengo con que pagarlas sino con amarlo mucho, y dárselo á entender, obediéndolo en cuanto me manda: y esto lo hago tan de buena gana, como que conozco que nada me manda ni me aconseja que no sea por mi bien.

Pues entonces yo me habia engañado en pensar que te regañaba mucho, y te tenia muy oprimida; pero siendo como dices, haces bien de quererlo tanto. Lo mismo será mi tía, ¿no es verdad?—Lo mismo. Si

mi mamá es un terron de amores.— Así son mis padres, niña. En todo me dan gusto, decía Pomposa: no hay baile, tertulia, paseo, comedia ni fíestecita á que no me lleven: no hay moda en que yo no entre, y de las primeras: no hay amiga que no me consientan: no hay visita adonde yo no vaya: no hago cosa que no me alaten, y si hago algo malo, todo me lo sufren con prudencia. En fin, ellos me dan gusto en cuanto hay, y yo puedo decir que soy dueña de mi voluntad, porque hago cuanto se me da la gana, sin que jamas se me embarace; porque si alguna vez tienta el diablo á mis padres, y no quieren llevarme á algun bailecito, ó dejarme ir á una visita, ya yo sé el remedio: pongo mal modo, y no como en todo el día; y si esto no vale, lloro; y si no me vale llorar, me finjo enferma, y entonces ya no saben qué hacer para consolarme; pero esto es muy de tarde en tarde porque como les doy tanta guerra, y les cuesta tanto trabajo contentarme, ya se guardan muy bien de incomodarme: y así yo los quiero mucho, como debo, pues tengo tanta confianza con ellos, como tú con mis tíos: aunque es verdad que no les hablo de tí; porque dicen que es mala crianza, y que los hijos deben hablar á sus padres de *usted* para que siempre les conserven el respeto.

Vaya, ese vestido me lo han cortado á mi tus padres, dijo Pudenciana. Mis tíos sabrán lo que dicen;

pero, según papá, el respeto de los hijos á los padres consiste en la obediencia, no en el tratamiento, pues éste puede ser en sí indiferente, y en caso de que sea lo mismo hablarles de tú que de usted, como en efecto lo es, mejor es hablarles de tú. Este tratamiento sin ser grosero inspira mas confianza: virtud necesaria en los hijos para amar á sus padres, y seguir sus consejos con firmeza. Entre los antiguos nunca se usó el usted. Todos se hablaban de tú lisa y llanamente, sin que por eso dejasen de respetar el hijo al padre, el criado á su amo, el esclavo á su señor, el vasayo á su rey, y todo súbdito á su respectivo superior.

La diferencia de tratamientos se ha introducido por la soberbia de los hombres; pero no por una necesidad, pues sin ellos sabrían hacerse respetar.

El tratamiento de tú, ciertamente que inspira mucha confianza; ¿pero de qué confianza no es digno un padre y una madre? Nuestros padres nos engendraron, nuestras madres nos concibieron y alimentaron en sus vientres, y nos han nutrido con su sangre: la de ellos circula en nuestras venas; tenemos su misma sustancia: somos unos con ellos mismos, y para decirlo de una vez, nuestro cuerpo es una parte del suyo. ¿Habrá cosa mas conesa y de mas íntima relacion? No tiene tanta entre sí el marido y la mujer, y es corriente que se hablen y se traten de tú.

Todo esto dice mi papá, y en efecto, yo conozco que es una preocupacion ridicula el creer que es preciso que los hijos traten de usted á sus padres para que les conserven el respeto. Yo trato de tú á los míos, y á fé que no soy capaz de verlos disgustados un momento por mi causa.

Pero, por último, dime hermana, ¿á quién debemos tener mas respeto, á Dios ó á nuestros padres? seguramente me respondes que á Dios. ¿Y quién fué el mejor maestro de los hombres en todo, Jesucristo ó los mismos hombres? Jesucristo dirás. Pues Jesucristo nos enseñó á llamarle de tú cuando llamamos á Dios como padre. Conque mira qué fuera de razon van los que se escandalizan de que los hijos traten de tú á sus padres.

Dices muy bien, contestaba Pomposa; pero es fuerza que tú sigas la doctrina de tus padres, y yo la de los míos. Cada uno sabe lo que nos enseña, y á nosotros no nos toca sino seguir sus ejemplos y hacer lo que nos dicen que hagamos.

Estas conversaciones tuvieron mientras tejian un pedazo de cordoncito. A la hora regular comieron, durmieron siesta, y á la tarde llegó el coche para llevar á su casa á Pomposa. Esta le rogó á Pudenciana que no dejara de ir el juéves prócsimo; porque habia frasca, y se iba á celebrar el juéves de com-

padres, y queria que la acompañara. Quedaron en eso, y se despidió Pomposita de sus tíos.

Pero como no hay plazo que no se cumpla, llegó el juéves, y Doña Eufrosina envió á convidar al coronel y su familia para que fueran á su casa.

En efecto, fueron todos el juéves, no á la hora señalada, sino despues de almorzar; pero ¿cuál fué la sorpresa del coronel, de Matilde y Pudenciana al hallarse con la sala llena de gente, y á Pomposa en medio muy colorada, y hecha una víbora de rabia, con un papel en la mano diciendo: Los colegiales, sí, los malditos colegiales me han puesto por mal nombre Quijotita. ¿Qué me ven esos malditos de Quijotita? ¿Soy acaso loca, flaca, ni trigueña como D. Quijote? ¿Soy hombre? ¿Tengo Rosinante? ¿Tengo escudero? ¿Acometo molinos de viento, ni hago ninguna fechoria como dizque hacia ese buen señor, que en paz descanse? ¿Pues por qué me han de llamar Quijotita? Maldito sea el que tal nombre me puso, y ojalá yo supiera quien fué, que me la habia de pagar, le habia de decir que era un grosero, maleducado, y se habia de acordar de mí para todos los días de su vida; pero ya que no lo conozco, á lo menos les prometo que no ha de volver á pisar mi casa ningun colegial.

De esta manera se explicaba Pomposita, hecha una furla, hasta que el coronel le dijo: Vaya, vaya; ¿qué

te han hecho los colegiales, que estás tan enojada con ellos? ¡Que me ha de suceder, tío, respondió Pomposa! ¡qué me ha de suceder! esos picaros, groseros, indecentes, me han puesto por mal nombre Quijotita, y me lo han dicho casi en mis bigotes.

Mire usted que atrevimiento. Este papel me dejaron esos condenados dentro del clave. Quien sabe cómo diantres lo pusieron sin que yo lo viera, y luego luego se despidieron y se fueron.

Decir esto Pomposa, y poner el papel en manos de su tío, todo fué uno. Entonces el coronel se sentó, y como había muchas personas de visita, lo hubo de leer en alta voz, y todos oyeron que decía ni mas ni menos como sigue:

Pomposa: aunque seas bonita,  
Y aunque ves que te queremos,  
No por eso dejaremos

De llamarte QUIJOTITA:

Y pues tu locura incita  
A ponerte este renombre,  
Ten paciencia, y no te asombre,  
Que ya sea en prosa, ó ya en verso,  
Diga todo el universo:  
Quijotita sea tu nombre.

Acabó de leer el coronel: las visitas prudentes se sonreían, y las no prudentes soltaron la carcajada,

con lo que se puso de peor condición Pomposa, y echando espuma por la boca decía: ¡qué dicen ustedes? no son infamias las de estos perros, malcriados, indecentes? ¡Quijotita yo? ¡Yo Quijotita?! ¡Voto á mis pecados! Esto no es sufrible. ¡Qué me habrán visto de Quijotita estos malditos? Pero como vuelvan, yo les prometo que les he de decir cuántas son cinco, y los he de echar muy mucho noramala de mi casa.

Así se explicaba la dolorida Pomposa, y por mas que hacían sus padres y las visitas por consolarla, diciéndole que ¡quién hacía caso de esas cosas! y que todo ello no pasaba de un mero juguete de muchachos, ella no se aquietaba, sino que con lágrimas y gritos repetía el nombre de Quijotita, y tanto, que no quedó ni un criado que ignorara el chiste y el nuevo dictado ó título de su ama, á la que despues no conocían por otro nombre entre ellos, á lo menos cuando esta los reñía con aspereza.

El coronel procuró que Pudenciana llevara á su prima Pomposa á la recámara, y cuando lo hizo, se levantó, fué adonde estaba, y le dijo: mira, no seas tonta: con esos gritos y escándalos que has dado, no has hecho otra cosa sino perfeccionar la obra de los colegiales. Ninguna necesidad había de que todos esos señores y señoras que están en la sala hubieran sabido que te habían puesto ese nombre, si tú hubie-

ras visto el papel sola, y lo hubieras ocultado con disimulo, habrias frustrado los maliciosos designios de ellos, y todo se quedaria oculto; pero con tus alharacas no ha quedado perro ni gato que no sepa que te han puesto por mal nombre *Quijotita*.

Aunque es una grosera y malvada costumbre el poner nombres, y aunque es fuerza que se incomode aquel á quien se le pone, es tambien cierto, que nadie puede agraviarnos sino hasta donde nosotros querramos que nos agraven. Muchas veces es mayor nuestra cólera que la injuria que nos hacen, y hay injurias que ni merecerian este nombre, si nosotros no las calificamos de tales.

Es increíble el partido tan ventajoso que podemos sacar de tener tanta prudencia y cachaza para disculpar á nuestros semejantes. Estas palabras: *Inadvertencia, equívoco, chanza, tontera &c.*, valen un potosí para ahorrarnos de un sin fin de cóleras y pesadumbres al cabo del año, cuando las sabemos acomodar á tiempo.

Por ejemplo, si uno gasta conmigo una desatención, y yo no quiero incomodarme, la juzgaré como una inadvertencia de que todo hombre es capaz, y en este caso lo disculparé, y ya no me daré por sentido.

Lo mismo te hubiera sucedido á ti, si hubieras reflexionado en que los colegiales son jóvenes, ale-

gres, capaces de divertirse con un entierro, y de chancear con un anacoreta. En este caso, tú te hubieras reído y hubieras tratado de vengarte de ellos ingeniosamente y con secreto; pero como pensaste que atropellaron tus respetos y los de tu casa, y atribuíste á una grosería imperdonable su travesura, te incomodaste mucho, creyéndote no menos que infamada sin razon por una gente soez.

Mas ya se acabó todo, hija, ya se acabó: serénate, sal afuera, preséntate alegre como siempre en la tertulia, y no vuelvas á hablar sobre el asunto.

Algo se serenó Pomposa con los consejos del coronel; pero ya llegaron tarde: el daño estaba hecho y desde entonces comenzó á ser conocida entre todos por la niña *Quijotita*, lo que no habria sido si ella hubiera sabido disimular. ¡Qué cierto es que la prudencia lo compone todo, mejor que los gritos y los escándalos!

En fin, aquella mañana se pasó en bullas, brindis y alegría, á cuenta del bolsillo de D. Dionisio, pero se festejaron los compadres. A la noche se dispuso el baile, y á las diez se retiró el coronel con su familia.

#### CAPITULO IV.

*Tan pequeño como interesante á los que lo leyeran.*

No fueron suficientes las razones del coronel para calmar del todo la cólera á nuestra *Quijotita*. Cada

vez que se acordaba de su nuevo título y de la declamita que halló en el clave, rabiaba contra los colegiales y los llenaba de improperios. Sus espresiones escitaban la risa de los que la escuchaban, y cada risa aumentaba el enojo de Pomposa.

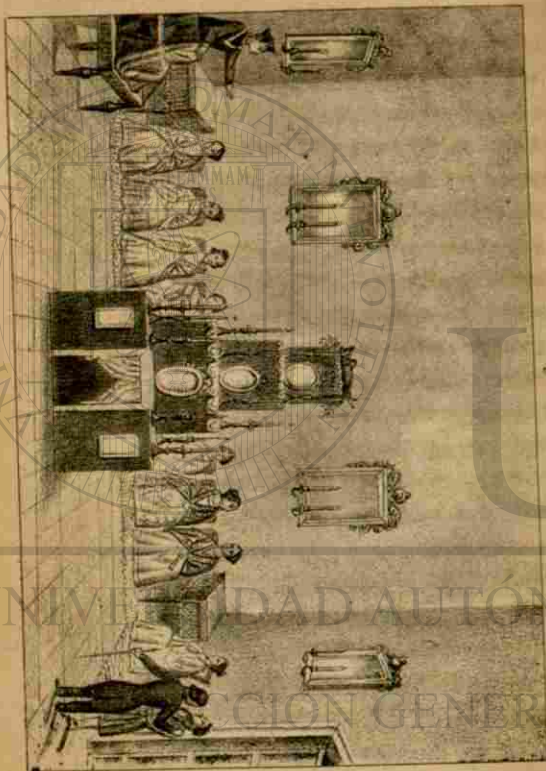
Tanto se le exaltó la bilis, que no solo se negó á tomar alimento, sino que se resintió su salud de tal modo, que como á la media noche le atacó un violento cólico, que puso en bastante cuidado á sus padres.

A la misma hora, á pesar de los fuertes aguaceros que por desgracia de los criados estaban cayendo, se repartieron todos estos en solicitud de médico y confesor. ¿Qué trabajo les costó hallar estos auxilios! Pero en fin, al cabo de mucho andar despues que calmó el agua, y por una dicha inesperada los encontraron y los llevaron á la casa.

El médico fué el primero que llegó, y de consiguiente el primero que se dedicó á cumplir con su oficio; pero con tan buena suerte de Pomposa, que con un ligero emético y otros remedios, calmó el dolor y se halló tan aliviada que lla no se juzgó necesario el confesarla, aun habiendo llegado el sacerdote, que al ver esto, no pudo menos que enfadarse y decir: vean ustedes: por estos chascos no quieren levantarse de noche muchos padres. Está uno en su casa acostado, enfermo ó sano, dormido ó despierto, y derrepente..... zas, golpes al zaguan. ¿Qué es

eso, qué se ofrece? Padre, por amor de Dios una confesion aqui cerca, que se muere el enfermo. ¡Eh! que pujando, que rezongando se resuelve uno á levantarse: sale á la calle, se espone á un aire frio ó á un aguacero como yo ahora, llega á la casa y se halla con que ya no se necesita confesor, porque todo ha sido un chiquieo de la señorita. Ustedes dispensen que les hable tan claro; pero siento que me hayan incomodado sin necesidad. ¡Bien hayan los padres que no se levantan de noche ni por Dios ni por sus santos, sino que despachan á sus parroquias á los que los llaman, por mas ejecutivo que sea el caso!

Todos se sorprendieron con el regaño del padre, y aun iba á satisfacerlo D. Dionisio, cuando el médico ahorrándole el trabajo, le dijo: padrecito: ¿qué hemos de hacer? usted y yo estamos espuestos á semejantes lances por razon de nuestro ministerio. Yo tambien me he incomodado saliendo de mi casa. Es verdad, dijo el eclesiástico, pero á usted le pagan. —Y á usted tambien.—¿A mi quién me paga? ni aunque hubiera ignorante que me pagara, ¿creo usted que yo seria capaz de cometer tal simonia como vender el sacramento de la penitencia?—¿Ya se ve que no, padre miol estoy muy lejos de presumir de usted ni de ninguno de su carácter tal esceso; mas á la primera pregunta que usted me hizo de quién le



La Confesion

Amor. Jk



paga, digo que Dios le pagará cuantas veces se incomode por cumplir con sus obligaciones. Y por lo que á mi toca, no crea usted que soy un médico tan venal que solo me levanto de la cama cuando me promete mucho interés la visita. Yo cuando me llaman á deshora, me informo de los síntomas que le divierten al enfermo, y si conozco que el mal es grave, me levanto al instante, y vuelo á socorrerlo, sin méterme en averiguar donde vive, quién es, cómo se llama, qué empleo tiene ni otras menudencias para inferir si me estará bien ó no salir de casa, como me dicen que hacen muchos de mis compañeros, aunque yo no lo quiero creer de ninguno: pues este proceder es una falta de caridad, y no como quiera, sino una falta criminal: porque el que no socorre á su prójimo en necesidad grave, lo mata, y yo no quiero ser reo de mas asesinatos de los que cometa por mi impericia en mi facultad, aunque estos son involuntarios, pues estudio y hago todas las diligencias que están á mis alcances para aliviar á los enfermos, no siempre con fruto, porque los mejores médicos andan á tientas poco mas ó menos, y solo el Autor de la naturaleza sabe infaliblemente el modo como esta obra.

Pero dejando esto aparte, padre mio, ni usted ni yo nos hemos incomodado sin necesidad. Efectivamente esta niña estaba bien mala, y si los remedios

no le hubieran lacado el vientre, acaso se hubiera muerto antes de amanecer. La naturaleza obedeció á la medicina, ó porque los remedios la obligaron ó porque Dios quiso; pero esto no prueba que la enfermedad no fuera grave. Todo dolor agudo puede ser pronóstico de muerte, si no cede á los medicamentos. Los dolientes de un enfermo ni pueden dirigir los remedios, ni prevenir la calidad del mal: y así hacen muy bien en implorar en estos casos los auxilios espirituales y corporales, y el médico ó el confesor que se negare á impartirlos, es en mi juicio un reo de eterna condenacion: pues si el paciente por falta de socorros perece en esta vida ó en la otra, ó en ambas, no sé como se disculpará para con Dios ante quien se hila muy delgado.

Estas y otras cosas que dijo el médico, impusieron al confesor de modo, que abrazándolo dijo: gracias, amigo, gracias: usted me ha dado una leccion que me recuerda mis obligaciones. Desde hoy en adelante ya no se me olvidará que el alma que se pierda por mi causa me ha de hacer eternos cargos. No volveré á despachar á ninguno á su parroquia: sé que como sacerdote tengo amplias facultades para abrir el reino de los cielos á cualquier pecador que acuda al asilo de la penitencia. Me escandalizaré de cualquier compañero mio que en igual caso que el presente regatee este auxilio á los fieles, por quienes

Jesucristo derramó su sangre con toda liberalidad. Ustedes, señoras, dispensenme, que yo protesto la enmienda.

D. Dionisio y Doña Eufrosina procuraron complacer al confesor y al médico del mejor modo que pudieron, y se concluyó este acto interesante.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES  
FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS  
VALERE FLAMMAN VERITATIS  
CAPITULO V.

*En el que se trata de la historia de Irene.*

No todos han de ser disgustos en esta vida; algunos ratos se han de consagrar á la alegría, y mas cuando hay quien nos atice como Doña Eufrosina que se empenó con Welster, pasados los dias de luto, para que tuviera un dia de diversion en su casa.

El anglo-americano, que era muy político, no quiso que se pensara de él que era misántropo ni mezquino; y así dispuso el dia de frasca que apetecía Eufrosina, porque muchas veces los hombres hacen algunas cosas contra su gusto, por condescender con ajenos respetos.

En efecto, se citó este dia deseado de Eufrosina y sus amigas, convidando Welster á unos por ceremonia y á otros por amistad, como lo hacen todos en tales casos.

Entre los convidados por amistad, fueron el señor Labin, el coronel y su familia, el cura D. Jaime y otros. Carlotita se presentó ese dia con todo aquel lujo que le correspondia en su clase, sin degenerar en profano, porque no es necesaria la indecencia en las mugeres bien nacidas para parecer mas hermosas de lo que son; mas para parecer coquetillas les es indispensable el descoco y la desnudez.

Jacobo Welster era muy fino y poseia la ciencia del mundo, ciencia útil y necesaria á todos; pero que no todos saben manifestar. El y su esposa recibieron y trataron á sus convidados con la mayor atencion y generosidad, sin particularizarse con ninguno donde pudieran ser notados del comun de los concurrentes.

En esto me dieron una leccion apreciable de sociedad, y me proporcionaron un lugar para murmurar á aquellas gentes, que cuando tienen una diversion en su casa, hacen distinciones groseras entre los convidados, dedicándose á obsequiar á los mas ricos con visible desprecio de los que no lo son, aunque estos sean sus antiguos amigos y á quienes han merecido mas cariño y mas favores.

Estas cuitadas personas, todas se atrojan, y no sabiendo cómo cumplir con las leyes de la adulacion y de la amistad, faltan á las sagradas que esta prescribe, por llenar las viles que aquella impone.

Jesucristo derramó su sangre con toda liberalidad. Ustedes, señoras, dispensenme, que yo protesto la enmienda.

D. Dionisio y Doña Eufrosina procuraron complacer al confesor y al médico del mejor modo que pudieron, y se concluyó este acto interesante.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES  
FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES EN FÍSICA Y QUÍMICA  
VALERE FLAMMAN VERITATIS  
CAPITULO V.

*En el que se trata de la historia de Irene.*

No todos han de ser disgustos en esta vida; algunos ratos se han de consagrar á la alegría, y mas cuando hay quien nos atice como Doña Eufrosina que se empenó con Welster, pasados los dias de luto, para que tuviera un dia de diversion en su casa.

El anglo-americano, que era muy político, no quiso que se pensara de él que era misántropo ni mezquino; y así dispuso el dia de frasca que apetecía Eufrosina, porque muchas veces los hombres hacen algunas cosas contra su gusto, por condescender con ajenos respetos.

En efecto, se citó este dia deseado de Eufrosina y sus amigas, convidando Welster á unos por ceremonia y á otros por amistad, como lo hacen todos en tales casos.

Entre los convidados por amistad, fueron el señor Labin, el coronel y su familia, el cura D. Jaime y otros. Carlotita se presentó ese dia con todo aquel lujo que le correspondia en su clase, sin degenerar en profano, porque no es necesaria la indecencia en las mugeres bien nacidas para parecer mas hermosas de lo que son; mas para parecer coquetillas les es indispensable el descoco y la desnudez.

Jacobo Welster era muy fino y poseia la ciencia del mundo, ciencia útil y necesaria á todos; pero que no todos saben manifestar. El y su esposa recibieron y trataron á sus convidados con la mayor atencion y generosidad, sin particularizarse con ninguno donde pudieran ser notados del comun de los concurrentes.

En esto me dieron una leccion apreciable de sociedad, y me proporcionaron un lugar para murmurar á aquellas gentes, que cuando tienen una diversion en su casa, hacen distinciones groseras entre los convidados, dedicándose á obsequiar á los mas ricos con visible desprecio de los que no lo son, aunque estos sean sus antiguos amigos y á quienes han merecido mas cariño y mas favores.

Estas cuitadas personas, todas se atrojan, y no sabiendo cómo cumplir con las leyes de la adulacion y de la amistad, faltan á las sagradas que esta prescribe, por llenar las viles que aquella impone.

Ordinariamente á los amigos y parientes se deja sin lugar en la mesa, sin contestacion, y si se ofrece, sin comer, por obsequiar á las personas de cumplimiento. La disculpa con que pallan su ingratitud y su falta de ciencia de mundo, es harto ridicula. Perdona, mi alma, dicen las mugeres á sus amigas ó parientas, perdona que no esté contigo, ya ves que está ahí el conde ó el marqués, el canónigo ó el cura fulano, y tú me has de dispensar porque eres de casa.

A la sombra de esta fingida confianza, tienen las visitas pobres que sufrir mil groserías y desprecios, hasta llegar á comer sobras, despues que las convidan. La prudencia les alaba.

El americano Welster y su esposa habian aprendido con escritura la buena crianza, y así á nadie señalaron. Sabian muy bien las dos reglas de política que se deben observar en estos lances, y así no quedaron mal ni notados de ninguno. Las reglas dichas son las siguiente:

1.ª No convidar mas personas, que las que puedan colocarse en la mesa destinada al convite, con su correspondiente cubierto, dejando algunos lugares vacios para los que se introducen de parte del señor coladilla sin ser llamados, y á proporcion de los platillos que se han de servir, sin dejar á los criados muertos de hambre en el dia de banquete.

2.ª No particularizarse con ninguno, sino ha-

cer á todos igual aprecio y tenerles iguales consideraciones.

Se encierran en dos estos preceptos, y es fácil su cumplimiento en queriendo que se verifique.

Welster y su esposa los observaron. Ningun convidado comió fuera de la mesa, y en lo restante del dia apenas se sentaron los señores Jacobo por un lado, Carlota por otro, un rato con esta familia y otro rato con aquella; con todos conversaban, á todos divertian, y nadie tuvo ocasion para quejarse.

A la noche siguió el baile, y todos se divertieron sin emulaciones ni etiqueta.

Como las diez de la noche serian cuando estando bailando Carlota en una contradanza, entró una señora vestida de negro, con el velo echado en la cara y un bulto bajo del brazo, la cual habiéndose detenido un corto rato en la puerta de la sala, luego que observó que Carlota no tenia que figurar en el baile, entró apresurada, la tomó de un brazo, le habló dos palabras, y se fueron á la recámara, ocupando otra señorita el lugar de Carlota.

Todos hicieron alto en esta novedad; pero ninguno fué en su seguimiento. A poco rato salió Carlota sola, y continuó el baile hasta su conclusion, que fué á las dos de la mañana, sin que nadie supiera quién era la tapada; pero el lector es fuerza que lo sepa.

063212

Al día siguiente fué Weister á casa del coronel, á tiempo que iba á almorzar con su familia: lo recibieron todos con expresion, y le dieron asiento en la mesa para que los acompañara en el almuerzo.

Durante este, le dijo Doña Matilde. Por fin, ¿quién fué la tapadita de anoche? que cierto que nos dió algo en que pensar su silencio, la hora y el extraño traje en que entró. Aventuras, señorita, aventuras, respondió Weister: sobre esto vengo á consultar al señor coronel. El caso es que la tapada es una jóven de diez y ocho años, nada fea y bien nacida, segun dice: se llama Irene, fué muy amiga de mi muger en el convento, donde la pusieron sus padres para ver si olvidaba á un jóven llamado D. Jacinto, con quien ella quiere casarse. En efeto, despues de seis meses de encierro, Irene fingió tan bien que ya habia prescindido de su amor, que engañado su padre, la sacó y la llevó á su casa muy contento.

Ocho días hace, que aun ignoraba Irene por qué motivo la habian sacado del convento; pero su padre la sacó muy presto de esta duda, diciéndole que le tenia ajustado un ventajoso casamiento, del que jamas tendría que arrepentirse, pues el novio la queria mucho y era muy rico. Irene preguntó quién era, y se le respondió que D. Cosme Santibañes. Irene conocia bien al dicho D. Cosme, como que visitaba su casa con frecuencia: y así, luego que oyó nom-

brar el sugeto á quien la destinaban, se contristó, y no se determinó á hablar una palabra, porque temia el carácter furioso de su padre, quien no se metió por entonces en inquirir su voluntad, sino que lo dió todo por hecho, y la dejó sola.

La pobre Irene inmediatamente procuró instruir á su amante de la resolucion de su padre, y D. Jacinto le contestó que si ella lo amaba de veras, no se casaria con D. Cosme ni con un príncipe, pues para contraer matrimonio deben estar acordes las voluntades de los contrayentes: y así, que si ella queria mantenerse firme y cumplirle la palabra que le habia dado de ser suya, no se casaria con otro aunque la matasen; pero que si se dejaba deslumbrar del interés, y tenia intenciones ó deseos de ser rica, en este caso escusado era que le avisara, pues podia hacer lo que le estuviera mejor, aunque á él le costase la vida el perderla.

Irene recibió esta carta con la pena que se puede considerar, y resolvió no casarse con nadie, á no ser con D. Jacinto, y mucho menos con D. Cosme, pues dice que es un viejo, payo, muy barbajan, grosero y zeloso; pero como tiene dos buenas haciendas, ha alucinado no solo á su padre, sino á su madre y á su hermano, prometiéndoles á todos una ventajosa mudanza de fortuna, luego que se verifiquen sus bodas. Con esto, todos están interesados en que se case

Irene con él, y aun cuando ella no manifestaba una declarada repugnancia, no dejaba de persuadirla á que verificara con gusto el enlace, de suerte que la infeliz Irene no tenia en su casa otra persona con quien desahogarse, sino con una vieja que la crió, llamada nana Felipa. Con esta pobre lloraba y se quejaba amargamente.

Mientras esto pasaba, su padre no perdía tiempo para agitar el casamiento, como que tenia dinero á su disposicion. Irene, que es muy cobarde á lo que entiendo, y teme mucho á su padre y al hermano, no hallaba modo cómo decirles que no queria casarse, y nana Felipa le aconsejó que se valiera de su confesor.

Lo hizo así Irene, y el buen sacerdote hizo tambien quanto estaba de su parte, tanto para embarazar que se casara con D. Cosme, quanto para que el padre diera su permiso para que se enlazara con D. Jacinto; pero todo fué en vano, porque D. Lucas, que así se llama el padre de Irene, es un poco peor que mi difunto suegro.

El confesor de Irene le hizo ver que no debía ni podia violentar la voluntad de su hija para abrazar un estado que le era repugnante, ni ligarse con un hombre á quien no tenia la mas mínima inclinacion: que el D. Jacinto era un mozo bien nacido, que lo conocia mucho y á sus padres: que era muy hombre

de bien; y si no tenia el caudal que D. Cosme, no le faltaria á su hija lo preciso, pues tenia en una de las oficinas reales de esta ciudad destino decente y con escala: que para ella, que era una niña pobre, no estaba desigual el casamiento: que era mejor dejar á las hijas casarse á su gusto, que no esponerlas á hacerse infelices toda su vida, y de camino á los hombres con quienes se unen. En fin, el buen sacerdote le dijo quanto pudo; pero, como he dicho, todas sus diligencias fueron vanas, porque D. Lucas estaba incesorable. Decia que nadie sabia mas que él lo que le importaba á su hija, pues al fin era su padre: que era escusado lo persuadieran á que la dejase casar con el pelado de D. Jacinto, porque tenia á su favor la pragmática sancion publicada en Madrid en 27 de Marzo de 1776, segun la cual no se casaria sino con quien él quisiera, mientras no estuviere habilitada de la edad, y que si se casara sin su consentimiento, ayudada de algunos que la quisieran favorecer, anularia el matrimonio, pues como era su padre, tenia facultad para todo.

El eclesiástico procuró sacarlo de estos errores, diciéndole que el espíritu de la ley era sujetar á los hijos para que no abusasen de su libertad en conocido perjuicio suyo; pero no ampliar sin limites la autoridad de los padres, permitiéndoles se opusieran á los honestos enlaces de sus hijos, solo por codicia, ven-

ganza ú otros fines tan indignos como estos: que el ser este el espíritu de la ley se prueba con ella misma, pues deja á los hijos en absoluta libertad para que contraigan matrimonio con quien quieran, y sin necesidad de la licencia de sus padres, luego que han llegado á cierta edad, en que se consideran con suficientes conocimientos y esperiencia, y que tambien era un error creer que el matrimonio celebrado en cualquier tiempo sin el permiso paternal era nullo, pues contra los que tal dijeran habia fulminado una terrible excomunion el Santo Concilio de Trento. (Ses. 24. Cap. 1).

Ninguna de estas ni otras razones del eclesiástico sirvieron para otra casa sino para irritar al encaprichado D. Lucas, y el confesor, viendo que nada conseguia, se despidió.

Inmediatamente el malvado padre, consultando con D. Cosme, con su muger, con su hijo y con todos menos con Irene, trató de apresurar el casamiento.

Para esto, luego que se fué el confesor, salió él tambien á la calle con el mayor disimulo, y á la una del dia volvió, y encerrándose con Irene le dijo: Parece que tú no has escarmentado con el convento: aun te inclina mucho ese pelagatos de D. Jacinto, y repugnas casarte con el honrado D. Cosme, con un hombre maciso, de esperiencia, que te quiere mucho, y nos puede hacer felices á todos, porque es muy ri-

co y tiene dinero que le sobra. Si vieras lo que te ha prevenido para darte de donas el dia que des el Sí, te espantarias. Un ropero te tiene todo de ropa nueva, de última moda y hecha á tu medida: porque con tiempo se han pedido á tu madre, camisas, túnicos, medias, y hasta zapatos tuyos. Por lo que toca á alhajas, no tienen número, pues á mas de las de sus difuntas mugeres, que ha tenido dos, te ha comprado muchas del dia, y de valor. Fuera de esto, me ha prometido dotarte en seis mil pesos, por si muriere sin hijos: habilitarme con cuatro mil, para que yo los gire en lo que quiera, sin tomar él nada de las utilidades, y poner á tu hermano de administrador de una de sus haciendas con buen partido.

Con que ya ves que estas fortunas no se proporcionan todos los dias: que si esta coyuntura se pierde no se ofrecerá otra en toda la vida, y que tú puedes hacernos felices á todos, con solo que olvides al picarillo de Jacinto y te cases con D. Cosme.

Si yo te pidiera que ayunaras á pan y agua cuatro meses, que te desollaras á azotes, que te sacaras las muelas, ó que te dejaras matar, harias muy bien de no obedecerme, porque estos serian unos sacrificios muy costosos; pero que te cases con D. Cosme ¿qué dificultad hay en ello, qué inconveniente, qué imposible? Es verdad que él ya es viejo; pero debajo de la barba cana vive la muger honrada. Es un payo

tonto; pero tú no lo has de querer para que te predique sino para que te dé gusto. A mas de que, por lo mismo que es viejo, debes casarte con él de buena gana, porque en cuatro dias se muere, y poca guerra te dará; y como tú le sepas hacer la barba, te dejará heredera de todo cuanto tiene, que es bastante para hacernos ricos á todos. Cátate ahí que entonces quedas muchacha, bonita y con dinero, y te casarás con quien te diere gana. Conque, ¿qué dices, hija mia, te casas con D. Cosme porque ya está todo prevenido.

Papá, dijo Irene, yo no aprecio el dinero mas que mi gusto, y si usted me pregunta la verdad, yo con quien quiero casarme es con D. Jacinto, y por él despreciaré á un rey. ¿Eso me dices á mí, mocosa, perra, atrevida, malcriada, insolente? le respondió D. Lucas. Pues oye: ya yo tengo empeñada mi palabra y te has de casar con D. Cosme, ó se ha de llevar el diablo toda mi casa. ¿Ya me conoces! ¡he! ¡ya me conoces! Conmigo no se juega. No pienses que yo soy como el pasguate del padre de la monja (lo decia por mi suegro) que se volvió loco, se murió y no hizo nada. No, yo no soy tan para poco. A mi me ahorcarán, pero no me moriré de pesadumbre, ni será por nada, sino por algo. Mira, ¿ya ves este puñal nuevecito? pues lo he comprado hoy para matarte si no me obedeces ciegamente. Esta tarde ha de ve-

nir el cura á tomarte el dicho, y yo he de estar presente. Conque resuélvete: ó le dices que es tu gusto casarte con D. Cosme ó ya puedes hacer actos de contricion, porque esta tarde mueres á mis manos. Diciendo esto, se salió del cuarto ó aposento.

Ya se deja entender el conflicto de esta infeliz muchacha. Comió por ceremonia. A la tarde á cosa de las cuatro llegó el cura de la respectiva parroquia con un notario: llamaron á Irene; salió la triste forzada, y parado su padre detrás de ella, metida la mano en el faldon de la levita, mirándola con ojos centellantes, la obligó á dar el sí, y á decir que era su voluntad casarse con D. Cosme. Su mano trémula firmó su sacrificio, y se concluyó aquel acto terrible.

Al dia siguiente llevaron á su casa las donas, que segun ella dice, son de costo; pero las recibió con demasiada frialdad, y sobre esto la rieron sus padres y su indigno hermano.

Esto fué el viérnes: el sábado le dijo su padre que ya estaba conseguida la dispensa de vanas, que es de amonestaciones ó publicatas: que el domingo seria la boda ó la dada de manos, como suelen decir. ¿Cómo se quedaria Irene con esta nueva? Fácil es inferirlo.

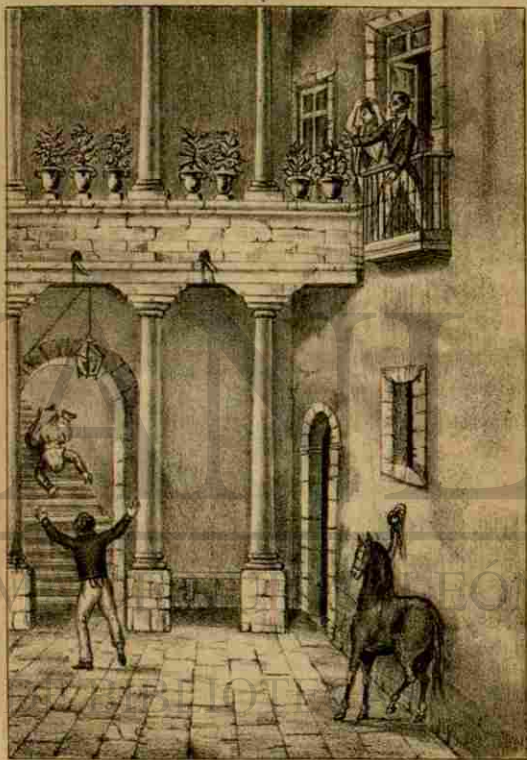
Llegó el domingo. En la mañana fué á verla el novio, y por primera vez le habló de amores; pero esto



á presencia de todos sus tiranos. El paso sería de los mas célebres. La muchacha lo cuenta con mucha gracia, porque dice que D. Cosme es en efecto un macho cargado de plata: un vejancón muy rústico, criado en las Batuecas, lleno de ignorancia y de engrandecimiento con su dinero: circunstancias que lo hacen ridículo y odioso hasta lo sumo.

Irene sufrió una hora de penitencia con estar hablando con él: la angustia de su corazón era mucha; no sabía cómo escaparse del próximo peligro que la amenazaba, ni tenía de quién fiarse sino de nana Felipa para avisar á su amante que en aquella noche debían verificarse sus desgraciadas bodas; pero aun de nana Felipa desconfiaba, porque dice que es muy tonta y muy escrupulosa.

Sin embargo, atropelló con todo y con muchas lágrimas y cuatro escuditos de oro de á dos pesos le suplicó llevase á D. Jacinto un papel mientras comían, y que no se volviese sin respuesta. El oro todo lo vence. La vieja llevó el papel, y después de siesta entregó á Irene la respuesta de D. Jacinto; que se reducía á decirle que desde las siete de la noche estaría un coche parado en la esquina, y él en un zaguan de enfrente de su casa, con otro compañero: que si se resolvía á no casarse, que hiciera por salirse, y que estando en la calle, verían entre los dos qué se hacía.



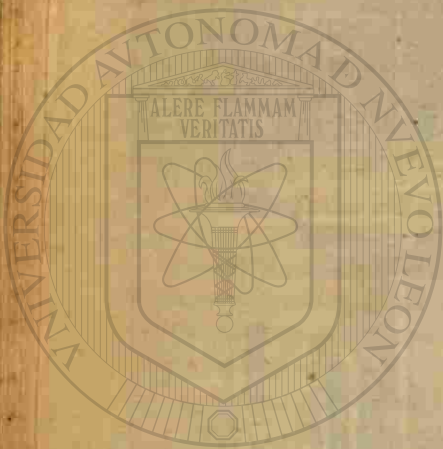
Trabajo le costó á Irene resolverse á una fuga tan inconsiderada; pero el tiempo corria, amaba á D. Jacinto, aborrecia al novio viejo, y ya le parecia que la casaban con él en esa noche; y así, ya cerca el toque de las oraciones se determinó á salirse de su casa. Hizo un lío con alguna de su ropa, guardó sus alhajas, y lo escondió todo debajo de la escalera.

A esa hora llegó el peluquero, la peinó muy bien, y su madre la compuso como novia con el mejor túnico y las mejores alhajas, que le había comprado el viejo, quien dice que andaba muy contento, rasurado, y hablador.

D. Lucas no cabía en sí del gusto: la madre y el hermano estaban locos: los criados entraban y salían previniendo el refresco, y la novia hizo tan bien el papel de que estaba muy alegre, que los engañó á todos completamente.

Pendientes estaban los viejos y ella del reloj. Los viejos deseaban que dieran las siete, á cuya hora esperaban al cura, é Irene las deseaba también para marcharse. Cada rato preguntaba á su padre, qué hora era, y este decía á D. Cosme: ¿Qué le parece á usted amigo? ya no ve la señorita la hora de que den las siete. ¡Vaya, vaya, todo ha salido como se aptecciál

Apenas dió la primera campanada de las siete, se asomó ella al balcón, vió el coche en la esquina, co-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

noció á su amante, y aprovechando un momento favorable que le proporcionaron unas señoritas, que llegaron de visita, bajó corriendo: se vistió el tánico y la mantilla negra y se salió para la calle.

Al salir dice que entró el cura y otros señores: le dieron las buenas noches, y pasaron de largo. Asegura Irene que de su casa á la esquina donde estaba el coche se lo hizo una legua, y cada instante pensaba que iba su padre detras de ella y la mataba.

En fin, entre estos sustos llegó al coche, subió y se alejaron de su casa á todo trote. Su querido Jacinto la procuró serenar y la obsequió del mejor modo, aunque ella nada quiso tomar.

En andar calles se les fué la noche sin atreverse D. Jacinto á llevarla á ninguna casa de sus conocidos, por no esponerla á que se hablara de su honor. Ella tampoco queria ir á ninguna casa de sus conocimientos, porque temía que se lo avisaran á su padre. Con esta irresolucion pasaron por casa á las diez de la noche, oyeron música, se informaron de que habia baile, y preguntando ¿quién vivia allí? les dijeron que la monja, ó la Carlota, la muger del inglés. Al instante se acordó Irene de su amiga y compañera, y le dijo á D. Jacinto que en ninguna parte se juzgaba mas segura, porque Carlota la queria mucho, y era de muy buen corazon, y que á mas de esto su padre no podia presumir que estuviera allí, porque no la

conocia sino por el nombre. Con esto se despidió de su amante, subió la escalera, se detuvo en la puerta de la sala para ver á Carlota, y luego que la conoció, se acercó á ella y se entraron las dos á la recámara como vieron ustedes. Esta es la aventura de la tapada. Ahora pregunto, señor coronel, ¿qué deberá hacer en este caso?

En verdad que no es muy fácil la respuesta, caballero Welster, contestó D. Rodrigo: por todas partes se presentan dificultades. Si usted la tiene en su casa, hay el riesgo de que lo sepa su padre, y que no solo le acarree á usted mil incomodidades, sino de que lo comprometa á un lance de honor, porque él es un necio atrevido, y usted no ha de consentir que la saque de su casa con tropelia. Si usted se la entrega á él llanamente, es lo mismo que entregársela al verdugo. Si se le da parte al juez eclesiástico, dirá que no tiene que ver en eso; y si al juez real; puede mandar que la entregue usted á su padre, ó que se ponga en un depósito á su disposicion, y de todos modos queda nuevísima la muchacha entre sus padres, su hermano y el tal D. Cosme, pues todos conspiran á su ruina. ¡Válgate Dios por padres crueles, y á qué peligros esponen á sus hijas! ¿No ha consultado usted esto con nuestro amigo Labin?

Se lo consulté, respondió Jacobo, y es de parecer que la tenga yo en casa unos dias, mientras se ve có-

mo se pone en un convento de orden del juez, sin intervencion de su padre; pero no debe de estar muy seguro de su parecer, pues él mismo me envió acá á consultar con usted.

Pues yo suscribo á la opinion del señor Labin; pero solo quisiera que se acelerara ese paso, porque importa mucho que el ingreso de Irene al convento sea muy pronto.

En esto quedaron, y Welster se despidió para buscar á Labin, y dar traza de asegurar á Irene.

A poco rato llegó Pomposita en coche, acompañada de la recamarera á ver á su prima con no sé qué pretesto. El coronel, al verla sola, le dijo: ¿Qué no hay otra persona en tu casa de mas respeto que te acompañe? ¿es fuerza que la recamarera sea tu custodio? ¿es la que merece mas confianza á tu madre? ¿qué cosas!

Se conoció que se enfadó un poco D. Rodrigo, porque á poco tomó el sombrero y se salió para la calle. Doña Matilde hizo que le dieran de almorzar á su sobrina, y se fué á hacer una labor que tenía entre manos, dejando á las dos niñas en la sala.

Llevaron el almuerzo á Pomposita, y mientras estaba almorzando, la criada se sentó junto á ella en un mismo canapé. Pudenciana notó bien esta familiaridad, y la comenzó á ver con atencion. Pomposa advirtió que su prima estaba incomodándose con

esto, y le dijo á la recamarera: levántate hija, que para servirme la mesa no es menester que te sientes.—Ora sí, niña, ¿de cuándo acá son esas monerías? ¿qué es la primera vez que me siento con usted?—No, no es la primera vez que te doy licencia de que te sientes; pero eso no lo has de hacer en las visitas, ni delante de la gente, porque dirán que todas somos unas, y has de advertir que yo soy tu ama, y tú mi criada para que me trates con respeto.

¡Ay niña! ¿qué soberbia ha amanecido usted ahora! La verdad que esas son muchas quirotadas.—Mira, Manuela, que no seas tan grosera ni malcriada, porque.....—¿Por qué, niña?—Porque te haré escupir las muelas á bofetadas.—¿A mí? ¿pues cuándo!.... era menester que tuviera yo las manos amarradas para dejarme dar de usted.

Iba Pomposa á levantarse con el tenedor en la mano, hecha un veneno contra su altanera criada, pero Pudenciana la contuvo, y levantándose ella se encaró á la moza, y con la seriedad que pudiera proceder una señora de edad, le dijo: ¿Qué es esto, insolente, atrevida? ¿qué no ves con quién hablas, ni dónde estás? ¡Eh! márchate pronto para fuera, antes que llame yo á mamá y te mande echar á palos de mi casa, llanota, malcriada, indecente. Señorita, yo no me meto con su mercé, decia Manuela.—Ni te metieras; ¿pues cómo yo te habia sufrir esas pi-

cardias ni esos retobos, que no se lo avisara á mi papá, y salieras de mi casa bien castigada? Sobre todo, yo no quiero conversaciones contigo. Múdate á la cocina, si quieres esperar á tu ama, ó vete ahora mala de una vez, que yo le avisaré á mi tía que te he echado. Si, si me iré, decía llorando Manuela; pero así que me paguen lo que me deben, que no había de ver la niña sino lo que yo les aguanto, y lo que hago por ella; pero yo lo avisaré á la señora y á señor, y... Vamos, Manuela, cállate la boca, decía Pomposita, ¿para qué es eso? ya sabes que yo y mi mamá te queremos mucho; pero no me gusta que delante de las gentes te propases conmigo. Con esto se contentó la criada y se salió al corredor á esperar á su ama.

Así que esta estuvo sola, le dijo Pudenciana: estoy muy admirada, no te conozco: ¿es posible que tú no solo hayas aguantado las perradas de esa grosera, sino que la hayas contemplado y dádole una satisfacción? tú, que te vanaglorias de no dejarte de ninguno, y que hasta con mi tía le ponés á tú por tú cuando se ofrece, ¿te has abatido tanto á una sirvienta de porra? ¡vaya! si me lo hubieran contado, hubiera dicho que era mentira.

Tienes razon de extrañarlo, dijo Pomposa, pero sábetete que no solo yo le aguanto, sino también mamá. Yo le sufro sus retobos por cierta cosa, y mi mamá porque le debe seis meses de salario.

¿Qué cosas de mi tía! ¿qué olvido! no puede ser otra cosa, porque no le falta dinero.—¡Ya se ve que no! mi papá le da para todo; pero no le alcanza, y se ve muy apurada hasta para completar el gasto de la semana. ¡Como tiene tantos bailecitos.....!—Yo soy una mocosa; pero no hiciera ninguna fiestecita por no verme apurada, y sobre todo, porque no hablaban los sirvientes. Pero niña, por eso sufre mi tía los retobos de Manuela; ¿y tú por qué?

¡Ay niña! porque mira..... ¡pero estamos solas! ¿no hay nadie que nos oiga?—No, Pomposita, di lo que quieras que estamos seguras de que ninguno escuche lo que hablamos.—Pues oye. Entre las visitas de mi casa y entre mis muchos enamorados, me llenó el ojo y supo avasallar mi corazón a un capitancito de milicias, en términos que hube de corresponder á sus instancias. Ello es verdad, que el muchacho es muy buen mozo y muy fino: no me pesa de quererlo; pero tengo miedo porque mas de dos veces he estado para comprometerme.—¿Será para casarte, no es verdad? Nada de eso. ¿Yo me habia de comprometer á casarme con un triste capitán? ¡No digo, ni con un brigadier! Si fuera con un marqués rico, tal vez.....—Muy alto piensas, hermana; pero no queriendo casarte con ese capitán que te pretende, no sé en qué estaria tu comprometimiento, pues una niña de tu estado y de tu clase, no puede

comprometerse con un hombre á otra cosa que á ser su muger.—Pues yo me he visto comprometida á otra cosa sin que haya sido para eso. ¡Ya se ve! tales han sido los riesgos. Mira tú, que una noche me estuve platicando con él en el descanso de la escalera. Otra vez.....—Cállate, niña: ¡y es posible que te espongas á esos riesgos? ¿Qué no te ha visto mi tía, no lo sabe?—No, niña, ni lo permita Dios. ¿Sabes quién me ha valido mucho? Manuela, porque ella ha estado al cuidado para avisarme.—¡Ah! tú le sufres sus picardías, porque no te acuse.—¡Ya se ve que sí! por eso le aguanto; si no ¿cómo ella había de alzar los ojos para verme? Pero no te admires de esto. ¿Acaso yo seré la primera niña doncella que tolere á sus criadas, porque ha tenido la debilidad de fiarse de ellas?—¡Ya se ve que no serás la primera ni la última que les tenga miedo, ni que pierda el crédito por su causa!

¿Qué puede hacer una criada vil que se emplea en estos oficios, sino callar las flaquezas de sus amas mientras estas les tapen la boca con dádivas? pero el día que les dejen de dar ó que no estén de humor para sufrirles sus retobos y llanezas, entonces las descubrirán no solo á sus madres, sino á cuantos puedan, porque entre la gente sin principios no tiene límites la venganza.

¡Bien haya mi papá que me aconseja que yo le dé

cuenta de cuanto me pasare, sea lo que fuere! ¿Hasta de tus enamorados? preguntaba Pomposa. Sí, hasta de eso.—¡Ay niña! ¡cuándo mi papá, ni mi mamá habían de permitirme tal cosa! Dirían que eso era perderles el respeto.—Mas se les pierde valiéndote de esa criada, y mas te espones, porque si tú hubieras tenido el permiso que yo, es verdad que le hubieras hablado á solas al capitán; pero tampoco te hubieras espuesto como dices.

Fuera de esto, para que las amas, sean las que fueren, tengan boca para sus criadas, es menester que estas no les sepan nada, que no tengan rabo que pisarles; porque de otra suerte, las mozas tienen á las amas como los cocheros á las mulas, sujetas del fiador, y cada día se insolentan mas, porque están seguras de que les han de aguantar, por tal de que no descubran sus defectos.

Pepa la Gomez me contó el otro día que una amiga suya le aguanta á una costurera que tiene, treinta mil porquerías, retobos y robillos de cuando en cuando. Su marido cada rato le dice que la eche; pero ella no se atreve, ni á regañarla, antes es una vergüenza ver el abatimiento con que la sufre. ¿Y por qué? Porque la tal costurera es la depositaria de sus secretos, la criada de su mayor confianza y la que la acompaña á la casa de un señor: y el día que lo sepa el marido, tal vez la matará, y hará muy bien,

porque no se casó para ser mala. Pero ya ves qué lindo motivo tiene esa señora para ejercitar la paciencia con su criada. Yo por mi, te aseguro que he de hacer cuanto pueda por manejarme toda mi vida con honor, por tal de que mis criadas cuando las tenga, no se suban sobre mí, por el mal ejemplo que les dé.

Pomposita se avergonzó con la prudente reprobación de su prima, y no teniendo que decirle, varió conversación, y á poco rato se despidió de ella y de su tía.

#### CAPITULO VI

*En el que continúa la historia de Irene.*

Que cierto es que los hombres miserables y siempre dependientes de los altos decretos, apenas podemos disponer con seguridad del instante presente, pues los futuros ya no dependen absolutamente de nuestro arbitrio! Es muy poco avisado, á mi entender, el hombre que con una loca arrogancia dice: Mañana haré esto, emprenderé tal cosa, sin añadir estas palabras: *Si Dios quiere*, porque es necesario contar con esa soberana voluntad para todas nuestras operaciones.

Cuando Welster hablaba con mi tutor acerca de poner á Irene en el convento, qué ageno estaba de que á esa misma hora la estaban sacando de su casa! Así fué.

El á la tarde volvió á la del coronel; acompañado del señor Labin, y lleno de cólera le dijo: ¿Qué le parece á usted, señor coronel? ¿no hemos quedado bien lucidos? cuando estuve acá esta mañana fué el picaro de D. Lúcas á casa, y con la mayor tropelia se sacó á Irene, auxiliado de cuatro soldados y un cabo, y por mas que Carlota se opuso, no fué posible resistir á la fuerza. Lo que mas siento es que ni conozco á ese padre infame, ni sé donde vive, pues si así fuera, juro á Dios que habia de saber quién era Jacobo Welster!

Envaine usted, señor Carranza, le decia con mucha gracia el señor Labin, envaine usted y no se precipite. ¿Qué le importa á usted que sea un grosero el tal D. Lúcas? en eso él se agravia y no á usted. Si hubiera ido á casa de usted y en su presencia él solo hubiera sacado á Irene, entonces habria hecho mal; pero á lo menos se acreditaria de osado, y habria manifestado que no tenia ni atención ni miedo; pero ir con cinco soldados y cuando tú no estabas en casa, prueba que temió, y este temor te debe servir de gran satisfacción.

El coronel y Doña Matilde apoyaron el discurso del señor Labin, y se sosegó Welster un poco. Mudaron conversación y entre otras cosas, preguntó Labin al coronel si habia de ir al teatro á la noche, porque le aseguraban que la comedia era muy buena.

porque no se casó para ser mala. Pero ya ves qué lindo motivo tiene esa señora para ejercitar la paciencia con su criada. Yo por mi, te aseguro que he de hacer cuanto pueda por manejarme toda mi vida con honor, por tal de que mis criadas cuando las tenga, no se suban sobre mí, por el mal ejemplo que les dé.

Pomposita se avergonzó con la prudente reprobación de su prima, y no teniendo que decirle, varió conversacion, y á poco rato se despidió de ella y de su tía.

#### CAPITULO VI

*En el que continúa la historia de Irene.*

Que cierto es que los hombres miserables y siempre dependientes de los altos decretos, apenas podemos disponer con seguridad del instante presente, pues los futuros ya no dependen absolutamente de nuestro arbitrio! Es muy poco avisado, á mi entender, el hombre que con una loca arrogancia dice: Mañana haré esto, emprenderé tal cosa, sin añadir estas palabras: *Si Dios quiere*, porque es necesario contar con esa soberana voluntad para todas nuestras operaciones.

Cuando Welster hablaba con mi tutor acerca de poner á Irene en el convento, qué ageno estaba de que á esa misma hora la estaban sacando de su casa! Así fué.

El á la tarde volvió á la del coronel; acompañado del señor Labin, y lleno de cólera le dijo: ¿Qué le parece á usted, señor coronel? ¿no hemos quedado bien lucidos? cuando estuve acá esta mañana fué el picaro de D. Lúcas á casa, y con la mayor tropelia se sacó á Irene, auxiliado de cuatro soldados y un cabo, y por mas que Carlota se opuso, no fué posible resistir á la fuerza. Lo que mas siento es que ni conozco á ese padre infame, ni sé donde vive, pues si así fuera, juro á Dios que habia de saber quién era Jacobo Welster!

Envaine usted, señor Carranza, le decia con mucha gracia el señor Labin, envaine usted y no se precipite. ¿Qué le importa á usted que sea un grosero el tal D. Lúcas? en eso él se agravia y no á usted. Si hubiera ido á casa de usted y en su presencia él solo hubiera sacado á Irene, entonces habria hecho mal; pero á lo menos se acreditaria de osado, y habria manifestado que no tenia ni atencion ni miedo; pero ir con cinco soldados y cuando tú no estabas en casa, prueba que temió, y este temor te debe servir de gran satisfaccion.

El coronel y Doña Matilde apoyaron el discurso del señor Labin, y se sosegó Welster un poco. Mudaron conversacion y entre otras cosas, preguntó Labin al coronel si habia de ir al teatro á la noche, porque le aseguraban que la comedia era muy buena.



Pudenciana se empeñó para que su papá la llevara al coliseo: este se informó de la comedia que representaban y habiendo sabido que era la *Misanropía*, le dijo: Si te llevaré, porque puntualmente es una pieza dramática que deben ver las mugeres. Su moralidad consiste en manifestar al alma los remordimientos, aflicciones y sustos que sufre una muger noble, cuando ha tenido la desgracia de ser infiel á un marido honrado y amoroso. A esta comedia te llevaré de buena gana, y á otras como ella. Por ejemplo, á la que se titula *el Amor filial*, á la *Andrómaca*, al *Hombre agradecido*, á la *Reconciliación*, á otra que se titula: *Si la muger es prudente, domina y vence al marido*, y á otras como estas; pero no te llevaré á aquellas que á mas de oponerse al buen gusto del día, corrompen las costumbres abiertamente, enseñando á las mugeres, especialmente á las jóvenes incautas, cosas que jamas debían saber, como, por ejemplo, los artificios y enredos que muchas damas de comedia usan para burlar la vigilancia de los padres y maridos cuando tratan de complacer á sus amantes.

Tales lecciones las aprenden las muchachas muy bien en las comedias tituladas: *Casa de dos puertas no es muy fácil de guardar*: *De fuera vendrá quien de tu casate echará*: *Guardar una muger, no puede ser*, y otras así, que fuera muy útil que no se representaran jamas en nuestros teatros.

Aun aquellas comedias que no dañan sino al buen gusto, debían desterrarse por insípidas, inverosímiles y fantásticas. Ya ustedes conocerán que hablo de las comedias mágicas, que vulgarmente llaman los empresarios, *de pueblo*. Esto es, aquellas que todo su asunto consiste en hechos maravillosos y que están fuera del orden natural, increíbles, y que inducen á la superstición. Sean ejemplos: *El Mágico de Cervan*, *Juana la Rabicorlona*, *el Mágico de Salerno*, *la Fuente de la Judía* y otras muchas. Estas comedias, si no se van á ver para gustar de la destreza de los mozos que sirven las tramoyas, ó de la habilidad del autor de las perspectivas, no tienen otro mérito por que verse. En ellas no se halla asunto digno, ilación regular, genio poético, ilusión, reglas cómicas, moral ni gracia alguna que ilustre el entendimiento, ni mueva la voluntad á acciones nobles y virtuosas. Todas son fruslerías, estravagancias, desaliños, trampantojos, y para decirlo de una vez, ridiculeces y títeres, mas propios para divertir muchachos que para hacer perder el tiempo á muchas gentes que parecen juiciosas é instruidas.

Es verdad que contra esto no responderían los empresarios ó asentistas, que ellos tratan de sacar con ventajas el dinero que han invertido en la *empresa*: que tienen una larga experiencia por sí y por sus antecesores de que esta clase de comedias agra-

dan al público, y con ellas se llena el coliseo, aunque sean ocho noches continuas, como se ha visto, y que segun esto, es preciso sacar la utilidad de estas comedias, y tener esperanza en ellas mejor que en las de asunto, pues á la comedia del Diluvio, que es un diluvio de disparates, van mas gentes que á la de la *Misantropía*. Esto parece, dirán, que semejantes comedias son más gratas al vulgo que las que se presentan arregiadas al arte, y entonces alegarán con Lope de Vega, que puesto que el vulgo las paga, es justo hablarle en necio para darle gusto.

Pero D. Tomás de Iriarte ya dió por tierra con esta especiosa disculpa cuando dijo: *Que al pueblo si le dan paja, come paja; pero en dándole grano, come grano*. Trátese en el teatro de pintar las pasiones con viveza: de enseñar el modo de moderarlas: de divertir con provecho á los espectadores: de corregir y de mover rectamente el corazon, y se verá que el pueblo concurre á ellas con mas ánsia que á la de títeres.

Eso pienso que es difícil, decia Matilde: ¿no ves cómo se atropella la gente en las comedias de *Sanson*, del *Bruto de Babilonia* y otras semejantes, especialmente las mugeres, de modo que en muchas de ellas se quedan los hombres sin cazuela porque aquellas no caben? Conque ¿cómo habian de dejar de verlas, ni cómo las habian de posponer á la *Misantro-*

pta, ni á ninguna de esas otras que se llaman de capa y espada ó de argumento?

¿Sabes cómo, hija? conque se desterraran del teatro las comedias de títeres, y las que pueden corromper las costumbres. El pueblo siempre anhela por diversiones en las ciudades populosas, y asiste á las que hay, sean las que fueren. Luego si solo se proporcionasen diversiones útiles, asistiría á ellas lo mismo que á las frívolas, y poco á poco iria perdiendo la adición al mal gusto: porque hemos de estar en que la gente idiota siempre es amiga de la novedad, y como perciba algo de maravilloso en lo que ve, aunque la engañen con patrañas. Un trozo moral del *Otelo*, un retazo critico del *Café*, no vale tanto para el necio, como ver volar una ninfa ó salir un sin fin de diablillos de una caja. Eso es muy material, provoca la risa, y no necesita mas que ojos para comprender su primor. Esta es la causa porque tienen semejantes comediones mas espectadores y aplausos: pero quitensele al pueblo estos objetos materiales y ridículos, acostúmbresele á que juzgue de las comedias con la razon y no con los ojos, y á poco tiempo de esta rutina yo pongo mi cabeza á que silba una comedia de maravillas.

Pero oye, decia Doña Matilde: tú has dicho que la gente idiota es amiga de novedades y prodigios, y yo veo que á la Genoveva van rarisimas personas

decentes. ¡Vaya! ¡si se llenan las bancas y los palcos, lo mismo que la cazuela y el mosquetel! ¿Qué diré yo, sino que á las gentes decentes les agradan las tramoyas, los vuelos y las ficciones, lo mismo que á las gentes vulgares?

En verdad que tu observacion es urgente, decia el coronel, y á no admitir una para escepcion, probaria que tan vulgar es aqui la gente distinguida como la plebeya, pues toda concurre con igual ánsia á esos despillarrados espectáculos; pero no es así, pues aunque van á tales comedias muchas gentes de buen nacimiento y buena ropa, esto no prueba que no sean vulgares, y tanto como el último mosquetero. El nacimiento, la ropa, y aun los destinos no dan una migaja de ilustracion al que no la tiene, y de consiguiente el que piensa como el vulgo, y el que se divierte como el vulgo, es vulgar, aunque se vista ó se llame como quiera. De que se deduce que hablando en todo el mundo vulgo rico, y vulgo pobre, vulgo decente y trapiento, no se debe estrañar que á estos comediones de pueblo concorra el vulgo de buena ropa con el de capa raída. Esto es claro.

Pero así como de un exterior lucido no se puede inferir un entendimiento ilustrado, así tampoco debes presumir que porque veas las bancas llenas de capas y levitas en tales comedias, van á verlas las personas de fino gusto. Por lo regular estas no van

en esas noches, si ya no es por concurrir con algun amigo, ó por lo que se dice pasar el rato.

Todo eso está muy bueno, dijo Welster; pero dejando la reforma de los teatros para los que tengan el talento y la autoridad necesaria para introducirla, yo quisiera que me dijera usted, señor coronel, si será licito ó no el frecuentarlos.

Esa pregunta se la debe hacer cada uno á su director espiritual, contestó el coronel, y seguir elegantemente su dictámen para asegurar su conciencia. Yo, hablando como padre de familia, soy de opinion que de ninguna manera puede ser licita la frecuencia á los teatros: porque representándose en ellos dramas buenos y malos, es moralmente imposible que dejen de corromperse los espíritus en alguno de los segundos.

A mas de esto, todos saben que los cristianos debemos obrar de tal manera, que podamos ofrecer á Dios nuestras acciones y hacerlas meritorias á sus ojos; ¿y quién será el hombre ó muger arreglada que pueda decir al Señor: *Dios mio, voy todas las noches á la comedia por amor tuyo?*

Pero no tratando ahora de una verdadera perfeccion, á la que todos debemos aspirar, sino solo de saber si será pecado ó no ir al teatro, soy de opinion que el frecuentarlo no podrá menos que serlo, si quiera por el peligro á que casi con evidencia se es-

pone el que lo frecuenta; pero no tengo por culpa ir al teatro tal cual vez, con las debidas precauciones y á cierta clase de comedias, en que mi familia á mas de divertirse honestamente, puede sacar algun fruto moral: y siendo la de esta noche una de las mejores piezas de mi gusto, ustedes despues que tomemos chocolate, nos honrarán con su compañía.

Antes yo quiero, dijo Welster, recibir esa honra de usted y de las señoritas, porque he tomado un palco, y deseara que acompañaran á Carlota. Será como usted lo dispusiere, dijo el coronel. A poco llevaron chocolate, dulce y agua; y luego que refrescamos, nos fuimos á casa de Jacobo, y de allí al coliseo con la señorita Carlota.

Muy divertida estuvo Pudenciana en la comedia, aunque de cuando en cuando se incomodaba mucho con el murmullo de la gente que no dejaba oír lo que le estaba gustando, y decía: ¿Has visto papá, qué imprudencia y qué falta de política la de esos habladores? si quieren platicar, ¿por qué no se irán, á una visita ó á un villar, y no venirse aquí á incomodar á todo el mundo? ¿Bien haya la política de los ingleses, en cuyos teatros, segun me dices, luego que se levanta el telon, ya nadie habla sino en voz baja! Yo la observaba con cuidado, y advertia que cuando le dejaban oír bien, á cada escena mudaba de sem-

blante, pero en la conclusion del drama no pudo contener el llanto.

Despues que volvimos á casa, le preguntó el coronel, ¿qué le habia parecido la comedia? Ella dijo: muy buena, papá; pero qué lástima me dió Eulalia á lo último. ¿Qué triste, qué arrepentida y avergonzada se presentó á su esposo! ¿qué perdones le pidió tan sinceros! ¿con qué humildad se reconoció culpada! ¿y qué confusion no le causó la memoria de sus pasados extravios! ¡Pobrecita! yo no pude menos que llorar, al ver la seriedad con que la trató su esposo Carlos, que no hubiera sido para ella tan cruel la misma muerte: porque no era una seriedad dura ni natural, era una seriedad tierna y forzada de un marido amante y ofendido, en cuyo corazon batallaban á un tiempo el amor y la honra.

Así es, prosiguió el coronel: Carlos conocia la virtud de su esposa, la amaba; pero no podia sufrir sobre sí el juicio de los hombres, decidido contra él aunque con preocupacion. Habia perdonado á Eulalia: él mismo prevendria las disculpas para el perdon: advertia que fué seducida incantamente: estaba satisfecho de su amor y su arrepentimiento: quisiera estrecharla entre sus brazos; pero su honor ultrajado, su mal correspondido amor con la infidelidad de su esposa, se ponian en medio de los dos y no los dejaban estrecharse. ¿Qué situacion tan triste para

un corazón noble, sensible y enamorado como el de Eulalia!

A mí me compadeció demasiado, decía Pudencia; pero mas lástima me daba Carlos. Este padecía sin motivo, habiendo sido un buen marido. Eulalia padecía, pero con razón. Ella pagaba con humillaciones vergonzosas la facilidad con que se dejó engañar por un ingrato corruptor. Sin embargo, una mujer en este caso sería digna de toda compasión, ¡Ay! ¡Dios me libre, papá, de verme jamás en la infelice situación de Eulalia!

Este era el fruto que yo quería sacar de la comedia, dijo el coronel: á tí te ha compadecido Eulalia, pero conoces que ella tuvo la culpa de las infelices que sufrió: advirtió que había perdido la confianza de un buen marido, hombre de bien, y que la había amado tiernamente; reflexionó en todas las desgracias que había echado sobre sí y sobre sus hijos, y agitada por el incesante grito de su conciencia, arrepentida de su delito, no pudo en la ocasión hacer mas, sino implorar el perdón de su esposo en medio del dolor y la vergüenza.

Si hubiera logrado algunos días las constantes caricias de su infame seductor, tal vez hubiera lisonjeado su delito y entretenido sus remordimientos. No tan pronto hubiera estrañado á su marido ni conocido toda la malicia de su crimen; pero lejos de

disfrutar este plácido sueño por algun tiempo considerable, apenas el seductor satisfizo su pasión, cuando huyó de ella, dejándola en brazos de la miseria, de la desesperacion y de la infamia.

¡Qué bella lección es esta, hija mía, para hacerte concebir un justo horror contra el adulterio! Jamas olvides la comedia si Dios te destinare para casada, ni pienses que este pasage se queda en una ficción del poeta, ni que es el único en su especie: muchos han acaecido y acaecen todos los días por este estilo. Si fuera licito esponer sobre el teatro las debilidades de muchas casadas infieles á sus maridos, la vil correspondencia de sus seductores, la agitación de sus espíritus, el detrimento de su honor, y los amargos días que tienen que sufrir con sus esposos, aun cuando estos han tenido la generosidad de perdonarlas, se verían las escenas mas tristes y funestas.

Escúchame, hija mía, con atención. Así como las niñas doncellas honradas tratan de conservar su virginidad, así las jóvenes casadas deben conservar á toda costa, la fidelidad conyugal, si piensan con honor. Perdida esta virtud en la casada, no encuentra en ninguna otra con que resarcirla á los ojos de su marido. La hermosura, la riqueza, la discrecion, el mugerieo y las habilidades de que es susceptible el sexo femenino, son nada en la mujer que una vez le

ha faltado á la fidelidad. El, si conoce las leyes del honor, por bueno que sea, verá con desprecio cuantas circunstancias tenga su muger recomendables, cada vez que se acuerde que le faltó á la fé que le prometió guardar al pié de los altares.

El adulterio es un crimen horrible, y mucho mas cometido por parte de la muger. Todas las naciones aun algun tanto civilizadas, han aborrecido el adulterio, y mucho mas á las adúlteras. Las leyes penales que han establecido contra ellas las naciones, nos confirman en esta verdad. Casi todas son de esclavitud ó muerte, y las nuestras mandan sea entregada la adúltera á disposicion del marido; pero la religion tiene modificada esta ley, y así, habiendo queja de parte, la justicia las castiga con reclusiones temporales ó perpetuas.

Y no me dirás, papá, á qué sentencian las leyes al marido en igual caso de adulterio? preguntaba Pudenciana. Y su padre le contestó: segun son las circunstancias, son los castigos; mas por lo regular despues de procurar la separacion del concubinato, si la muger propia solicita divorcio, se le concede, por ser este uno de los casos de la ley. Dios dice en los Proverbios, que el hombre que á sabiendas vive con una muger adúltera, es no solo necio, sino impio; pero al marido se obliga á que ministre los alimen-

tos á su muger y á sus hijos. Esta es la pena que las leyes imponen á los hombres.

Pues entonces, ¿por qué es tanta crueldad con las mugeres? decia Pudenciana: ¿no es en ese caso tan delincuente la muger como el hombre? ¿no es igual el pecado? ¿pues por qué á la muger se castiga con tanto rigor y al hombre con tanta suavidad?—Porque no es igual el delito como piensas: es mas criminal la muger que el hombre.—Y en qué está esa mayor criminalidad?—En que el hombre solo agravia á la muger, pero esta no solo agravia sino que infama al marido y perjudica la prole.—No lo entiendo.—Pues yo te lo explicaré mas claro, para que toda tu vida mires con horror el adulterio.

Al contraer el santo sacramento del matrimonio, se prometen el hombre y la muger una fidelidad mutua mientras vivan, y esta obligacion á que los dos reciprocamente se sujetan es tan estrecha, que siempre que uno y otro falta á ella, cometen un gravísimo pecado. Oye lo que acerca de esto dice Dios en los Proverbios por boca de Salomon: *Horrorizale del adulterio, pues el hurto, que no siempre es pecado grave cuando lo origina la miseria y la grave necesidad del hombre oprimido de la hambre, puede ser compensado por un precio septuplicado; mas el que comete un adulterio, nada puede dar en reparacion del daño que ha causado. Cúbrese el delincuente de verguenza é ignominia, cuya mancha nin-*

guna cosa puede borrar. Pierde tambien su alma sin remedio: y el esposo ultrajado tarde ó temprano tomará venganza de su agravio.

Tal es la malicia del adulterio, pecado gravísimo ante los ojos de Dios, y que pierde las almas de los adúlteros, sean hombres ó mugeres: y como que el marido y la muger se juraron una fidelidad inviolable, como te dije, se sigue que siempre que uno de los dos falte á esta prometida fidelidad, ofende y agravia notablemente á su consorte; pero el agravio de la muger, es mayor, porque infama al marido y perjudica á la prole.

Ya has advertido y podrás advertir en el discurso de tu edad que cuando una muger tiene un marido adúltero, lejos de ser infamada, es compadecida de cuantos la conocen. *¡Pobrecita de Fulana! dicen, ¡qué mala vida pasa con su marido, despues que este se halla mal entredido con Sutana!*

No se habla ni se juzga así del hombre que tiene á su lado una muger adúltera, aun cuando él ni de lugar á ello ni lo sepa. Por lo comun este infeliz vive siempre entre unas ausencias cáusticas, que suelen ser peores si llega á hacerse público el crimen de la pérdida muger.

Pero ¿qué grave responsabilidad tendrá esta por el perjuicio que acarrea á la prole? ¡Perjuicio enorme y cuyas resultas pueden ser irreparables!

Si una muger de estas lleva á su casa un hijo, fruto de su adulterio, ¿no conoces que aquel hijo extraño va á quitarles el pan de la boca á los propios del marido? ¿qué será si hereda alguna parte de los hijos? y ¿qué, si hereda, casi el todo, como puede ser, si hay en la familia algun mayorazgo vinculado? En estos casos el hijo adúlterino usurpa sin saberlo los bienes, el título y los vínculos á los dueños legítimos del caudal. El los poseerá de buena fé; pero la responsabilidad caerá sobre la madre. Considera; ¿cuánta será la turbacion, el remordimiento y la congoja de esta, especialmente en la hora de su muerte, hora de desengaños, hora terrible, y en que debe conocer toda la gravedad y reato de su culpa!

Sin duda, papá, decía Pudenciana, que ese lance debe ser muy duro y muy pesado. Dios libre á todas de experimentar esos remordimientos. Por mí le aseguro á usted que primero deseo mi muerte que verme en semejante caso, si es que Dios me tiene destinada para el matrimonio; y ahora conozco que con razon las leyes son mas rigurosas con las mugeres que con los hombres, porque estas agravian é injurian al marido y perjudican á la prole. Ojalá que todas las mugeres casadas entendieran bien estas cosas, quizá así no se prostituirían tan fácilmente.

Yo me alegro que pienses de ese modo, dijo el co-

ronel, y apreciaré que siempre cultives esos tan cristianos y honrados sentimientos.—

Ello es cierto, papá, que las mugeres deben ser buenas para ser buenas casadas. Ya he comprendido lo que me has enseñado acerca de las obligaciones que tienen, de ser amables, honradas, fieles á sus maridos, cuidadosas de sus hijos, y económicas con su casa y familia; pero, ¿qué conque la muger sea buena, si el hombre es malo? En este caso, por mas que haga, todo andará sin órden y la muger en un martirio de por vida.

De todo esto saco que es menester mucha discrecion para elegir estado, y mucho mas para elegir marido, con quien se ha de vivir hasta la muerte. Yo quisiera que pues me has enseñado á consultarte todo con confianza, me dieras unas reglas para conocer á los hombres, por si estuviere de Dios que sea casada. Estas reglas me servirán de mucho y quizá de su observancia penderá la felicidad de mi suerte.

El mismo interés que te dicta la pregunta tengo yo para darte la respuesta, dijo el coronel; pero no es fiel satisfacerte como quisiera, porque no lo es el señalar unas reglas seguras para el caso.

Muchos autores han tratado de prescribirlas, y aun no faltó quien escribiese un libro con el título de *Arte de conocer á los hombres*, título á la verdad que

promete mucho, pero que no se puede desempeñar por mas que se trabaje.

Si los hombres fuesen sencillos, si no se disfrazaran tan seguido, no fuera tan difícil conocerlos; pero tienen sus fases ó aspectos como la luna, y las varian á cada instante, segun y como les conviene, y he aqui en lo que estriba la gran dificultad de conocerlos.

Si tú vieras á un caballero en la antesala de un grande, con el sombrero en la mano, puesto en pié, con un semblante muy halagüeño, y doblándose á fuerza de cortesias con mas flexibilidad que el arbolillo tierno agitado de los violentos huracanes, dirias sin duda, que aquel hombre era muy atento, bien criado, afable y humilde; pero si lo vieses despues que consiguió el empleo que solicitaba, si lo vieses, digo, en su casa, lo advertirias orgulloso, soberbio, grosero, déspota é insufrible con sus subalternos é inferiores, y entonces confesarías que fué tu primer concepto equivocado. A pocas reflexiones que hagas sobre los hombres á este modo, verás que tienen distintas máscaras con que disfrazarse, y que por lo mismo es harto dificultoso el conocer á fondo su verdadero carácter. Solo un trato frecuente con ellos es el mas seguro termómetro para discernir sus legitimos temperamentos.

No obstante, te daré algunas reglas generales pa-



ra que las observes, asegurándote que si no las olvidas, podrán ser muy conducentes á tu bien; pero será mañana, porque ya es tarde, y tu madre está durmiéndose en la silla. Con esto se levantaron, se fueron á recoger, y el día siguiente, á la hora de almorzar entró una criada de Doña Eufrosina, dando un recado ridículo como suelen usarse entre tales gentes: ¡ya se ve, que así se los darán en muchas partes! ¡Ave María Santísima! decía la moza: muy buenos días dé Dios á sus mercedes. Que dice mi ama que ¿cómo está su merced? que ¿cómo le va á su merced? que ¿cómo pasó la noche? que ¿cómo está la señorita y la niña? y que por allá está muy apesadumbrada la niña Pomposita: que aquí tiene su merced este papel, y que á la tarde enviará el coche para acá, y que no dejen de ir sus mercedes. Diciendo esto, entregó el papel á D. Rodrigo, y este, presente ya su esposa, que acababa de entrar de la recámara, leyó de esta manera:

*Muy señor nuestro: La desgraciada Pamela falleció ayer á las seis de la mañana, y destosa toda esta casa de manifestar el aprecio que le mereció cuando vivía, suplicamos á usted y á su familia se sirva asistir esta noche á las exequias que se le harán en la sala, en la que dirá la oración fúnebre el bachiller que será algún día D. Leopoldo Arconas, cuyo favor perpetuarán en la memoria para su reconocimiento sus seguras servidoras q. b. s. m.—Eufrosi-*

*na Contreras de Langaruto.—Pomposa Langaruto y Contreras.—Carlota Gomez de Welster;—María Anselma Rubio.*

Está muy bien, dijo el coronel: di que iremos allá esta tarde. Fuese la criada y Doña Matilde decía: está bien gracioso el tal convite. Otros he visto yo mas ridiculos y con letras de molde, contestó el coronel: lo que me hace mas fuerza es la bella disposición de tu hermana para gastar el dinero en bobearias. ¡Vea usted qué cosas! Porque se murió una perrilla, armará esta noche una *frasca* de baile y merendata, cuyos costos no le bajarán de treinta ó cuarenta pesos. ¡Eh! ¡quiera Dios que no haga falta mañana ese dinero! Lo que yo siento es que nos comprometen á desvelarnos y á pasar la plaza de gorriones; pero, ¿cómo ha de ser es preciso contemporizar á veces con los prójimos, porque si no, dicen que es uno insocial é intratable.

Si, papá, decía Pudenciana: yo deseo ir, no por bailar ni por comer, sino por oír la *Oración fúnebre en las honras de Pamela*. Ello, ya me hago cargo que será una garta de disparates; pero pasaremos el rato, y nos reiremos un poco.....; mas ahora que me acuerdo, papá: ¿qué, no me sigues diciendo lo de anoche?—No se me ha olvidado; pero será en otra ocasión, porque ahora tengo que hacer.

En efecto, acabaron de almorzar: el coronel salió

para la calle, yo me despedí tambien, hasta el medio día que nos juntamos á comer, y despues de esto y de haber reposado un rato, se vistieron Doña Matilde y su niña, y sa previnieron para esperar el coche de la hermana que llegó cerca de las oraciones de la noche, con mucho gusto de Pudenciana, que no veía la hora de ir á la casa de su tia para aumentar el lucimiento á las honras de Pamela, de las que se tratará en el capítulo que sigue.

CAPITULO VII.

*En que se da razon de las famosas exequias con que honraron la muerte de Pamela, Doña Eufrosina y la niña Quijotita.*

INMEDIATAMENTE que llegamos á la casa mortuoria, nos sorprendimos con el aparato que encontramos: pues á mas de que la sala estaba completamente iluminada y llena de gente lucida, en medio de ella estaba colocada una muy curiosa pira.

En el primer cuerpo [1] que servia de zócalo ó ban-

[1] El año 99 del siglo pasado concurría el Dr. D. José María Guridi y Alcocer, las veces que se lo permitia su curato de Acajete, en la casa de un canónigo muy aficionado á cosas curiosas, entre las que tenia algunos autómatas de algun mérito. Concurrían tambien otro cura y un padre carmelita, [lo que es necesario saber para que se entiendan algunos pasages de la descripcion de la pira y de la oracion fúnebre] y con el motivo de la muerte de una perrita, que era el idolo de las señoras, formó casi corriente cálamó, este juguelillo satírico.—E.

co, se grabaron dos inscripciones y dos sonetos, que espresaban el sentimiento debido á la enfermedad y muerte de Pamela.

En el lienzo ó costado principal se leía la siguiente inscripeion latina.

PAMELÆ  
 NOBILISSIMÆ. CANI  
 ONTINÆ. STIRPITIS. ATAVIS. PROGENITÆ  
 ANGELOPOLI. NATÆ  
 OPPIDO. ACAXATENSI EDUCATÆ  
 PRÆCLARIS. FACTIS. MEXICI. CORUSCANTI  
 INIBIQUE. OMNIUM. LACRIMIS  
 IMMATURA. MORTE. PEREMPTÆ  
 SECVLO. XVIII. SPIRANTE  
 SUA. DOMVS  
 MAXIMO. MÆRORE. CONJECTA  
 MUNIFICENTISSIMUM. HOCCE. MAUSOLEUM  
 IN. AMORIS. MONUMENTUM. PERENNE  
 EREXIT.

En la frente opuesta se grabó la misma inscripcion vertida al castellano, para que la entendieran todos: pues aunque en este idioma no se han usado jamas, pareció que en obsequio de una perra se debía dar principio á una moda tan importante. [1]

[1] Despues de la inscripcion castellana de esta pira, la primera que vió México fué la que en la puerta del teatro grabaron los cómicos el año de 1812 con motivo de la jura de

para la calle, yo me despedí tambien, hasta el medio día que nos juntamos á comer, y despues de esto y de haber reposado un rato, se vistieron Doña Matilde y su niña, y sa previnieron para esperar el coche de la hermana que llegó cerca de las oraciones de la noche, con mucho gusto de Pudenciana, que no veía la hora de ir á la casa de su tia para aumentar el lucimiento á las honras de Pamela, de las que se tratará en el capítulo que sigue.

CAPITULO VII.

*En que se da razon de las famosas exequias con que honraron la muerte de Pamela, Doña Eufrosina y la niña Quijotita.*

INMEDIATAMENTE que llegamos á la casa mortuoria, nos sorprendimos con el aparato que encontramos: pues á mas de que la sala estaba completamente iluminada y llena de gente lucida, en medio de ella estaba colocada una muy curiosa pira.

En el primer cuerpo [1] que servía de zócalo ó ban-

[1] El año 99 del siglo pasado concurría el Dr. D. José María Guridi y Alcocer, las veces que se lo permitía su curato de Acajete, en la casa de un canónigo muy aficionado á cosas curiosas, entre las que tenía algunos autómatas de algun mérito. Concurrían tambien otro cura y un padre carmelita, [lo que es necesario saber para que se entiendan algunos pasages de la descripcion de la pira y de la oracion fúnebre] y con el motivo de la muerte de una perrita, que era el idolo de las señoras, formó casi corriente cálamó, este juguelillo satírico.—E.

co, se grabaron dos inscripciones y dos sonetos, que espresaban el sentimiento debido á la enfermedad y muerte de Pamela.

En el lienzo ó costado principal se leía la siguiente inscripeion latina.

PAMELÆ  
 NOBILISSIMÆ. CANI  
 ONTINÆ. STIRPITIS. ATAVIS. PROGENITÆ  
 ANGELOPOLI. NATÆ  
 OPPIDO. ACAXATENSI EDUCATÆ  
 PRÆCLARIS. FACTIS. MEXICI. CORUSCANTI  
 INIBIQUE. OMNIUM. LACRIMIS  
 IMMATURA. MORTE. PEREMPTÆ  
 SECVLO. XVIII. SPIRANTE  
 SUA. DOMVS  
 MAXIMO. MÆRORE. CONJECTA  
 MUNIFICENTISSIMUM. HOCCE. MAUSOLEUM  
 IN. AMORIS. MONUMENTUM. PERENNE  
 EREXIT.

En la frente opuesta se grabó la misma inscripcion vertida al castellano, para que la entendieran todos: pues aunque en este idioma no se han usado jamas, pareció que en obsequio de una perra se debía dar principio á una moda tan importante. [1]

[1] Despues de la inscripcion castellana de esta pira, la primera que vió México fué la que en la puerta del teatro grabaron los cómicos el año de 1812 con motivo de la jura de

A PAMELA

PERRITA FINISIMA,

DESCENDIENTE DE ABUELOS DE LA MEJOR RAZA,

NACIDA EN PUEBLA,

CRIADA EN ACAXETE.

ADMIRADA EN MEXICO POR SUS ESCLARECIDOS HECHOS,

Y ALLI MISMO CON UNIVERSAL SENTIMIENTO

ARREBATADA POR UNA MUERTE TEMPRANA,

AL ACABAR EL SIGLO XVIII.

SU CASA,

OCUPADA DE LA MAYOR TRISTEZA,

PARA PRUEBA PERPETUA DE SU AMOR

LE ERIGIÓ ESTE MAGNIFICO MAUSOLEO.

*la constitucion española. Decia así, segun podemos acordarnos.*

AL DIOS. ETERNO

POR. QUIEN ESPAÑA. GRABA

EN. EL. MARMOL. DE. UN. CODIGO. INMORTAL

LOS. DERECHOS. DEL. HOMBRE  
INDEPENDIENTE. LIBRE. CIUDADANO

LOS. COMICOS. DE. MEXICO

AL. RECOBRAR. TAN. ALTA. DIGNIDAD  
PARA. PERPETUA. MEMORIA

DE. SU. HUMILDE. AGRADECIMIENTO

AÑO. MDCCXCII.

*De entonces aca se ha cultivado este nuevo ramo de lité-*

En el costado de la derecha se colocó el siguiente

SONETO.

Llorad, señoras, con amargo llanto:  
Manifestad con lutos la tristeza,  
Cubriendo de ceniza la cabeza,  
Y el semblante vistiendo del espanto.  
Melancólico y lúgubre sea el canto  
Con que el aire resuene de esta pieza,  
Y del dolor espese la viveza  
El enorme tamaño del quebranto.  
¿No sentis de Pamela que cayendo  
Se encojase su tierna piernecita?  
Pues sollozad, que á un lance tan horrendo  
Es fuerza que la pena le compita  
Con mugeriles lágrimas, sintiendo  
La cojera fatal de una perrita.

En el costado de la izquierda se puso el siguiente

SONETO.

Muere Pamela: ¡oh pena la mas dura!  
Corta la Parca el hilo mas querido:  
Los filos del cuchillo enfurecido  
Trincan á la que hacia nuestra ventura.

*ratura, como es de verse en los panteones de esta capital, aunque con poco fruto hasta ahora.—E.*

Esto la casa entera desfigura:  
 Calla el pájaro el trino repetido,  
 Grita el loro, y el gato da un mahullido,  
 y se afligen el uno y otro cura. [1]

En caso tal, según los pareceres  
 De sabias plumas de pasión desnudas,  
 Invirtiéndose el orden de los seres,  
 Es dable, sin pararse nadie en dudas,  
 Que se metan á trailes las mugeres  
 Y los hombres á monjas calzonudas.

El segundo cuerpo lo llenaban cuatro octavas con sus correspondientes geroglíficos, espresando las principales virtudes de Pamela, corroborándolas con ejemplos de los perros célebres de la historia.

El primer costado tenía pintada una pierna de perro, y por orla aquel testó del Nebricense en su gramática latina: *Pedibus aeger*, y esta

OCTAVA.

De la suerte que Dárides al fuego  
 Por su dueño Lisímaco se arroja,  
 Así Pamela sin tener sosiego  
 Da vuelta en la cornisa en que se atroja,  
 Y por ir á sus amas se cae luego,

[1] Véase la nota de la pag. 94.—E.

Se lastima una pierna y queda coja;  
 Pero ¡oh que gloria la que se grangeaba,  
 Mientras que á cada paso mas cojeaba!

En el segundo costado se pintó un diente con el epigrafe tomado de Virgilio, *In limine latral*, y la siguiente

OCTAVA.

Si de Hilax y otros perros los ladridos,  
 Por anuncios del daño que amenaza,  
 Se miran celebrados y aplaudidos,  
 De Pamela es mas loable la cáchaza:  
 Jamas dejó á sus amos aturdidos,  
 Según las propiedades de su raza:  
 Silenciosa ocupaba los umbrales,  
 Elogios mereciéndose inmortales.

En el tercer costado se pintó una colita, y por orla las palabras de Marcial. *Blandior omnibus puellis*, y esta

OCTAVA.

Si Argo, perro de Ulises, fué mamoso  
 Mostrando por su dueño sus conatos,  
 Será inmortal Pamela que gozoso  
 Tuvo siempre de su ama á los mandatos  
 Su rabito fiestero y obsequioso,  
 Digno de aplausos y recuerdos gratos:  
 De su lealtad celebre la memoria  
 La pluma fiel de la perruna historia.

En el cuarto costado se veía pintada una cabeza de perro con el epigrafe tomado de Horacio: *Merdis ca put inquinet*, y últimamente esta

## OCTAVA.

De Mera, perra de Icaro, se cuenta  
Que á la hija de este guió porque lo hallase;  
Mas porque de Pamela siempre atenta,  
Mayor conocimiento se mostrase,  
La gana contenía: mas bien revienta,  
Que sufrir que la ropa se ensuciase.  
¡Oh cabeza de tal conocimiento,  
De quien no se escapó ni el escremento!

Al tercer cuerpo adornaban cuatro décimas respirando moralidad, con relacion á los geroglíficos de sus correspondientes costados, y son las siguientes.

## PRIMER COSTADO.

¡Oh tú que con paso lento  
Vas siguiendo tu camino,  
Ignorante del destino  
De este triste monumento!  
El pié deten un momento  
Y esta pierna considera,  
Que mudamente parlara,  
Al mismo tiempo que espanta,  
Te enseña á fijar la planta  
Por librarte de cojera.

## SEGUNDO COSTADO.

Caminante que en tu lira  
O en un burro aparejado,  
Te pasas tan descuidado  
Sin ver siquiera esta pira:  
El trote deten y mira  
Este diente singular,  
Que contigo debe hablar,  
Seas tú el que quisieres ser,  
Pues quien no sabe morder,  
Sabe á lo menos ladrar.

## TERCER COSTADO.

¡Oh viajante! que á tu bayo  
Metes espuela de duro,  
Y vas á galope puro,  
Como el mas robusto payo:  
Pregúntale allá á tu sayo  
Si esta cola debe hablarte:  
Creo debes aquí pararte,  
Aunque muy de prisa vengas,  
Porque es difícil no tengas  
Babo que puedan pisarte.

## CUARTO COSTADO.

Currutaco botarate  
Y madama á la ginetá,

Que vais tras de la retreta  
 Con magestad de petate:  
 Dejad tanto disparate,  
 Y humilde, rendido, atento  
 Os pido por cumplimiento  
 Pareis el coche ó caleza,  
 Y mirando esta cabeza,  
 Vacíeis la vuestra de viento.

En el cuarto cuerpo, sobre que se levantaba el último; no en la figura regular, sino en forma de basurero, para representar el que fué sepulcro de Pamela, se pusieron cuatro epitafios en otras tantas endechas, correspondientes á los geroglíficos de los respectivos costados.

1

Aquí yace Pamela,  
 Cubierta de basofia:  
 Si cojeas de algun pié,  
 Sin duda que te mandan  
 á la porra

2

Este lugar inmundó  
 A Pamela contiene:  
 A igual se deben ir  
 Las que descubren á cual-  
 quiera el diente.

3

Al muladar que miras  
 Vino á dar una perra:  
 Tú, que lo eres tambien,  
 Con el rabo vendrás entre  
 las piernas.

4

Yace en un basurero  
 La compuesta Pamela:  
 Basura es el adorno,  
 Vanidad que trastorna la  
 cabeza.

Todos nosotros y cuantas personas allí estaban, celebrábamos el dibujo, la idea y las curiosidades de la pira; pero el coronel luego que leyó los versos, me dijo: las inscripciones hablan del siglo pasado, y así es que estas no son producciones de ninguno de los colegiales que visitan la casa, ni menos de mi cuñada ni sobrina. Infórmate de quién es su autor.

No me costó mucho trabajo desempeñar mi comision, porque no faltó quien me sacara del cuidado luego, luego; y así ya bien certificado, le dije á mi tutor que quien habia ideado la pira y compuesto la inscripcion, los sonetos y todo, era el Dr. D. José Miguel Guridi y Alcocer, autor tambien de la oracion fúnebre que dirá el colegial esta noche, lo que hizo con objeto de pasar el rato en una concurrencia, criticando al mismo tiempo una pira puesta en aquellos dias en un templo de México y la oracion que allí se pronunció.

Siempre presumí, (dijo el coronel) que el autor de estos versos fuera un literato conocido, porque hasta en los juguetes y distracciones de los sabios campea la erudicion y la gracia. Ya deseo oír la oracion fúnebre, que me parece será una pieza agradable. No tardará mucho, le contesté, y en efecto, despues de un rato de buena música, se presentó sobre un aparato que parecia cátedra ó púlpito el colegial destina-

do para el caso. Era bastante vivo, y así dió todo el lleno á al funcio.

ORACION FUNEBRE.

*¡O crudelis Alexin! nihil mea carmina curas.* Virg. Egl. 2. v. 6. ¡O cruel! te alejas sin que valgan nada los mios, el Carmelita y los Curas!

Solo con estas tiernas espresiones puede explicarse la pérdida lamentable que lloramos. En el punto que experimentamos tan terrible golpe, nos sobrecojió un súbito dolor: se esparció por nuestros semblantes el aire lúgubre de la angustia: se convirtieron en rios de lágrimas nuestros ojos: poblamos la atmósfera de suspiros: nos desgremamos, nos dimos de bofetadas, y rasgando nuestras vestiduras, cubrimos de ceniza las cabezas.

Pero qué, ¡semejantes demostraciones serán acaso suficientes para explicar nuestra pena? ¿No deberíamos usar de otras mayores para llorar la muerte de la muy noble, muy esquisita y muy fina perrita Doña Pamela? No, á la verdad: no era bastante detestar el hado, maldecir la fortuna, improperear las parcas y armarse de invectivas contra la guadana de la muerte. Estas espresiones son comunes en las pérdidas ordinarias: era necesario para singularizarnos, avanzar á mas, maldiciendo hasta el naranjo y

la carreta en que sale la muerte el Viernes Santo (1); y aun era poco: deberíamos quejarnos hasta de la difunta misma, como si ella hubiera tenido la culpa de su triste fallecimiento.

¡Oh tú, adolorida señora Doña Pomposa (2), y la mas infeliz entre las damas! á ti pertenecia llenar la casa de gritos y alharacas, como que te toca mas de cerca la pérdida.

En efecto, el amor ardiente y correspondido de esta niña á Pamela, enlazó á ambas, uniéndolas y amasándolas de tal modo, que de ellas formó de pasta un cordón que ardia á lo lejos: *Formosum pastor*

(1) En la procesion del Viernes Santo se acostumbraba sacar en una carreta bajo de un naranjo un esqueleto, que representaba á la muerte, que se introdujo al mundo por haber comido nuestros primeros padres de la fruta del árbol vedado, siendo tan completo su imperio, que ni el Hombre Dios se libertó de su guadana, habiéndose sujetado á ella para redimir al linage de Adan.

Ya felizmente se han ido desterrando de entre nosotros poco á poco estas y otras exhibiciones, que solian mezclarse antiguamente con los actos mas sagrados.—E.

(2) Debe advertirse que el colegial que recitó la oracion cambió los nombres, acomodando en lugar de los que tenia el manuscrito, los de las señoras que se supone lo escuchaban.—E.



*Coridon ardebat Alexin.* Ella tenia en la perra sus delicias y el dominio. *Delicias domini*, de suerte que ya nada le quedaba que desear, ni que esperar. *Nequid speraret habebat.*

Pero descuidándose en que anduviese libre por todas partes, tanto entre en danzas, *tantum inter densas* que sufrió una horrible caída, de que no bastaron á curarla el andarla cargando, el discurrir mil remedios, ni el envolverla y ceñirla: nada pudieron los hombres, el cacumen y las fajas, *umbrosa cacumina fagos.* La embracilaban las señoras, y de ellas asida venia é iba: *asidue veniebat ibi*, hasta que desesperando de su salud, la dejaron en lo mas recóndito en el suelo: *hæc incondita solus.* Exhaló por fin el último aliento, por mas que su ama blasonaba que sanaria, y que en todas partes, en los montes, en las selvas y en el estudio lo jactaba la enana: *montibus et silvis studio jactabat innani.*

Entonces, en aquel triste momento se alborotó la casa, se turbaron los parientes, se afligió el Carmelita, se conmovieron los Curas; y la angustiada Doña Pomposita, enclavijando las manos, volviendo á un lado y á otro la cabeza, elevando los ojos al cielo y dirigiendo á Pamela sus voces, que arrebató de la boca del principe de los poetas, hizo resonar las paredes de la casa con estas lúgubres palabras: ¡Oh cruel, te alejas, sin que valgan nada los míos, el Car-

melita y los Curas! *¡Oh crudelis Alexin, nihil mea carmina curas!*

Pero contengamos, señoras, contengamos las lágrimas en que nos obliga á desatarnos la memoria de aquel dia. Despues de la pérdida de Pamela no nos queda otro lenitivo que honrar sus cenizas, sacando aprovechamiento de nuestra propia desgracia. A este fin, yo vengo á haceros ver que su vida fué el mayor ejemplo, y su muerte el mayor desengaño. Este es el asunto y division de mi discurso.

Para promoverlo con la magestad que ecsige la materia, y corresponde á la sublimidad de la naturaleza canina, son de desear los influjos de los signos celestes, y en especial del Can, ó la Canícula, para cuya consecucion es conducente la deprecacion del sonecito de la Cucaracha: *zafa, zafa demonio; mal haya tu estampa (1).*

(1) Tanto para hacer inteligible la alusion, como para satisfacer la curiosidad de los lectores, pareció conveniente poner aquí una muestra de los versos que se cantaban en el sonecito de la Cucaracha, los que al mismo tiempo servirán para hacer juicio del buen gusto y moralidad de la época de nuestros padres.—E.

Coro Un capitán de marina  
Que vino en una fragata,  
Entre varios sonecitos  
Trajo el de la Cucaracha.

PUNTO PRIMERO.

Si hubiera de elogiar á la inco-parable Pamela en el estilo de los oradores profanos, yo ponderaria su calidad y finura, que la hacian preferente á los mastines, galgos y podencos: á los lebreles, perdigueros y perros de agua: á los alanos, dogos, y *Excuintles*: hablaría de su patria la Puebla: me demoraria en su crianza y educacion al lado de una aya tan acredita-

Duo. ¡Ay que te me pical!

¡Ay que te me agarra

Con sus colmillos

La Cucaracha!

1.<sup>a</sup> voz.

Zafa demonio,

Zafa la garra,

Que me lastima,

Y arde hasta el alma.

2.<sup>a</sup> voz.

Sufre, nanita,

Sufre y aguanta,

Que el placer dura

Y el dolor pasa.

1.<sup>a</sup> voz.

No me divierten

Chanzas pesadas:

Zafa, te digo:

Zafa la garra.

Duo.

Vete á la porra,

Cara de sarna,

Barriga sucia,

Piernas chorreadas.

Estríbillo. ¡Zafa, zafa, demonio, mal haya tu estampa!

da, qual es la hermana del herrero del pueblo de Acajete, quien la acostumbró desde su infancia á la abstinencia, y á llevar en los lomos el peso de un colchon de arena, y en las orejas el de unos plomos: finalmente, describiria su penoso viaje á esta ciudad atravesando montañas y sufriendo las fatigas del camino, hasta que en el puerto de Chalco se embarcó en la *Capitana*, al mando de la famosa traginera la *Jarocho*, en la que navegó todo el lago, y avistando sucesivamente al cabo de doce horas las costas de *Mexicalcingo*, *Ixtacalco* y *Jamaica*, dió fondo la embarcacion en el muelle del Puente de la Leña, y saltó en tierra Pamela para servirnos de ejemplo, que es á lo que debo contraerme precisamente.

¿Cuántos no hubiera dado si su temprana muerte, acaecida antes de cumplir el primer año de su edad, no hubiera truncado su carrera en la niñez? De este modo mas puede elogiarse por lo que pudo ser, que por lo que fué. ¡Qué halagüeñas esperanzas las que de ella concebimos! Todos nos prometiamos, y no sin fundamento, que en llegando á una edad adulta, sabria sentarse, pararse en dos pies, juntar las manos como quien pide, brincar para alcanzar un pedacillo de pan, abrir la boca para asestar el que se le tirase, hacer el muerto, y otras gracias que recomiendan á los de su especie, y con las que tal vez se hubiera hecho tan célebre como lo son en la his

toria Argo, perro de Ulises y Dúrides de Listimaco; pero ¡ah! ¡que se frustraron nuestros deseos, quedándonos el dolor del sólido apoyo en que se fundaban!

Tales fueron las acciones que visteis y con las que dió un ejemplo singular.

Este era, á la verdad, el fin á que la destinó la naturaleza, al mismo tiempo que su buena suerte al servicio de una dama tan recomendable: y fuese ya por un efecto de su buena índole ó por el influjo de la superior estrella de su dueño, jamas se observaron en Pamela aquellas malas propiedades que tanto se detestan en los de su clase. No aturdia la casa con ladridos á la entrada de cualquier huésped, mortificando á sus amos: nunca mordió á persona alguna: no comia, sino lo que le daban: y guardó compostura y limpieza hasta en las operaciones mas precisas de la naturaleza. Puede decirse que tenia dientes, y no mordía: lengua, y no ladraba: boca, y no comia, y..... ¡qué sé yo de que frase oportuna seria conveniente usar, para decir que ninguna cosa ensució jamas!

Su ama misma encarecia esta circunstancia hablando con Pudencianita. Nunca, decia, nunca manchó mi ropa ni mi cama. No creas que hacia perjuicio: es nulo, prima, que la daba su excremento.

*Nullum prima dabit excrementum.*

Y ¡qué diré de las acciones positivas con que os enseñaba la sumision, la obediencia, el agrado y la

docilidad? Acudia con prontitud siempre que se llamaba por su nombre, de cuya sumision le resultó la caída: no salia de la pieza en que se ponía: su colita parecia un sacudidor ó mosquitero, segun la batia enarbalándola como arco á la presencia de sus amas para tenerlas gratas, y manifestó su docilidad, confederándose con el gato y enlazando con él la mas estrecha amistad. ¿Cuándo se ha visto ejemplar semejante? La espresion mas viva con que significamos una enemiga mortal entre los hombres, es decir que *andan como perros y gatos*; pues Pamela fué siempre superior á estas preocupaciones desde su niñez, haciendo migas con el gato, y como se espresa de la infancia, diciendo: *Cuando andaba á gatas*, de ella deberá decirse: *Cuando andaba á gato con el gato.....* ¡Qué panegírico!

Pero fué mayor el que mereció por su paciencia en las enfermedades, enseñandoos con ella á sufrir las vuestras. Su débil y delicada compleccion enfermiza, siempre la hacia adolecer, y la proporcionaba dar aquel ejemplo. Llamo por testigo de esta verdad á su ama Doña Pomposita, que inflamada de una ardiente caridad de San Lázaro, la atendió y la curaba pudiendo por lo mismo, en su elogio esclamar con Hipócrates en sus aforismos, ¡qué aplicada jóven! ¡continuamente sana! *Quae applicata juvant, continuata sanant.*

Aquí no disimularé el único defecto de Pamela, porque no falte el sombrío en su hermosa pintura. Comenzaron á levantarse las sospechas de que pretendia casarse con un perrillo de inferior nacimiento. Los indicios eran vehementes, y la casa toda se hallaba consternada al considerar que iba á manchar su noble y esclarecida prosapia con tal abatimiento. Pero si fué capaz de abrigar deseos tan plebeyos, tuvo la sublimidad de vencerse y de no llevarlos al cabo.

Después que se averiguó la materia, y se encontró no ser juicio temerario el que corría, se opuso su ama, y frustró tan detestable matrimonio, armándose con la pragmática prohibitiva de los casamientos designales, impidiendo toda comunicacion con el atrevido y mal aconsejado *excúitite*, que la inquietaba, y protestando que por embarazar tal enlace, mas bien la dejaria envejecer y convertir su virginidad en orejon.

Vosotras las que habeis escuchado tan singular narracion, y á quienes la dirige mi fervoroso celo, os la debeis proponer como dechado, no en vuestras almohadillas, sino en vuestras mentes; no para vuestras costuras, sino para vuestras acciones. Júpiter soberano os ha manifestado visiblemente que destinó á Pamela para vuestro ejemplo.

Ella era flaca como Doña Pomposa: enferma de las

piernas como Doña Eufrosina: de salud endeble como Doña Matilde: afuccionada como Doña Carlota: legañosa como Doña Maria: chaparra como Doña Adelaida, y perra como todas.

Deben pues, esforzarse á imitarla, cada una en aquella cualidad que la es mas conveniente. Doña Matilde, en sufrir las enfermenades sin desesperacion: Doña Pudenciana, en la sumision sin bachilleria: Doña Carlota, en la paciencia, pero sin pachorra: Doña Pomposa, en el agrado, pero sin zalameria: Doña Maria, en la conservacion del doncellazgo; pero sin sambitateria: y todas en la finura, pero sin perrera. Porque á la verdad, solo lo bien ordenado es lo que se saca de esta vida; todo lo demas tiene la misma sustancia que el humo, que en el viento se desvanece, y pasa con la misma rapidez que la brillante luz de los relámpagos.

La muerte de Pamela fué el mayor desengaño en este punto, que es el segundo de mi perruna oracion.

#### PUNTO SEGUNDO.

Yo bien sé que la vida no es sino un viaje para la muerte, ó un dorado coche en que bonitamente y sin sentir vamos caminando á ella. El tiempo es el cochero: el tronco de caballos que lo tiran, blanco el uno y el otro negro, son el día y la noche: la infancia,

adolescencia y demas edades, son las jornadas: los placeres del mundo, ventas en que tomamos algun refocilo: las enfermedades son las cuestas y desvanes en que se precipita este coche para llegar mas breve: las canas son el polvo del camino que emblaquece el pelo: las arrugas, efecto del calor y fatiga que consumen el húmedo: la corcova é inclinacion del cuerpo con el arrastrar de piés, denotan el cansancio, porque se ha andado ya mucho: la agonía es la garita del país tenebroso: la sepultura, es la posada: y todas las cosas que nos rodean, pregoneros que nos recuerdan hácia donde caminamos. Tal es el deshojarse las flores, tronchar una hacha cortante aun los mas empinados ocotes, desplomarse los mas soberbios edificios, y girar los rios al sepulcro de los mares, y aun el sol y planetas á su ocaso.

Sé bien todo esto; pero ¿es posible que habia de ser aun mas breve la vida de Pamela, y que este astro luminoso habia de padecer eclipse casi en su mismo oriente? Por su pronta carrera mas pareció cometa, aunque yo nunca la reputé por tal, no obstante tener cola, porque no comía. Pero lo cierto es que duró tan poco su luz, que ni aun con los cometas pudo compararse. Con razon hablando su ama con su querida amiga Dona Doloritas, usurpaba la sentencia del jurisconsulto. Dime ¿qué cosa podrá ser su término de comparacion? Ello es, decia,

ello es, Lola, que puede la vela: *Ejus est nolle, qui potest velle.*

Dispénsenos describir menudamente aquellos últimos dias en que la vimos padecer, y sobre los que escige nuestro dolor, aun reciente, echar un velo. Aun no olvidais que andando por los bordes del corredor, y llamándola á ese tiempo, al dar la vuelta cayó abajo, que se encojó y le resultó una apostema en la cabeza: que de dia en dia se fué estenuando y enflaqueciendo, hasta poder servir á una costurera, porque parecia aguja: que comenzó á arrojar materia por todas partes: y que dando la mas cruel penitencia á todas las narices vecinas, exhaló un pestifero hedor, y con él el último aliento, dejando á las señoras igualmente consternadas por su pérdida, como por la prueba que en ella palparon de lo caduco de las cosas mundanas.

¡Ay de mí, que apenas puedo sostenerme al recordar tan funesta catástrofe! Un nudo en la garganta me embarga las voces, y el corazon parece que se arranca, para derretirse en lágrimas amargas con estos recuerdos dolorosos. Yo mismo ví con estos ojos (con que veo á la venerable Doña María) la hermosura de Pamela convertida en podredumbre: su lozania en languidez: su genio festivo y placentero, en tétrico y abatido: sin gracia sus ojos, sin accion todos sus cuatro piés, y aquel cuerpo que las damas

abrigaban en su regazo, arrojado por asqueroso en un sótano cuando enfermó de gravedad, y despues de su muerte en un muladar. Este fué su túmulo, su mausoleo y tal su último paradero.

Y si este es el fin del animalillo predilecto, estre mézcanse los demas, que sirven de diversion á las damas y á los niños, y espérenlo aun mas desastrado á vista del que experimenta el preferido entre todos. Ninguno á la verdad, es acreedor á mejor suerte. No al pajarito, que solo deleita el oído, y á quien no se hace mas cariño que meterle alguna vez la masa en el pico y tocarle blandamente la cabecita, aunque haya una docena de canarios, ó lo que es lo mismo, doce amarillos que silban. *Doces, amarilida silvas.* No el loro, á quien no se hace mas aprecio que darle una sopa porque nos divierta, preguntándole su estado como si fuera á confesarse: item, con su verba ecsaltándosele la bilis: *Item verbalia in bilis.* No el gato que solo entretiene arrastrándole un papel ó rodándole una bolita, por lo que solo se le honra con andarle por el lomo; pero no se pone á comer en la mesa, sino que se le dan migajas miseras en el suelo: *Dat miseris solum.* No el mono, de cuya cercania se huye, y solo agradan á lo lejos sus ademanes, gesticulaciones y maromas, ó que haga títeres con las patas: *Titire tu patule.* No en fin, los que recrean con harto sacrificio suyo, como la mosca clavada en

un popote para que imite el ejercicio militar: el roncillo asido de la cola con un hilo para verlo correr sin que pueda escaparse: y el murciélago afianzado de las alas para que chupe un cigarro.

A todos estos son superiores los perros por su lealtad, por sus conocimientos, por sus fiestas y por sus innumerables gracias, dignos por lo mismo de las mayores atenciones, hasta dormir en una misma cama con sus dueños, y que las damas los equiparen á los seres de su especie. Pero entre todos se hará un lugar muy preferente la incomparable perrita, que ha sido el objeto de mi oracion, y cuya pérdida os desengaña de que no debeis engreiros en cosa alguna de esta vida, supuesto que os ha faltado la que mas amabais.

¿Por qué, Pamela, (¡hó querida y amada Pamela!) ¿por qué te alejas de nosotros? ¿Adónde te has ausentado sin dejarnos la esperanza de volver á verte? ¿Por ventura, envidioso el firmamento te ha arrebatado para añadirte á su toro, escorpion, pescado y carnero, formando de tí una nueva constelacion? ¿Has subido á agregarte al Can celeste, ó te has introducido en la Canicula? ¿Has descendido á los infiernos á acompañar al Cancervero, ó al abismo de las aguas, con el Can marino? ¿Te has hido á la Tartaria con su gran Kan, ó con los perros moros? ¿Acaso con los canes de algunos encumbrados techos, ó

bien al país de los canes, que juzgo serán las Islas Canarias?

Pero ¡ay de mí que en ninguno de estos lugares hemos de encontrarla. Ella sin duda se ha remontado á lo más solitario del Nihilópolis, porque no ignoraba la grave sentencia del Nebricense: que la hembra sola reposa, *quae femina sola reposit.*

Esto, señoras, sirva de lenitivo á vuestra pena, ya que para mayor desengaño carecisteis aun del consuelo de heredarla, repartiendo entre vosotras sus miembros. ¡Qué dulce os hubiera sido que hubiera dejado su pescuezo á Doña Pomposa, sus dientes á Doña Eufrosina, sus hígados á Doña Matilde, su espinazo á Doña Pudenciana, su colita fiestera á Doña Carlota, y sus ojos con su menudo entero y relleno ó Doña María (1).

Pero ya que no lograsteis esta dicha, permita el dios Pan, que lo es de los pastores y por consiguiente de los perros, ó bien Acteon ó la deidad, sea la que fuere, que preside á tan noble especie, y de cuya alta dignidad protesto á la faz del mundo no ser mi ani-

(1) *En esta variación de los nombres, se pierde la graciosa aplicación que hizo el autor de la oración fúnebre en este lugar y la conclusión del primer punto, á los defectos ó buenas cualidades de las señoras para quienes se trabaja.—E.*

mo degradarla: permita, vuelvo á decir, que para reemplazar la perrita que lloráis y amabais como á vuestros ojos, os nazcan en ellos innumerables perrillas: que cuando vayais á la iglesia, el perrero sea lo primero que os encuentre: que no hagais jamás sino perrerías: que todas vuestras enfermedades se os emperren: que porque tengais cuanto pertenece á los perros, no os falte ni la rabia: y que por fin, como tan conforme á vuestros genios, paseis el resto de vuestros días en una vida perruna. Esto os deseo.—

Aquí dió fin el orador, que no podía negar haber estado su oración de los perros. La gracia con que la dijo, le granjeó bastantes aplausos y galitas; pero los inteligentes no cesaban de dirigir sus elogios al autor, que era quien en realidad los merecía, pues el que predica un sermón soplado, no tiene más mérito que el de la trompa cuando suena con el viento que le introduce el músico.

Unos ponderaban el chistoso estilo de la oración, otros la estravagante y graciosa aplicación de los textos, aquellos la erudición y trozos retóricos que la adornaban, estos las comparaciones y deseos hacía las señoras de la casa, y todos la moralidad que respiraba una pieza jocosa y por su naturaleza estéril.

Así que paró el fervor de las primeras alabanzas,

se siguió el refresco, como en todo pésame, porque ya se sabe que los duelos con pan son menos. Y si Pamela hubiera sido rica y hubiera dejado su caudal á sus amas, entonces ¿qué tal hubieran sido sus exequias? no habria fucion, júbilo ni carnaval con que haberlas comparado, porque los duelos con dinero no son duelos, sino gozos, contento y alegría para los herederos.

Finalizado el refresco, se siguió el baile, que duró hasta las tres de la mañana, segun supimos, porque el coronel se retiró á las diez con su familia.

Nadie pudo negar que tuvo un rato divertido; pero el coronel que no se desquidaba en instruir á su hija sin aire de leccion, decia en el coche: ¡vaya, que hemos tenido una noche bien alegre á costa de mi hermana! Ella ha quedado hasta ahora medio bien, porque del todo jamas se queda bien en estas fracas! Pero en fin, la han alabado, y ha lucido el taco y gastado el dinero, á pretesto de la muerte de una perrita.

No, no habrá bajado el costo de la fiesta de ciento ó mas pesos. Estos desperdicios, hija, se lloran en las casas, y estas risas se convierten en lágrimas de los pobres herederos despues de que fallece el principal. Yo no repruebo algunas diversiones licitas y moderadas, ni menos alabo la miseria ó la mezquindad; pero tampoco aprobaré una decision general

por toda clase de placeres como es la de Eufrosina. Para ella nada hay malo como sea fiesta, y cuando no las hay, ella las hace con cualquier motivo, como esta noche. ¡Eh! quiera Dios, quiera Dios que nuestra sobrina no apetezca algun dia lo que esta noche ha tirado su madre!

Con estas conversaciones llegamos á casa, se dispuso la cena, cenamos, y nos fuimos á recoger hasta otro dia.

#### CAPITULO IX.

*En el que continúa el coronel instruyendo á su hija acerca del matrimonio.*

Así como el labrador arroja sobre la tierra fértil su semilla, complacido con la esperanza de recibir frutos sazonados y abundantes, así el coronel no regateaba á su hija sus instrucciones, asegurado de que su dócil corazon las recibía con la misma bella disposicion que recibe el campo las primeras lluvias del verano. De suerte, que tanto gusto tenia el coronel en enseñar á su hija, como esta en recibir sus lecciones.

Un dia, estando todos conversando sobre mesa, se tocó el punto de la malicia de los hombres que engañan con apariencias de verdad. Al momento se acordó Pudenciana de una promesa que le había he-



se siguió el refresco, como en todo pésame, porque ya se sabe que los duelos con pan son menos. Y si Pamela hubiera sido rica y hubiera dejado su caudal á sus amas, entonces ¿qué tal hubieran sido sus exequias? no habria fucion, júbilo ni carnaval con que haberlas comparado, porque los duelos con dinero no son duelos, sino gozos, contento y alegría para los herederos.

Finalizado el refresco, se siguió el baile, que duró hasta las tres de la mañana, según supimos, porque el coronel se retiró á las diez con su familia.

Nadie pudo negar que tuvo un rato divertido; pero el coronel que no se desquidaba en instruir á su hija sin aire de leccion, decia en el coche: ¡vaya, que hemos tenido una noche bien alegre á costa de mi hermana! Ella ha quedado hasta ahora medio bien, porque del todo jamas se queda bien en estas fracas! Pero en fin, la han alabado, y ha lucido el taco y gastado el dinero, á pretesto de la muerte de una perrita.

No, no habrá bajado el costo de la fiesta de ciento ó mas pesos. Estos desperdicios, hija, se lloran en las casas, y estas risas se convierten en lágrimas de los pobres herederos despues de que fallece el principal. Yo no repruebo algunas diversiones licitas y moderadas, ni menos alabo la miseria ó la mezquindad; pero tampoco aprobaré una decision general

por toda clase de placeres como es la de Eufrosina. Para ella nada hay malo como sea fiesta, y cuando no las hay, ella las hace con cualquier motivo, como esta noche. ¡Eh! quiera Dios, quiera Dios que nuestra sobrina no apetezca algun dia lo que esta noche ha tirado su madre!

Con estas conversaciones llegamos á casa, se dispuso la cena, cenamos, y nos fuimos á recoger hasta otro dia.

#### CAPITULO IX.

*En el que continúa el coronel instruyendo á su hija acerca del matrimonio.*

Así como el labrador arroja sobre la tierra fértil su semilla, complacido con la esperanza de recibir frutos sazonados y abundantes, así el coronel no regateaba á su hija sus instrucciones, asegurado de que su dócil corazón las recibía con la misma bella disposición que recibe el campo las primeras lluvias del verano. De suerte, que tanto gusto tenia el coronel en enseñar á su hija, como esta en recibir sus lecciones.

Un dia, estando todos conversando sobre mesa, se tocó el punto de la malicia de los hombres que engañan con apariencias de verdad. Al momento se acordó Pudenciana de una promesa que le había he-

cho su padre, y le dijo: papá, el día que nos convidaron para las horas de Pamela me dijiste que me darías algunas reglas para conocer á los hombres, las que me serian muy útiles en el discurso de mi vida. Se han pasado ya algunos dias y no me has dicho nada: sin duda que se te ha olvidado; pero ahora te lo acuerdo porque no quiero quedarme sin saber esas reglas.

Haces muy bien de querer saberlas, le contestó su padre, y ahora mismo te cumpliré mi promesa; pero ya te acuerdas que te he dicho que es empresa muy dificultosa el señalar estas reglas, por el estudio que los hombres ponen en disfrazarse, y que solo un largo trato con ellos puede quitarles las máscaras y manifestárnoslos tales como ellos son; pero esta prueba, aunque es la mejor, no es la mas segura para una niña recatada, que debe huir todo trato y familiaridad con los hombres, mientras no salga de la patria potestad para el estado del matrimonio.

En esta inteligencia, las reglas que te daré serán comunes y sencillas, y por lo mismo fáciles de aplicarlas cuando quieras. Atiende: En cuatro clases puedes dividir á los hombres, y en efecto me parece que no se dividen en mas ni en menos, sino que cualquier hombre entra en alguna de ellas precisamente.

Primera clase. *Hombres de buen corazon y mala cabeza.*

Segunda. *Hombres de buena cabeza y mal corazon.*

Tercera. *Hombres de mal corazon y mala cabeza.*

Cuarta. *Hombres de buena cabeza y buen corazon.*

Analizaremos estas clases, dándote algunas señas de cada una, para que conozcas los hombres, segun á la que pertenezcan.

PRIMERA CLASE.

*Hombres de buen corazon y mala cabeza.*

A esta clase pertenecen aquellos, cuyo corazon es tá dispuesto á hacer bien; pero muchas veces hacen mal por ignorancia, creyendo que obran con arreglo á la justicia. Su corazon está animado de deseos de acertar; pero su entendimiento atolondrado ó falto de la instrucción necesaria, concibe el mal como bien, y de aquí se sigue que á cada paso incurren en los errores que quieren evitar. Esos hombres son malos para superiores, porque se encaprichan, siguen el error, y apenas alguna vez y con mucha dificultad se logra que varien de dictámen, sujetándose á un consejo prudente. Son malos estos hombres, como he dicho; pero son malos sin voluntad de serlo, sino por ignorancia, y por lo mismo merecen alguna disculpa. Peores son los de la

SEGUNDA CLASE

*Hombres de buena cabeza y mal corazon.*

Estos son aquellos que tienen bastante talento é instruccion: pero al mismo tiempo un corazon emponzoñado, y muy á propósito para cometer un delito, siempre que conciben que de él les puede resultar alguna satisfaccion ó conveniencia. Por lo general estos hombres son egoistas, intrigantes, interesables y perversos. Ninguna disculpa merecen, ni en el tribunal de su conciencia misma, que incesantemente los acusa y les reprende su proceder inicuo. Estos son malos para superiores, para compañeros, para amigos y para todo.

TERCERA CLASE.

*Hombres de mal corazon y mala cabeza*

Estos son los monstruos mas intolerables de la especie humana. Necios y con pésimas inclinaciones apenas harán un bien por accidente: siendo el peor la gran dificultad que tienen de enmendarse, pues ciegos y contentos con su torpe ignorancia, están casi físicamente impedidos de conocer su triste situación. Dije casi, para excusarles la disculpa moral, si la quisieran alegar. El hombre, siempre tiene el camino abierto para salir del error, como quiera; pero los que están bien hallados con él, jamás preguntan si aciertan ó yerran, por mas que les remuerda

su conciencia; y he aquí la ignorancia que no tiene disculpa, porque se puede vencer si se quiere. Mas estos necios y perversos de que hablo, no tienen ni quieren tener otro maestro que su capricho. De consiguiente, como necios adoptan las mas detestables ideas, y como perversos las ejecutan siempre que pueden, y Dios nos libre de estar sujetos á esta clase de malvados con poder.

CUARTA CLASE.

*Hombres de buen corazon y buena cabeza.*

Ningunas alabanzas serán desmedidas en obsequio de los que corresponden á esta clase. Por el contrario de los anteriores, siempre piensan bien y obran mejor. Su entendimiento dócil é ilustrado les hace conocer la maldad y la virtud, y su voluntad bien dirigida, los incita á detestar aquella y abrazar esta. Y ¿quién dudará que semejantes hombres son buenos para todo? amigos verdaderos, vasallos fieles, esposos amantes, padres tiernos y ciudadanos útiles á cuantos tienen la dicha de tratarlos. Estos hombres, dignos siempre de la memoria de los buenos, ni se envanecen con las honras, ni se ensoberbecen con el oro, ni abusan del poder cuando lo tienen. En estos casos, cuando su mérito los eleva, ó los engrandece su fortuna, entonces es cuando brillan mas sus talentos y se perciben dulcemente sus

bondades, lo mismo que cuando el astro luminoso del día se eleva sobre nuestras cabezas, no para incendiarnos con sus rayos, sino para derramar sobre nosotros sus influencias benéficas y necesarias.

¡Ay, papá! dijo Pudenciana, ¡quiénes son esos hombres tan generosos y tan grandes á quienes no trastorna el oro ni el poder? Yo quisiera conocerlos para alabarlos sin cesar; pero pienso que me moriré con el deseo, porque solo tú eres tan bueno como los que has pintado.

Esa alabanza en otra boca me parecería irónica, porque á la verdad no la merezco, dijo el coronel; mas en la tuya la estimo demasiado, porque sé que te la dicta el mucho amor que me tienes, que es el que te hace formar un concepto tan ventajoso de tu padre. Yo te agradezco tu cariño, y procuraré no desmentir tu corazón; aunque es bien que entiendas que ni tengo la bondad que piensas, ni aun cuando la tuviera, sería el único. Hay muchos hombres buenos, hija mía, sembrados sobre la haz de la tierra; pero es difícil conocerlos; y aunque hay muchos, la infinidad de perversos é hipócritas con quienes se hallan confundidos ó engastados, los hace parecer muy pocos y también muy raros en el mundo.

Tampoco debes olvidar que por desgracia, el mérito y la virtud las mas veces ó no se conoce, ó se arrincona ó se persigue. Asi que, no es mucho que

los hombres que poseen estas recomendables circunstancias, no estén siempre, ni todos en disposición de comunicar á sus semejantes los efectos de su entendimiento y probidad; y ves aqui un motivo poderoso para que estos hombres ilustrados y benéficos nos parezcan menos de lo que son en realidad.

En el cielo hay muchas estrellas, y no las vemos todas, ó porque una distancia enorme las hace inaccesibles á nuestra vista, ó porque algunas nubes nos interceptan sus luces.

¡Todo eso lo siento mucho, dijo Pudenciana, por cuanto dificulta el conocimiento de semejantes genios bienhechores. Ojalá supiera yo algunas señas inequívocas con que poder distinguirlos de los demás!

Bien conozco, prosiguió el coronel, la sinceridad de tu deseo, el que es muy justo, y si Dios te destina para casada, ¡cuánto apreciaría que encontrases un hombre de esta clase! Tú quisieras lo mismo. Es natural: por eso anhelas por algunas señas particulares para el caso; yo quiero complacerte, dándote una sola, muy sencilla, pero inequívoca, y esta es *la sólida y verdadera virtud*. El hombre que la posee es el verdadero hombre de bien, y de consiguiente, cumpliendo esactamente con las obligaciones que le impone su estado, se hace útil y apreciable en qualquiera clase á que pertenezca en la sociedad.—

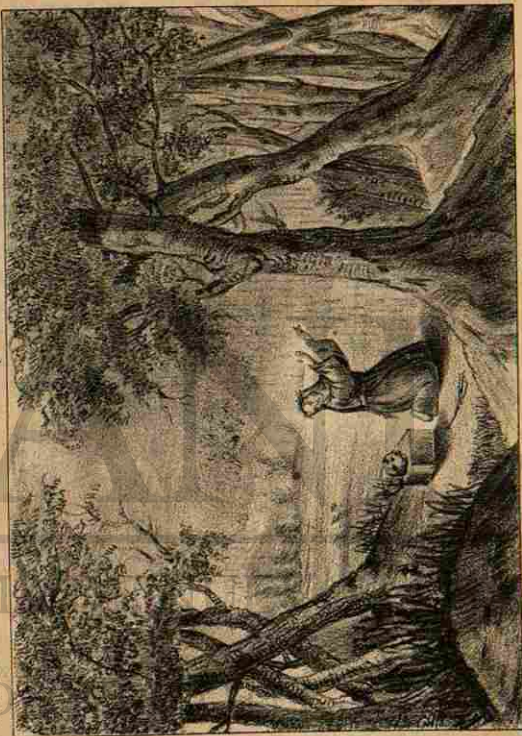
Pero papá, hay tantos hipócritas con quienes un hombre de estos se confunda, que me parece una empresa muy árdua el distinguirlo.—Es en efecto difícil distinguir al malvado hipócrita del verdadero virtuoso; pero no es imposible, en teniendo idea de lo que es hipocresía y de lo que es virtud. Hipocresía es el fingimiento ó la máscara del bien obrar, y la virtud es el constante ejercicio de este bien obrar.

Te parecerá quizá que esta definición dice poco; pero no, hija, en ella sola te doy el termómetro mas infalible para distinguir al hipócrita del virtuoso. El primero puede aparentar virtud, y engañar ó alucinar á los que no saben qué es virtud, ni en qué consiste; pero no puede ser constante en este fingimiento. Semejantes á algunas mugeres zonzas que pretenden pasar plaza de garbosas, fingiendo otro andar del que tienen por naturaleza, y á poco rato se les olvida y vuelven á su antiguo trote ó paso cansado; así son los hipócritas, que por un momento fingen piedad, castidad, humildad, y si se quiere, todas las virtudes; mas esta escena no dura mucho: no, no hayas miedo que te engañen si tú los observas despacio. No duran mas los intervalos de un loco, que las apariencias de virtud en un hipócrita. A poco de fingir lo que quieren, se les olvida, y manifiestan su ordinario modo de proceder.

Lam. 78

Sax. Goussier

Tom. 1.<sup>o</sup>

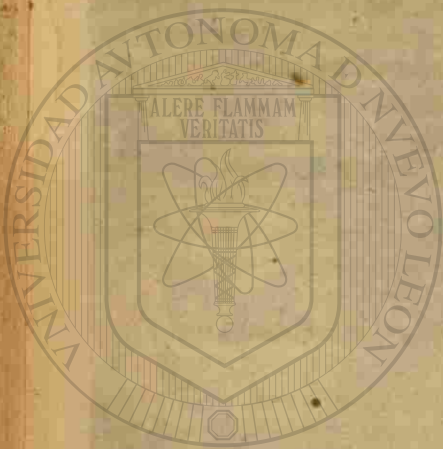


®

No así el virtuoso verdadero, el legítimo hombre de bien, y bueno de cabeza y corazón. Este, como acostumbrado al bien obrar, es constante en el ejercicio de la virtud. *Esta constancia* es el mejor garante que tienen los hombres de su hombría de bien, y *el saber observarla* es el medio mejor para distinguir al hipócrita del virtuoso.

Papá, dijo Pudenciana, ¿quién no te ha de entender, si te explicas con tanta claridad? Pero para mejor entenderte, quisiera que me dijeras en qué consiste la verdadera virtud, pues mientras no lo sepa, no podré observar cuál es el más completo y verdadero virtuoso.

Ya yo supongo que la verdadera virtud no consiste en rezar muchas novenas, en andar con la cabeza inclinada al suelo, con los ojos bajos, ni el semblante mustio, ni en otras exterioridades, de que hacen tanto caudal los hipócritas é idiotas; pero no me acuerdo en qué consiste la virtud verdadera, y ciertamente que tú me lo has dicho otras veces.—Si te lo he dicho; mas nuestra memoria es harto débil, y se te ha olvidado esto como otras cosas; pero atiende. Preguntaba una vez un jóven, á Jesucristo, qué haría para salvarse. “Guarda los mandamientos,” le contestó nuestro divino Maestro. ¿Y para ser perfecto? prosiguió preguntando el jóven á quien respondió el Señor: “Si quieres ser perfecto, vende tus bienes,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dálos á los pobres, toma tu cruz y sígueme." He aquí en dos palabras explicado por la Sabiduría eterna en qué consiste la virtud verdadera y la perfeccion cristiana de ella misma. El que guardare esacta y constantemente los mandamientos del Señor, será verdaderamente virtuoso, y el que, á mas de esta indispensable observancia, tuviere la heróica resolucion de desprenderse de todos los intereses temporales, y de conformar en todo su voluntad con la de Dios, ese será, no solo virtuoso y arreglado, sino justo y perfecto, en cuanto cabe, en el estado de viader en esta miserable vida. Los que faltasen á aquella observancia y á aquel despego total de las cosas humanas, serán solamente unos hipócritas de virtud y santidad por mas esterioridades y gasmoñería de que se valgan. Alucinarán alguna vez á los que juzgan de las cosas con ligereza; pero nunca á los que como tú saben ya en qué consiste la virtud y cuáles son las señas que convienen á los verdaderamente virtuosos.

De manera, papá, decía Pudenciana, que siendo lo mismo ser virtuosos que hombres de bien, ninguno que no guarde los preceptos del Decálogo en todas sus partes, puede ser virtuoso, y de consiguiente ni hombre de bien, ó como se dice, hombre de honor.— ¡Eso qué duda tiene?— ¡Ya se ve! pero yo he oído decir que entre los gentiles ha habido y aun hay entre

los moros y protestantes de otras comuniones diferentes de la nuestra muchos hombres de bien, y tales que su conducta pudiera avergonzar á muchos católicos relajados. Esto me hace creer, ó que es falso que haya habido tales hombres de bien en el mundo sin ser cristianos, ó que si los ha habido, puede haberlos sin guardar los diez preceptos dichos, pues los protestantes y moros no los guardan; y entonces sale de ahí, que para ser hombre de bien no es menester guardar los mandamientos.— Así debería ser si no fuera tu raciocinio equivocado; pero has de saber, hija mía, que aunque es indudable que entre los gentiles, moros y otros que no han conocido ni adoptan nuestra religion ha habido y hay muchos hombres de bien, todos estos han guardado y guardan escrupulosamente los preceptos del Decálogo... —Pero, papá, ¿cómo los pueden guardar si no los saben?— Esa es la equivocacion, hija mia: porque has de saber que todos los hombres nacen con el conocimiento de esta ley impresa en el alma, y de consiguiente ligados á su observancia—

Segun eso, papá, ¿aunque Dios no hubiera dado á Moisés los diez preceptos en el monte Sinai, todos sabriamos cuáles eran y que los debiamos cumplir? —Sí, hija mia.—Entonces ¿todos los que precedieron á Moisés nacieron con este conocimiento y obligacion?—No tiene duda, y de consiguiente todos los

que no gozaron en el seno de Abrahan del fruto de la redencion del género humano, fueron infractores de estos preceptos con cierto conocimiento de ellos. —Pues la verdad, papá, hablemos de otra cosa, porque esas son muchas honduras para mí, y no soy capaz de comprender cómo podrá un hombre saber lo que no le han enseñado. —No hay cosa mas fácil. Atiende.

Todas las naciones del mundo, sin exceptuar las bárbaras ó salvajes, de unánime consentimiento en todos los siglos, han convenido en que hay un solo Dios, esto es, un Ser Supremo autor de la naturaleza, y de quien dimana todo el bien á las criaturas. Sin ninguna revelacion conoce el hombre, por bárbaro que sea, que no se hizo á si mismo, y que no tiene virtud ó poder para hacer producir ninguna cosa de la nada: conoce tambien que es superior con mucho á los astros, á los brutos, á las plantas y á todas las criaturas que lo rodean, y de aqui deduce aunque no quiera, la existencia de un ser soberano, independiente y autor de cuanto mira: porque... así se explica el mas rústico en su interior cuando se detiene á contemplar estas verdades: si yo que soy la criatura mas perfecta en la naturaleza, según que me lo manifiesta la superioridad que tengo sobre sus demas seres, ni pude hacerme á mi mismo, ni puedo criar un gusanillo, ni un átomo de arena, menos ha-

rará otro tanto el caballo ni el monte, el pájaro ni el río, ni ninguna otra cosa de cuantas me son inferiores en inteligencia y en poder. Luego algun ser hay superior á mí y á todo cuanto ecsiste, pues fué bastante á hacernos ecsistir. Este Criador es un Autor benéfico, pues él me dió los ojos con que miro la hermosura del campo y de los cielos: el paladar con que gusto la dulzura de las frutas: el olfato con que percibo el aroma de las flores: el oído con que escucho la melodía de los pájaros, y una particular inteligencia con que me proporciono las comodidades de la vida, y me resguardo de las intemperies y peligros con mas acierto y ventajas que las aves, los brutos y los peces. Este Ser Soberano es acreedor no solo á mis respetos y gratitud, sino tambien á mi temor, pues siendo tan poderoso y tan absoluto me podrá deshacer con la facilidad que me hizo, si yo lo disgustara alguna vez.

He aqui, hija mia, el modo con que han pensado todos los hombres acerca de la deidad suprema: por este convencimiento en todas partes han tributado cultos y homenages al Autor de la naturaleza. Es verdad que han errado en el modo de tributarlos, pero no en el fin. La ignorancia y la soberbia los han precipitado en mil abismos de delirios. El hombre incapaz de conocerse á sí, á pretendido conocer á su Criador: por eso unos lo han adorado en



el sol, otros en el fuego, estos en un buey, aquellos en un cocodrilo, y finalmente, lo han querido hallar entre los materiales objetos que les presentaba la naturaleza. De aquí nació la turba de gentiles idólatras que siempre anduvo á tientas buscando la deidad inaccesible; pero siempre reconociendo este Autor soberano, Dios de dioses y objeto único de sus cultos y adoraciones.

Apenas hubo hombres cuando hubo religion. Esta fué desarrollándose á proporción que se aumentó la población del mundo. Al necesario conocimiento de Dios siguió el culto exterior: se instituyeron sacrificios y ministros que los ofrecieran con el pueblo: se erigieron aras y templos: se inventaron fiestas y solemnidades: se reconocieron los templos como lugares propios para orar y como asilos para refugiarse en ellos de las persecuciones inminentes: se inventaron rogativas para aplacar el celestial enojo: se compusieron himnos y cánticos para alabar á Dios en todos tiempos: se admitió el juramento como sagrado y como el sello de la verdad: de consiguiente se castigó al perjuro como sacrilego: se dedicaron dias particulares para el culto, y en todas partes fué adorado, aunque entre tinieblas, el augusto nombre del Señor, y reconocido su poder.

Hasta aquí ya ves como todas las naciones han convenido en que hay un Dios solo y único autor de

cuanto existe: en que este Dios es poderoso, benéfico y temible: en que por lo mismo es acreedor á que le amemos sobre todo, á que no profanemos su nombre santo, y á que le consagremos nuestros cultos y adoraciones. ¿Y quién les ha enseñado á los hombres estas sublimes verdades? Dios mio, dice el real Profeta: *Tú, Señor, has impreso en nuestros corazones la luz de tu divinidad.*

Estos son los tres preceptos que pertenecen al honor de Dios. Los otros siete que pertenecen al provecho del prójimo, tambien se los enseñó la naturaleza dirigida por Dios, bajo de esta sencillísima idea: noagas á tus semejantes el mal que no quisieres recibir de ellos.

Segun este principio de derecho natural, y sin mas luz, conocieron los hombres que no les era lícito dañar á nadie, ni en la honra, ni en la hacienda, ni en la vida; por tanto, luego que se reunieron en sociedades, formaron sus códigos, y señalaron penas contra los injustos agresores, no dejando en parte alguna sin castigo el robo, el adulterio, el homicidio y los demas crímenes que se cometian con notable perjuicio de los hombres.

Estos, guiados por la naturaleza dirigida por su autor, no solo conocieron que no debian perjudicarse, sino tambien socorrerse mutuamente en sus desgracias: pues así como cada uno se reconocia con

cierto derecho para reclamar los auxilios de sus semejantes en caso de necesidad, así también conocía en sí cierta obligación de ayudar á sus iguales en el mismo caso: y de aquí tuvieron origen las leyes justas, los establecimientos piadosos, y los hechos benéficos y heroicos que admiramos aun entre las tinieblas del gentilismo.

En vista de estos conocimientos naturales, ¿qué novedad nos puede causar un Aristides, un Marco Aurelio, un Sócrates, un Tito y otros mil hombres de bien, esto es, hombres de conducta arreglada y corazón benéfico, que entre los errores del paganismo, se distinguieron del común de sus coetáneos, derramando sus luces y prodigando beneficios á sus semejantes? Tales fueron muchos de estos grandes hombres, que los pueblos reconocidos á sus bondades, se tomaron la libertad de divinizarlos después de su muerte, creyendo que no llenaban de otro modo las sagradas leyes de la gratitud, y persuadidos á que un hombre bienhechor, ó era Dios, ó no desmerecía de serlo. Tanto es el amor y respeto que se grangea la beneficencia cuando recae sobre un corazón agradecido!

Pero lo que hace á nuestro intento es que estos hombres amados de los pueblos, no lo fueron por otra cosa sino porque respetaron á sus dioses, obraron con arreglo á la justicia, y lejos de ofender á sus

semejantes, los llenaron de beneficios. Esto es en nuestra religión amar á Dios sobre todo y al prójimo como á nosotros mismos: y esto también es, en cierto modo, guardar los preceptos del Decálogo sin noticia quizá de los Profetas ni Escrituras, (1) pues antes que Dios en el Sinai grabara sus preceptos en unas piedras para dárselos á Moisés, ya los había impreso naturalmente en los corazones de los hombres, según te lo he manifestado, y de esto debes necesariamente deducir que si hubo entre los paganos algunos hombres de honor, solo fueron los que tributaron el debido culto á la deidad, los que jamás dañaron á sus semejantes: los que beneficiaron á los desgraciados: y en dos palabras, los que amaron á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismos. De otro modo no serian ni podrian ser hombres de bien, sino unos fantasmas de bondad.

Lo que decimos de los antiguos gentiles, hemos de asegurar de los modernos protestantes. Hay entre ellos y ha habido muchos naturalmente virtuosos, y cuyos escritos nos manifiestan que poseyeron

(1) Aunque los fenicios, griegos y romanos forjaron sus fábulas sobre los libros de Moisés, muchos existieron antes que él, otros después, y ni noticia tuvieron de sus escritos.

unas conciencias timoratas y unos corazones llenos de beneficencia (1).

Es verdad que como separados del seno de la verdadera religion, fuera del cual nadie puede salvarse hicieron sus virtudes infructuosas para si mismos. Aisladas sus buenas acciones en el órden natural, desnudas de fé y de caridad, no pasaron de virtudes morales; de consiguiente no fueron meritorias ante Dios. Si se abstuvieron de cometer el mal y obraron el bien, no fué en primer lugar por complacer á Dios como el católico virtuoso, sino porque naturalmente les era odioso el vicio, y por la satisfaccion que experimentaban cuando hacian algunas obras buenas, y tal vez por lisonjarse con la brillante reputacion que estas les grangeaban. Sin embargo, la memoria de estos hombres no hubiera pasado á la posteridad con elogio, si no hubieran tenido y cultivado estas virtudes, ni estas hubieran resplandecido en ellos en tanto grado, si no hubieran cumplido exactamente los siete preceptos del Decálogo que pertenecen al prójimo y los tres divinos que pertenecen al culto del Ser Supremo.

(1) *Las obras de los célebres ingleses Young y Hervey, nos ahorran de amontonar nombres de protestantes en cuyos escritos brilla, como en los dos primeros, la moral mas sana y arreglada al Evangelio de Jesucristo.*

Si esto es así, es necesario confesar que ni pudo, ni puede haber hombres de bien en el mundo, sino arreglándose á la pauta de estos preceptos divinos. La digresion ha sido larga, pero yo la he juzgado importante para tí.

Y cómo que lo ha sido, papá, dijo Pudenciana! yo antes de ahora, pensaba que todos los que no eran católicos eran sacrilegos, vengativos, avaros, crueles (en una palabra) libertinos y viciosos hasta el estremo.

Pensaba tambien que los que nacieron antes de la venida del Mesías, no tuvieron ni pudieron tener ninguna idea acerca de la Deidad Suprema, y se me habia olvidado que ya me habias dicho que muchos paganos sabios, aunque en lo exterior fingian creer la pluralidad de dioses que veneraba el pueblo, en lo interior conocian que era un delirio admitir un poder divino repartido entre muchos soberanos ó reyezuelos celestiales.

Por último, pensaba yo que no podia ser verdadero hombre de bien en el mundo, sin sujetarse á la santa ley que nos gobierna; pero ya veo que el que aspire á este título de honor, ha de guardar estos diez preceptos; menos, no hay tal hombría de bien, ni tal honor en ninguno. Yo te doy las gracias, papá, por tus buenos documentos, y te suplico que me des otras señas mas claras para distinguir á los hom-

bres honrados de los que fingen serlo: pues ya tú ves que no es fácil andarles á todos á los alcances para ver si guardan ó no los mandamientos, y sería muy oportuna una señalita reservada para conocer al pícaro y libertarse de él. ¡Oh, cuánto valiera esta piedra de toque para elegir un buen marido! Pues, digo, allá á las que piensan en casarse.

Y á ti tambien te servirá si piensas en eso alguna vez, dijo el coronel; pero aunque ya sé cuál es la seña segura que tú quieres, temo decírtela porque no vayas á querer experimentarla por tí misma. ¡Ay, papá! pues si es segura ¿qué riesgo hay en que se experimente? En que se experimente no hay riesgo; en que no se salga bien de la prueba está el riesgo. —¿Tan contingente es la victoria?—Sí, tan contingente; y mas hecha por una jóven inesperta, y acaso ciega con la pasion del amor. —¿Pero las posiciones no se pueden sujetar á la razon?..... Si, pero no siempre, y mucho menos cuando no tenemos festigos de nuestras debilidades. —Segun eso, la prueba de que me hablas se debe hacer á solas con los hombres para calificar su honradez?—Que se debe, no diré; pero sí, que la soledad la facilita sin equivocacion. —Ya me desespero por saber qué prueba es esa tan arriesgada por una parte, y por otra tan segura. —Y yo ya conozco lo que ha escitado tu curiosidad. Voy á satisfacértela. Has de saber.....

Señores, corran sus mercedes, que *se ha caído de la escalera la Señora Beata, y se ha medio matado*. El furioso grito que dió la criada cuando entró con esta noticia, deshizo la conversacion. Todos nos levantamos apresurados, especialmente Doña Matilde, que habia estado en ella como de palo, gustando de la instruccion de su marido; pero como cualquier desgracia nos sorprende, y mas cuando recae en nuestros deudos ó amigos, no fué mucho que esta fuese la primera en levantarse y salir corriendo á favorecer á su tia.

Tan presto lo hizo, que cuando nosotros llegamos á la escalera, ya habia levantado á la dolorida beata y la subia apoyada en su brazo.

No fué cosa de cuidado el golpe, pues solo se lastimó ligeramente una rodilla.

Luego que entró á la sala se sentó, se le dió una poca de agua fria por el susto, y unos bizcochitos con un traguito de vino por la debilidad, con cuyos auxilios se restableció la enferma en un instante, y se volvió risa la memoria de la caída.

Así que estuvo confortada y del todo serena, le dijo Doña Matilde: Pero tia, ¿qué negocio trajo á usted hoy á casa, que venia ó tan distraida ó tan de priesa que se cayó de la escalera?—¡Ay mi alma! un asunto de suma importancia, cual es avisarles los grandes cuidados de Eufrosina y de Pomposa, que

como ustedes no han parecido por allá desde el día de las honras de Pamela no han sabido nada.—¿Pues qué ha sucedido, tía?—¿Qué ha de suceder, sino que desde la noche de las honras espantan en la casa! Si la perrita hubiera sido gente, yo dijera que andaba en penas; pero no lo puedo decir, porque al fin Pamela no era gente ni lo sonó en su vida, aunque no le faltaba mas que hablar.—Pero, señora, ¿qué clase de espantos son esos?—¡Terribles, D. Rodrigo, sí, terribles! ¿Sobre que han andado buscando casa todos estos días, y dice Eufrosina que de hoy á mañana se muda, aunque sea á una accesoria ó á una casa de vecindad!—¿Tan grandes son los espantos?—Sí, señor: ¿le parece á usted poco que en la noche de las honras viera Pomposita al diablo?—¿Al diablo!—Sí, señor, al diablo, al mismito diablo vió la pobre muchacha.—¿Y qué señas dice que tenia?—¿Cómo qué señas? Tenia su cara muy fea, sus cuernos, su cola y sus zancas largas.—¿Y en dónde lo vió?—¿Cómo en donde? en su recámara, como á las dos horas de haberse acostado.—Pero díganos usted, Doña María, ¿qué bebió mas vino despues que nos despedimos?—¿Qué vino habia de beber? Ni lo volvió á probar.—¿Y en qué paró el espanto? ¿cómo se deshizo la vision?—Porque á los gritos de ella despertaron todos y se levantaron para acompañarla.—¡Válgate Dios por los espantos! ¿Y lo ha vuelto

á ver otra noche?—Sí señor: á la segunda noche lo volvió á ver mas grande y mas feo que la primera. A sus gritos y los de la criada que la acompañaba, entraron mi sobrina y su marido en su recámara, y se desapareció el enemigo. A la tercera noche ya no tuvo valor Pomposita para dormir allí.—¿Con razon! dijo Doña Matilde: yo tampoco hubiera dormido: ¿pero qué hizo?—Se fué á dormir á la asistencia, y allí tambien la persigue el maldito.—¿Es posible?—Como te lo digo, niña. A las doce de la noche le empezaron á tocar la pared de la cabecera, y no decir que sea S. Pascual Bailon que le avisa que está cercana su muerte, porque ella jamas ha querido ser su devota por no oír esos toquidos; y así ¿quién puede ser sino el duende que ha cogido á cargo á la infeliz muchacha?

Así es, dijo el coronel, el diablo son los duendes. ¡Pobre de mi sobrina!—Vea usted si tiene razon de quererse mudar. ¡Ya se vé que la tiene, y sobrada! Esto de ver al diablo en cuerpo y alma, y oír golpes en la cabecera no es cosa de juguete.—¿Y qué dice Pomposita de esas cosas, y su madre tambien?—¿Qué han de decir, sino que son avisos del cielo! y ya las dos han resuelto mudar de vida.—Eso siempre es muy bueno; pero si el diablo hubiera sabido lo que habia de suceder, no se mete en espantarlas, porque no le tiene cuenta que se convierta ninguna alma;

mas al pobre no le dió esto por las narices, y se ha llevado un buen chasco.

¡Noramala para él! decía la beata: yo me alegro de que se haya pegado esa burla.—Cuénteme usted, tía, prosiguió Pudenciana, ¿y qué ha hecho mi prima al principio de su conversión? Pues, lo pregunto para cuando yo me convierta.—¿Qué ha de hacer, niña? las dos se han ido á confesar, y ya Eufrosina no quiere tertulias: ya despidieron al maestro de baile: Pomposita ha tirado todas las esencias de olor, y ha guardado sus peinetas y alambres con que se componía la cabeza.—¡Ay tía! no me lo diga usted ¿á tanto ha llegado?—Sí, mi alma: si tú la vieras, no la conocerías, porque está tu prima de lo vivo á lo pintado. Ha compuesto sus tunicos, ha comprado zapatos negros, y todo el día está suspirando, mirando un Santo Cristo y leyendo la vida devota de San Francisco de Sales, y hoy me ha pedido que busque la vida de Santa Rosalía: y según yo barrunto, puede esto venir á parar en que sea monja teresa. En fin, desde la noche de los espantos una Pomposa llevaron y otra trajeron; pero aunque ya no la espantan, ella no entrará á aquellas piezas, si la mataran, y no dejan de buscar la casa.

Muy bien hecho, decía D. Rodrigo, pero si usted vuelve hoy á verlas, dígame á mi hermana y D. Dionisio que digo yo, que no se aceleren demasiado por

mudarse: que á la noche iré allá con mi muger y Pudenciana: que me pongan la cama en el mismo lugar donde estaba la de Pomposita....—¡Ay, señor D. Rodrigo! ¿Y para qué quiere usted hacer eso?—Para ver al diablo, porque no he visto uno en mi vida, sino pintados: y pues en casa de mi hermana se deja ver tan á lo vivo, no es de perder semejante espectáculo.—¿Por cierto que quiere usted ir á bonita comedia!—¿Le parece á usted que será poca diversion ver una cosa invisible?—¿Usted cree que no lo cree, señor coronel!—¿Cómo no? lo creo tanto como creer que hay hechizos, brujas, vistas que hacen daño, muertos que se aparecen, fantomas, dinero enterrado, que avisa de noche donde está con su luz opaca y lisonjera, y otras cosas de este mismo tejido.—Pues qué ¿dirá usted que no hay nada de eso?—Sí, lo mismo que el diablo que se le apareció á mi sobrina.

¡Pues ya se ve que sí! decía la beata; y si estas cosas no fueran verdad, no se leyeron en los libros impresos con letras de molde y con las licencias necesarias, ni se oyeran asegurar por personas muy sábias y muy cristianas.—¡Ah, señores! si se quemaran todos los malos libros, y si cumplieran todas las lenguas ignorantes, acreditadas de sábias entre los muchachos, ¡cuántos errores se cortarían de raíz!

La multitud de milagros y espantos apócrifos que  
TOMO II. 10

se hallan esparcidos en los libros, y defendidos como verdades inconcusas por personas que parecen sábias, son los que han abierto la puerta á infinitos errores, abusos, vana confianza, fanatismo y supersticiones, en que el vulgo de todas clases se halla empapado no solo en nuestro reino, sino en todo el mundo, pues en todas partes crecen habas.

Lo mas sensible es que los que con una piedad falsa han querido hacer valer la religion con estas patrañas, no han conseguido otra cosa que hacerla terrible para los propios, y ridicula para los extraños.

Nuestra religion con la santidad de su instituto, con la solidez de sus pruebas, con la excelencia de su dogma y justificada moral, brilla sin necesidad de falsos espejuelos ni oropeles.

El Ser Supremo para hacerse temer de los malvados, no necesita del demonio, ni de hacer titeres espantosos, dando á cada instante cuerpos aereos á los espiritas infernales; ni para hacerse amar y prodigarnos sus beneficios, está todos los dias invirtiendo el órden que prescribió á la naturaleza. El creer lo primero, es figurarnos una deidad mezquina; y el esperar y pedir lo segundo, es tentar á Dios, esto es, querer hacer prueba de su poder, lo cual es un insulto sacrilego á su Omnipotencia.

Pues usted dirá lo que quiera, decia la beata; pe-

ro de que hay espantos, los hay. En vida de la señora mi madre, que era yo muchacha, habia en México un hervidero de duendes y fantasmas, que no era dable, y yo me acuerdo que recién muerta su merced, la vi dos noches palpablemente al entrar en la recámara donde murió, y una vez oí que me llamó y me dijo muy claro *Maria, Maria*. Pues esto á mí me pasó, no me lo contaron, y la vi con estos ojos que se ha de comer la tierra. Lo mismo digo de los milagros que cada dia se ven á millares. ¿No ve usted cuántas muletas y piesitos de plata y cera están en los altares de algunos santos? ¿Quiere usted mas prueba? Y por fin, ¿no se acuerda usted del milagro tan patente que pasó habrá doce ó trece años con Pomposita cuando se cayó del balcon, y no recibió el mas mínimo daño sino el susto? Pues esto no lo puede usted negar, porque lo vió con sus mismos ojos.

Es verdad, contestó, el coronel, yo lo vi, ó si no lo vi me lo contaron: fué cierto que la niña cayó del balcon y quedó ilesa; pero eso fué casualidad, no milagro: milagro hubiera sido que se le hubiera hecho pedazos el casco en la lana; pero que no se matara una criatura de tan poco peso, al caer de un balcon no muy alto sobre un monton de lana blanda y esponjada, no puede ser milagro, mas que así lo llame usted desde ahora hasta el fin de sus dias. Fué

casualidad que hallara prevenido en el suelo tan buen colchon, y cayendo en él, fué cosa muy natural que no se matara ni se rompiera la cabeza. Ahí me las den todas.

—¿Conque no fué milagro?—No, señora, no fué milagro.—Pues sí, señor, fué milagro, y muy milagro, que lo hizo Nuestra Señora de la Soledad de Santa Cruz, Señor San Agustín, y mi madre Santa Rosa de Lima, á quienes yo invoqué, aunque tan mala y pecadora.—La creencia de usted es piadosa, pero el hecho no fué cierto, porque ni esos santos hicieron tal milagro, ni pudieran hacerlo.—¿Ay Jesús! ¿qué es lo que usted dice? ¿No pudieron esos santos hacer ese milagro?

No señora, ni otro ninguno.—¿Ay qué es lo que oigo! ¿Ni la Santísima Virgen que está en el cielo puede hacer un milagro?—No, ni la misma Emperatriz Sagrada.—¿Has oído, Matilde, qué heregia tan grande ha dicho tu marido? ¿Jesus sea aquí! ¡Ave María Purísima!...—No se espante usted, tía, que no ha dicho Linarte ninguna blasfemia—Ya se ve que no. Mi papá es muy cristiano, añadió Pudenciana, y la venerable beata, llena del espanto mas pánico ó infundado, pregunta: ¿Pues qué, también ustedes son de su opinion? ¿También ustedes aseguran que ni los santos ni la Virgen María hacen milagros?—De fuerza lo hemos de asegurar así,

cuando nos lo enseña la Iglesia.—¡La Iglesia! ¡Qué testimonio!—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar! Ya todos los de esta casa son hereges. Es menester delatarlos. Ellos son mis parientes; pero no tiene remedio: de aquí derecho á la inquisición. Si, si, que los quemen: primero es el alma.

No se dé usted tanta prisa, señora, decía el coronel con mucha paz: no vaya usted á incomodar con esos chismes á los inquisidores, porque le dirán que es una tonta, y que no sabe los principios de su religión. Aprenda usted primero, y luego nos irá á acusar al tribunal que quiera.—Yo no contesto con descomulgados, y esa descomunión es de participantes: sí, de participantes: y yo no me quiero salvar. Me tapo las orejas, me voy yo de esta casa condenada. No en balde me caí de la escalera al entrar; pero ahora lo verán, herejotes, se han de acordar de mí....

Diciendo estas y otras simplezas, se salió de la sala la buena vieja. Matilde y Pudenciana muy apuradas querían detenerla, y la primera decía á su marido: Déjame ir á detener á mi tía, no vaya á hacer una tontería. Es verdad que no le harán aprecio; pero en quita, pon y desembaraza, se nos puede seguir algun extravío, y cuando no sea otro que las hablillas de los que ignoran la realidad del caso, son de temer, y se deben evitar. Déjala que vaya con Dios:



no hagas aprecio de eso, ni tengas cuidado. ¿Acaso los jueces son ignorantes, ni pueden proceder con tropelia? Ellos en la declaracion conocerán la ignorancia de la madre beata, y cuando les quede alguna duda, luego que me oigan se satisfarán de la pureza de mi proposicion.—Es verdad, pero ¿qué ganancias de esas contestaciones? ¿Ya lo ves? delante de los muy ignorantes y virtuosos fanáticos no se puede hablar nada, porque todo lo entienden mal y lo interpretan peor.

Mientras que el coronel y Doña Matilde hablaban estas cosas, se marchó la necia beata, y nosotros no dejamos de quedar con algun cuidado, que no se nos quitó hasta la tarde; como verá el lector en el capítulo que sigue.

#### CAPITULO IX.

*En el que sigue la disputa que el coronel tuvo con la beata.*

**M**UCHAS veces una casualidad origina una desgracia, y otras evita una desazon. Esto último aconteció entre el coronel y Doña María. Iba esta firmemente resuelta á acusarlo, cuando la encontró Carlota, le preguntó por él y su familia, y la beata despues de referirle lo acaecido, le dijo como iba determinada á delatar á todos. Carlota era muy prudente, y así dijo que la intencion era muy buena; pe-

ro la hora muy incómoda, pues era medio día, y los señores estarian en sus casas, y tal vez comiendo: que seria mejor ir á casa de Doña Eufrosina, comer allá, dormir siesta, y á las cuatro y media ó á las cinco de la tarde pasar al tribunal á delatarlos. Con esto se serenó la vieja, y ambas se fueron á casa de D. Dionisio, porque Carlota no quiso separarse de ella.

Luego que llegaron, contó la beata cuanto le habia pasado con el coronel, añadiendo é interpretando á su antojo lo que le pareció, con lo que sorprendió á Eufrosina y á su marido, á Pomposa, al padre D. Jaime y á otras personas que asistieron á su informe, y se admiraban con razon, como que conocian bien el fondo de talento y religion del coronel; pero no se atrevian á contradecir á la vieja, pues ella juraba que así era segun lo referia.

Carlota, cuidadosa de la suerte de Matilde, no quiso despedirse, sino que envió á llamar á su marido el caballero Jacobo á quien hizo sabedor de la desgracia que amenazaba á su amigo Linarte.

Sin embargo del general cuidado, pusieron la mesa, comieron y se recogieron para pasar la siesta. Todos estaban apesadumbrados; pero serenos respecto de sí mismos, menos la beata que ni durmió, y ya no veia la hora de que dieran las cuatro, pa-

no hagas aprecio de eso, ni tengas cuidado. ¿Acaso los jueces son ignorantes, ni pueden proceder con tropelia? Ellos en la declaracion conocerán la ignorancia de la madre beata, y cuando les quede alguna duda, luego que me oigan se satisfarán de la pureza de mi proposicion.—Es verdad, pero ¿qué ganancias de esas contestaciones? ¿Ya lo ves? delante de los muy ignorantes y virtuosos fanáticos no se puede hablar nada, porque todo lo entienden mal y lo interpretan peor.

Mientras que el coronel y Doña Matilde hablaban estas cosas, se marchó la necia beata, y nosotros no dejamos de quedar con algun cuidado, que no se nos quitó hasta la tarde; como verá el lector en el capítulo que sigue.

#### CAPITULO IX.

*En el que sigue la disputa que el coronel tuvo con la beata.*

**M**UCHAS veces una casualidad origina una desgracia, y otras evita una desazon. Esto último aconteció entre el coronel y Doña María. Iba esta firmemente resuelta á acusarlo, cuando la encontró Carlota, le preguntó por él y su familia, y la beata despues de referirle lo acaecido, le dijo como iba determinada á delatar á todos. Carlota era muy prudente, y así dijo que la intencion era muy buena; pe-

ro la hora muy incómoda, pues era medio día, y los señores estarian en sus casas, y tal vez comiendo: que seria mejor ir á casa de Doña Eufrosina, comer allá, dormir siesta, y á las cuatro y media ó á las cinco de la tarde pasar al tribunal á delatarlos. Con esto se serenó la vieja, y ambas se fueron á casa de D. Dionisio, porque Carlota no quiso separarse de ella.

Luego que llegaron, contó la beata cuanto le habia pasado con el coronel, añadiendo é interpretando á su antojo lo que le pareció, con lo que sorprendió á Eufrosina y á su marido, á Pomposa, al padre D. Jaime y á otras personas que asistieron á su informe, y se admiraban con razon, como que conocian bien el fondo de talento y religion del coronel; pero no se atrevian á contradecir á la vieja, pues ella juraba que así era segun lo referia.

Carlota, cuidadosa de la suerte de Matilde, no quiso despedirse, sino que envió á llamar á su marido el caballero Jacobo á quien hizo sabedor de la desgracia que amenazaba á su amigo Linarte.

Sin embargo del general cuidado, pusieron la mesa, comieron y se recogieron para pasar la siesta. Todos estaban apesadumbrados; pero serenos respecto de sí mismos, menos la beata que ni durmió, y ya no veia la hora de que dieran las cuatro, pa-

ra cumplir con las obligaciones de cristiana, según decía.

Doña Enfrosina á las tres envió el coche á su cuñado, mandándole decir que fuera luego luego, que le importaba mucho porque allí estaba la tía Doña María.

El coronel recibió el recado con aquella serenidad que inspira la inocencia; y sin apresurarse se levantó de su sofá, tomó chocolate, hizo que lo tomaran Matilde y Pudenciana, que estaban con harto susto, y así que concluyó dos cartas que tenía que enviar á la estafeta, mandó que se vistieran las señoras, tuvo cuidado de que se previniese lo perteneciente á la casa, y cuando ya estaba todo organizado, cerró las puertas principales, tomamos el coche y nos fuimos para la casa de su cuñada.

Cuando llegamos, la hallamos toda alborotada, porque ya habían dado la cuatro, la beata porfaba por ir á su negocio y todos rodeados de ella se lo impedían.

Luego que vió al coronel y su familia, cerró los ojos, se tapó las orejas, y con unos gestos de energía decía: "dejenme salir de aquí, yo no quiero conversar con herejotes: los aborrezco, los detesto, los abomino. Si estos fueran mi padre y mi madre, haría lo mismo que voy á hacer. Sí, sí: primero es Dios y su santa fe que todo el mundo."

Sin embargo de que los visages de la beata tonta escitaban la risa de los circunstantes, no dejaban de esperar malos resultados los amigos y deudos del coronel y su familia, mucho mas cuando notaban que la denunciante no desistía de su intento.

La sensible Matilde y amorosa Pudenciana padecían mas que todos en aquella ridícula escena, y con lágrimas en los ojos procuraban aplacar á su tía; pero en vano. Esta mas se irritaba al oirlas hablar, y creyendo que aquel llanto era efecto del temor del merecido castigo por su culpa, se empeñaba mas en salirse con la suya.

El coronel instaba que la dejaran ir donde quisiera, que no tuviesen cuidado, que él se defendería, que aquello no era nada; mas sus razones no calmaban el sentimiento de los suyos ni el temor de sus amigos: y así mas por serenarlos á todos que por otra cosa, determinó sosegar á la tía María, lo que consiguió de esta manera. Déjenla, señores, decía en voz alta, déjenla, que vaya donde quiera. Yo tambien tengo que acusarla, y los dos quedaremos en la cárcel: yo por herege, y ella por gentil. ¿Yo por gentil? preguntaba la beata muy apurada.—Sí, señora: por gentil ó gentilá, como usted quiera. Herege es el que niega alguno de los misterios de la fé que profesó en el bautismo, y gentil es el que carece en lo absoluto de esta fé ó conocimiento sobre-

natural.—¿Pues qué yo no tengo fé?—No, ni sabe usted qué cosa es fé.—¿Cómo no? *La fé es un conocimiento sobrenatural, conque sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos enseña.*... Es así que usted no cree lo que Dios dice, ni lo que le ha enseñado la Iglesia, luego no tiene fé: y si no tiene fé, es gentil.... Descomulgadote, ¿quién asegura que yo no creo lo que me enseña la Iglesia?... Yo lo digo, y se lo voy á probar á usted en sus bigotes; y si no lo probare bien, á juicio de estos señores cristianos que nos oyen, desde ahora para entonces y desde entonces para ahora, me obligo en toda forma con mis bienes habidos y por haber, á que refresquemos todos de mi cuenta esta noche: item mas, á darle á usted treinta pesos para un hábito nuevo de cristal, y á que mi muger y mi hija le hagan unas tocas nuevas. Vamos á argüir: sentémonos

El estilo festivo del coronel calificó su inocencia, é hizo reir á todos, hasta la beata, que segura en que no le podían probar que era gentil, concibió la lisonjera esperanza de aflauzar los treinta pesos prometidos, y así, sentándose en compañía de los demas, escuchó al coronel, que se esplicó de esta manera.

Ya ustedes, señores, habrán advertido que la tia Doña Maria se ha escandalizado grandemente por una proposicion que me ha oido. Todos los dias hay gentes que se escandalizan, y otras que temen

escandalizar sin fundamento, sino solo porque ignoran lo que es escándalo. Doña Maria es una de ellas: y así ustedes me permitirán que le esplice brevemente lo que es escándalo, por lo que nos pueda importar. Oiga usted, señora.

El escándalo, segun los moralistas, se divide en activo y pasivo. Activo es el que uno da con acciones ó palabras que causan ruina espiritual al prójimo, y este se puede dar no solo con acciones malas prohibidas, sino tambien con buenas y licitas: por ejemplo, licito es que yo acaricie á Matilde; pero si lo hago con ósculos y abrazos delante de algunos jóvenes de ambos sexos, ya no es licito, por el escándalo que puedo darles, particularmente si ignoran que es mi esposa.

Escándalo pasivo es el que se recibe de las mismas acciones.

El escándalo activo se divide en especial y general. El primero es el que se da con intencion de que otro peque y se condene, y este se llama *pecado de demonios*. El segundo es el que se da sin ese fin determinado, sino solo por la complacencia que nos resulta de la accion, como el que da á una muger el que la induce al pecado, no precisamente porque peque y se condene, sino por satisfacer su apetito.

El escándalo pasivo es de tres maneras: farisaico, de párvulos y de frágiles. El primero es aquel es-

cándalo que se recibe no porqu e la accion sea en si mala de modo alguno, sino por la depravada malicia del que la ve, y se escandaliza aun de las cosas buenas, como se escandalizaban los fariseos de que Jesucristo hiciera milagros en sábadó.

El escándalo de párvulos es el que nace de una ignorancia natural, como si uno se escandalizara de ver trabajar en domingo, sin saber la necesidad ni la dispensa con que se hacia.

El escándalo de frágiles es el que se recibe por nuestra humana miseria, que toma ocasion para pecar de cualquier cosa.

En vista de esta doctrina, ya usted entenderá que su escándalo ha sido de párvulos, porque lo ha ocasionado su ignorancia; pero si despues que yo explique mi proposicion siguiere escandalizándose, ya entonces es su escándalo farisaico, y por lo mismo despreciable.

Yo dije, señores, que no fué obra milagrosa sino muy natural, que esta niña no se matara, cuando siendo pequenita cayó de un balcón sobre un montón de lana; y á seguida aseguré que ningun santo, ni la misma Reina de los cielos puede hacer un milagro.

Esta señora no esperó razones, sino que tapándose las orejas, se salió de casa escandalizada de tanta heregía. Cuando solo se oyen medias palabras ó no se entiendo el sentido de ellas, es fácil

sacar consecuencias criminales de las cosas mas inocentes, y formar los conceptos mas ridiculos. Estas son las ventajas que ofrece la ignorancia junta con el atolondramiento. La ocurrencia de la respetable Doña Maria me ha hecho acordar de un chiste que le voy á referir para que escarmiente y se divierta. Un pobre hombre llamado Blas, encontró un encorozado en una calle: este llevaba un letreiro en la coraza que decia: *Por Blasfemo*: el buen hombre solo leyó la mitad del rótulo, porque la otra mitad estaba al lado opuesto de su vista y sin mas averiguacion marchó para su casa, y lleno del mayor susto le dijo á su muger: "hija, por Dios, que de hoy en adelante no me digas Blas: dime Juan, Antonio, Pascual ó lo que quieras; pero no me digas Blas por vida tuya, porque es un gran pecado llamarse Blas, y tanto que sacan encorozados á los Blases..... ¿Cómo así? preguntaba su muger muy admirada: eso no puede ser.... Si puede ser, hija: acabo de ver uno encorozado por Blas.

Serieron todos muy de gana con el cuentecillo del coronel, menos la beata, pues esta se avergonzó bastante, y mas cuando Don Rodrigo prosiguió diciendo: ¿Qué les parece á ustedes, señores, de la candidez de aquel buen hombre? Seguramente que hubiera acompañado esta tarde á Doña Maria de buena gana, y entre los dos me hubieran ido á delatar por

Blas. Pero dejemos las chanzas, y pasemos á des-  
escandalizar á mi parienta.

Los señores saben muy bien lo que voy á decir, y  
aun mi muger y mi hija, pero usted señora, no lo sa-  
be, y es preciso que lo sepa. Atiéndame.

Una de las señales características de los milagros,  
es que sean contra la naturaleza; esto es, que supe-  
ren sus leyes ó las venzan. Y ¿quién puede domi-  
nar la naturaleza, sino su Autor Supremo? Por tan-  
to, solo Dios puede hacer un milagro: solo Dios pue-  
de hacer que el fuego no queme, que se multipli-  
que en un instante una sustancia, que se trasmute  
en otra, que un ciego rematado vea con lodo, que un  
muerto corrompido resucite, etc. Para conseguir  
esto de Dios es muy oportuna la intercesion de los  
santos, y por lo mismo nos es muy del caso aprove-  
charnos de su valimiento, y solicitar su patrocinio  
en nuestras aficciones. Ellos son amigos de Dios,  
y sus ruegos son oídos de su Magestad con agrado.  
Esto es lo que pueden hacer los santos por sus devo-  
tos; mas no hacer un milagro, pues no alcanza á tan-  
to su poder: entonces podrian lo mismo que Dios, y  
serian otros dioses, cuyo absurdo no cabe en la ima-  
ginacion de un católico. La naturaleza solo se su-  
jeta á su Criador, y aun cuando obedece á los hom-  
bres, lo hace mandada de su autor. Si una peña  
herida por la vara de Moisés produce agua: si el sol

detiene su curso á la voz de Josué, no fué porque  
aquel legislador ni este general tuviesen poder pa-  
ra ejecutar estos prodigios, sino porque Dios mandó  
á la piedra que diese agua, y la dió; quiso que el sol  
detuviese su carrera cuando Josué hablase, y el sol  
se detuvo. Así sucede siempre: manda el Señor, y  
la naturaleza obedece sus preceptos.

Y así cuando se dice que la Virgen Santísima, que  
este ó aquel santo son muy milagrosos, hemos de en-  
tender que Dios ha hecho muchos prodigios por su  
intercesion; mas no que ellos los hayan hecho.

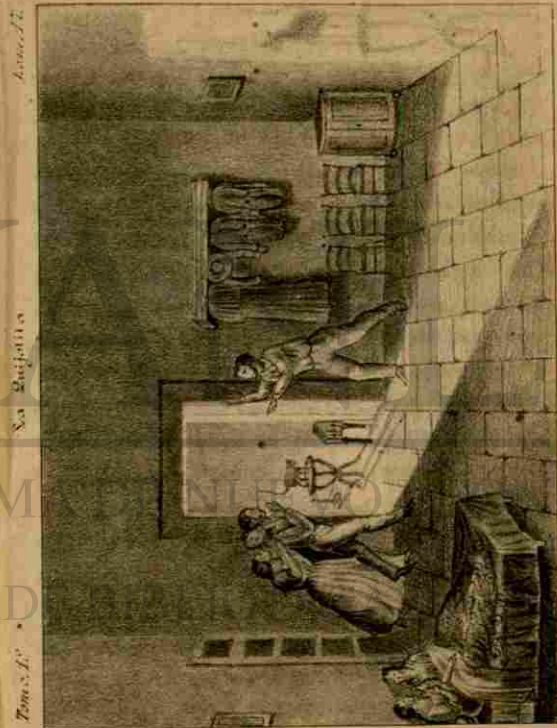
Esta es la doctrina de la Iglesia que se ignora por  
muchos en punto de milagros. ¿Qué le parece á us-  
ted, Doña Maria?—Qué me ha de parecer? sino que  
cuanto usted dice, ni me toca ni me tañe, porque yo  
no soy teóloga.—Pero es usted católica cristiana, y  
como tal no debe ignorar los principios de la reli-  
gion que profesa.—Pues yo sé muy bien el catecismo  
y tengo la fé del carbonero, y con eso me basta.—Se  
engaña usted, señora: el saber el catecismo sin en-  
tenderlo, no basta; y el atenerse á la fé del carbone-  
ro, que segun el cuento decia que él creia lo que  
creia la Iglesia, es una excusa muy grosera para de-  
fender la mas torpe ignorancia.

Semejantes profesiones de fé no son sino una ir-  
rision y un insulto que hacen á la misma religion  
muchos que blasonan ser miembros de ella; porque

si á un ignorante se le dice que la Iglesia enseña un error que tenga alguna apariencia de piadoso, no dudará en creerlo un momento, y ya se sabe que en materias de fé, tan malo es creer errores, como ignorar las verdades de que debemos estar instruidos.

Pues usted dirá lo que quisiere, señor coronel, decía la respetable beata, pero yo no me he de meter en camisa de once varas. Allá los estudiantes como usted se entenderán con su *latinorum* y teologías, que á mi me basta con creer en Dios á puño cerrado, y caiga quien cayere; y en eso de milagros, yo he de creer todos los que vea escritos en los libros y puestos en las iglesias; y si son mentiras, allá se lo hayan los que dan licencia para ello, pero á mi no me toca meterme en averiguaciones. Yo sé que cuando una cosa se pone con letras de molde, ya ha pasado por los ojos de los calificadores, que desde luego serán muy leídos; y así cuando dan licencia para que una cosa se imprima, ya sabrán que es muy cierta, y que no hay ningun peligro en que todos la lean.

Lo mismo digo de las muletas, cabelleras, retablos y milagros de cera y de plata que se cuelgan en los templos y los altares de los santos: milagros deben de ser, media vez que todos dicen que son milagros: á fuera de que, una vez que los ponen, será con licencia del cura, del guardian ó de quien corre con



Amos 17

San Roque

Tom. IV

el santo. ¿Qué mas es necesario para creer que son tan ciertos como los artículos de la fé? porque cuando el cura lo dice, estudiado lo tiene; y si no lo estudió ¿qué me importa?

Yo fuera una judía si pensara que los censores no saben lo que aprueban, y que en las iglesias cada uno pone lo que quiere llamar milagro, sin que nadie le diga, por ahí te pudras. No; Dios me libre y me tenga de su santa mano para que yo no piense estas tonteras.

Concluyó la tia su discurso, con el que se divirtieron bastante los que la oian, y el coronel le dijo: En efecto, señora, usted padece mil equivocaciones, y lo peor es que está obstinada, y ha de costar mucho trabajo el convencerla. No obstante, sepa usted que todos esos retablitos que se presentan y dedican á los santos en sus imágenes, no son signos de milagros, ni pueden serlo sin la calificación y declaración de la Iglesia. Se permite que se coloquen en los templos, para que los fieles desahoguen su devoción y gratitud; y porque, tal vez el vulgo ignorante, si careciera de esta libertad, caería en el error de creer que ni los santos intercedían por nosotros en las necesidades, ni Dios nos dispensaba tan francamente sus favores, y este error sería mas pernicioso que el primero: pues, de creer que Dios hace mas milagros que los necesarios, no se sigue injuria á su Omnipotencia, N. 19. TOMO II. 11.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



nipotencia; pero de creer que no los puede hacer, ó que nos escasea mucho sus favores, se insulta su poder soberano y su misericordia liberal. Sin embargo, sería de desear que todos entendieran que el poder de hacer milagros es privativo de Dios, y que los santos únicamente pueden suplicarle que los haga cuando convenga á su gloria y bien nuestro.

Asimismo debían todos saber que no se le puede dar crédito á cuanto está impreso, solo porque están las letras estampadas con moldes, ni porque se lea en las carátulas que están con las licencias necesarias. Esta es una simpleza que trae funestas consecuencias entre la gente idiota, que vive persuadida á que se debe creer como de sí cuanto está impreso, en virtud de que ven ó han oído decir los muchos pasos, censuras, licencias y dinero que cuesta la publicación de una obra; y alucinadas con estos aparatos, no pueden convencerse de que haya falsedades en los libros, siendo así que no hay heregia ni desatino que con licencia ó sin ella no esté impreso: de lo que resulta que se empapan en mil errores que leen sembrados en muchos libros que traen vidas de santos anoveladas, y milagros apócrifos.

¿Qué alto concepto no se formará del poder falsamente atribuido al demonio, el ignorante que lea en la vida de Santa Genoveva á aquellos títeres con

que la hechicera en un espejo la representó infiel á su marido?

¿Qué idea tendrá de la Providencia divina, siempre celosa de nuestro bien, al ver la facilidad con que permitió que se ultrajase públicamente el honor de su sierva, y que padeciese tantos trabajos, sin mas fin, á lo que parece, que acrisolar su paciencia, cuando pudo haberlo hecho por otros medios que no indujesen un escándalo general? Y por último, no es fuerza que tengan al dicho por un tonto de primera marca al ver cómo creyó que los ojos y lengua de un carnero, que se presentó por milagro, eran de una muger y tan su conocida como suya? Yo á lo menos no creeré estas cosas ni sus iguales, mientras no me las asegure por ciertas la Silla de San Pedro.

La historia de S. Cristóbal es otro zurecido de mentiras que pasaron y aun pasan entre el vulgo. Todavía hay quien crea que fué gigante. La novena lo dice, y así se ve pintado; luego es verdad, se debe creer, y negarlo fuera heregia. Tal es el idioma del vulgo.

¿No sería bueno desengañarlo, diciéndole que no fué gigante, ni sirvió al demonio, ni lo dejó porque este se espantó con la cruz; ni sucedieron las patrañas que de él se cuentan, sino que fué uno de

los héroes que murieron por confesar la fé de Jesucristo?

Así es que fuera bueno se enseñaran, dijo prontamente la sencilla beata; pero si no fué gigante (para qué lo pintan tamaño en las iglesias? ¿Acaso son tontos los que las cuidan? A fé que no: bien saben lo que se hace, y si esto fuera fábula no sería usted el primero que lo dijese, y habiéndolo otros dicho, es regular que se omitiese que siguiera el vulgo con este error, quitando de las iglesias las pinturas gigantes de S. Cristóbal; pero una vez que no se ha hecho así, sin duda que fué tan gigante como ese Gofas que cuentan, ó ese Salmeron á quien vide con mis propios ojos. Pero sea lo que fuere, yo tengo en mi casa una cabeza de S. Cristóbal hermosa de grande, ya se vé como de gigante cananeo y soy muy devota y le enciendo una velota de á medio: pues, el día que lo tengo que no están los tiempos para fiestas.

Se relan todos de buena gana de estas sandeces, menos el coronel que se compadecía de ellas; y así, cuando tuvo lugar dijo: Se echa de ver, señora, que sus padres de usted fueron cristianos y que le dieron una piadosa educación; pero por desgracia esta se ha deslucido con la multitud de extravagancias y preocupaciones que adquirió desde sus primeros años, y de las que será harto difícil se desprenda.

El afecto que usted le tiene á S. Cristóbal sin duda es loable, pues su intercesion como la de los demas santos, es poderosa para alcanzarle del Señor las gracias que le convengan, pero no es loable la credulidad de usted acerca de su desmesurado tamaño. Antiguamente se divulgó entre sus devotos que cualquiera que viese su imágen no moriria en aquel día de muerte mala, sobre lo que se compuso este verso:

*Cristophori sancti specimen quicumque tuetur,  
Ita nanque die non morte mala morietur.*

En castellano puede traducirse así.

De muerte repentina ó azarosa

No morirá cualquiera que mirare

La imágen de Cristóbal prodigiosa.

En fuerza de esta creencia supersticiosa todos deseaban ver la efigie del santo, y como dice el señor Muratori: "El que deseaba frecuente concurso á su "Iglesia, pintaba en la fachada á este santo en esta "tura de gigante como lo fingen las fábulas de su "vida." Ya ve usted, señora, y qué origen tan erróneo trae ese pedazo de cuento que usted cree. Seméjante á esto son los que autoriza la credulidad del vulgo.

¿Qué cuentas tengo yo con eso? decía la beata: dejemos que sea cierto lo que usted dice, que eso, ¿quién sabe! pero yo aténgome á lo que me enseñaron mis abuelos y ¡santas pascuas!

Cada vez que hablaba la tía Doña María, reían mas todos aquellos señores, viendo el empeño que el coronel tenía en desimpresionarla de sus errores, y la tenacidad con que ella se resistía, correspondiendo las instrucciones con sandeces.

Enfaldado de estas niñerías, varió conversaciones: sacaron chocolate, dulce y agua, y concluido el refresco, se despidió la beata, diciendo que ya era la oración, y que una muger en la calle, sola y de noche estaba muy espuesta.

No pudieron contener la carcajada de risa los concurrentes oyendo que la triste vieja pensaba que aun tenía riesgos que temer en la calle. Doña Eufrosina y su hermana la detuvieron sin mucha dificultad: ella se retiró á una recámara á rezar sus devociones: las visitas parlaron un poco mas sobre diversos asuntos, y se despidieron: el coronel, D. Dionisio y las señoras se pusieron á jugar una malilla mientras era hora de cenar, y las dos niñas se fueron á platicar lo que sabrá el lector en el capítulo que sigue.

#### CAPITULO X.

*En el que se refiere la conversacion de las dos niñas, y se descubren las formidables espectros que asustaron á la tímida Quijotilla.*

**M**uy inquieta estaba Pudenciana mientras asistió á la conversacion de sus mayores: rabiaba por bullir á

Pomposa acerca de la buena vida que había entablado; pero aunque gustaba de oirla delirar, la temia un poco, porque Pomposa no era boba y había leído mucho, aunque sin orden ni eleccion, pero le sobraba labia para aturdir á los menos avisados; y así me nombró por su defensor *in pectore*, y cuando se fueron las dos solas, me hizo seña que la siguiera. Yo cumplí su gusto con prontitud, porque tenía complacencia en oír las producciones de Pomposa.

Luego que estuvimos solos, dijo Pudenciana á su prima: Conque, niña, cuéntame: ¿cómo te ha ido de espanto? Fatalmente, hermana: ¿cómo quieres que me vaya? ¿Te parece cosa de juguete ver al diablo? —Ya se ve que no; ¿pero qué, tú lo viste?—Toma si lo ví, y todo entero. —Ay, qué feo será!—Endemoniado, niña. Miralo tú con su cabeza de cochino, sus cuernos de toro, sus zancas de chivo y su rabo de mono.—Muy despacio lo estuviste mirando segun la descripción que me haces.—Apenas lo ví en un abrir y cerrar de ojos; porque luego me envolví la cabeza, y empecé á gritar á papá con todas mis fuerzas; pero en aquel instante se me quedó en la imaginacion su abominable figura del modo que te la he pintado.—Ya se ve, prima, que como tú eres viva, fué fácil que se te quedara en la imaginacion! y mas que, segun nos contó tía María, lo viste otra noche.—Ay, niña, ojalá y no lo hubiera visto! y luego

para rematar la cosa, ya te contarían lo de los golpes que oí en mi cabecera, que no sé cómo no me he vuelto loca del susto. Y con razón, niña, decía Pudenciana; pero mira, esos golpes tal vez los darían en la vecindad de atrás.—¡Qué vecindad ni qué nada! si la pared de esa recámara cae al patio del meson, donde no hay gente ni puede haberla, y mucho menos á tal hora.—Pues siendo así, prima, ¿á qué podremos atribuir esos espantos?—¡Ay, hermana de mi alma! ¿á qué los hemos de atribuir sino á avisos y particulares inspiraciones del cielo? Así lo juzgó mamá y yo también.

Puede ser así, decía Pudenciana, y eso creo que se conoce mejor por los efectos, según dice mi padre.—Pues si en eso se conoce, avisos han sido, y muy seguros, porque ha sido tal el susto que hemos llevado, que ya no queremos prestarnos á los alborotos del mundo. Mi madre y yo nos hemos ido á confesar: las tertulias de casa se han suspendido, y yo he reformado mi traje y mi vida enteramente.

Yo me alegro, hermana, de esa mudanza de costumbres tan repentina. Lo que le has de pedir á Dios, es la perseverancia: porque suelen algunas conversiones como la tuya ser solo llamaradas de petate, que tan pronto se encienden como se apagan.—Así serán; pero la mía no es de esas, gracias á Dios. Cada día me siento mas robusta para seguir

el camino de la virtud. ¿Mas quién no lo ha de seguir, al considerar que esta triste vida no es otra cosa sino una cadena de desgracias que nos rodea por todas partes? ¿Qué son los placeres del mundo sino aparentes bugias que nos deslumbran para no ver las eternas verdades? Las mayores satisfacciones que tú y yo podemos apetecer en nuestra edad, ¿qué son, sino unos encantos tan lisonjeros como vanos? Es verdad que sus apariencias son brillantes, pero su resplandor es de oropel sin una gota de sólido valor, y si no, advierte Pudenciana, si todos los dones de la naturaleza y la fortuna, reunidos en una sola persona, serán capaces de proporcionarle aquella sólida felicidad á que aspira su corazón, si este no se halla tranquilizado con la gracia.

Todo lo tuvo Salomón: juventud, hermosura, salud; riquezas, talento, poder y una multitud de bellezas que lo adornaban. ¿Quién debía juzgarse mas feliz entre los mortales? Todos lo tenían por tal, menos él mismo que registraba su corazón, y hallándolo desabrido en el centro de los placeres, hubo de conocer que todos ellos eran vanidad de vanidades, tormentos y aflicción de espíritu.

Pues si esto pasó á Salomón, ¿qué deberé yo esperar cuando estoy tan distante de verme en el colmo de la dicha en que él se vió? ¿No es preciso que conozca lo que es el mundo, cuáles sus deleites, cuáles

sus esperanzas y cuál el premio que se prepara á sus secaces?

Yo, prima mia, estoy convencida de estas verdades, y no quiero hacerme ya sorda á los divinos llamamientos. Los de estas noches han sido muy eficaces y sobrenaturales para ser desatendidos: y así á lo que aspiro es á resarcir de alguna manera tanto tiempo como he perdido disipada con las bagatelas del mundo: y como al paso que temo el infierno, y quiero entablar una vida cristiana, conozco cuán difícil puede ser esto en mi edad y en medio de las concurrencias del siglo, estoy pensando separarme de él enteramente.

¿Y de qué modo has pensado esa separacion? decía Pudenciana. En eso está mi duda, eso es en lo que yo vacilo, contestó Pomposa. Dos caminos se me ofrecen para retirarme del mundo, y en los dos hallo mil dificultades que vencer. El Monasterio y el Yermo son seguramente dos asilos contra los peligros de una sociedad corrompida como la nuestra; pero se necesita mucha madurez en la eleccion.

Los conventos son sin duda unos planteles de virtud; pero en estos hay muchas personas enciastradas, no todas con vocacion, no todas por su gusto, no todas perfectas, y todas humanas, miserables y con pasiones que á cada instante se rebelan. De esto se sigue que son como indispensables algunos chismes,

rivalidades, envidias, disgustos y otros defectos que si no impiden el llegar á la perfeccion alguna vez detienen ciertamente á quien desea llegar pronto á semejante estado. Es muy difícil esclavitar la voluntad al gusto de los superiores, y mas difícil conformar el propio genio con el ageno, hacerse á todos los pareceres sin hipocresia, condescender con diversas opiniones, sin delinquir contra la ley, y luchar contra nuestros naturales sentimientos.

Cuando no haya otra cosa en los claustros, yo sé bien que no faltan estos crisoles en que afirmar una virtud perfecta, pues donde hay muchas monjas, niñas y mozas ó criadas de servicio, hay sociedad, y donde hay sociedad hay peligro. En conclusion: en los conventos hay su mundo, y en el mundo, cualquiera que sea, hay mil riesgos, que son los que pretendo yo evitar.

Por tanto, estoy por decidirme por el Yermo, y me parece que mi vocacion es de Ermitaña.

Pero qué tendrás valor para ser ermitaña? decía Pudenciana. — ¿Y por qué no? contestaba Pomposa. Es cierto que á los principios me espantará la soledad del campo, el triste ruido de los árboles, especialmente por la noche: me será desagradable hasta lo sumo la dureza de las peñas, lo insípido de las yerbas, lo oscuro de los valles, el rugido de los leones y la ninguna compañía de los mortales, sin contar con

lo extraño que le será á este ruin cuerpo carecer de todas las comodidades que ha disfrutado, como son del gusto de su paladar, el abrigo y lujo de las carnes, la molicie de su cama, y la carencia de todos sus acostumbrados pasatiempos.

¿Cuál debe ser, prima mia, el sentimiento que experimentará mi espíritu al separarme para siempre de papá, de mamá, de mis tíos, de tí, de mis amigas, y..... (no te escandalices), de mis finos adorados? ¡Oh! la separacion de estos dulces y estrechísimos objetos de mi amor ha de ser el sacrificio mas costoso que pueda hacer mi voluntad al Ser Supremo; pero ¿qué no se debe hacer por conseguir el cielo? y así yo desde esta hora ermitaña me llamo y no otra cosa.

Pero qué tendrás valor para emprender un género de vida semejante?—¿Y por qué no? ¿Soy yo de otra masa que fué Santa Rosalía? No por cierto: esta ilustre doncella era mas jóven, mas tierna y delicada que tu prima; y tuvo bastante valor para salirse sola de su casa, abandonar el mundo, y retirarse á la cueva de Quisquina; ¿por qué pues, no tendré yo igual intrepidez para imitarla?—Es verdad, decía Pudenciana; pero esa princesa fué una heroína, y no todos tienen una misma firmeza, ni una misma vocacion ni auxilios. Mi papá dice que todos estamos muy espuestos á equivocarnos con nuestras opinio-

nes, y que en las mugeres los fervorosos y repentinos impulsos de devocion no suelen ser sino viarazas, y efectos de una oculta soberbia, refinada, con la que se creen capaces de hacer lo mas grande y mejor que han hecho los santos inspirados particularmente por Dios, pero que en la realidad muchas acciones de sus siervos son mas para admiradas que para seguidas, y yo creo que la resolucion de Santa Rosalía en salirse de su casa, es una de ellas, y tú no debes imitarla sin una inspiracion particular, y con permiso de tu confesor. ¿Ya se lo has consultado?—Yo no, ¿para qué? si tengo ó no esas inspiraciones, yo lo sé. El confesor tal vez las dudará, y me impedirá poner en ejecucion mis designos, ó porque no los crea justificados, ó porque no tenga el mismo fervor con que yo me siento animada, y así, si me resolviere, yo sabré lo que he de hacer cuando sea tiempo. Pero dime, ¿cuántos caballos tiene mi tío en su casa? Dos, y el macho del mozo, respondió Pudenciana; mas ¿por qué haces esa pregunta?—Ya lo sabrás; y entre tanto que Dios dispone lo que ha de ser de mí, te encargo mucho y á usted tambien (me decía á mí) que reserven esto con el secreto conveniente; y tú, hermana, no tengas cuidado de tu prima, que ni será la primera muger que habite en las soledades, ni que se familiarice en ellas con los ángeles.—¿Ay! pues qué, Pomposita, ¿tú tienes espe-

ranza de familiarizarte con los ángeles?—¿Y por qué no? si mi virtud se perfecciona, ¿qué embarazo tendrán los espíritus celestiales para bajar á consolarme y confortarme en las asperezas de mi retiro? ¡Oh! con qué alegría no escucharé, tendida sobre la verde yerba, los himnos y motetes que me cantarán los encendidos serafines; y con cuánto regocijo y humildad.....

A este punto llegaba el delirio de Pomposa, cuando una criada entró á avisarnos que era hora de cenar, y los señores nos esperaban en la mesa. Con este motivo se desbizo nuestra tertulia, y fuimos todos al comedor.

Durante la cena, movió el coronel la conversacion sobre los espantos anteriores. Todos los de la casa los afirmaron, asegurando que habian sido sobrenaturales, y segun como los pintó la pobre beata. El bueno de D. Dionisio, aunque decia no haber visto nada, con todo esto, no tenia valor para negar lo que afirmaban su muger y su hija.

Así que se desahogaron á su gusto y contaron las patrañas que tenían en la cabeza, el coronel con mucha flemma les dijo: Ya ven ustedes todo eso, pues no hay nada. Todo no ha de pasar de alguna causa natural, que no se ha podido averiguar, ó acaso serán efectos de la acalorada fantasía de mi sobrina. Tío, usted me dispense, dijo Pomposa; pero yo puedo ju-

rar que vi al diablo con estos mismos ojos con que veo á cuantos están aquí.—Yo no lo dudo, hija; mas tú sabes cuánto nos engañan los sentidos. Con esos mismos ojos ves los montes azules, una vara derecha, torcida en el agua, el sol del tamaño de una tortera ó comal grande, y las estrellas como unos pequeños diamantes, y sin embargo de que así ves todos estos objetos, ninguno es como lo ves, sino enteramente distintos. Conque nada seguro es el testimonio de tus ojos, si es el único que tienes que alegar para que yo te crea.

Hija mia, y usted herwana: no se engañen ni fomenten ese espíritu espantadizo y asombradizo. Nuestros sentidos nos fingien los objetos distintos de lo que son en sí muchas veces, y nuestra fantasía nos alucina sin sentir. Esta mas que los moldes, ha impreso cuántas veces! milagros falsos y revelaciones apócrifas, de los cuales muchos están condenados por la Santa Iglesia, y otras todavia dudosas sin merecer su aprobacion canónica. Las revelaciones de la madre Agreda son unas de ellas. ®

Nuestra alma, encareelada en la materia, padece como el cuerpo sus dolencias, y tal vez son sus enfermedades inconcebibles é incurables como las de este. ¿Quién creará que un general valiente, que no temia un gran número de enemigos patrocinados de la formidable artilleria, temblase á la presencia

de un raton? ¿Quién se persuadirá que el célebre Taso, hombre instruido, ingenioso y uno de los talentos que honraron la Italia, creyese que se le aparecía un espíritu sabio que lo ilustraba? ¿A quién le cabrá en el juicio que el gran Pascal se persuadiese muchas ocasiones de que á su lado estaba un precipicio, y con tal vehemencia que aseguraba la silla y hacia poner tablones y otras cosas para no caer? Volvia en sí cuando sus amigos curaban con sus reflexiones su delirio, pero dejándolo, á poco volvia con el mismo. Nadie creeria estas estravagancias de tales sabios si no las refrieran autores tan calificados de veraces entre los literatos, como son Blanchard y Muratori. Pues si unos hombres ilustrados, eruditos, estudiosos, se dejaron preocupar de su imaginacion tan fuertemente, que llegaron á ridiculizarse algunas veces, ¿qué mucho será que ustedes se engañen, ó las engañe su misma fantasía?

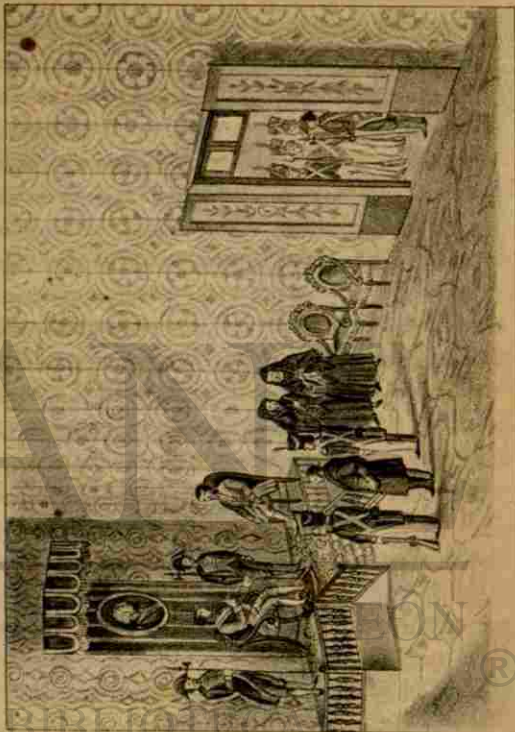
Estos señores se engañarian, decia Eufrosina; pero mi hija no se engañó: en la segunda noche me parece que le vi los cuernos al enemigo.—No se preocupe usted, hermana, contestaba mi tutor, ni usted ni ella le han visto cuernos, ni cola, ni nada. Todo eso es histérico, hipocondria ó delirios, y no otra cosa.

D. Dionisio siempre hacia el papel de miron en estas escenas: no hablaba una palabra, fuérase por

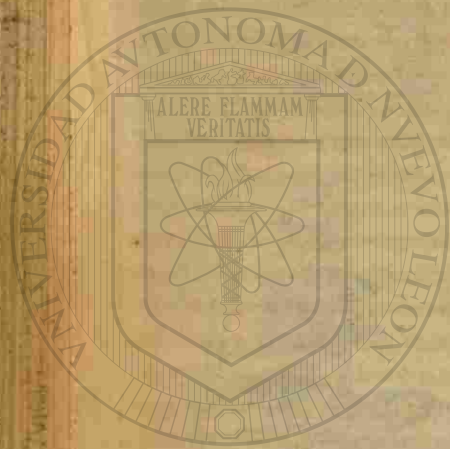
Zam. 2.º

En el gabinete

Tom. 3.º







su poca instrucción, ó por su mucha prudencia para no contradecir á su muger, pero esta vez no pudo disimular; habló y dijo:—Ella es, hermano, que algo podrá ser de lo que usted dice; pero esta ocasión creo que no, y me fundo en que las dos aseguran una misma cosa, y no es posible que la madre y la hija se histericaran ni deliraran á un mismo tiempo. Pues señor D. Dionisio, dijo el coronel, si ese es todo el fundamento que usted tiene, haga cuenta que nada vale, porque no hay una razón que la sostenga. No solo es posible siuo muy natural que una señora pusilánime y preocupada como mi hermana, se intimidara y se persuadiera de que ve á los espectros que aseguraba mi sobrina. Esta se espantó, gritó y conmovió el espíritu asonbralizo de su madre, la que predispuesta á creer que los diablos y muertos nos visitan cuando se les antoja, no dudó de la verdad de Pomposita, ni se detuvo á escudriñar la causa de su espanto, sino que llena del mismo susto, solo trató de socorrerla, y tal vez en su fantasía se pintó algo de lo que dice.

No me hace fuerza que haya tanta credulidad acerca de estos espantujos. Las malditas viejas con sus cuentos y patrañes acobardan á los niños, llenan sus cabezas de imágenes funestas y sombrías, y los acostumbra, aun cuando tratan de divertirlos, á creer todo lo maravilloso á lo divino y á lo humano; esto

es, contándoles cuentos y ejemplos falsos. ¡Qué mucho es que estos niños cuando grandes crean con la mayor firmeza todas las boberías que aprendió su fantasía desde tiernos? Mucho cuidado tuve en apartar de Pudenciana estas viejas cuentistas y dañosas. ¡Qué sé yo si me habrá valido!

No hay peor desgracia que llegar á vieja, señor D. Rodrigo, dijo tia Maria muy enojada, ¡mire usted qué tema tiene con las viejas.....! Yo no lo digo por usted, señora.....—No, ni lo diria usted, porque yo aunque soy vieja, ni soy embustera ni soy tonta. Sé muy bien donde me aprieta el zapato, y cuando cuento alguna cosa de espantos, ó los he leído, ó los he visto, ó me los han contado personas muy justas y fidedignas; pero usted nada cree: yo no he visto hombre mas incrédulo, y con razon dudo yo si será cristiano de veras.

Si lo soy por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, respondió riéndose el coronel: soy cristiano, pero no muy bobo para creer cualquiera cosa. Estoy reñido con mil preocupaciones que corren bien recibidas en el vulgo, y los espantos son unas de ellas. —¿Pues qué no hay espantos, en resumidas cuentas? —Si los hay, y muchos. El espanto no es sino una perturbacion del ánimo que induce al temor mas ó menos violento, y no hay ni un solo hombre que no se espante alguna vez, por valiente y despreocupa-

do que sea. La diferencia es que el hombre de esta clase refrena su temor y hace lugar á la reflexion sobre la causa que lo espanta en el mismo acto del susto; de lo que se sigue el desengaño, su serenidad, y la mayor dificultad que tiene para espantarse otra ocasion con el mismo objeto y en iguales circunstancias.

No así el preocupado cobarde: este se espanta cada rato, porque sin ecsaminar la cosa que lo asusta, sueita la rienda á la pasion del temor, y entonces ó huye despavorido, ó se rinde á un desmayo, ó tal vez á la muerte, si su corazon es muy chico, y la apariencia del espanto muy grande.

En todos estos casos se le cierra la puerta al desengaño, el espantado queda tenazmente persuadido á que fué realidad lo que vió, y de aqui resulta que se vuelve incurable y mas espantadizo cada dia. Vean ustedes lo importante que es á los principios hacernos fuerza para ecsaminar la causa que nos espanta.

Ese es el cuento, decia la beata, que nos pudiéramos detener en el instante que nos asustamos. ¿Quién habia de tener esa paciencia? Entonces era señal de que uno no se asustaba.—Pues, señora, el que se enseña á tener esa paciencia, aprende á no asustarse, porque llega á saber por esperiencia propia que casi todos los espantos son efectos de nues-

tra imaginación dirigida por la ignorancia.—¡Ah! ¿conque solo los tontos se espantan?—A lo menos, son los mas espuestos á espantarse, y las mas veces con frioleras.

En dos palabras, hermano, decia Doña Eufrosina: usted lo que quiere es hacernos creer que apenas hay milagros, y que los muertos y el demonio jamas se aparecen á los hombres. ¿No es esto?—No tanto, hermana; pero muy cerca está usted de adivinarme. Dios es poderoso para hacer muchos milagros: los ha hecho, hace y hará hasta el fin del mundo; pero no sin necesidad, á nuestro antojo, ni siempre que los apeteecemos. El demonio y los cuerpos de los difuntos se han representado á la vista de los hombres, pero muy raras veces: y fuera de las que nos aseguran las sagradas letras, que son bien pocas, y de las que la Iglesia califica por ciertas, que no son muchas, las demas las tengo por patrañas y cuentos de viejas .....

Y ¡dale con las viejas! señor coronel, decia la beata, ¿qué les habrá usted visto á las viejas? Pues lo cierto es que usted ya no es muchacho, y tan burros hay entre las viejas como entre los viejos.—Esto está en opiniones, mi señora; mas esto no es del caso. Yo voy á ver si consigo convencer á ustedes en favor de mi opinion, para que no sean tan espantadizas. Diga usted, el que cree fácilmente la multitud de

espantos que se cuentan y se leen, no puede menos que ser un sacrilego, porque se forma un concepto muy injurioso á la Deidad Suprema; ó cuando no lo culpemos tan severamente, es menester asegurar que es tonto de primera clase..... ¡Vaya! no hay que arrugar las cejas. Atienda usted.

Si tuviera usted un hijo pequeñito, ¿se pondria de proposito á espantarlo sabiendo que le habia de resultar de esto un gran mal?—Seguramente no.—Menos permitiera usted que los criados de su casa lo espantaran.—Ya se ve que no! ¿cómo se los habia de permitir?—¿Y se persuade usted á que habrá algun padre que así lo haga?—Es cosa que no puedo creer, porque semejante crueldad es agena del amor de padre.—Pues bien: yo pienso que usted, hermana, vive entendida en que Dios nos ama infinitamente mas que el padre mas tierno á sus hijos.—Así lo debo creer precisamente, y lo creo en efecto.—Pues ahora se halla usted en el estrecho de confesar que el que cree esa multitud de espantos de demonios, y apariciones de muertos que se cuentan entre el vulgo, ó es un necio que da entrada libre en su cabeza á estas farándulas, sin hacer el uso mas minimo de su razon, ó es un impio que juzga á Dios capaz de cometer con sus criaturas la crueldad que no cometeria un mortal miserable con sus hijos. ¿Qué dice usted?—Cierto que no sé qué responder; pero yo

nunca he pensado de Dios de esa manera, ni he tenido lugar, cuando me han espantado, para hacer esas reflexiones.— Así lo creo, y en no hacerlas consiste la facilidad de espantarse y creer prodigios sobrenaturales á cada paso, á pesar de las verdades que sabemos de rutina. Usted sabe que Dios la ama infinitamente; pero cuando se asusta, no se acuerda para nada de este amor, ni hace justicia á su inmensa bondad y misericordia.

Sabe usted también que el Ser Supremo no hace milagros sin necesidad; pero ignora que para que el demonio ó un muerto se aparezcan, es necesario que haga Dios dos milagros cuando menos: uno el de formar la apariencia de cuerpo sin materia, y el otro que resista este objeto terrible un espíritu tímido como el nuestro sin desamparar el cuerpo. Con esta ignorancia no es mucho que usted se preste á creer con la mayor facilidad todo lo que le cuenten acerca de esto, ni que acostumbrada á semejante modo de juzgar, se asuste y se sorprenda con cualquier ruido, con cualquiera sombra extraña.—

Pero, hermano, yo mil veces he leído y oído decir que los difuntos se han aparecido, especialmente á las almas buenas, para pedirles que hagan sufragios por ellos, y ya usted ve que estas apariciones han sido con necesidad, y se deben tener por verdaderas.—

Ya dije, hermana, de todos esos casos yo creeré los que la santa Iglesia haya aprobado por seguros, que son muy raros; los demás téngolos por ilusiones de gentes melancólicas, pues no hallo un adarme de necesidad para que un muerto se aparezca á los vivos para pedir que manden decir una misa por su alma, que restituyan lo que él usurpó, que saquen dinero enterrado, ni que hagan otros encarguitos de esta clase.

Además de esto, ¿no ha detenido usted alguna vez la consideración para advertir que todos los espantos de que hablamos, se cuentan acaecidos en lugares lóbregos, sombríos, oscuros, de noche, á determinadas horas, cuando no tiene compañía el espantado, y casi siempre sin más fruto que el terror que deja en el ánimo? Pues todas estas ridículas circunstancias no prueban otra cosa sino que todos los espantos son efecto de la cobardía é ignorancia de las gentes crédulas y espantadizas.

¿Acaso el Señor de los ejércitos respetará ó temerá á los miserables mortales para no presentar á su vista los objetos con que los asusta, cuando se hallan acompañados? ¿Le infundirá algún miramiento la presencia del sol ó la de la luz, ó serán bastantes para detener sus designios las horas iluminadas por el día? Fuera un absurdo el pensar tan dependiente y limitado á todo un Dios. Pues semejante

reflexion seria muy suficiente para calmar el terror en los espíritus demasiado febles.

En efecto, si Dios quisiera que viésemos al demonio ó á un muerto, como dicen, fuérase para nuestra correccion, para nuestro castigo, ó para alguno de sus inescrutables designios; ¿no lo veriamos en la mitad del dia, y aunque estuviésemos rodeados de un ejército? Seguramente: porque ¿quién se opondrá á la voluntad del Todopoderoso?

Muy acompañado estaba el sacrilego rey Baltasar, brindando en un suntuoso banquete en los vasos sagrados que su padre Nabucodonosor habia robado del templo de Jerusalem, rodeado de sus mugeres y concubinas y de mil convidados, cuando apareció una espantosa mano que escribió en la pared estas terribles palabras: *Mene, Thesei, Phares.*—

¡Qué horror! ¿Y qué hizo el rey al ver la formidable mano?

—Qué habia de hacer, se asustó de manera que se le inmutó el semblante: las rodillas le temblaban y se tocaban una contra otra. Su pavorse aumentó cuando el jóven Daniel le descifró las tales palabras, diciéndole que en pena de sus idolatrias y sacrilegios, moriría, y su reino seria entregado á sus enemigos. Todo se cumplió segun la esposicion del Profeta: Baltasar murió esa misma noche, y los persas y medos se apesesionaron de su reino.

¿Ya ven ustedes qué caso tan terrible? pues Dios, para cumplir su voluntad entónces, no tuvo que esperar que estuviera el rey solo, ni en lugar oscuro ni sombrío, ni que diera el relox las doce de la noche. Al instante que quiso, se cumplió su decreto soberano como se cumplirá eternamente. Conque debemos hacernos cargo de todas estas razones para no ser tan fáciles de creer la multitud de espantos que nos cuentan; y cuando ustedes gusten, vamos á recogernos, porque ya las muchachas están durmiéndose.

Se levantaron todos de la mesa, y el coronel con su familia se retiró á la recámara donde habian asustado á Pomposa; pero antes previno que todas las cosas se pusieran en su lugar y como siempre se habian puesto: que él habia ido con deseos positivos de ver al diablo, y que estuviesen todos dispuestos para levantarse cuando los llamara, porque no escucharía esta diligencia si el pobre diablo tenía la bondad de visitarlo aquella noche, y satisfacer su curiosidad como deseaba. Con esto se fueron las dos familias á sus respectivas recámaras.

D. Dionisio se estuvo despierto platicando acerca de la instruccion de su concuño, con su muger y con la beata, que decia: Aquí donde ustedes me ven, estoy muerta de miedo, porque el coronel no dejará de hacer una de las suyas. Yo no las tengo todas

conmigo, y si este hombre no es herege, ó brujo, ó cosa que lo valga, no hay ley en puercos rosillos. Sí, Dios me lo perdone; pero gente que no cree en milagros, que no tiene miedo al diablo, y que se incomoda saliendo de su casa solo por venirlo á ver, no puede ser nada buena.

Así se entretenia esta familia, mientras el coronel se divertía con la suya, ponderando la sencillez de D. Dionisio en crecer lo mismo que Eufrosina y Pomposa, que habia esta visto al demonio. Todo esto, añadía, es efecto de una educación abandonada á la ignorancia. Si desde niño hubieran persuadido á tu cuñado que todos esos espantos son cuentos de viejas, ahora lejos de darles crédito, hubiera convencido de su falsedad á su muger y á su hija.

Pudenciana amenizó la conversacion de sus padres, refiriéndoles por menor la fervorosa conversion de su prima, y lo decidida que estaba á ser ermitaña, harto confiada en que la visitarían los ángeles.

Se reían los señores alegremente con este chiste, cuando, como á la hora de haberse acostado, dijo el coronel á su esposa: ¿Ves, hija, la sombra que se acaba de ver en aquella pared? pues sin duda esa fué á la que puso nombre de diablo Pomposita.

Doña Matilde y su hija se incorporaron en la cama, y vieron en efecto la dicha sombra no sin algun sustillo, porque hacía una figura bien estraña y se mo-

via de cuando en cuando. ¿Y qué será, papá? preguntó Pudenciana.—Eso es lo que hemos de examinar. Estense ahí quietas, yo me levantaré... Vam es: ya está analizada la causa de este espanto. Es bastante natural, lo mismo que yo la esperaba. Agúrdenme. Voy á llamar á esos buenos señores para que la vean.

Sin perder tiempo se dirigió mi tutor á la recámara de D. Dionisio, y oyéndolo hablar con su muger, le dijo: Vaya hermano, levántese usted con los demas, y venga á ver al diablo despacio, que ya nos hizo el favor de venir.

Al oír esto, enmudeció D. Dionisio, tembló Eufrosina, Pomposa estuvo á pique de desmayarse, y la tía Maria se persignaba sin cesar; pero por fin se levantaron todos á las repetidas instancias del coronel, quien iba por delante, y los demas lo seguían con pasos detenidos.

Llegaron á la recámara donde esperaban muy tranquilas Matilde y su hija. ¿Este es el diablo que viste, Pomposita? preguntó D. Rodrigo. Sí, dijo esta toda temblando—Pues no te asustes, salgamos á esta sala, y verás al enemigo malo, no en sombra, sino en su mismo cuerpo.

Se resistía Pomposa, y la beata la detenía estirándola del túnico para que no saliera: hasta que tomándola su tío de la mano, la sacó rodeada de todos

los suyos, y poniéndola frente á un trípode, donde se ponía la agua manil, y sobre el cual estaba echado un gato descomunal, le dijo: He aquí, cobarde sobrius, el ridículo espectro que te ha espantado. Miralo, desengánate, límpiate bien los ojos. Si quitas la veladora de este lugar, y la pones aquí, ya no verás esta figura sino otra diferente.... A la prueba.... ¿Ves ahora lo que antes?—No, tío, ya varió la sombra enteramente de figura.—Pongamos la luz donde estaba, y quitemos al gato.... ¿Ves ahora solo la sombra del trípode, banco ó como llamas este mueble?—Es verdad.—Pues ya ves patente el engaño de tus ojos y el equívoco de tu imaginacion acalorada.

No teniendo que replicar con una demostracion tan evidente, callaron todos, menos Eufrosina, que deseosa de sostener su opinion, dijo: Es verdad que la sombra del aguamanil hacia en la pared una figura endemoniada; pero qué diremos de los golpes que se oyen en la recamarita?... Vamos allá, los oíremos, y examinaremos la causa.

Fuimos en efecto, y no tardamos en oírlos. A nadie quedó la menor duda de ellos. El coronel por una ventana inmediata se asomó á registrar la pared por de fuera; pero como estaba la noche muy oscura, no sacó por entonces otra cosa sino confusiones, pues ciertamente la pared estaba muy alta, y nadie podía tocarla por aquel lugar.

Cuando Eufrosina, D. Dionisio y Pomposa advirtieron la perplejidad de D. Rodrigo, cantaron su triunfo con el mayor orgullo. Hermano: contra la experiencia no vale nada la filosofia mas cavilosa, decía D. Dionisio: ¡vaya! á ver á qué causa natural podemos atribuir estos toques? Si es gana, continuaba la tía María: ¡sobra que negar los espantos, es negar que hay estrellas en el cielo! Nada tienes que esperar para desengañarte, Eufrosina.—Ya se ve que no. Aquí espantan, y mucho que espantan. Me mudara yo mañana, en cuanto Dios amanezca, aunque sea al Hospicio de pobres, si no hallo casa. Tú, Dionisio, si no quieres, quédate aquí con tus criadas, que yo me iré con mi hija y con mi tía.—Si, mamá: hará usted muy bien, porque ya acá se han anidado los espectros, duendes, fantasmas y vampiros. Dios nos avisa, y es menester no hacernos sordos á sus voces.

Vamos, señores, dijo el coronel, todas esas son palabras al aire que nada valen. Yo insisto en que estos golpes no proceden sino de su causa natural, por mas que ahora por la oscuridad de la noche no pueda señalarla; pero, hermano, hagamos un convenio si usted quiere —¿cuál es?—Este: si mañana les hago ver el origen de estos golpes, y el remedio para que no se vuelvan á oír, como no se oírán en efecto en la noche que sigue, pierde usted doce pesos que enviaré á los

pobres enfermos del hospital de San Juan de Dios; y si no lo puedo señalar, costeo el traspaso de la casa que tomen, el transporte de los muebles, y el reemplazo de los que se quebraren en la mudada. ¿Qué dice usted? Una apuesta que proporcionaba tantas ventajas, se admitió desde luego por D. Dionisio, y nos fuimos á recoger.

Al día siguiente se levantó bien temprano el coronel: fué á la ventana, y no tardó en averiguar que la causa de los golpes era un armazon viejo de palo, que en algun tiempo fué farol, y por su inutilidad se quedó abandonado, y pendiente de un pié de gallo en la pared que habia tenido corredor alguna vez y correspondia á la recamarita de Doña Eufrosina.

Este horrible vampiro, cuando lo movia el mas ligero viento golpeaba sobre la pared y azoraba á cuantos tenian la desgracia de escucharlo, habiéndose sido la primera, nuestra ilustrada Pomposita con la ocasion que se dijo de haber puesto su cama en aquella pieza, por huir del diablíngato fingido en aguamanil.

Luego que D. Dionisio y su familia se levantaron, los llevó el coronel á la ventana, les mostró el dueño fatal, suplió las veces del aire, sacudiéndolo con una caña larga y haciendo que oyeran los golpes que habian escuchado por la noche; y últimamente, lo arrancó del palo, cayó al suelo, y les aseguró á las

señoras que vencido aquel fiero vestiglo y su maldito compañero el gatidiablo, ya no volverian á espantarlas en aquella casa: y así que se dejasen de pensar en mudadas, en las que siempre se pierde algo, se rompen los muebles y se incomodan los dueños.

Despues de algunas objeciones triviales que hizo Doña Eufrosina, y á cuyas soluciones dadas por el coronel no pudo responder, saltó el bueno de D. Dionisio con una dificultad que no se debia esperar de su talento. Bien está, hermano, dijo, que no haya duendes, ni se aparezcan los muertos ni los diablos; pero usted no me negará que hay fantasmas, que eran los *Lemures* de los antiguos. Estos avechuchos nocturnos ecsisten sin duda entre nosotros, y la misma santa Iglesia pide á Dios que nos libre de ellos.—Dónde, D. Dionisio, dónde ha leído usted esas peticiones!—¿Cómo dónde? En un himno que comienza: *Te lucis ante terminum*, dice despues, *procul recedant somnia, et notium phantasmata*. Apártense lejos de nosotros los malos sueños, y las fantasmas de la noche. De esto se sigue muy bien que hay tales fantasmas.

El coronel desengañó á D. Dionisio, advirtiéndole que las fantasmas de que hablaba el himno, eran de las que se forman en nuestra mente, y que podían ser pecaminosas; que estas pueden muy bien representarse entre sueños, y escitar tal vez, aun habien-



do despertado, malos pensamientos: como si á Pedro durmiendo se le representa la imagen de su enemigo, (que es una verdadera fantasma) sueña que riñe con él y lo vence, y despues de despierto se complace en esta soñada venganza. Este caso y muchos semejantes, explican cuáles son las fantasmas ó figuras pintadas vivamente en la imaginacion del que duerme, que penden ser causa de que las pasiones se exalten y que despierto peque. Por esta razon pide la Iglesia á Dios que nos libre de estas representaciones peligrosas, que por cuanto se forman en nuestra fantasia, se llaman fantasmas.

Con esto se concluyó la cuestion de los espantos, y nos despedimos, dejando un poco tranquilizadas á las señoras, y un tanto convencidas de que el miedo y la ignorancia son los que asustan á los vulgares cada rato, y no el diablo ni los pobres muertos á quienes les levantan innumerables falsos testimonios.

#### CAPITULO XI.

*En el que se refiere la peligrosa aventura en que se vió nuestra Quijotita por su fervorena é imprudente virtud.*

**S**in embargo de que á favor del desengaño, ya no trató Doña Eufrosina de mudarse de su casa, no varió ella ni su hija el plan de su nueva vida, cosa que

no dejó de estrañar el coronel; pero como su virtud no era sólida, bastardeó desde sus principios, y llenó el extremo de la gasmoneria y ridiculez.

No habia fiesta de iglesia donde no concurrieran madre é hija, y se estaban en el templo hasta que se concluia la funcion y levantaban el petatito, como suelen decir. Por las tardes, luego que reposaban la comida, se vestian y marchaban para la iglesia donde estaba el circular, y no volvian hasta que depositaban, de suerte que no paraban en casa, la cual ya se deja entender cómo andaria, abandonada del todo al cuidado ó descuido de los criados; ello es que D. Dionisio no dejó de resentir el mal trato que recibia á causa de la vagamunderia espiritual de su familia; pero no se atrevia á reconvenir, porque Eufrosina lo dominaba, y él no sabia atacarse los calzones.

Si el día se ocupaba tan santamente, la noche no se pasaba menos. Luego que eran las oraciones se encerraba Eufrosina con su hija y la tia Maria, que desde la noche de la disputa con el coronel se hizo piedra en la casa, y se ponian á rezar el rosario y una cáfila de novenas, cuya tarea duraba hasta despues de las diez, y no podia durar menos, porque á mas de cuatro ó cinco novenas que se solian rezar á un mismo tiempo, habia otras devociones fijas que por ningun caso se omitian.

do despertado, malos pensamientos: como si á Pedro durmiendo se le representa la imagen de su enemigo, (que es una verdadera fantasma) sueña que riñe con él y lo vence, y despues de despierto se complace en esta soñada venganza. Este caso y muchos semejantes, explican cuáles son las fantasmas ó figuras pintadas vivamente en la imaginacion del que duerme, que penden ser causa de que las pasiones se exalten y que despierto peque. Por esta razon pide la Iglesia á Dios que nos libre de estas representaciones peligrosas, que por cuanto se forman en nuestra fantasia, se llaman fantasmas.

Con esto se concluyó la cuestion de los espantos, y nos despedimos, dejando un poco tranquilizadas á las señoras, y un tanto convencidas de que el miedo y la ignorancia son los que asustan á los vulgares cada rato, y no el diablo ni los pobres muertos á quienes les levantan innumerables falsos testimonios.

#### CAPITULO XI.

*En el que se refiere la peligrosa aventura en que se vió nuestra Quijotita por su fervorena é imprudente virtud.*

**S**in embargo de que á favor del desengaño, ya no trató Doña Eufrosina de mudarse de su casa, no varió ella ni su hija el plan de su nueva vida, cosa que

no dejó de estrañar el coronel; pero como su virtud no era sólida, bastardeó desde sus principios, y llenó el extremo de la gasmoneria y ridiculez.

No habia fiesta de iglesia donde no concurrieran madre é hija, y se estaban en el templo hasta que se concluia la funcion y levantaban el petatito, como suelen decir. Por las tardes, luego que reposaban la comida, se vestian y marchaban para la iglesia donde estaba el circular, y no volvian hasta que depositaban, de suerte que no paraban en casa, la cual ya se deja entender cómo andaria, abandonada del todo al cuidado ó descuido de los criados; ello es que D. Dionisio no dejó de resentir el mal trato que recibia á causa de la vagamunderia espiritual de su familia; pero no se atrevia á reconvenir, porque Eufrosina lo dominaba, y él no sabia atacarse los calzones.

Si el día se ocupaba tan santamente, la noche no se pasaba menos. Luego que eran las oraciones se encerraba Eufrosina con su hija y la tia Maria, que desde la noche de la disputa con el coronel se hizo piedra en la casa, y se ponian á rezar el rosario y una cáfila de novenas, cuya tarea duraba hasta despues de las diez, y no podia durar menos, porque á mas de cuatro ó cinco novenas que se solian rezar á un mismo tiempo, habia otras devociones fijas que por ningun caso se omitian.

Todos los días de la semana tenían sus rezos particulares. El lunes se debía rezar á San Cayetano y á las ánimas benditas, martes á Señora Santa Anna, y á San Antonio de Padua, miércoles á la Preciosa sangre, etc. etc.

Fuera de esto, había sus libritos que se rezaban por fechas, sin perjuicio de los diarios. Por ejemplo: día primero, se rezaba á la Divina Providencia, día siete, á San Cayetano, día ocho á la Purísima, día doce á la Santísima Virgen de Guadalupe, día diez y seis á San Juan Nepomuceno, día diez y nueve, á Señor San José, día veintuno á San Luis Gonzaga, día veintiseis á Señora Santa Anna, y ¡qué sé yó qué mas!

No era lo malo que se rezara tanto, lo fatal era el modo con que se rezaba, y las inconsecuencias que se originaban por esta imprudente y mal entendida devoción; porque el modo era rezar con mil interrupciones, lo que manifestaba la ninguna atención con que lo hacían. Doña Eufrosina llevaba siempre el coro, y era la que mas interrumpía, pues durante un *Padre nuestro* preguntaba tres ó cuatro cosas, y determinaba otras tantas; porque por ejemplo, decía, *Padre nuestro, que estás en los cielos*. . . . Niña, ya habrá venido tu padre?—Quién sabe mamá. *Santificado sea tu nombre*. . . . Es que si ha venido, que le den chocolate. . . . *Venga á nos el tu reino*. . . . y avisale que sobre

la cómoda está una carta que trajeron de casa de D. Jacobo. *Hágase tu voluntad*. . . . Espanta al gato, no vaya á quebrar un vaso: *así en la tierra como en el cielo*. ¿No era la devoción de Eufrosina estremadamente fervorosa?

Como había dado orden de que nadie la visitara mientras rezaba, tenía D. Dionisio que complimentar á sus amigas, que á los principios, ignorantes de la nueva estravagancia de Eufrosina, continuaban de cuando en cuando sus visitas, hasta que mirando que se negaba, se retiraron poco á poco, tratándola de grosera é incivil.

Rabiaba D. Dionisio con estas cosas; però como era un marido afeminado, no tenía valor, segun se ha dicho, para corregir á su muger; y así se valió de quejarse con mi tutor, y suplicarle que persuadiera á su cuñada para que no fuera tan virtuosa. La empresa es difícil, dijo el coronel; pero haga usted que mañana concurren á la mesa nuestros amigos, y el licenciado que con su genio jocosó puede contribuir á los deseos de usted.

En efecto, al día siguiente fuimos cerca de las doce, hora en que no habían vuelto las señoritas de la iglesia, y ya las esperaban en su casa el cura, el señor Labin y el Licenciado Narices.

Mientras volvían, se trató de la estravagancia de las madamas, y cada uno prometió á D. Dionisio ha-

cer por su parte lo posible para ver si podian reducir las á estarse en casa mas y rezar menos.

Llegaron por fin las señoritas, y despues de las saluciones corrientes, se desnudaron el traje de la calle y se pusieron á platicar con sus visitas. ¿Conque de dónde bueno, madamas? preguntó el coronel.

—De la Merced, hermano, contestó Eufrosina. Estaba la iglesia hecha una gloria, como que hoy es el día de nuestra Santa Madre. Nosotros fuimos á comulgar, oímos ocho misas en un instante, venimos á desayunarnos, y nos volvimos á la función, que ha estado muy famosa, especialmente el sermón que predicó el padre presentado N. ¡ya se vé, como que es divino el frailecito!—Todo habrá estado segun usted lo dice: lo que no puedo entender es cómo oyeron ocho misas en un instante, pues por ligeras que se digan se necesita para oirlas algo mas de tres horas.—Pues nosotras las oímos en una, porque las oímos todas á un tiempo.—Es decir, hermana, que no oyeron ninguna, y que si hubiera sido hoy día de precepto, no cumplen con él probablemente, y se quedan sin misa.—¿Y por qué?—Porque para oír misa como se debe, es necesaria la atención exterior é interior, esto es, la del espíritu y la del cuerpo. A la primera faltan no solo los que van al templo á divertirse con los que entran ó salen, á pintar á esta, á dibujar á la otra, á jugar con el abanico ó el palito, ni

á distraerse en conversaciones muy ajenas de aquel santo lugar, sino cuantos no están con la modestia debida, particularmente al tiempo del tremendo sacrificio; y ya usted verá que estando volviendo la cara á este y al otro lugar, y haciendo visages con ocasion de querer oír á un tiempo muchas misas, no solo se falta á esta atención exterior, mas tambien es causa de que falten á ella los que se divierten con estas gentes visageras.

Asimismo faltan á la atención interior, pues queriendo meditar en tantas cosas cuantas significan las diversas acciones que muchos sacerdotes hacen sobre el altar, no meditan en ninguna. No me crea usted á mí; oiga cómo se explica el Dr. D. Joaquin Lorenzo Villanueva en su tratadito que escribió de *La reverencia con que se debe asistir á la misa*. Dice pues: “El que oye muchas misas á un tiempo, ó atiende á “las varias acciones de ellas, ó no. Si no atiende á “esto, ¿en qué funda la mayor ganancia? Si atiende “á esto, la misma variedad, como decimos, le ha de “distraer precisamente; porque cuando una misa es “tá en el Credo, la otra está á la elevacion de la hostia, la otra en la sumpcion, y la otra en la bendicion, “¿quién tiene cabeza para pensar á un mismo tiempo “con atención y devocion en tantas y tan varias cosas?..

“Ann esto se verá mas claro, si atendemos á la

"disciplina antigua de la Iglesia, segun la cual no  
"era permitido que en un mismo templo se celebra-  
"sen á un tiempo muchas misas. "En los seis pri-  
"meros siglos de la cristiandad, y aun mas adelante  
"sola una misa se podia celebrar diariamente en ca-  
"da iglesia, ó mas bien en cada pueblo, aun cuando  
"hubiese en él varios templos fuera de la catedral ó  
"parroquia. Notorio es el rito observado por los  
"griegos de celebrar todos los presbiteros, juntamen-  
"te con el obispo. Ochenta presbiteros segun la  
"norma de la reduccion hecha por el emperador Era-  
"clio celebraban juntos un solo sacrificio en la igle-  
"sia mayor de Constantinopla. Esto prueba que en  
"los primeros siglos de la Iglesia, y despues de la paz  
"que el Señor le envió por medio de Constantino, no  
"se decían á un tiempo muchas misas en un mismo  
"templo. Y si en algun caso de solemnidad ó de  
"gran concurso eran necesarias mas misas, se cele-  
"braban una despues de otra, como se lee en la segun-  
"da carta de San Leon á Dióscoro.

"Y aunque en esto ha variado la disciplina por jus-  
"tas causas que debemos todos venerar; el espíritu  
"de la Iglesia siempre es y será el mismo, segun el  
"cual, los antiguos padres tenían por desórden dis-  
"traer con la celebracion de muchas misas juntas en  
"una misma iglesia al pueblo que en ella se congre-  
"gaba. Sabian que las colectas de los fieles se cele-

"braban para unir las oraciones de todos, para for-  
"mar de los gemidos de muchos un solo gemido, de  
"muchas voces una sola voz; de muchas adoraciones,  
"una adoracion sola, que con suave y poderosa efica-  
"cia incline el pecho benigno de Dios á que nos ha-  
"ga mercedes.

"Conforme á esta costumbre habia en la Iglesia  
"otra no menos antigua, de no consentir en cada  
"templo sino un solo altar, la cual observaron los la-  
"tinos hasta el siglo VII, y aun hoy dia conservan  
"los abissinos moscovitas y orientales."

Se cansa usted en vano, señor coronel, dijo el li-  
cenciado, porque estas señoras rezadoras son las mas  
tontas y las que menos entienden su religion. Re-  
niengo yo de todas estas beatas exteriores.—Reniego  
yo de usted, demonio de hablador, contestó pronta-  
mente Doña Eufrosina: ¿siempre ha de ser usted en  
contra de nosotras? Para usted no halla medio una  
muger. Si es alegre, si baila ó se pasea, dice que es  
libertina, loca y disipada; si por el contrario, es devo-  
ta y recogida, luego la califica de beata, tonta y de-  
vota exterior. ¿Conque qué haremos las mugeres pa-  
ra agradar á este malvado Nariguetas, y libertarnos  
de su lengua venenosa?—Fácil es la respuesta, decia  
el licenciado: lo que hay que hacer es, ser alegres sin  
coqueteria, francas sin locura, virtuosas sin hipocre-  
sia, y devotas sin supersticion; pero como yo no he

conocido ni una muger que tenga tantas recomendables circunstancias, sino todas ellas malas por un camino, peores por otro, y detestables por todos, cargaría mi conciencia si hablara bien de las mugeres.... ¿Qué es hablar? si pensara siquiera que había ni una sola buena: sí, ni una sola entre cuantas el sol calienta; antes tengo entendido, y en esta fé y creencia protesto vivir y morir, que vosotras sois la canalla peor de todo el mundo, y sois lo mismo hoy que seis mil años hace. Es decir que siempre habeis sido malas, malísimas y peores de lo que parecísteis á Ovidio, á Séneca, á Catulio, á Horacio, á Virgilio, á Tibulo á Propercio, y á cuantos autores antiguos y modernos han mal empleado el tiempo y sus plumas en hacer vuestros parecidísimos retratos...

¡Ya escampa, hermano! dijo Eufrosina: ¿qué le parece á usted y cómo honra este deslenguado á las mugeres? Muy agraviado lo tienen sin duda. ¡Ya se ve! ¿quién ha de apetecer á usted, demonio, tan viejo, tan feo y tan hablador? Bien que usted sabe cuándo y con qué mugeres se esplica de ese modo. Solo acá y con nosotras: á fé que con Pachita la huera, con la marquesita de.... con la hija del contador y con otras así, todo se vuelve usted mieles y zalamerías... adulator, embustero.

Es verdad que á esas señoras las trato con lo que llaman política, respondía el licenciado; pero eso es

porque las quiero menos que á usted.—¿Conque á quien quiere usted mas, le dice mas claridades? Si, á quien estimo de veras siempre trato de hablarle la verdad, y si puedo, procuro sacarla de sus errores.—¿Pues en qué errores me ve metida? Yo no me tengo por ilustrada ni por sábia; pero tampoco soy muy ignorante: sé muy bien donde me aprieta el zapato; si ya no es que usted tiene por error el que yo y mi hija nos háyamos separado de las tertulias y bureos, el que frecuentemos los templos, el que confesemos, que recemos... en fin, el que tratemos de mudar de vida y buscar á Dios.—No, no, señora, decia el licenciado: yo no puedo calificar por yerro la virtud. Todo eso que usted dice es muy bueno, cuando se hace como se debe hacer; pero cuando no, cuando un humor estravagante, y no la gracia divina nos hace parecer virtuosos, entonces nuestra devocion es falsa, no merece otro nombre que el de gasmoñería, y por consiguiente nos hace incurrir en mil errores. Usted, y otras beatas como usted, creen que la virtud consiste en no quebrantar los mandamientos descaradamente, en rezar mucho, en ir á las iglesias donde hay música y en ser insociables, fanáticas y simples. Persuadidas con estos bellísimos principios, quebrantan en uno todos los preceptos del Decálogo, se hacen unas hipócritas alucinadas, unas vagamundas de iglesias, sempiternas habladoras de virtud!

odiosas á los suyos y despreciables á la misma sociedad en que viven. No es esta una pintura exagerada de nuestras beatas, es un retrato fidelísimo de ellas. Yo no veo por ahí otra cosa que viejas y aun mozas aturdidas que hacen consistir la virtud en meras esterioridades, al tiempo mismo que ignoran cuál es su religion y el grado de obligacion que les imponen sus suaves preceptos.

Yo pudiera decirle á usted mucho sobre esto; pero sé que no me ha de oír con gusto: y así, solo le digo, que cumpla exactamente los diez preceptos del Decálogo, y no hará poco: cumpla con las obligaciones de su estado: conforme su voluntad con la de Dios, y creame que será verdadera virtuosa, su devocion será legítima, y no contrahecha; y aunque no rece una novena en su vida, se salvará lo mismo que San Pedro: mas si, por el contrario, usted no cuida de observar los preceptos de nuestra ley divina, si se desentien- de de las obligaciones que le impone su estado, si solo quiere hacer su gusto por capricho, sin sujetarse al dictámen de un prudente director espiritual, incurrirá en mil errores pecaminosos, se obstinará en ellos, se hará una completa alucinada, faltará mil veces al amor de Dios y del prójimo, y de consiguiente, si la sorprende la muerte en este infeliz estado, se irá á los profundos infiernos, atestada de novenas,

camándulas, escapularios, medallas, confesiones y comuniones.

No crea usted que estas son mis cosas, como usted dice; son cosas muy ciertas é infalibles. La falsa devocion, especialmente entre las mugeres, es muy común: sois estremosas, no hay remedio: si dais en malas el mismo Barrabas no os iguala; y si dais en parecer buenas... en parecerlo digo, (entiéndame usted) si dais en esto, sois supersticiosas, esteriores, monas y ridiculas hasta no mas... ¡Fuego y qué seso tan endiantrado es el vuestro, que con dificultad se contiene en los medios, sino que casi siempre declina hácia los extremos! Ten cuidado, Dionisio: ten cuidado con tu muger ahora que aparenta santidad. Ya sabes, ¿eh? ya sabes que de estas que no comen miel, libre Dios nuestros panales. El diablo son estas santurronas, falsas devotas y verdaderas hipócritas: cuenta con ellas.

No fuera malo que usted la tuviera con su lengua, mordaz, faceto, malcriado... Así se explicaba Doña Eufrosina, llena de enojo contra el licenciado Narices; pero este con mucha sorna le decía: ¡Qué tal, me engañó en mi juicio, señoritas? ¡Ve usted y qué pronto se le escalta la bilis, y cómo se desahoga de la manera que puede contra mí? pues á fe que ese enojo, ¡maldita la prueba que hace de la virtud de usted! El mismo dia que ha comulgado se irrita contra

quien le da una lección moral, lo mismo que si le hiciera un agravio. ¡Comuniones! ¡ah! rezos, novenas, trisagios, jubileos, visitas de cinco altares, oración mental, etc. etc.; pero la soberbia en su lugar, el rencor con el prójimo, lo mismo, y todo lo demás, *idem* compuesto de *id*. Esto se llama, señora, traer el rosario al cuello, y el diablo en la capilla.—¡Qué buen predicador va usted saliendo! yo creía que solo mi cuñado tenía esa gracia.—No, mi señora, yo también la tengo cuando quiero. Sé predicar; pero lo peor es que para usted predico en desierto. Tú, Dionisio, hijo, que me escuchas con tu acostumbrada calma, péñtrate de mis razones: no te dejes alucinar de tu santa mujer: ponte los calzones: haz que cumpla con sus obligaciones: que atienda, que cuide de su casa y de sus criados, que no sea mitótera ni vagamunda á la divino; y si no se reduce por bien, palo con ella, que buenos lomos tiene....

¡Miren que maldito Nariguetas! decía Eufrosina montada en rabia: groseron, malcriado, indecente: todas las cosas de usted se le parecen: ¡miren que consejos tan endiablados le da á Dionisio! ¡Ya se guardará de tomarlos! Si, ¡pobre de él, si el diablo lo tentara á impedirme mi gusto, ni tocarme un pelo! ¡Qué buenas uñas tengo para defenderme en ese caso!

Apenas dejó de reñir Doña Eufrosina, cuando to-

mó la palabra la tía Doña María y dijo: No hay que hacer: los tiempos están perdidos: ya no solamente faltan los buenos cristianos de marras, sino que se enfurecen contra los que quieren serlo. ¡Si digo yo, que este señor licenciado, (con perdón de ustedes,) ó es herege ó no le faltan dos deditos! Abrenuncio: ¡Dios me libre de estos sabiondos del infierno! salvo sea el lugar.... Diciendo esto, se persignaba muy seguido.

Cosquillas le hacían al licenciado con estas cosas, y mas se reía cuando para coronar la fiesta, dijo Pomposita: mamá, tía: cállense la boca; no hay que incomodarse demasiado con este buen señor (que Dios perdone, así como debemos perdonarlo). Jamas han faltado en el mundo perseguidores sangrientos de la virtud. ¡Qué baldones, qué injurias y denuesos no sufrieron por ella los Franciscos de Asis, los de Borja, los Juanes de Dios, los Estanislao Kostkas....! pero ¡qué mas! al Maestro de la virtud, á la misma Santidad, á Jesucristo ¿no trataron de hechicero y sublevador de la república, sometida al imperio del César Romano? ¿y por estas execrables calumnias no lo hicieron morir en una cruz? ¿Pues qué hay que admirarnos de que este caballero nos insulte por esta misma causa? Lo que debemos hacer es seguir impávidas con paso firme el camino comenzado sin escuchar los silbidos de la serpiente,



ni los cantos de las sirenas de este mundo. Armémonos, mamá y tía mía: armémonos de fortaleza en el Señor, y digámosle siempre con el Santo Profeta rey, que nos libre del hombre inicuo y engañoso, *Ab homine iniquo et doloso libera me*, acordándonos con el profano Horacio de que el que quiere llegar á la meta ó término de la carrera, tiene que sufrir y vencer mil obstáculos.

Esto es, señores, lo que me parece conveniente decir á ustedes en descargo de mi conciencia: pues, no porque presuma enseñar á ninguno; no, ¡Dios me libre de semejante presunción! está mi humildad muy lejos de esta arrogancia: soy harto frágil, soy polvo deleznable, soy la tierra que todos pisan; pero como humana, me lastiman las injurias hechas á mi mamá; sin embargo, yo por mi parte las perdono.

El discurso pedante é hipócrita de Pomposa hubiera seguido, si diera lugar el licenciado con su risa burlesca, que fué tanta, que no pudiendo refrenarla se levantó de la mesa, y se fué á tirar á un canapé apretándose la barriga, lo que aumentó la cólera de nuestras beatas.

Pomposita y su madre se retiraron enojadas, y la tía Doña María también se levantó de la mesa rezagando unas cuantas blasfemias contra el risueño licenciado, y se marchó sin decir: ahí quedan las llaves. D. Dionisio se manifestó avergonzado por el

poco fruto que sacó de su preparativo: Doña Matilde y Pudenciana se afligian al contemplar el grado de delirio de sus deudas: el padre D. Jaime decia que eran humoradas pasajeras: el coronel todo lo escuchaba con prudencia; pero Narices, despues que se cansó de reir, dijo á D. Dionisio:—No pienses, amigo, que hemos logrado poco: ellas van como perro con cohete en la cola, ardiendo contra mí; pero van espantadas de que les he sacado á plaza su hipocresía, y lo peor es que no es otra cosa. No te fies de tu muger ahora, y menos de tu hija. Sábetete que cuando yo era colegial tuve unos amorcillos puramente platónicos con una muchacha inocente y á la que su madre tenia en gran concepto de virtuosa; pero no obstante, se iba á almorzar conmigo á la Alameda con una prima suya cada vez que yo queria; y ¿cuál piensas que era el pretesto con que salian de casa? No otro sino el de que iban á confesarse y á comulgar. De manera que si yo he sido mas tunante ó ellas mas locas, sucede una averia bajo unos pretestos muy engañosos. Conque no te descuides.

El coronel apoyaba con la cabeza el consejo del licenciado y Doña Matilde, cansada de esta crítica contra su hermana, trató de que nos recogiéramos á la siesta, lo que hicimos cada uno segun su gusto.

Tres horas habian pasado, cuando estando tomando chocolate en la sala, entré una criada diciendo

—Señores: el paje dice que han matado los caballos á la niña. Fácil es concebir el efecto que causaria en todos semejante noticia. Sorprendimonos, bajamos al patio, entramos á la caballeriza, y encontramos á Pomposita privada, en brazos del lacayo con unas tijeras en una mano, y un manojo de cerdas en la otra: el caballo azorado todavía y sin un pelo en la crin ni en la cola, nos hubiera sido un objeto de risa si lo permitiera la triste situación de Pomposa, á quien subieron las señoras á la recámara, y habiendo llamado al médico á toda prisa, le proporcionaron los remedios oportunos.

Entre tanto que Eufrosina, la tia vieja, Doña Matilde y Pudenciana, con lágrimas, gritos, y apretones de manos aplicaban á la enferma las medicinas que el médico ordenó, el cuñado de D. Dionisio se desgrenaba y pateaba en la caballeriza al ver á su caballo tan mal parado, ignorando la causa de semejante fechoría: el lacayo, aturdido con las amenazas del amo, no sabia qué decir, pues en realidad el pobre no vió entrar á la niña, y solo acudió á favorecerla al ruido de las coces del caballo y del fuerte grito de Pomposa.

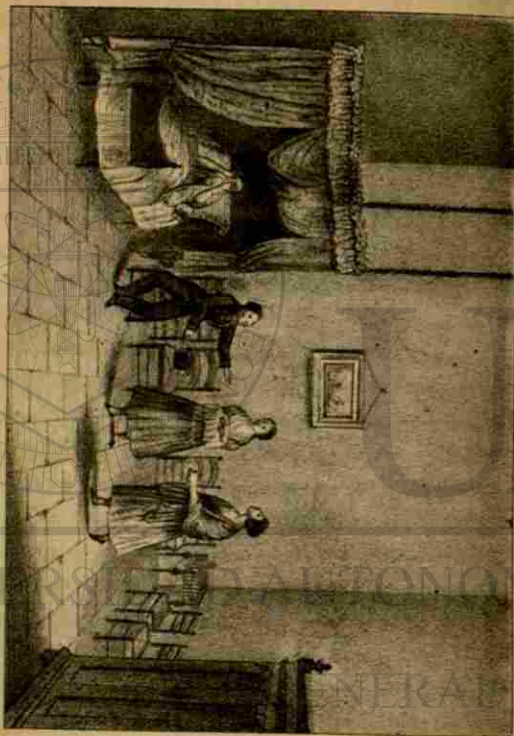
Sin embargo de todo esto, no se aquietaba D. Dionisio: lo hizo encerrar en un cuarto, con intencion de matarlo á palos, si averiguaba que habia estado en él la culpa.

Así que calmó un poco su primera cólera, subió á ver á su hija, á la que hayó enteramente buena, pues mas fué el susto que el daño que recibió. Entonces le preguntó ¿quién habia tuzado á su caballo? porque si habia sido el lacayo, le iba á dar tanto palo, que de su casa iria al hospital y de este á la sepultura. Aunque me ahorquen, decía, aunque me ahorquen: esta infamia no la perdonaré en mi vida.

Pomposita agitada por su conciencia escrupulosa, le dijo que el muchacho no tenia la culpa: que ella habia trasquilado al caballo porque no le alcanzaban las cerdas que le habia llevado su tia Doña Maria para hacer su cilicio; pero que si habia hecho mucho mal en esto, suplicaba el perdon humildemente.

Quando D. Dionisio se impuso á fondo de que su hija habia sido la autora de semejante daño, poco le faltó para afianzarla y darle una tunda como lo merecia; pero se contuvo por el respeto de su cuñado y los demas señores. ¡Vean ustedes, decía: ¡haberme perdido esta maldita muchacha un caballo tan lindo y generoso que me costó trescientos pesos! ¡Voto á...!

No te aflijas tanto, decía el licenciado disimulando la risa, para todo hay remedio en esta vida.—Pero para esto no: ¿qué remedio puede haber para que le nazcan las crines y la cola á mi caballo, cuando



esta diablo lo tuzó enteramente, y está tan feo que ya no queda para otra cosa sino para echarlo á la carga? ¿Que no te hubiera matado, condenada, que bien lo merecias? ¡Vamos, hombre, no te apures! continuaba el licenciado: dime, ¿no hay quien haga cabelleras y casquetes para los calvos y tiñosos? pues ¿por qué no habrá quien haga crines y colas para los caballos tuzados? Se harán, se harán, y yo me encargo de ello. Buscaremos un caballo de igual pelo, lo compraremos, se tuzará, y con sus crines y cola se suplirán las que le faltan al retinto.

Algo se serenó D. Dionisio con este consejo, á cuya serenidad procuraron todos concurrir del mejor modo que pudieron. Pomposita así que vió á su padre tan enojado, tomó el partido de fingirse mas adolorida del estómago para indultarse del castigo que aun esperaba: se le repitieron los remedios, y á poco rato de su nueva convalecencia, se despidieron todos, y se retiraron á sus casas.

¿Quién no se persuadirá á que Pomposa, escarmentada con este lance en que pudo haber peligrado su vida, se dejaría de sus ridículos fervores? Pues no fué así: su vocacion no estaba pegada con oblea; era muy tenaz en sus proyectos, y así emprendió otro que le salió mas caro que el antecedente, como se verá en el capítulo que sigue.

CAPITULO XII

*En el que se sigue tratando de la santidad de Pomposa, y su heroica resolucion de ser ermitaña.*

HABIA dado Pomposa en que era santa, y que para hacer milagros no le faltaba sino vivir en el Yermo. La vieja beata con sus elogios y cuentos la alucinaba mas cada dia: nuestra devota visionaria, que no necesitaba mucha espuela, creyó que el demonio, temeroso de la guerra que ella le habia de hacer en el desierto, se empeñaba en eludir sus buenas intenciones, y así resuelta á vencer al enemigo á toda costa, se decia:—¿Qué te detiene, Pomposa, qué te asusta, qué te acobarda para no caminar por donde las delicadas Rosalias y Genovevas? El enemigo de las almas se opone á tus santas intenciones, es verdad; pero ¿no sabes que, como dice S. Pedro, el demonio es un leon que ruje y da vueltas al rededor de nosotros buscando á quien tragarse, si no se le resiste con la fé? ¿Pues á qué esperas, desgraciada? Resistencia, resistencia es lo que ahora conviene, y no otra cosa.

¿Qué me detiene para ser ermitaña? Todo lo tengo: cilicios, disciplinas, cerdas, Santo Cristo, novenas, libros devotos, ampolleta y calavera. Estoy prevenida de todo como las virgenes prudentes, *estote parati*, "estad prevenidas:" pues ¿qué hago aquí en-

esta diablo lo tuzó enteramente, y está tan feo que ya no queda para otra cosa sino para echarlo á la carga? ¿Que no te hubiera matado, condenada, que bien lo merecias? ¡Vamos, hombre, no te apures! continuaba el licenciado: dime, ¿no hay quien haga cabelleras y casquetes para los calvos y tiñosos? pues ¿por qué no habrá quien haga crines y colas para los caballos tuzados? Se harán, se harán, y yo me encargo de ello. Buscaremos un caballo de igual pelo, lo compraremos, se tuzará, y con sus crines y cola se suplirán las que le faltan al retinto.

Algo se serenó D. Dionisio con este consejo, á cuya serenidad procuraron todos concurrir del mejor modo que pudieron. Pomposita así que vió á su padre tan enojado, tomó el partido de fingirse mas adolorida del estómago para indultarse del castigo que aun esperaba: se le repitieron los remedios, y á poco rato de su nueva convalecencia, se despidieron todos, y se retiraron á sus casas.

¿Quién no se persuadirá á que Pomposa, escarmentada con este lance en que pudo haber peligrado su vida, se dejaría de sus ridículos fervores? Pues no fué así: su vocacion no estaba pegada con oblea; era muy tenaz en sus proyectos, y así emprendió otro que le salió mas caro que el antecedente, como se verá en el capítulo que sigue.

CAPITULO XII

*En el que se sigue tratando de la santidad de Pomposa, y su heroica resolucion de ser ermitaña.*

HABIA dado Pomposa en que era santa, y que para hacer milagros no le faltaba sino vivir en el Yermo. La vieja beata con sus elogios y cuentos la alucinaba mas cada dia: nuestra devota visionaria, que no necesitaba mucha espuela, creyó que el demonio, temeroso de la guerra que ella le habia de hacer en el desierto, se empeñaba en eludir sus buenas intenciones, y así resuelta á vencer al enemigo á toda costa, se decia:—¿Qué te detiene, Pomposa, qué te asusta, qué te acobarda para no caminar por donde las delicadas Rosalias y Genovevas? El enemigo de las almas se opone á tus santas intenciones, es verdad; pero ¿no sabes que, como dice S. Pedro, el demonio es un leon que ruje y da vueltas al rededor de nosotros buscando á quien tragarse, si no se le resiste con la fé? ¿Pues á qué esperas, desgraciada? Resistencia, resistencia es lo que ahora conviene, y no otra cosa.

¿Qué me detiene para ser ermitaña? Todo lo tengo: cilicios, disciplinas, cerdas, Santo Cristo, novenas, libros devotos, ampolleta y calavera. Estoy prevenida de todo como las virgenes prudentes, *estote parati*, "estad prevenidas:" pues ¿qué hago aquí en-

vuelta en las delicias del siglo, y espuesta á manci-llar mi virtud en medio de los peligros de este mundo falaz y lisonjero? No, ya no mas dilacion, ya no mas temores, ya no mas debilidad. Esto es hecho: el sacrificio prometido á mi Esposo, es necesario consumarlo, él no será mas terrible que el de Isaac, ni mas funesto que el de Jepté. Yo me voy al desierto en esta misma noche. A Dios, mundo engañoso y miserable: á Dios placeres venenosos, gustos acibarados, compañías y amistades perniciosas, á Dios para siempre.

Dicho esto, tomó la pluma, escribió un papel, y lo dejó sobre su almohada. Todo lo tenía listo; pero le acongojaba sobremanera acordarse que le faltaba saco, porque le parecía cosa muy estraña vivir en los páramos con túnico de moda; pero como no hay dificultad que no se venza en estos casos, se acordó de una carpeta vieja verde que estaba arrinconada en un ropero: inmediatamente la marcó por saco, y diciendo y haciendo, se encerró en su cuarto, y del modo que pudo hizo un túnico bastante pesado y rígido: previno su cajita y á la noche, aprovechando un descuido de su madre y de las criadas, se desnudó de su ordinaria ropa, la dobló y la dejó sobre la cama, se vistió el saco verde, se soltó el pelo, se puso al cuello un Crucifijo y en la cabeza una corona de flores de papel, tomó su cajita bajo del brazo, y se

marchó para la calle con tan buena suerte que de ninguno de su casa fué sentida.

Por fortuna la noche estaba oscura, los faroles unos opacos y otros apagados, y las calles inmediatas á su casa poco transitadas de gente, con lo que le fué fácil alejarse lo bastante hasta llegar á la pulquería que llaman de los *Loquitos*: allí se ocultó mientras entraba mas la noche, y cuando ya serian como las nueve de ella, y no habia por las calles sino tal cual patrulla y uno que otro guarda en su puesto, llena de miedo siguió su camino hácia la garita de S. Cosme, por donde, á merced de una graciosa aventura que proporcionó la contingencia, salió á pesar del centinela, que en aquel tiempo guardaba el puesto con bastante escrupulosidad.

Es el caso, que en una accesoría de las casas contiguas á la garita habia muerto ese mismo dia, y estaba tendida en un petate con cuatro velas una muchacha, que como es costumbre con las doncellas, tenia su palma y su corona de flores, esparcidas muchas de estas sobre la mortaja.

Los soldados de la numerosa guardia que cubria entonces aquel punto, osiosos todo el dia, lo pasaban en las pulquerías y tabernas, ó en las accesorias de las inmediaciones, donde contando sus aventuras y refiriendo sus faañas en las batallas que habian dado á los franceses en España, pues que ¡ or la

mayor parte eran de gachupines las tropas que destinaban á esos puestos, tenían embelesadas á las mugeres que con la boca abierta escuchaban tantos prodigios de valor y sucesos tan variados, pagando su admiracion con el bocadito á la hora de comer, y con irse dejando seducir las muchachas, que no tenían á menos rendirse á los héroes, á quienes se habían rendido las numerosas y aguerridas huestes de Napoleon Bonaparte.

Esa tarde, como siempre, se introdujeron en la casa de la muerta algunos soldados, y entre ellos un gallego desmoralizado que no gustaba malgastar sus monedas en la vinateria, pues aunque aficionado á los sacrificios de Baco, jamas gastaba lo suyo y la pasaba con las largas libaciones á que lo convidaban sus camaradas, que lo querian por su genio rasgado y servicial.

Este, entre varias chocarrerías con que divertía á sus compañeros á costa de la difunta, se dejó decir: —¿doncella? Sábelo Dios y ella..... Como ser Santiago de Jalicia que he visto entrar en esta casa unos reverendos mas rollizos que los jatos y comadrejas de su convento.

Un lego fernandino español, que en un rincon de la accesoria estaba hincado rezando por la difunta, (la que solia quitar la cuartilla de cualquiera cosa para dársela de limosna, cuando le presentaba para

que besara la alcancía y el santo escapulario) al oír las demasias del soldado, se levantó y con voz campanuda le dijo.—*De mortuis nihil nisi bene*, paisano. Ya juzgados de Dios, el hombre debe suspender su juicio y dejar á los muertos que descansen en paz, no diciéndose de ellos sino cosas buenas. Yo os podría contar mil sucesos espantosos que han pasado á los poco respetuosos con los muertos, á quienes ha costado el juicio y aun la vida su imprudente manejo, y el mal uso de su lengua.

—Vos, padre, (contestó el gallego), tal vez sereis el primer doliente y por eso defendéis á la difunta. —¡Blastemo! exclamó el lego ¿ese respeto tienes al santo hábito que viste? A no ser por el servicio que prestas á la buena causa, yo te delataria á la santa Inquisicion que te pondria á buen recando; pero no desconfío de que á tus solas y en el silencio de la noche te se representará la difunta á quien infamas y te hará arrepentir de tus demencias.

Los soldados escuchaban el diálogo algo conmovidos, y la conversacion roló despues refiriendo cada uno los cuentos que sabia de muertos, de espantos, apariciones y demonios, sin olvidarse por supuesto del diablo que se aparecía y aporreaba muchas noches al centinela de la sala del crimen en palacio, donde para perpetua memoria quedaban en la pared

las señales de los tiros que habian dejado ir los centinelas en el acto de tan terrible lucha.

En estas conversaciones pasaron el tiempo que siguió despues que salieron de la accesoria de la muerte, hasta despues del toque de las oraciones que llamaron por su turno á los que debían hacer su cuarto de centinela, despues de alzarse el puente levadizo y de cerrarse las puertas. En la principal fué donde le tocó á nuestro gallego que por las pláticas anteriores tenia la fantasia llena de espectros y fantasmas, de muertos y diablos aparecidos. En la soledad y oscuridad de la noche cada sombra le parecia un demonio, y cada ruido, por ligero que fuese, creia que lo ocasionaban los pasos lentos y mesurados de algun difunto que venia á vengar á su compañera la que estaba tendida en la accesoria, ó tal vez ella misma segun le habia profetizado el lego, amenazándolo para el tiempo silencioso de la noche.

El para distraerse comenzaba á cantar la *jota* á otro de los sonesitos que eran familiares á sus camaradas; pero ninguno acababa, porque á pesar de sus esfuerzos no se borraban de su imaginacion los espantos y las amenazas del fraile.

Pasando entre el susto y la congoja la mayor parte de las dos horas que debia durar su cuarto, y sin atreverse á llamar á alguno de sus camaradas, porque no conociesen su miedo y lo tildasen de cobar

de, siendo para lo sucesivo el blanco de sus groseras burlas.

Estaba ya para concluirse su tiempo, cuando dieron las nueve, hora en que bajándose el puente levadizo se dejaban pasar las gentes que viviendo fuera de cortadura, se habian demorado en la ciudad por sus negocios y tenian que retirarse á sus casas. Se hizo como siempre, y el gallego tuvo unos momentos de distraccion con los que pasaban, olvidándose de los espantos; pero despues de un cuarto de hora que ya nadie transitaba por allí, á pesar de no haberse aun levantado el puente, ¿cuál seria su sorpresa y espanto al ver que se le acercaba á pasos lentos una muger vestida, segun le pareció, de su mortaja, con un Santo Cristo colgado al cuello, y su corona de flores ajadas y destucidas, como podia distinguirse á los pálidos rayos de la luna que comenzaba á salir? Le temblaban las rodillas, y siguiendo hácia él la aparicion sin vacilar sus imperturbables movimientos, llegó á la puerta, y pasó junto al centinela, que no pudiendo sufrir mas, ofuscado su entendimiento y desfallecidas sus fuerzas, cayó al suelo sin articular mas que con voz debilitada y temblorosa *¿quién... vive...?*

Bien sea porque á prevencion hubiese preparado su fusil, ó por el golpe, se disparó un tiro que alarmó á toda la guardia, é inmediatamente acudieron



todos los soldados en tropel á su socorro, sin haberse dilatado mas tiempo que el necesario para tomar sus armas, pero ya Pomposita en el traje de ermitaña, que era la vision ó la muerta que se le figuró al centinela, habia pasado el puente, y acelerado tanto el paso desde que oyó tan inmediato el tiro del fusil, que á la sombra de los edificios y de los árboles no fué observada por los soldados; que sin duda la habrían encontrado si la hubiesen seguido; pero no dando otra razon el centinela postrado en el suelo sino que se le habia aparecido la muerta de la accesoria, unos soldados asombrados creyeron que esta aparicion era la profetizada por el lego fernandino; y otros menos crédulos, atribuian la especie á la imaginacion y falta de valor del camarada, á quien dirigian mas de una satirilla.

Relevado el centinela, lo llevaron sus compañeros, para que se desengañase, á la accesoria del velorio, y estaba allí tendida la doncella difunta sin dar muestras de haberse levantado para nada. A su vista volvieron á turbarse los sentidos del gallego, y jurando por *Santiago* que era la misma que se le habia aparecido en el foso, se cayó privado, y al día siguiente, segun despues se supo, lo llevaron con fiebre al Hospital de S. Andrés.

Libre ya la Quijetita ermitaña del temor de que la persiguiesen, tomó la direccion al rumbo de Cha-

pultepec, sin acordarse de que allí habia otro grueso destacamento, que no solo le impediria la entrada en el bosque, sino que poniendo los soldados á riesgo su honor y su virtud, la mandarian seguramente á la calle de la Canoa, ó á buen componer á su casa con lo que se habrian frustado sus deseos, dando fin á sus aventuras.

Cuando habia caminado mas de una hora le ocurrieron todas estas reflexiones, y mudando de rumbo se echó á andar por esos campos de Dios, hasta que despues de cuatro horas largas de viage, cayendo y levantando se encontró en una barranca llena de maleza, que dividia las peladas lomas de un páramo desierto, donde á la luz de la luna no distinguió ni choza ni jacal que le indicase ser habitado de los hombres. Y habiendo elegido el lugar mas lleno de matorrales donde habia unos cuantos árboles que la defendiesen de la inclemencia de las estaciones, desfallecida y fatigada de tanto andar, se tiró al pié de un tronco, y allí sola, triste, cansada, muerta de hambre, y llena del pavor que le infundia la lóbrega perspectiva del campo á tales horas, se entregó á las mas melancólicas meditaciones. Allí lloró y maldijo mil veces su inconsideracion: allí se arrepintió de su imprudencia: allí propuso volverse á otro día á la casa paterna como otro Hijo pródigo; pero allí tambien reprendió su cobardia y falta de firmeza; allí

atribuyó al demonio los efectos de la naturaleza: allí se avergonzó de su inconstancia, y allí por último, determinó morir entre las fieras del campo, antes que dar que decir á los que sabían que ya á aquella hora era ermitaña, y verdadera sierva de Dios.

Absorta con estas imaginaciones, un sueño irresistible, se apoderó de sus miembros y contra su voluntad se quedó dormida. Pero dejémosla en esta violenta quietud, mientras volvamos á la casa de sus padres, y los vemos buscando á su hija, envueltos en la mayor aflicción, la que creció cuando despues de registrar su cuarto, solo hallaron toda su ropa bien doblada, el ropero intacto, y una carta sobre la almohada que decía:

*Padres y señores míos: vuestra hija se aparta de vosotros para seguir al Crucificado: mi vocacion es de ermitaña, y yo debo seguirla. Sé que con esto os desagrada: pero ¿qué importa si así agrado á mi Esposo? Diréis que os desprecia; mas no importa que lo digáis, si es por esta causa: escrito está que el que no desprecia ó aborrece á su padre y á su madre por el Señor, no será digno de él: y así yo, sin aborreceros ni despreciaros, os dejo, os olvido, y os abandono. Con el espíritu con que el casto José dejó la cuna en manos de su corrompida seductora, así os dejo. Adios, padres míos: obrad con justicia hasta la celeste Sion, donde nos daremos el osculo sagrado de la paz. Su amante hija — POMPOSA LANGARUTO.*

El prudente lector considerará cuál seria el sentimiento de los padres de esta niña, cuáles sus temores y cuántas las diligencias que harían por su hallazgo; pero todo fué en vano, pues aunque los criados corrieron por las calles de la ciudad, aunque los mismos viejos anduvieron por las casas de sus conocimientos, y empeñaron á los guardas con promesas, todo fué inútil: Pomposita dormía tranquilamente en su barracon y sobre la dura tierra lo mismo que en su casa y sobre una mullida cama. Tanta es la fuerza del sueño en una jóven.

Aun si quiera durmiendo, si no se levantara por su desgracia una violenta tempestad, á cuyos repetidos truenos despertó nuestra devota ermitaña con bastante susto, el que se aumentaba á proporcion que menudeaban los relámpagos mezclados con algunos rayos, que en aquellos lugares resonaban terriblemente.

Mas hasta aquí solo el ruido infundia pavor á Pomposita; pero cuando siguió un fuertísimo aguacero y no tenia donde refugiarse, cayó su ánimo en la mas funesta languidez.

Sin embargo, su locura le sugirió recursos para sostenerse en medió de su temor. Creyó que su virtud era bastante para hacer que la tempestad se serenara; y así abriendo su caja, sacó sus cilicios y una disciplina de pita: se puso aquellos muy poco apretados porque no se reventaran las cintas, y se dió

unos cuantos disciplinazos suavemente y sobre el saco verde, que no se quitó por la honestidad tan necesaria en aquel lugar y á tales horas.

Su fervorosa penitencia fué tan eficaz en su concepto, que á poco rato se despejó el cielo de nubes, cesó la tempestad, y volvieron á parecer la estrellas y la luna aun mas brillantes que al principio de la noche. Entonces, delirando con mayor vehemencia, atribuyó el natural desahogo de las nubes á un milagro patente, hecho por los influjos de su espantosa penitencia, y despues que cantó no sé qué cosa en accion de gracias al Criador, se postró sobre la cajita con intencion de orar, por si experimentaba algunos éstasis ó deliquios divinos.

Peró estando en esta postura, cuando hacia su composicion de lugar, oyó. . . . ¡Válgame Dios y lo que oyó! oyó que la calavera que en la cajita se movía palpablemente, segun su frase, no solo se movia, sino que chillaba de cuando en cuando.

El caballo se le erizó á nuestra nueva visionaria; la sangre se le heló y circulaba en sus venas con mucha lentitud: sus miembros se laxaron: faltó en sus piernas la firmeza para sostener su máquina desfallecida, y repitiendo la calavera sus vueltas y chillidos, se abatió su espíritu del todo, y cayó al suelo privada de sentido.

Así permaneció hasta las cinco de la mañana, ho-

ra en que pasó junto á ella un indio carbonero, acompañado de un muchacho y con una mula cargada de carbon que traian á vender á México. Al ver á la aturdida ermitaña tirada en el suelo, empapada, con su saco verde, el pelo suelto y la disciplina en la mano, se sorprendieron, creyendo que estaba muerta, y ya trataban de pasarse de largo; pero la buena fisonomía de Pomposa obligó al indio viejo á verla de cerca, y entonces, advirtiendo que respiraba, se compadeció de ella, y apretándole el estómago lo mejor que pudo, la hizo volver en sí.

Apenas abrió los ojos Pomposita, cuando, creyendo que los dos tiznados carboneros eran algunos ángeles que habian bajado de los cielos á socorrerla, clavó la vista en la tierra, se arrodilló, cruzó las manos sobre el pecho, y con una voz muy descaecida les decia:—Paraninfos sagrados, soberanas inteligencias, que en alas de los mansos cefirillos habeis descendido del Olimpo para restituirme la tranquilidad antigua: yo me postro ante vuestra faz resplandeciente, os doy gracias, y os suplico no me desampareis en mi corta peregrinacion, pues temo que en estos páramos me sorprenda la muerte cuando menos lo piense, como asalta el facineroso ladron á los descuidados caminantes.

El pobre indio que no entendió de estos despropósitos sino las últimas palabras de ladron, muerte y

caminantes, creyó que nuestra beata ó había perdido el juicio ó pensaba que él era ladrón que la quería matar, y que por esto se había liucado á suplicarle que la dejase viva; y así para satisfacerla le decía: *Año lagron, magre, año lagron*: que era decirle en un mal castellano y mexicano: no soy ladrón, madre, no soy ladrón. Pero como Pomposa no sabía que *ano* en idioma mexicano quiere decir *no*, creyó que el carbonero decía que amaba á los ladrones, y arrebatada de su ardiente caridad despues de haber vuelto en sí de su primer disparatado juicio, y conociendo que eran carboneros los que le parecieron ángeles, les decía: No, hijos, no ameís á los ladrones, porque os pervertireis y seréis unos de ellos: *cum perverso pervertentis*.

Los indios al oír esta gerga, se acabaron de persuadir á que la tal niña estaba loca, y así trataron de llevarla á su casa, que estaba á la salida de la barranca, lo que no les fué difícil conseguir.

En el jacal ó triste choza del indio estaba su mujer haciendo el desayuno que acostumbran, cuando entró el carbonero, su hijo y la ridícula ermitaña. La india, luego que la vió, quiso correr, pensando que era muerta, fantasma ó cosa mala, como sucedió al centinela de la garita de S. Cosme; pero su marido la contuvo diciéndole en su idioma que no temiera, que aquella pobre muchacha era una loquita que ha-

bía encontrado en el camino, y que la cuidara, pues no se quedarían sin premio, respecto á que en aquella caja algo tenía: con esto se sosegó la india, y la comenzó á agasajar en cuanto pudo.

Lo primero que hizo fué desnudarla de la ropa mojada, vestirla con un *quixquemel* y *huepili* de su uso que estaban llenos de mugre y hechos pedazos; pero por fin estaban secos. Ya se deja entender qué figura haría Pomposa tan estraña hasta á sus mismos ojos, mas la necesidad á todo nos sujeta.

Luego que estuvo vestida de india, y su ropa puesta á asolear, se sentó con los carboneros y su patrona junto al *tlequil*, y recibió de muy gana un jarro de atole y dos tortillas que le dieron, lo que depositó en su estómago sin ningun asco. Tal era el hambre que tenía.

Pero no tuvo igual conformidad para sobrellevar el nuevo traje mucho tiempo: porque cada rato se rascaba no sin motivo, y sacaba la mano habilitada de lo que no quisiera. Tanta guerra le dieron las imprudentes sabandijas, que apenas se medio secó su poca ropa, cuando se la puso húmeda, y se acostó á dormir en un rincón. Los carboneros se fueron á vender su carbon, y la india se puso á tejer un cenidor,

Mientras esto pasaba en el jacal. Doña Eufrosina estaba como se puede considerar con la pérdida de su hija. En toda la noche no durmió y luego que

salió el sol tomó la pluma y escribió una porcion de rotulones.

Ya los iba á mandar poner en las esquinsa, cuando entró el coronel y leyó que decian así ni mas ni menos: *Quien hubiere hallado una niña bonita como de quince años, que se estravió anoche como á la oracion de su casa, y se fué en camisa y naguas blancas, ocurra á entregarla á mi casa, y le daré un buen hallazgo.*

El coronel embarazó que se fijaran unos rotulones tan ridiculos que podian interpretar los maliciosos contra el honor de su sobrina: consoló á su cuñada y le dictó las mejores providencias para buscarla.

Entre tanto nuestra visionaria, á causa del aguacero que había recibido y de la humedad que absorbió su cuerpo con la ropa mojada, se enfermó de fiebre gravemente. Ese dia no comió, á la noche se le encendió la calentura en términos que deliraba. Los indios se compadecian de ella; pero en medio de su lástima abrieron la cajita, pensando hallar alguna cosa de provecho, y los infelices se consternaron mucho al ver lo despreciable que encerraba, llenándose de risa al ver que saltó por encima de todos un raton: este vichó era el que por un agujero que tenia la caja vieja se metió en ella, de esta se pasó á la calavera donde chillaba y la movia, y así causó tal espanto á Pomposita. Este fué el parto de la calavera como en otro tiempo el de los montes, un ridien-

lo raton. Casi todos los espantos tienen iguales principios.

Los indios socorrieron á su peregrina segun pudieron esa noche, pues no porque eran indios les faltaban los sentimientos de caridad.

Al dia siguiente, por una dicha de Pomposa llamaron de la casa de Doña Eufrosina al piadoso carbonero, y este, por un efecto de comedimiento, les preguntó qué remedio seria bueno para una niña de razon (1) que estaba loca y con calentura.

La novedad de la pregunta escitó la curiosidad de Eufrosina para indagar del carbonero tantas cosas, que al fin averiguó que la enferma era su hija.

Entonces hizo poner el coche, se fué con el carbonero con direccion á las lomas de Tacubaya, y encontró á su hija, como se dirá en el capitulo que sigue.

### CAPITULO XIII.

*Hallazgo de la ermitaña Quijotita, y peregrino desenlace de su santidad y la de su madre.*

**E**NTRE contenta y asistada subió al coche Doña Eufrosina con su marido, creyendo hallar á su hija ver-

(1) *Así distinguen muchos injustamente á los indios de los españoles, llamando á estos gente de razon, como si aquellos no la tuvieran.*

daderamente loca, segun lo que le habia contado el carbonero.

Luego que llegaron á la miserable choza de este, se apearon y entraron á buscarla.

No es menester ponderar cuál seria el sentimiento de ambos al verla con su saco verde, tirada en un petate ardiendo en calentura y delirando. Los gritos, llanto y exclamaciones de su madre eran tales, que los pobres indios se enternecieron, y tambien començaron á llorar.

Finalmente, la abrigaron, la subieron al coche, dieron una buena gala á los indios, y poco á poco la condugeron á su casa.

Sin pérdida de tiempo vino el médico, y se trató de curarla con el mayor esmero.

Por fortuna se començó á restablecer hasta que quedó fuera de riesgo, aunque demasiado triste y débil.

Doña Eufrosina, para que su hija no pensara otra vez en ser ermitaña, tiró á la calle los cilicios, cerdas, saco, disciplina, calavera, y hasta la caja.

No solo esto hizo, sino que para quitarle toda ocasion de que volviese á prevaricar con la virtud, que de esta frase usaba, hizo un escrutinio de todos los libros que habia en su casa, y habiendo recogido todos los piadosos y como quinientas novenas, se bajó al corral con ellos, llamó al lacayo, mandó hacer una

hoguera, y cuando estaba bien encendida, los echó todos, diciendo: "Id al fuego, pervertidores del talento de mi hija. No, no mas virtud en mi casa, no mas encierro, no rezos. Desde este instante yo haré que vuelva á reinar en el corazon de mi hija la alegría, y que se divierta como siempre."

Algo se escandalizó el lacayo con esta arenga; pero mucho mas la beata, que la habia estado observando desde la azoteguela; mas ninguno de los dos se atrevió á embarazar la quemazon, porque conocian el genio intrépido y dominante de Eufrosina.

Esta cumplió fielmente sus promesas, pues luego que Pomposita se fué mejorando, no cuidó de otra cosa sino de darle gusto en todo. Le hizo nuevos vestidos de toda moda, armó las antiguas tertulias, le permitió todo desahogo con los jovencitos que la cortejaban, y le consintió cuanto quiso.

No habia fiestecita donde no la llevara: jamas faltaba de los toros, y del coliseo muy pocas noches: las amigas se multiplicaron sin número, y todas la lisonjeaban á porfia, con lo que acabaron de corromper su corazon, y de llenar de vanidad su cabeza.

Ya se deja entender que el desórden entró de asiento en la casa de D. Dionisio, quien tan acobardado por su muger, no hacia mas que gastar, contraer drogas, y callar. En esto paró la desmedida virtud de Doña Eufrosina y su buena hija; pero ¿qué

otra cosa se debe esperar de una devoción falsa y de una virtud aparente y mal entendida?

El coronel y Doña Matilde se tostaban con las locuras de su hermana y sobrina; pero no quisieron meterse en advertirla, conociendo su capricho, y que cualquiera oposicion seria un estímulo para que lo hiciera peor.

Pudenciana por su parte no dejaba de sentir ni de reir las estravagancias de sus parientas, y su padre sabia aprovecharse hasta de los vicios de Eufrosina y de Pomposa para dar á su hija lecciones de virtud, que escuchaba con amor, practicaba con cuidado, y percibia con gusto su utilidad.

Tuvo varios pretendientes: de todos y de cuanto le decian daba cuenta á sus padres, y estos le dictaban como se debía manejar. Fácilmente discernia el coronel cuál era el carácter de cada uno, cuáles sus intenciones, cuál su conducta. Hacia ver á su hija que todo era siniestro, malo, inconveniente para ella, y los despedia sin sentimiento suyo y con la mayor docilidad.

El primero de estos que la solicitó fué un mocito azucarado y sin destino. Este le escribió una carta muy expresiva, en la que la colmaba de alabanzas, y le aseguraba su eterno amor y rendimiento.

Ella puso el papel en manos de su padre, quien le dijo:—todas las alabanzas que este te hace, no pa-

san de unas lisonjas estudiadas para rendir tu corazón sencillo, y esta es una verdad que bien la puedes conocer sin la mayor reflexion. Te dice que eres la mas hermosa de cuantas hay, que eres una deidad, que eres un ángel, que tus megillas son rosas, tus ojos soles, tu boca rubi, tus dientes perlas, tu cuello alabastro, tus cabellos hilos de oro, etc. Bien ves que todas estas espresiones son mentiras; pues eres una muger humana como todas: que aunque no eres fea, no tienes una hermosura peregrina; y cuando no pudieras ó no quisieras confesar que es así, el espejo te haria conocerlo, por mas que no lo confesaras.

Por lo que hace al imponderable amor que dice te tiene, y que al instante que te vió, te adoró con la mayor pasion, es otra mentira vieja de que usa esta clase de amantes. Es muy difícil, por no decir imposible, apasionarse de una muger, por hermosa que sea, á la primera vista: ¿cómo creeremos esto cuando se le dice á una muger no muy hermosa, y quizas aun fea si es rica? pues ello es que á todas se les dice.

Por otra parte: los juramentos que te hace de que será tuyo hasta la muerte son tan seguros como los que hace el jugador acabando de perder, de que no volverá á tomar los naipes en su mano. En estos juramentos casi siempre interviene ó la ceguedad ó la malicia del que jura. Cuando están realmente apa-

sionados ó ciegos por lo que aman, creen que jamas dejarán de amar á su objeto, y así se lo aseguran sin mentir; pero engañados, pues apenas lo poseen, cuando su amor se entibia, y de la tibieza pasa al aborrecimiento cuando el amor no es puro. Por esto dice Mr. de la Rochefoucault que: *El amor es lo mismo que el fuego, que no puede subsistir sin un movimiento continuo, y deja de vivir desde que deja de esperar ó de temer.*

Cuando los amantes no juran por ceguedad, sino por malicia, ya se conoce su criminalidad; pero la muger prudente debe estar alerta para no fiarse de semejantes promesas en ambos casos, pues cualquier credulidad en ellas es funesta.

Sobre los rendimientos y humillaciones con que escriben los hombres, es menester que las niñas estén muy prevenidas. Generalmente todos son humildes cuando pretendientes, y por casualidad no son tiranos luego que poseen. Entonces satisfecha la pasión ó el apetito, reconocen los defectos de la muger: si son ligeros, ó los toleran con prudencia cuando son capaces de esta virtud, ó los aborrecen con la persona, y si son graves, escitan todo su odio y su venganza. Conque cuidado, hijal despide á este ocioso con verdad y sin descortesía, y no te fies de papelitos tiernos, sino de acciones comedidas y de calificada hombría de bien.

Por medio del secreto de comunicar Pudenciana

los suyos con sus amorosos y prudentes padres, logró que no se burlara de ella ningun seductor, y que su honra estuviese en su lugar: que aprendiendo á distinguir el mérito de los hombres por la práctica, supiera por fin conocer quién la amaba con sinceridad, ó quien con embuste, y por este bien y considerado medio consiguió hacer su perpetua felicidad, como verá el lector si quiere leer un poco mas.

#### CAPITULO XIV.

*Juiciosa conducta del novio que se presentó á Pudenciana, y cordura con que esta y sus padres se manejaron hasta verificarse el casamiento.*

**E**NTRE cuantos aficionados tuvo Pudenciana logró la suerte de ser el preferido un D. Modesto, natural de México, hombre noble, de arreglada conducta, bien empleado y verdaderamente bueno.

Este sugeto por principio de su pretension, escribió á Pudenciana una carta que por original conservo en la memoria. Decia asi:

*Señorita: las bellas cualidades que recomiendan el mérito de usted me obligan á amarla. Yo deseara lograrla para mi única y perpetua compañera.— Mis deseos nada importan, si no agrado yo á usted como usted á mí. Para que me conozca y me trate, necesito visitarla, porque mi genio no se acomoda á solicitar su mano parándome en los zagu-*



nes, rondando su calle, valiéndome de criadas ni de otros medios indecorosos á usted y á mí. Por tanto, estoy resuelto á ver á su papá de usted, á informarle de quién soy, y á descubrirle mis intenciones; mas no daré un paso, antes que usted me diga si tiene vocacion de religiosa: si en caso contrario, está comprometida con otro, ó si es de su gusto ó no el que yo la visite con este fin.—Espero la respuesta de usted, entendida de que no me pesará que se la dicte su padre, pues me conformaré con ella, sea cual fuere.—Entre tanto, dé usted órdenes á su amante servidor q. s. p. b.—  
MODESTO.

Al instante que Pudenciana recibió esta estraña carta, la puso en manos de su padre, quien no dejó de admirarse de su estilo; pero dijo á Pudenciana: —hija, si el carácter de este hombre y demas cualidades corresponden á lo que manifiesta su papel, sin duda que es un hombre de bien, y digno de ser marido de una muger virtuosa.

En esta carta nada se lee que tenga visos de adu-lacion, mentira ni malicia: la verdad la dictó, y la escribió una mano firme, y que no la ha dirigido la falsedad, la seduccion ni la malicia. ¿Tú no lo conoces?—Yo no, papá.—¿Jamás lo has visto?—Jamás.—Esta es otra nueva circunstancia. Tú no puedes decidirte ni en su favor ni en su contra, supuesto que no lo conoces. Nada te mando en el particular: sobre tu inclinacion haz lo que quisieres, dile que ven-

ga ó no; pero escríbele, pues una carta política no se debe dejar sin contestacion por una niña, en siendo con permiso de sus padres.

Pudenciana, muchacha naturalmente curiosa, obedió á su padre gustosísima, y contestó la carta en estos términos:

Muy señor mio: la política de usted esige que le diga que esta es su casa, y que puede visitar á mi papá, contando ya con su licencia cuando guste. . . . B. l. m. de usted su atenta servidora.—PUDENCIANA.

Luego que D. Modesto recibió la carta, fué á visitar al coronel, quien lo recibió con agrado, porque ni su figura ni su conversacion le parecieron despreciables. El jóven le hizo ver quién era, le manifestó los comprobantes de su buen nacimiento, le dijo dónde vivía y cómo era absolutamente solo: que se ejercitaba en el comercio, y aunque su capital era corto, bastaba para sostener á una niña decente.

A seguida le descubrió su corazon sin rodeos, significándole el amor que tenía á su hija, y pidiéndosela para esposa, siempre que ella condescendiera.

Esto lo dijo tan breve y con tanta gracia, que el coronel no acertando á responderle en su estilo, solo le dijo:—me parece usted hombre de bien: visite mi casa cuando quiera, nos experimentaremos mutuamente, quedando usted asegurado en mi palabra de que si merece á mi hija y ella lo ama, será suya.

Con este pasaporte visitaba D. Modesto la casa con frecuencia: á la frecuencia siguió la comunicacion, á esta la amistad, y á la amistad, el mas tierno amor de Modesto y Pudenciana.

Cuando ambos estuvieron satisfechos de su buena y amorosa correspondencia, á un tiempo se declararon con el coronel y Doña Matilde: los dos descendieron con mucho gusto, y se verificó el apetecido enlace, al que asistieron Doña Eufrosina, su marido, Pomposita y otras muchas personas.

Pasados los dias de la boda, pensando Modesto que le seria tan sensible á su muger separarse de sus padres, como á estos desprenderse de ella, consultó con el coronel si queria que las dos familias vivieran juntas, pues á él, á mas de las ventajas económicas que le resultaban, le seria muy lisonjero que Pudencianita estuviese contenta al lado de sus padres como siempre.

D. Rodrigo agradeció mucho el buen afecto de su yerno, y le dijo que siguiera unos cuantos meses; pero que era conveniente que separara casa, para que su hija practicara como esposa y cabeza de familia, las lecciones que le habia enseñado acerca de esto, y que bien podia conciliarse la separacion de las casas con la frecuencia con que debian ó deseaban tratarse madre é hija, pues por fortuna la casa

de enfrente estaba desocupada, y si querian podian tomarla, y así vivirían todos juntos y separados.

Modesto se conformó con el parecer de su suegro, y dentro tres dias se mudaron, sin que Pudenciana ni su madre estrañaran la separacion, por lo inmediatas que estaban.

Se deja entender que los dos nuevos esposos vivían muy contentos, pues no tenian encima suegros, ni cosa alguna que los mortificara.

Entre tanto Pomposita estaba rodeada de cortejos, unos que efectivamente la pretendian para esposa, y otros que aspiraban á su conquista sin buen fin, pero Pomposita se reia de todos igualmente. Sus gracias, su atractivo, y sobre todo, el tal cual lujo que veian en su casa, aumentaba cada dia el número de sus adoradores. Los regalos que le hacian estos eran pocos; mas los elogios eran infinitos y desmedidos. Ella se sabia aprovechar de los primeros, y reirse de los segundos.

Ninguna distincion hacia entre el tuno y el hombre de bien; y como que á nadie amaba, no advertia quién de sus amantes pensaba con honor y quién no: á todos los trataba por un estilo.

Su prima la casada, que no dejaba de visitarla, procuraba con modo corregir sus locuras, y aun inspirarla inclinacion al matrimonio.

Una ocasion tratando sobre esto, le dijo: ¿En qué

piensas, hermana, con admitir tantas visitas en tu casa, y en manejarte con cuantos hombres te cortejan con tanta familiaridad ó llaneza? Ya' entiendo que solo tratarás de pasar el rato; pero cuando esto sea, sabe que pierdes mucho tu reputacion, pues ningún hombre de juicio te ha de apreciar ni tener en lo que eres, al ver que con todos bailas, con todos te chanceas y familiarizas demasiado por una parte, y por otra á ninguno te dedicas á agradar en lo particular, recibiendo ademas sin ninguna repugnancia los obsequios que te ofrecen. Yo he visto ya algunas como tú, y he oido las honras que hacen de ellas los hombres: lo menos que dicen es, que son unas locas, estafadoras y chasqueras. Conque mira lo que haces.

Ya lo he visto, decia Pomposa: yo no llevo otro fin, sino divertirme con los hombres, arrancándoles lo que pueda, hacerlos rabiar y echarlos noramala.—¡Cierto que llevas unos fines santos! — Si no son santos á lo menos no son tan maliciosos que no los lleven otras muchachas que hacen lo mismo que yo. Pero mira, Pudenciana; tú eres una tonta. ¿Habrá gusto como verse una muchacha rodeada de quince ó veinte adoradores, de quienes es el centro, el objeto y el íman? ¿Hay satisfaccion mas placentera que verse una muger idolatrada á un mismo tiempo por muchos hombres? ¿Podrán tener nues-

tros oidos rato mas agradable que cuando oyen que nos llaman bellas, ángeles y deidades? Alejandro, César, Pompeyo, ni mil otros guerreros, ¿podrán gloriarse de valientes delante de una hermosa, que con solo un mirar de este ó del otro modo alienta un corazon, rinde á este, desmaya á aquel, desespera al otro y los humilla á todos? Y por último, ¿hay gloria, gusto, ni satisfaccion igual al de una bella, ante cuyo acatamiento doblan la rodilla los jóvenes y los viejos, los pobres y los ricos, los plebeyos y nobles, muchas veces los príncipes y siempre los vallos?

Tú, hermana mia, tienes talento, y no negarás que es verdad cuanto te digo: y supuesto que la conoces y confieses, es menester que te violentes mucho para no concederme que obro con juicio manejándome como hasta aquí. El espejo es mi cotidiano consultor y consejero. El me dice cada dia que soy hermosa, y me persuade á que aproveche los dones de la naturaleza y los ratos que el tiempo me concede. ¿Qué dices?

¿Qué he de decir? contestó Pudenciana, sino que á lo que entiendo, tú equivocas las apariencias con las realidades, y la verdad con la mentira. Cierto que una muchacha hermosa y con tantas gracias como tú, parece que domina á cuantos la tratan, mas yo sé claramente que no es así. Los hombres, hermana, por lo

comun quieren á las mugeres, pero no las aman: esto es, las quieren, como el que quiere un buen caballo para pasearse en él; pero no lo aman, pues pasado el rato del paseo, lo envían á la caballeriza, y no se acuerdan de él hasta que lo necesitan, y cuando el caballo se enferma ó se envejece, tratan de deshacerse de él á toda prisa. Tú bien me entiendes: pues así son los hombres. Ellos y las mugeres nos están pregonando esta verdad á gritos mudos! Ahora seis años, no mucho ha, Doña Ignacita la Gallega, Tullitas la que estuvo en casa, y otras, ¿cómo andaban? acuérdate: muy bien vestidas, muy servidas y muy obsequiadas de todos; y ahora, ya has visto su paradero: las que no han muerto en mil miserias, andan ahí arrastrando la chancleta ó pidiendo limosna. Y ¿por qué? Porque el tiempo, la enfermedad ó la mala vida que se dieron, abreviaron sus días, mancharon su tez, robaron su hermosura: y luego que sus amantes las vieron feas, olvidaron el que fueron bonitas algún día. A un tiempo las abandonaron todos, les volvieron las espaldas, no hubo relevo de pretendientes, y entonces ¿qué sucedió? la indiferencia, el odio y el desprecio ocuparon el lugar de los obsequios, el amor y los rendimientos.

Esto tú y yo lo hemos visto en la poca edad que tenemos: luego ¿qué esperanzas debes prometerte de mejor éscito, cuando ni eres mas hermosa que mu-

chas de las que has conocido, ni los hombres de hoy piensan de diferente modo que los de ayer, ni tienes otros principios que los que tuvieron otras? Por consiguiente, no tendrás otros fines. Conque menéjate de diverso modo, si quieres lograr diversa suerte.

Yo no pretendo que no ames á ninguno; eso sería querer que fueras insensible. Nuestro corazón es de carne, somos racionales, capaces de pasiones, y por lo mismo sujetas al amor; pero si nos hemos de enamorar de algún hombre, sea de uno, y este sea hombre de bien, y amémosle con un fin noble, santo y seguro. Cásate, hermana: cástate con quien te ame de veras y pueda hacerte feliz con permanencia. Piensa en esto, y cuando halles un hombre que te aprecie tanto como Modesto á mí, no dudes entregarle tu corazón y hacerlo tu marido.

¿Yo casar no? contestó Pomposa, ni pensarlo: tú estás recién casadita, aun co nes el pan de la boda, y por eso te parece tan bueno el estado del matrimonio; pero que pasen estos días, que saque las uñas tu marido, que comience á celarte, á reñirte y á faltar á sus obligaciones, y entonces yo te preguntaré cómo te va.

No tengo esperanzas de responderte que mal: porque antes de casarme lo pensé bien, examiné el carácter de mi esposo y el mío, y conozco que jamás

le daré lugar á que me cele ni me riña, y por lo mismo me pasaré siempre buena vida. No te canses, Pomposa: las mugeres hacemos á los hombres buenos ó malos. Tenga la muger prudencia y consejo en la eleccion de marido, esperiméntense mutuamente los dos, consulten á la esperiencia de los padres y del confesor (1), conózcanse los genios y costumbres, aspiren á ser felices el uno con el otro toda la vida, dirija sus fines, no el interes, no la libertad, no el apetito, sino el buscar cada uno de los dos un compañero que lo alivie en las miserias de la vida, un otro corazon igual al suyo en que descansen con seguridad, y un amigo inseparable hasta el sepulcro: entonces la muger no dará lugar á quejas, riñas ni celos á su marido, ni este tendrá valor para maltratar ni abandonar á su muger. Los dos mutuamente se disculparán sus imprudencias, tolerarán gustosos la escasez, gozarán en paz de la abundancia, y libres de recelos, asegurados en su amor y tranquilos en la calma de la buena conciencia, sobrellevarán del mismo modo las cargas y sinsabores del estado hasta que la muerte los separe, en cuyo caso el cora-

(1) *En la eleccion de confesor ó director espiritual, debe ponerse mucho cuidado por los padres de familia, pues de una mala eleccion de estas, han venido y vienen muy malas esultas.*

zon del que viva se llenará de una amargura eterna que disipará dificilmente, pues la memoria del consorte llega mas allá del sepulcro, como lo vemos, y esto no sucede nunca con los amantes del calibre de los que tienes: y así, hermana, si quieres ser feliz, ecsamina á los hombres, y cuando halles uno bueno y fino, que es fortuna hallarlo breve en estos tiempos, cástate, y déjate de tonteras.

¿Yo casarme? repetia Pomposa, eso si que no: ni pensarlo. Es verdad que me solicitan algunos para muger propia; pero mira qué tales son los pretendientes: un comerciante que tendrá cuarenta años, un oficial segundo de secretaria, un hacendado payo, un minero viudo con una hija de seis años, un licenciado acabado de recibirse, un médico con tales cuales créditos, y un corredor del número. ¿Qué te parece? ¿no son escolentes personajes para mí? ¿deberé yo pensar en rendir mi hermosura á semejantes muebles? ¿seria feliz al lado de cualquiera de ellos? ¿Qué dices? pues estos son mis novios.—

En verdad, hermana, que si te aman de veras, cualquiera de los que dices es bastante para hacerte feliz, con tal que no quieras salirte de tu esfera, pues en queriendo ecsigir de tu marido mas de lo que pueda darte, sin duda que será tu matrimonio desgraciado: porque si quieres contentar tus deseos

á pura fuerza, ó eres infiel á tu marido, ó lo escasperas: y en ambos casos te labrarás tu ruina.

Por eso no me quiero casar con ningun hombre que no sea título y mayorazgo, decia Pomposa: no, en todo caso que sea mi novio rico y con seguridad: pues, que sea por lo menos marqués, y no de aquellos de quienes dice el refran que: *Alas veces en casas de los marqueses, mas suele ser el ruido que las nueces.* No: yo quiero que el marqués que haya de ser mi marido, sea rico y que en su casa haya tantas nueces como ruido, tanto dinero como lujo, y tanta seguridad como gusto, si no, hija mia, ¿para qué es casarme? me quedaré así para lavar corporales ó vestir imágenes, pues bien sabes que la fruta, ó bien vendida ó podrida en el huacal.

Pues yo temo que tu fruta se pudra, dijo Pudenciana: porque tú ya no eres muy rica, y los marqueses y mayorazgos no buscan por lo ordinario gracias ni hermosura en las que eligen para esposas, sino dinero por todo, para sostener su ostentoso lujo. Esta es una verdad dura, mas es una verdad que solo puede contradecirla un loco. Si tal no fuera, no veríamos tantas marquesas feas, tontas y sin gracia, al mismo tiempo que vemos abandonadas innumerables muchachas bonitas y de recomendables circunstancias, que no hallan un enlace regular.

Sea lo que fuere, ó me caso con marqués rico, ó con ninguno.—Pues haz lo que quisieres.

En este punto quedó la amigable conferencia de Pudenciana y su prima. Cada una abrazó su sistema, y percibieron el fruto á proporcion, como verá el que lea lo que sigue.

#### CAPITULO XV.

*En el que continúa la juiciosa conducta de Pudenciana, y los despilfarros de Pomposita.*

**P**UDENCIANA y Pomposa vivian muy contentas en sus casas: aquella amada y obsequiada de su marido, y esta cortejada y querida de sus muchos adoradores y pretendientes.

Pudenciana instruida por su padre, y lo que es mas, enseñada por el buen ejemplo de su madre, se consagró enteramente á darle gusto á su esposo en cuanto dependia de ella, y este necesariamente la amaba cada dia con mas ternura.

No se notaba nunca en sus semblantes la menor displicencia, porque los dos se amaban con verdad, y escusaban con prudencia toda porfia, toda disputa que pudiera turbar la tranquilidad de sus espíritus.

Pudenciana sabia muy bien manejarse como muger amada reconociendo al mismo tiempo la superioridad de su marido y la dependencia necesaria

á pura fuerza, ó eres infiel á tu marido, ó lo escasperas: y en ambos casos te labrarás tu ruina.

Por eso no me quiero casar con ningun hombre que no sea título y mayorazgo, decia Pomposa: no, en todo caso que sea mi novio rico y con seguridad: pues, que sea por lo menos marqués, y no de aquellos de quienes dice el refran que: *Alas veces en casas de los marqueses, mas suele ser el ruido que las nueces.* No: yo quiero que el marqués que haya de ser mi marido, sea rico y que en su casa haya tantas nueces como ruido, tanto dinero como lujo, y tanta seguridad como gusto, si no, hija mia, ¿para qué es casarme? me quedaré así para lavar corporales ó vestir imágenes, pues bien sabes que la fruta, ó bien vendida ó podrida en el huacal.

Pues yo temo que tu fruta se pudra, dijo Pudenciana: porque tú ya no eres muy rica, y los marqueses y mayorazgos no buscan por lo ordinario gracias ni hermosura en las que eligen para esposas, sino dinero por todo, para sostener su ostentoso lujo. Esta es una verdad dura, mas es una verdad que solo puede contradecirla un loco. Si tal no fuera, no veríamos tantas marquesas feas, tontas y sin gracia, al mismo tiempo que vemos abandonadas innumerables muchachas bonitas y de recomendables circunstancias, que no hallan un enlace regular.

Sea lo que fuere, ó me caso con marqués rico, ó con ninguno.—Pues haz lo que quisieres.

En este punto quedó la amigable conferencia de Pudenciana y su prima. Cada una abrazó su sistema, y percibieron el fruto á proporcion, como verá el que lea lo que sigue.

#### CAPITULO XV.

*En el que continúa la juiciosa conducta de Pudenciana, y los despilfarros de Pomposita.*

**P**UDENCIANA y Pomposa vivian muy contentas en sus casas: aquella amada y obsequiada de su marido, y esta cortejada y querida de sus muchos adoradores y pretendientes.

Pudenciana instruida por su padre, y lo que es mas, enseñada por el buen ejemplo de su madre, se consagró enteramente á darle gusto á su esposo en cuanto dependia de ella, y este necesariamente la amaba cada dia con mas ternura.

No se notaba nunca en sus semblantes la menor displicencia, porque los dos se amaban con verdad, y escusaban con prudencia toda porfia, toda disputa que pudiera turbar la tranquilidad de sus espíritus.

Pudenciana sabia muy bien manejarse como muger amada reconociendo al mismo tiempo la superioridad de su marido y la dependencia necesaria

que le constituía su inferior: y así jamás le preguntaba adonde iba, ni de donde venía: tampoco investigaba sus secretos ni le tomaba cuenta del dinero que adquiría con sus arbitrios; mucho menos se oponía á su gusto para nada, ni disipaba en lujo ni en modas el sudor de su rostro: se contentaba con la decencia á que estaba acostumbrada en su casa, y cuando D. Modesto quería hacerla una gala, solía ella decirle, que no la necesitaba, que tenía suficiente ropa: que no estaba seguro ninguno de los dos de enfermarse, y en este caso mejor sería hallar en el baúl cien pesos, que una mantilla de punto ó cosa semejante.

Con este modo amarraba mas y mas á su marido, quien como hombre de bien nunca abusó de la docilidad ni prudencia de su esposa. Sabía que era su superior, no su tirano: que lo debía obedecer pero no temblar en su presencia, pues era carne de su carne, una misma con él, y no su esclava.

Como los dos conocían cuales eran sus derechos y sus obligaciones, y tenían el talento y la disposición necesaria para no abusar de aquellos y cumplir con estas, se pasaban una vida harto feliz.

No cooperaban poco los padres de Pudenciana, que no eran de los suegros comunes. Siempre le inspiraban á su hija los nobles y cristianos sentimientos que debían: ella los observaba con su acostum-

brada docilidad, y de este modo hacía la felicidad de su esposo, la suya y la de su familia.

D. Modesto no era rico ni pobre: su comercio le daba lo necesario para mantenerse con una decente medianía, la que jamás faltó en su casa con el auxilio de una tan buena esposa, que no solo sabía ahorrarse de modas y de diges superfluos, sino que sin tocar la raya de la miseria, economizaba todo lo posible, lo que encontraba D. Modesto cuando la urgencia lo pedía.

Dentro del tiempo regular tuvieron un niño que dió á luz Pudenciana con el parto mas feliz. Desde entonces se consagraron los padres á su cuidado, y los abuelos estaban encantados con el nietecito, que era las delicias de toda aquella honrada familia.

Entre tanto, Pomposita se pasaba una vida bien alegre, consentida por sus padres, mimada por las amigas, y lisonjeada constantemente por una chusma de aduladores corrompidos.

Ella se complacía con los rendimientos que le hacían, creyéndolos sinceros; y fiada en su hermosura y en sus gracias, solo trataba de acrecentar el número de esclavos, que así llamaba á sus amantes. Su misma soberbia y vanidad la preservó por mucho tiempo de ser el juguete del amor.

Como no amaba á ninguno, y solo trataba de burlarse de los hombres, creyendo que no había quien



la mereciese, no se hacia cargo del mérito particular de nadie: y así no estimaba á ninguno, aunque *estafaba* al que podia, pues no rehusaba admitir los obsequios que la solian hacer de cuando en cuando. ¡Pobres de los tontos que se sacrifican por conquistar con dones el corazon de una loca presumida! Ellos pagan de contado su necesidad; pero tambien pagan ellas su locura, y á mas precio.

Pomposa, á quien todos conocian por la *Quijotita*, apoyada en el consentimiento de su madre, no pensaba en otra cosa que en pasear, estrenar y perder el tiempo y el dinero.

El bueno de D. Dionisio no sabia negarse á nada de lo que querian su muger y su hija. Como hombre débil y acobardado, condescendia con todas las extravagancias de su familia, y se sacrificaba por complacerla en sus mas ridículos antojos.

El tenia sus aficciones interiores, que no manifestaba por no disgustar á las señoras, y estas pensando que sobraba para todo, no hacian sino pedir, gastar y divertirse; pero ¡cuánto mas nos engañaran las felicidades de la vida si no vinieran siempre seguidas de la pena y de la desgracia! La tristeza llega tras la alegría, y el infortunio pisa la cauda del placer y del contento. Esto nos ha enseñado la verdad misma, y lo vemos todos los dias por la experiencia.

Si los hombres y las mugeres se aprovecharan de los consejos que leen en los libros, ó de los que les dan las gentes timoratas y su propia esperiencia, no se vieran tantas familias desventuradas en el mundo; pero por desgracia, á la hora del placer nadie se acuerda, por mas que se lo digan, de que llegará muy en breve el rato de la pena y la congoja. Tal vez un gusto labra nuestra adiccion perpetua.

La familia de D. Dionisio se dió tanta prisa en dissipar, que no fueron bastantes sus bienes á cubrir por mas tiempo aquel grande desórden. Su caudal habia consistido en una tienda mestiza y una hacienda en jurisdiccion de Cuernavaca; pero con la despilfarrada conducta de aquellas gentes vino á adeudarse como en doce años de los réditos de veintiocho mil pesos que reconocia la hacienda, y la tienda ya solo se conservaba en fuerza de contraer todos los dias nuevos créditos: y como ni estos ni otras cantidades que en lo particular habia pedido D. Dionisio para satisfacer los caprichos de su muger é hija, podia pagar, y lo agitaban ya por todas partes los acreedores, al mismo tiempo que estas no cesaban de sacrificarlo, temiendo descubrirse hasta con ellas por no caer en desprecio, tomó la resolucion de abandonarlo todo: y para ello hizo realizar quinientos pesos de efectos con pérdida considerable, y cambió treinta y seis onzas de oro, todo con el

mayor secreto: con el mismo una madrugada hizo ensillar su caballo, y sin mas que su manga, sable, pistolas y sus treinta y seis onzas, salió á las cuatro de su casa, sin decir al criado mas, sino que volviese á cerrar el zaguan.

A las nueve de la mañana que se levantó Eufrosina, preguntó por el amo, y diciéndole el mozo la hora y modo como salió, no lo extrañó demasiado, pues como nunca se habia dado igual caso, no sospechó lo sucedido, y fué á levantar á su hija, con quien á las once se fué á misa, de allí á una visita, y volvieron á las dos de la tarde. Despues de haber descansado y avisadas de estar ya la mesa puesta, preguntó Eufrosina si habia vuelto D. Dionisio, y como supo que no, entró en algun cuidado, lo mismo que Pomposita: sin embargo, como no sabian aun el horroroso abismo de desdichas en que estaban sumergidas, comieron con desahogo, durmieron su siesta, y á las cinco se fueron al paseo. Mas como á su vuelta preguntaran por el señor Langaruto, y se les contestara que aun no parecia, ya no pudieron esperar mas, y para comunicarle el caso mandaron el coche á mi tutor suplicándole pasase inmediatamente. El page sin embargo del encargo que le hicieron de que nada dijera, con palabras á medias dió á entender lo que habia. Mi tutor me dijo lo acompañase, y entrando al coche en un momento estuvimos en la otra

casa, donde encontramos á todos en la mayor confusion; pero mucho mas á Doña Eufrosina que en medio de su desarregladísimo manejo amaba á su marido, aunque no con aquel amor puro y prudente que se deben tener los consortes. Luego que ella vió á D. Rodrigo, con la mayor agitacion le contó lo que pasaba, diciéndole la hora y modo como se salió, por lo que este teniendo en cuenta las costumbres de D. Dionisio y las muchas ocasiones que hay en los juegos y en los bailes, de que los hombres se desafien, infirió que algun duelo lo habria llevado á tal hora solo y con armas: así lo dijo á su cuñada, añadiéndole que en tales casos los hombres solian dejar cartas para que sus familias y amigos se destruyeran, y que por lo mismo era bueno registrar su despacho, para que si algo alusivo se hallaba, con esas noticias proceder á buscarlo con algun acierto. Aprobó Doña Eufrosina, é inmediatamente nos dirigimos al despacho, en donde esta suplicó al coronel, buscáse, porque ella no tenia aliento, y con las piernas temblorosas no pudiendo mantenerse en pié, se sentó en su sofá: mientras yo alumbraba á mi tutor, él buscaba, y Pomposita seguía con sus ojos llorosos las manos del coronel, hasta que encontró un ochavo de papel, en que con mal formados caracteres aunque de mano de D. Dionisio, decia: *Adios para siempre, familia idolatrada: en mi escribanta deo ecerrta la re-*

*solucion que he tomado, y los motivos que me impulsaron á ella. Adios, adios.—Langaruto.*

No tuvo ánimo mi tutor para leerlo en alta voz, sino que tomándome la vela, fué á presentarlo á Eufrosina. Como Pomposita corrió á ver qué era, ambas se impusieron á un tiempo, y dando un terrible y doloroso grito, cayeron desmayadas. Llamamos inmediatamente á los criados, se encargó á la ama de llaves que cuidara á sus amas, y nosotros fuimos á la escribanía que tenia la llave pegada, y se abrió á presencia de la beata Doña Maria, que habia hecho D. Rodrigo quedase allí por precaucion, y muy encima de todos los papeles estaban dos cartas, con el sobre, la una: *A mi esposa Eufrosina é hija Pomposita;* y la otra, *Al señor coronel D. Rodrigo Linarte.* Mi tutor guardó la primera, rompiendo la suya que decia así.

*Mi estimadísimo hermano y el mejor de mis amigos: una carta que dejo á Eufrosina encargándole la enseñe á usted le instruirá de mi determinacion y las causas poderosas que me la hacen tomar. Yo que por una debilidad vergonzosa no tuve la firmeza necesaria para hacerme respetar y obedecer de mi familia, he ocasionado mi ruina y la suya. ¡Ah y si yo hubiese seguido el ejemplo de usted y sus lecciones! no me veria hoy perdido. No digo mas, porque sé á quien dirijo la palabra, y solo ruego á usted por la sangre preciosa de Jesucristo y por los dolores de su Santisí-*

*ma Madre á quien tanta devocion ha tenido, cuide de mi familia. Ya Eufrosina no tiene marido, ni Pomposita tiene padre: usted sí, usted animado siempre de una caridad cristiana, cuidará de ellas, y me las socorrerá cuando le sea posible. Si la Providencia divina me volviere algun dia con mejor suerte al seno de mi familia, yo manifestaré un perpetuo agradecimiento; mas si así no fuere, ese Dios grande remunerador, compensará á usted largamente sus buenas acciones.—Cuando usted y mi amable hermana dirijan sus preces al Eterno, no olviden á este infeliz, que ó va á vivir en miserias á un pais desconocido, ó cuanto antes á descender al sepulcro.—DIONISIO LANGARUTO.*

Puede considerarse como quedaríamos al escuchar esta carta: ya no encontraba que decir la beata: lloraba amargamente apretándose los dedos y clamando á toda la corte celestial, y mi tutor, despues de un rato de silencio, y diciendo, *es preciso que ella la rompa, para ella es el sobre,* se dirigió para la recámara donde estaban madre é hija, siguiéndolo yo, y no la beata, que hicimos quedara allí para que no fuera á aumentar la afliccion de aquellas señoras. Las encontramos ya en sí, y anegadas en llanto. Procuró mi tutor serenarlas, diciéndoles que todo mortal sabe, á no poder dudarle, que ha ofendido á su Criador, por lo mismo que es merecedor de sufrir en castigo los contratiempos de esta vida miserable, y que muchas veces nos parecian estos mas crueles

de lo que son en sí: que acaso no podría dificultarse que volviesen á ver pronto á D. Dionisio, de quien habia encontrado en la escribanía dos cartas, una para él, en que remitía á la otra que era para Doña Eufrosina, la misma que aunque hubiera querido guardar por algun tiempo para dársela otra ocasión menos angustiada, el deseo de ver si ella alumbraba para hacer algunas pesquisas de los designios y paradero de su autor, le estrechaban á ponerla como la ponía en sus manos para que la rompiera y leyera. Doña Eufrosina, no quiso tomarla, diciendo no tenia valor para abrirla, y suplicando á D. Rodrigo se la leyese. Todos nos quedamos como estatuas, y mi tutor rompiendo la cubierta con mano trémula, leyó de la manera que sigue.

*Mi muy amada esposa Eufrosina: mi idolatrada hija Pomposa.—Yo he amado á ustedes con demasiada imprudencia, y satisfecho sus caprichos en tal manera, que ha llegado el caso, no solo de agotar mis propios haberes, sino de contraer cuantiosas deudas, que me es imposible pagar. La hacienda está valuada en cuarenta y cinco mil pesos: reconoce veintiocho mil, y debiendo doce años de réditos que ascienden á diez y seis mil ochocientos, solo parecen míos allí doscientos pesos; mas como tengo tomados tres años adelantados de arrendamiento, nada es mio ya, y antes soy deudor del arrendatario. La tienda gira quince mil pesos, debe al comercio veintidos mil, y yo debo en lo particular de*

*cinco á seis mil pesos; por todo lo que se ve, que debo una cantidad considerable que no tengo de donde sacar, y que urgiendo como me urgen ya bastante los acreedores, que están cansados de mis repetidos plazos con que he podido entrete-nerlos, van ciertamente á embargarme cuanto tengo, pues que ni con muebles de casa, coche, &c. puedo cubrir mis responsabilidades.—No queda á ustedes cosa libre, mas que algunas alhajas que la consideracion de los acreedores quieran dejarles.—Tú, Eufrosina, tienes derecho á quedarte con el hilo de perlas y aretes de lo mismo, que trajiste tuyos cuando nos casamos; y á que te paguen de preferencia los cuatrocientos pesos de los nombramientos de huérfana que cobré tuyos en la Archicofradía del Rosario, y cantidad que hoy debes al consejo que con tiempo me dió nuestro hermano D. Rodrigo, de dorgarte la carta de dote que queda ad-junta.—Hijas mías, yo no puedo sufrir el dolor y verguenza que esto me causa, ni podré soportar el desprecio del públi-co: al ver mi suerte, se reirá con razon de mi necesidad que la ha causado: ni puedo ya ser útil á ustedes en tales cir-cunstancias. Yo las dejo encomendadas á la Providencia divina, y encargadas á nuestro honrado hermano y único amigo D. Rodrigo, á quien encargo den á leer esta para que disponga lo que convenga. El las mirará y auxiliará como padre siempre que ustedes no lo desmerecan: yo se lo pido en la carta que queda con esta, y que se le mandará al momento: él cumplirá, lo conozco, no lo dudo un momento. Su-jétense ustedes á sus consejos en todo, y lograrán ser menos*

desgraciadas.—Yo me voy sin direccion alguna, puesto en manos de Dios, y no volveré á veros jamas, si no pudiere algun dia aliviar las necesidades á que quedan reducidas; mi ánimo es acabar mis dias en algun país desconocido y muy remoto, con otro nombre que no sea el mio.—Ya la hora de mi marcha se llega... el momento se precipita... la amargura y el dolor no me dejan aliento... á Dios, esposa mia, adorada... á Dios, amadisima hija mia, á Dios, á Dios, ya no volveréis á ver á este infeliz, cuya conducta desarreglada ha sumido para siempre á él y á su familia, indiscreta tambien, en el abismo de la miseria..... á Dios á Dios ..... —EL DESGRACIADO DIONISIO.

Tan luego como se acabó de leer la carta volvieron á sus desmayos madre é hija, y duró tanto el de la primera, que fué necesario llamar médico, y que yo fuese en el coche á traer á Doña Matilde, la que impuesta del caso todo, se afligió mucho, pero sin desmayarse, porque prevenida ya por su marido á recibir esos golpes con resignacion, no hizo mas que dirigir á Dios su corazon, rogándole tuviese piedad de sus hermanos y sobrina. A los esfuerzos del facultativo volvió Eufrosina; pero ni ella ni su hija dejaban de llorar, nada casi cenaron, y despues de las cuatro de la mañana fué cuando se quedaron dormidas. Así continuaron hasta las siete que despertó la madre llorando tan fuertemente que despertó á Pomposita: inmediatamente acudió mi tutor y Doña

La Pomposita.



Pomposita

Matilde que prodigándoles caricias les decían que era necesario no afligirse tanto, porque el crítico estado de las cosas pedía mucha serenidad para meditar lo que se determinaba respecto de intereses, pues por la persona de D. Dionisio, el coronel había en la madrugada ido á la posta y despachado varios correos con señas de su persona, caballo y vestuario, para que lo buscasen con toda diligencia, y cuando encontrado no pudieran reducirlo á que se volviera, se valiesen de una autoridad para que con pretexto honesto lo detuviesen dando aviso en el momento. Sacaron á las dos de la recámara, y llevadas al comedor se les hizo tomar chocolate, se les dieron algunas ligeras esperanzas, que las aquietaron hasta la hora de almorzar, y luego que pasó un rato despues del almuerzo, tomó D. Rodrigo de la mano á Doña Eufrosina, y echándola el otro brazo encima de los hombros con todo cariño, se la llevó á la sala, y haciéndola sentar le dijo con el mayor agrado.—Hermana mía, á la hora de esta andan por los caminos como quince hombres espertos en solicitud de mi hermano D. Dionisio, por lo que no debemos desesperar de que vuelva; mas aunque esto sea como digo, él mismo ha manifestado á usted en su carta el terrible estado de sus intereses, y que los acreedores están muy cerca de echarse sobre ellos, cuyo golpe acelerarán tan pronto como se evapore esta últim<sup>a</sup>

ocurrencia, y este golpe si le coge á ustedes en esta casa les ha de ser muy sensible.

Mi hermano al dar su último paso, me ha hecho el favor de croerme digno de encargarme de la suerte de ustedes, y yo agradeciéndoselo mucho, quiero tener el placer de acreditar que he querido siempre serle útil. En tal virtud, hermana mia, vamos ahora mismo á que se lleven á casa las camas, ropa, y aquellas cosas de ustedes que no puedan pertenecer á los acreedores, y dejemos esta habitacion, supuesto que cuanto en ella hay es ageno, y que ya con buena conciencia nada puede cogerse de lo que en sí contiene. Vamos, hermanita: usted tiene luces bastantes para conocer estas cosas, y no necesito decirle mucho. Vamos, no llore usted, pues esto no es mas que mudarse usted á su otra casa, como que así ha debido considerar siempre la en que yo he vivido, como yo he contado esta por mía desde que usted la habita.— ¡Ay hermano! contestó Eufrosina, y juntó me parte usted el corazon con lo que me está diciendo! yo todo lo conozco, veo que ello es fuerza, pues que no hay remedio aunque vuelva Langaruto; pero no tengo espíritu para resolverme tan pronto: yo ruego á usted que me deje desahogar, que yo prometo por lo que mas estimo que no pasarán cuatro dias sin que nos unamos. A este tiempo entró Doña Matilde con Pomposa, é impuestas de lo que se trataba instaron

ambas á Doña Eufrosina para que fuera todo luego luego; pero ni lo que estas le hicieron presente, ni otras reflexiones muy juiciosas y oportunas que le hizo mi tutor, la hicieron variar de resolucion, y solo ofreció de nuevo que cumpliría su primera oferta. A poco rato nos despedimos repitiendo el coronel á las señoras Langaruto, que le avisaran de cualquiera novedad, ó cosa que se les ofreciera, y de sí había alguna noticia de D. Dionisio, prometiendo hacer lo mismo por su parte.

En la tarde y otros dos dias siguientes á mañana y noche estuvimos yendo á visitarlas, consolarlas, é instarlas porque se fueran á casa de mi tutor; mas Doña Eufrosina no salia de lo dicho, y la mañana del día cuarto que por haber amanecido indispuerto el coronel no fuimos, se metieron á las ocho de la mañana un juez, un escribano, algunos acreedores y otro á quien habian nombrado depositario. Tomaron á Doña Eufrosina y á algunos criados declaracion jurada del día y modo como se habia marchado D. Dionisio, y en seguida fueron entregando todo por inventario al depositario, diciendo en seguida á Doña Eufrosina que en el momento debia salir de la casa con su niña llevándose sus camas, ropa de uso, cofres de ella y unas imágenes que por favor le concedieron, manifestándole que lo hacian los acreedores por generosos, y no porque ella lo merecia, pues

que habia causado en parte la dilapidacion de los bienes.

La infeliz Eufrosina en situacion tan triste, tuvo que implorar el favor de Matilde y el coronel, que la admitieron en su casa como habian prometido, con bastante amor y caridad. Se entiende que ni á ella ni á Pomposa les faltaba que comer ni estimacion, pero sí, los chiqueos y contemplaciones á que estaban acostumbradas. La falta del coche atormentaba á Doña Eufrosina mas que la de su marido, y Pomposa estrañaba las tertulias y visitas de sus adoradores, aun mas que sus antiguas comodidades.

Apenas pasaron tres meses en que fué disminuyendo el llanto y la tristeza, cuando las dos, dizque para disipar la melancolla, comenzaron á recorrer las casas de las amigas, y trataron de establecer una tertulia para entretenerse por las noches.

No le pareció bien al coronel semejante designio, y desde luego se opuso con firmeza. Doña Eufrosina, poco acostumbrada con su marido á semejantes oposiciones, se incomodó altamente, y desde ese día se turbó la paz que debia haber sido perdurable.

Esta acabó de romperse á causa de algunos señoritos que, perpetuos centinelas de Pomposa, todos los dias, todas las noches y á todas horas rondaban la casa, acechando un descuido para entrar, seduciendo á

los criados y haciendo las acostumbradas diligencias para hablarle dos palabras á la niña.

Luego que el coronel fué advertido por su esposa de los desórdenes que habia en el particular, llamó á solas á su sobrina, y la reprendió seriamente por sus locuras. El resultado fué que Pomposa entró llorando al cuarto de su madre, se quejó con ella del duro tratamiento de su tío, ponderando y mintiendo como le pareció, con lo que consiguió que Eufrosina se irritara con su cuñado, á quien le dijo:—¿qué piensa usted, hermano, que mi hija es huérfana de padre y madre para que así me la maltrate? Si lo hace usted por el rincon y por el bocadito que nos da, por cierto de ello: para nada necesito pan con cordonazo, y con mudarnos noamala está todo compuesto, que á bien que cuando Dios amanece, amanece para todos. Así es, mamá, prosiguió Pomposa: usted no desconfie, que Dios tiene mas que dar, que nosotros que pedir: su providencia vela sobre la conservacion de sus criaturas, y no abandona ni á los pajarillos, ¿cómo nos ha de abandonar á nosotras que somos mejores que los pájaros, segun nos dice donde dice: *multis passeribus meliores estis vos?*

Vea usted, señora, decia el coronel: aquí era buen lugar para hacerle ver la mala educacion que le ha dado á esta niña, y cuanto ella ha sabido imitar los



ejemplos que ha visto, haciéndose una ignorante, presumida y malcriada.....

Poco á poco, señor D. Rodrigo: poco á poco, decia Eufrosina. Sirvase usted de no maltratar á mi hija, y mucho menos en mi presencia; pero ya usted y yo no hemos de hacer migas: lo mejor será quitar el banco. Vistete, niña.

Ninguna persuasion del coronel ni de Matilde bastaron á contener aquel genio intrépido y resuelto. En aquella misma hora se salieron las dos sin despedida, y á la tarde enviaron por sus camas y pocos trastos.

El coronel tenia resolucion: y así, aunque previó las consecuencias de la separacion de su cuñada, no se opuso. Dejó sacar los muebles, y solo se ocupó en tranquilizar á su muger y á su hija, que estaban muy apesadumbradas por el lance.

Doña Eufrosina no se fué á hospedar á parte alguna, sino á visita á casa de Carlota, donde habló del coronel y su familia mil primores. En esta conversacion salió á la plaza la economía del gasto, el mal genio del cuñado, lo chismoso de Matilde, las monerías de Pudenciana, lo ridículo de su marido, las groserías de los criados, y cuanto podia conducir á que Carlota, formando mal concepto de aquella casa, se pusiera de parte de Eufrosina. ¡Qué buena recompensa dió esta á unos deudos que siempre la habian

estimado, y que la estaban actualmente favoreciendo! Pero son otros los agradecimientos que dan las gentes, por lo ordinario, de los beneficios que reciben? Comen, beben, pasean, se divierten, y cuando salen de las casas, se hacen lenguas para descreditar á los dueños en prueba de su noble gratitud. No en balde se resisten muchos para admitir huéspedes, que les aumenten gastos, que se informen de sus interioridades, y que despues salgan á pregonar por todas partes sus defectos y los de su familia.

Carlota, que como se ha dicho, era una dama muy juiciosa, y amaba de preferencia á Matilde, procuró cortar tan odiosa conversacion, preguntando á Eufrosina cuál era su última resolucion, y esta pregunta la hizo con harto miedo, pues temia que aquellas buenas señoras quisieran encajarse en su casa; pero Eufrosina calmó su temor, diciéndole que le comprase ó le enviase á vender un hilo de perlas muy bueno que llevaba, mientras ella iba á buscar casa, porque á la tarde se habia de mudar aunque se viera el cielo abajo. Carlota ofreció hacer la diligencia con todo empeño, y Eufrosina marchó para la calle.

Cada una de las dos concluyó felizmente su negocio. Carlota vendió bien el hilo; y Eufrosina encontró aunque no casa sola como queria, pero sí una buena vivienda principal en una casa de poca vecin-

dad, pues abajo solo tenia dos cuartos y arriba dos viviendas, de las que una estaba ocupada.

Con un cargador mandaron por comida á una fonda, é inmediatamente que comieron, envió Eufrosina por sus trastos, los puso en su casa: fué á una almoneda, compró otros varios muebles, y se habilitó de la primera criada que encontró. Luego que estuvo todo corriente, volvió á casa de Carlota que le dió trescientos cincuenta pesos que habian dado por el hilo, y despidiéndose Eufrosina le dió las gracias por su empeño. Carlota no creia su dicha de verse libre de semejantes huéspedes, se despidió tambien con el mayor cariño, dándoles mil abrazos apretados.

No tuvo Eufrosina la atencion de dar parte á su cuñado de casa nueva; pero por Welster y Carlota supimos su método de vida, y algunas aventuras de Pomposa, dignas de que se lean en el capitulo que sigue, para ver el fruto de una mala educacion, y peor direccion de una madre sin juicio ni talento.

#### CAPITULO XVI.

*En el que se da razon de una estraña aventura que le sucedió á Pomposita.*

**N**ADIE debe estrañar que en lo que sigue de esta verdadera historia falten algunos personajes cono-

cidos, y se presenten otros nuevos. Esto es general en el discurso de la vida: conocemos y tratamos á muchos sugetos en diversos tiempos y lugares; pero de estos, unos se enojan, otros se van, otros se mueren, y de unos sabemos su paradero, y de otros no, al tiempo que vamos adquiriendo nuevos conocimientos de personas que sustituyen el lugar de los ausentes. Conque si esto es general, el lector, por cosquillozo que sea, nos permitirá que continuemos la relacion de los sucesos de Pomposa y de su buena madre.

Esta era alegre, y la hija no era triste. Resucitaron sus antiguas amistades, y adquirieron otras. Las diversiones, tertulias, paseos y frascas eran continuas. Los trescientos cincuenta pesos que dieron por el hilo de perlas, y ellas creian serian eternos, porque nunca habian conocido la economia, se iban disminuyendo por la posta; pero los cortejos se aumentaban. Era preciso obsequiarlos con café, chocolate, aguardiente, pulque y envuelitos, segun la hora y el gusto de los caballeros. Doña Eufrosina siempre fué obsequiosa y liberal, y no quisiera parecer pobre ni por todo el oro del mundo.

Con tal franqueza no solo se acabó el dinerito, sino que fueron á visitar el montepío y las tiendas varias alhajitas, tánicos y tápalos del uso necesario.

La necesidad con su cara de diablo ó de suegra,

dad, pues abajo solo tenia dos cuartos y arriba dos viviendas, de las que una estaba ocupada.

Con un cargador mandaron por comida á una fonda, é inmediatamente que comieron, envi6 Eufrosina por sus trastos, los puso en su casa: fué á una almoneda, compr6 otros varios muebles, y se habilit6 de la primera criada que encontr6. Luego que estuvo todo corriente, volvi6 á casa de Carlota que le di6 trescientos cincuenta pesos que habian dado por el hilo, y despidiéndose Eufrosina le di6 las gracias por su empeño. Carlota no creia su dicha de verse libre de semejantes huéspedes, se despidió tambien con el mayor cariño, dándoles mil abrazos apretados.

No tuvo Eufrosina la atencion de dar parte á su cuñado de casa nueva; pero por Welster y Carlota supimos su método de vida, y algunas aventuras de Pomposa, dignas de que se lean en el capitulo que sigue, para ver el fruto de una mala educacion, y peor direccion de una madre sin juicio ni talento.

#### CAPITULO XVI.

*En el que se da razon de una estraña aventura que le sucedió á Pomposita.*

**N**ADIE debe estrañar que en lo que sigue de esta verdadera historia falten algunos personajes cono-

cidos, y se presenten otros nuevos. Esto es general en el discurso de la vida: conocemos y tratamos á muchos sugetos en diversos tiempos y lugares; pero de estos, unos se enojan, otros se van, otros se mueren, y de unos sabemos su paradero, y de otros no, al tiempo que vamos adquiriendo nuevos conocimientos de personas que sustituyen el lugar de los ausentes. Conque si esto es general, el lector, por cosquillozo que sea, nos permitirá que continuemos la relacion de los sucesos de Pomposa y de su buena madre.

Esta era alegre, y la hija no era triste. Resucitaron sus antiguas amistades, y adquirieron otras. Las diversiones, tertulias, paseos y frascas eran continuas. Los trescientos cincuenta pesos que dieron por el hilo de perlas, y ellas creian serian eternos, porque nunca habian conocido la economia, se iban disminuyendo por la posta; pero los cortejos se aumentaban. Era preciso obsequiarlos con café, chocolate, aguardiente, pulque y envuelitos, segun la hora y el gusto de los caballeros. Doña Eufrosina siempre fué obsequiosa y liberal, y no quisiera parecer pobre ni por todo el oro del mundo.

Con tal franqueza no solo se acab6 el dinerito, sino que fueron á visitar el montepío y las tiendas varias alhajitas, tánicos y tálalos del uso necesario.

La necesidad con su cara de diablo ó de suegra,

que todo es uno, se iba acercando mucho, y tanto que ya subía las escaleras de la casa. No es necesario ponderar la afición de estas buenas señoras: ella crecía á proporción que las escaseces, y ya estaban para ahorcarse, cuando una niña, amiga íntima de Pomposa, que habia aprendido con escritura el arte de la coquetería, la salvó aunque á caro precio, enseñándole unas máximas ciertamente dignas de las señoronas de su clase.

Quisiera omitir su relación; pero se me hace escrúpulo, porque puede ser muy útil á los hombres su noticia.

Redúciáanse las dichas máximas á veinte, y eran estas,

1. Aprecia al que tenga dinero, sea quien fuere.
2. Al que tenga mas, hazle mas aprecio, de modo que tu estimación se mida por el caudal de tu cortejo.
3. Escasea tus favores, y procura siempre venderlos caros.
4. Fingete zelosa unas veces, y otras simple, segun te convenga.
5. No desprecies ningun obsequio, sea el que fuere.
6. A los mezquinos, pídeles sin vergüenza.
7. A los que no den nada, échalos de tu casa: porque hacen mala obra sin provecho.
8. Engaña al que sea bobo y se deje.

9. Aprovechate del primer impetu del que te quiera.

10. No creas á ningun amante, aunque haga por tí los mayores sacrificios y finezas.

11. No te apasionen ni pienses en casarte con pobre: únete primero con un negro, un gálico ó un herege, pues todos estos y mayores defectos son disimulables con la plata.

12. Mirate al espejo cuando te compongas, y ensáyate á hablar, despreciar, favorecer y dar esperanzas con los ojos.

13. Aprecia tu mérito mas que el de todo el mundo.

14. Sé desdeñosa unas veces y otras franca, segun las ocasiones y los sujetos con quienes trates.

15. Date á deseo y olerás á poleo, á torongil y á rosa.

16. Recluta cuantos adoradores puedas, y procura sacar ventaja de todos.

17. Ofréceles á todos y no cumplas á ninguno.

18. Desconfía de todos, y guárdate no por honor, sino por necesidad.

19. Vístete con lujo aunque no comas.

20. En todas tus correrías amorosas, ten por último fin el interes.

Tan bellas máximas no podían menos que agradar mucho á Pomposita. En efecto, las aprendió de me-

moria y las practicaba al pié de la letra. Dentro de pocos dias comenzó á percibir el fruto de su aplicacion.

Lo primero que hizo fué darles su retiro á los pobres y mezquinos, como gente inútil y pesada. A todos los demas los pelaba con bastante sagacidad. Cuando veia un cintillito, un pañuelo ú otra cosita que le agradaba, comenzaba á alabárselo á su dueño delante de otros con tanta repeticion, que lo obligaba á decirle: *Strese usted de ello, señorita*, y entonces, despues de una ligera resistencia, lo tomaba, y con un *mil gracias* quedaba pagada la tal cosa.

Otras veces con un *si yo tuviera: así que tenga: dias ha que estoy deseando*, y otras frasecillas semejantes, les arrancaba á los miséñores lo que podia.

Tambien habia ensayado á su criada para que quando fuesen ciertos y determinados señores, entrase ella á vender lo que le diera. La criada hacia el papel muy bien, porque entraba con un tápalo de seda, por ejemplo, de los que no le habian visto aquellos sugetos á Pomposa, y decir: *Señorita: vea usted que chulo tápalo vende Doña Fulana, y tan barato*. A esto se seguia ver el tápalo, alabarlo mucho y preguntar por el precio: entonces respondia la criada que seis ú ocho pesos pedian por él. Es dado, decia Pomposa; pero no tengo dinero por ahora: si lo tuviera, no me quedara sin él, pues lo menos que

valen esos tápalos son veinticinco pesos. Entonces no faltaba un garboso que metiera mano á la bolsa y diera el dinero de contado. De esta manera se vendia Pomposa sus friolerillas cuatro ó cinco veces.

Así pasaron algunos meses muy alegres á costa de los bobones que se sacrificaban á competencia, de seando cada uno ser el poseedor de aquella belleza encantadora.

Como el pleito que tuvieron no fué conmigo, jamas me negaron la entrada á su casa; antes les agradaba, porque juzgaban que yo daria noticia al coronel de sus bonanzas. Ello es que con este pasaporte yo tenia lugar para observar de cerca todas sus gracias.

Pomposa y Eufrosina, cada una por su parte procuraban sostenerse. Aquella con sus ardides y esta con el disímulo. Yo no he visto prudencia igual á la de la buena Eufrosina.

Por lo ordinario dejaba sola á su hija en el estrado charlando con sus enamorados, y ya se debe inferir que no hablarian de sermones ni jubileos. Otras veces los veia tan separados de su hija que entre los cortejantes y ella no cabia un alfiler; y otras, retozaba con los jovencitos con tanta familiaridad como si fueran sus maridos. A Eufrosina sin embargo, nada le espantaba: de todo se reia; y cuando mucho, solia decir á su hija. *Soslégate niña: no seas tan jugeto-*

na: ¿qué dirán los señores? A ese tiempo todos la disculpaban con su corta edad, y la señora quedaba muy contenta y satisfecha. ¡Ah que madre!

Yo me admiraba al ver cómo tan íntima familiaridad entre ellos y ella no producía algun desaguisado fuese para Pomposa; pero es cierto que unas pasiones destruyen ó enfrenan á las otras. Ella se defendía no por virtud sino por vanidad.

No faltaban entre los visitantes algunos hombres de bien y acomodados que propusieron ventajosos casamientos á Pomposa; mas ella todo lo despreció, porque tenía firme vocación de ser marquesa, y por entonces no la pasaba mal con su modito; pero ¿qué cosa es permanente en esta vida?

Al cabo de cinco ó seis meses de esta buena vida, fueron todos los cortejantes desengañándose de que Pomposa no pensaba sino en estafar ó ser marquesa; y enfadados de su locura y mala fé, se fueron despidiendo poco á poco, hasta que no quedó en la casa mas visita que un triste meritorio de oficina.

Ya se deja entender que luego que tocó retirada aquella tropa auxiliar, el ejército enemigo, la cruel necesidad, se fué acercando á marchas forzadas á la casa de Pomposa.

Se volvieron á empeñar las prenditas, á contraer drogas, á darle plazos y mas plazos al casero, y á experimentar las indigencias que al principio: y no

hubiera sido esto tan fatal, si no hubiera sido mas; pero por desgracia, el maldito meritorio, el mas zozco, el mas pobrete y despreciable, como se quedó solo en la casa, se hizo el objeto de todas las atenciones y confianzas de Eufrosina y Pomposita.

El aparentaba un amor intenso y una compasión entrañable á una familia tan decente, honrada y digna de ser protegida por un príncipe. ¡Cuántas veces este picaron mezcló sus lágrimas con las de Pomposa al escuchar sus infortunios y desgracias! La simple muchacha creía sus fingimientos, y le manifestaba su gratitud con espresion: él aprovechó estos funestos instantes, y apretó el cerco hasta rendir aquella fortaleza.

La madre, tan engañada como la hija, y por otra parte, asegurada de su alto modo de pensar, jamas creyó lo que pudiera suceder, y así les permitía unas confianzas desmedidas, y les proporcionaba mas lugar del que se había menester.

Cuando el tunante conoció que la debilidad de Pomposa no podía dejar de descubrirse, hizo lo que acostumbra sus semejantes, dió media vuelta, y no le volvieron á ver la cara.

Eufrosina no sabía á qué atribuir aquel retiro que sentía verdaderamente, y mas cuando se informó y supo que ya no estaba en la oficina en donde habia comenzado su carrera. Pomposa bien presumia lo

que podia ser; pero procuraba disimular su sentimiento lo posible.

No tuvo igual prudencia la naturaleza. De dia en dia se esplicaba con mas claridad, causando ansias terribles á Pomposa. Esta no pudo menos que descubrirse con una de sus buenas amigas, quien le dijo:—no te apures, niña, para todo hay remedio: yo te traeré una bebida con que te cures en un dia esa obstruccion.

La oferta no pudo ser mas criminal; pero Pomposa se amaba mucho: conoció cuánto valia el honor de una muger, despues de haberlo perdido: quiso á lo menos sustraerse de la pública nota, y ya que no tuvo vergüenza para ser madre, la tuvo para mostrarse tal. Ahogó en su corazon los sentimientos de la naturaleza, se hizo desentendida al terrible grito de su conciencia, y acumulando un delito á otro, bebió el infernal licor con mucho gusto. Mas fuérase por la robustez de su salud, ó por la ineficacia de la bebida, no correspondió el écsito á su deseo, sino que le hizo buen provecho. Entonces ella ocurrió á su caritativa amiga, quien prometió sacarla del cuidado.

En efecto, á la mañana siguiente le llevó un frasco, y en él unas cuantas cucharadas no sé de qué brevage condenado. Mandó que tomase dos á las diez del dia, dos á las cuatro de la tarde, y dos á las nue-



*Pudenciana*

ve de la noche, asegurándole que si al día siguiente no estaba buena y sana, era su última voluntad que la ahorcaran. ¡Tan cierta estaba esta maldita consejera de la eficacia de su licor!

La inconsiderada Pomposa, deseando desembarazarse prontamente del mal que la afligia, se hizo cargo que si seis cucharadas repartidas habían de obrar en veinticuatro horas, tomadas juntas obrarían lo mismo en mucho menos tiempo: engañada con este falso argumento, se bebió casi todo el frasquito de una vez. Ignoraba la ilustradísima Pomposa que una misma droga, ó llámese medicamento de la botica, puede ser remedio ó veneno segun fuere la dosis en que se tome; pero esta ocasion lo experimentó bien á su costa.

A la media hora comenzó á sentir unos retortijones terribles que procuró disimular; pero como se aumentaban por instantes, no pudo disimularlos con igual entereza. Los dolores terribles, la hemorragia, las náuseas, la convulsion y síncope fueron tales, que pusieron á su madre en el mayor cuidado. Se llamó al médico, y este que no era lerdo, conoció la causa, y así se lo dijo á Pomposa en un descuido de su madre.—Señorita, le decía, usted me asegura que es doncella; pero los efectos que veo me aseguran que no lo es, y aun conozco la causa de su mal.

¡Oh señor doctor! dijo Pomposa: usted es el hom-



bre feliz del P. Almeida, pues conoce la causa de mi mal.

El médico se sorprendió con tan inesperada erudición; pero deseando instruirse á fondo de todo cuanto le interesaba, trató de que Doña Eufrosina le diera lugar, y como no era tonto, lo supo hacer con disimulo.

En estos intermedios le dijo á la enferma:—usted ha querido sanar de una vez, y ha tomado algun veneno activo: dígame cual es, porque le importa.

Entonces ella sacó de debajo de la almohada el frasquito con lo poco que le habia quedado, y se lo dió al médico. Este lo olió, lo probó, y falló que tomado en semejantes dosis era un legitimo veneno que obraba como tal, aunque no con la prontitud del arsénico.

En fin, á fuerza de leche, vomitivos, emolientes y confortativos, consiguió sacarla del peligro, sin poder impedir el efecto, y lo peor de todo fué que Doña Eufrosina lo advirtió: porque como no habia muchas criadas, y Pomposa contaba ya cuatro meses de enferma, salió EL MAL y lo vió su madre.

En aquel instante disimuló; pero apenas se alivió Pomposa, cuando se lo dijo, y la comenzó á tratar con la mayor dureza, negándole su mesa, su conversacion, y añadiendo á este trato los mayores denuesos é improprios. De tal y cual no le bajaba un pun-

to; y no satisfecha con aspereza semejante, dió en ponerle las manos con frecuencia.

Pomposita no estaba acostumbrada á estos regalos y así, no teniendo mas abrigo que sus tíos, se fué un dia á su casa, contó cuanto le habia pasado: el coronel la escuchó con caritativa compasion, y la acogió con lástima.

Eufrosina disimuló al principio la fuga de su hija sabiendo donde estaba; pero como le hacia falta, la estrañaba; porque hay muchas madres que se atienen á sus hijas para comer, y tratan de recogerlas aunque les quiten el bien que logran, porque en no teniendo carne el anzuelo no cae el pez. Ellas son los anzuelos, sus hijas la carne, y los peces, los hombres que bobamente se dejan engañar.

Ello es que la buena madre fué á casa del coronel para sacar á su hija. Ni esta queria irse, ni aquel dejarla; pero fueron tantos los retobos y necesidades de Eufrosina que D. Rodrigo, no pudiéndolos sufrir, consintió en que se la llevara, diciéndole antes:—que se vaya la muchacha enhorabuena; mas tenga usted entendido, que va á ser enteramente infeliz, y usted mas bien que ella tiene la culpa. Ya la hizo desgraciada en lo privado con su mala educacion, perverso ejemplo y criminal consentimiento, y ahora quiere servirse de ella como de un medio indigno y criminal para vivir..... ¡Pobre muchachal

Ella va á prostituirse al lado de su madre, y á vivir como una mercenaria de su cuerpo. Cuantas fueran menos infelices si no tuvieran semejantes madres!

No quiso aguantar mas Doña Eufrosina: y así, haciendo un dengue colérico, le respondió: hermano, yo no vine á que me prediquen, sino á llevarme á mi hija. ¿Qué le importamos á usted ella ni yo? ¿ha de dar usted cuenta á Dios de nosotras? pues déjenos que nos lleve el diablo. Conque vistete, muchacha, y vámonos antes que me acabe de enfadar.

El coronel, sin hablar otra palabra, la dejó charlando: Pomposa se vistió, se entró á despedir de sus tíos, y se fué con su buena madre.

### CAPITULO XVII.

*Continúa la desarreglada conducta de Eufrosina y la Quijotita: desatinada inversion que le dieron al último dinero que esperaban tener, y acabó en una noche en el juego. Discurso del coronel contra este vicio detestable.*

**M**IENTRAS que mi tutor, Doña Matilde y yo lamentábamos la suerte infeliz que iba á correr Pomposita, la madre de ella no pensaba mas que en el modo de vivir sin volver á ver para nada la cara de su cuñado ni á nadie de su familia, escepto yo, que como sabia hacer mi papel por disposicion de mi tutor, nunca

tomé partido descubierto contra ella ni su hija, con objeto de comunicarlas y estar al alcance de todo lo que ocurría en su casa, por si se les ofreciere cosa en que servir las, y porque cuando podia percibir que la necesidad las estrechaba, avisaba á mi tutor segun me tenia encargado, y por su órden les dejaba con disimulo en las almohadillas ó canastas de costura algunos socorros que me daba para ese objeto, y con encargo especial de que nunca dijese nada á nadie.

Como desde los primeros dias de la separacion comenzaron á tener escasez, porque ciertamente nada tenian seguro, y los contertulios no concurrían, porque la casa de un pobre apesta á diablo revolcado en caño de bodegon, Doña Eufrosina echando cálculos, se acordó de la carta de dote que le dejó D. Dionisio por la cantidad que habia cogido de sus nombramientos de huérfana, y me encargó de su cobro, lo que con la dirección y resortes del coronel que tomó empeño bajo de secreto, se logró que el juez del concurso, de consentimiento con los acreedores, mandase librar la cantidad que me exhibió el depositario, y yo llevé á Daña Eufrosina.

No puede ponderarse el gusto con que Doña Eufrosina y su hija tomaron el dinero, del que empezaban á discurrir la mas célebre distribucion, en lo que les fui á la mano, manifestádoles que nunca

necesitaban de mas juicio que esa vez, porque esa cantidad era la última que pudieran haber, y no quedaba ya esperanza alguna. Les aconsejé que buscasen con empeño una velería, chocolatería ó bizcochería que traspasar, que se metiesen allí á cuidar de su capitalito, y que mientras se adiestraban en el giro yo les auxiliara lo posible, principalmente para las compras de la calle. Hicieron buenos gestos cuando pensaban en esto de manejar el sebo, las panochitas, los cohetitos y demas menudencias que se espenden en las velerías; mas por último, demostrándoles yo que peor que todo eso era morir de hambre, mendigar ó prostituirse, se determinaron á tomar mi consejo, y quedaron resueltas á buscar desde el dia siguiente una casa que traspasar y me encargaron la solicitase.

Me fui y conté á mi tutor la buena disposicion que tenían, de lo que Doña Matilde se alegró mucho; pero él se sonrió, meneó la cabeza, y dijo: "la cosa es muy buena en las circunstancias de esas santas; mas dudo que lo hagan, porque allí no hay cabezas." Le repuse que yo creia que lo harian porque ya la fortuna les habia dado buenos golpes, yo les habia demostrado que no tenían ya otra esperanza, y ellas convencidas de todo, se habian resuelto á tomar ese nuevo modo de vivir, para no esponerse á perecer otra vez, y el coronel contestó: "todo está muy bue-

no, quiera Dios que tenga efecto tan laudable proyecto."

Al otro dia sali empeñado á buscar casa de comercio á propósito para que la traspasaran, y tuve la *chiripa* de encontrar con una bizcochería y chocolatería en la calle de la Merced, que tenia una habitación interior de dos piezas y su cocinita con uso de patio, que ganaba ocho pesos cada mes, vendia al dia que menos doce pesos, querian cien pesos de traspaso, y de ecistencia tendria trescientos. Creí no podia darse cosa mas análoga, y que allí asegurarían su subsistencia viviendo frugalmente: y muy contento con tales ideas, me fui á avisarles á las cinco de la tarde. Pero ¿cuál seria mi sorpresa y disgusto, al ver que ya habian empleado mucha parte del dinero en cortes de tunicos, tápalos, medias, bretañas, canapés de moda, rinconeros, sillas, tocador, etc. etc. Les reclamé aquel despilfarro, y me contestaron que tenían necesidad de todo eso, porque no habiéndose criado en la miseria, no podian privarse de cosas tan precisas, ni querian verse despreciadas de todos, pues que la gente pobre hiede á mula y zopilote muerto: y terminaron con decirme que no me apurara, porque aun les quedaban doscientos cincuenta pesos. Hiceles presente que habian cometido una gran locura, porque nada de aquello les urgia, y debieron primero asegurarse de una casita que les diera el pan de cada

dia, y de la que despues podrian ir sacando proporcionalmente para ropa, y algunos muebles indispensables. Oyeron todo con mucho disgusto, concluyendo con decir que el dinero que les quedaba ya no era bastante para tomar la casa que yo les proponia, y que por lo mismo se resolvian á buscar otra de menos precio.

Acabamos nuestra contestacion, cuando empezaron á entrar algunas de sus antiguas amistades, que habiéndolas visto casualmente por la mañana en la compra de la ropa y demas cosas, calcularon, y muy bien, que era tiempo de volver á divertirse algunos dias á costa de aquellas celebérrimas tontas. Cada uno á su vez, preguntaba el origen de aquella *bolichada*, decian que se alegraban de tan buena suerte, daban sus consejos para la mejor inversion que debia darse á aquel *gran caudal* que les quedaba, y remataron con que para celebrar tan buena ventura, era necesaria una diversioncita, aunque fuese casera, y quedó esta concertada para la noche del domingo inmediato, encargándose cada uno de convidar algunos conocidos, y Doña Eufrosina de prevenirles una merienda, y buscar músicos que no fueran chambones.

A las oraciones me despedí y retiré de aquella casa de locos, lleno de tristeza por contemplar que Eufrosina y su hija iban á dar al traste en pocos dias con aquel dinero, que aunque poco, pudo darles que

comer por algun tiempo, si hubieran sido capaces de juicio. Luego que llegué á casa, conté á D. Rodrigo y su esposa cuanto habia pasado; se desazonaron bastante, y el coronel dijo:—pero ¿qué quieren ustedes que hagan dos personas que nunca han conocido la economía, que no han hecho mas que gastar sin saber lo que gastaban, y que jamas hubo quien les dijera en el mejor tiempo el modo de manejarse, para no cometer tantos desatinos como han cometido y que han ocasionado su ruina? Es preciso decir y repetir muchas veces para gobierno y aprovechamiento de las señoras mugeres, y particularmente las casadas, que sin virtudes domésticas, no podrán nunca ser felices, ni hacer dichosos á sus maridos é hijos: pues las virtudes domésticas no son mas que la práctica de las acciones útiles á la familia que vive reunida en una casa. Estas virtudes son la economía, el amor paterno, el amor conyugal, el amor filial, el amor fraternal, y el cumplimiento de los deberes de amo y criado. La economía es la buena administracion de todo lo que concierne á la ecsistencia de la familia ó de la casa: y como la subsistencia tiene en ella el primer lugar, se ha contraido especialmente la palabra economía al empleo del dinero en los objetos de las primeras necesidades de la vida. La economía es una virtud, porque el que no hace ningun gasto inútil, se encuentra siempre con un sobrante

que es lo que constituye la verdadera riqueza, y por este medio se proporciona y á su familia todo lo que es verdaderamente cómodo y útil, sin contar que por este medio se aseguran algunos recursos contra las pérdidas accidentales é imprevistas, de suerte que cuantos de él se rodean, viven en una dulce comodidad que es la base de la felicidad humana. Por el contrario, la persona que cae en los vicios de disipación y prodigalidad, viene á verse privado de lo necesario, cae en la pobreza, la miseria y el abatimiento; y sus amigos mismos temen verse obligados á restituirle lo que ha gastado con ellos ó por ellos, le huyen como el deudor huye de su acreedor, y queda abominado de todo el mundo. El amor paterno se esplica en el cuidado continuo que tienen los padres, de hacer contraer á sus hijos el hábito de todas las acciones útiles á ellos y á la sociedad. Los hijos con tales hábitos se proporcionan durante su vida, unos goces honestos, y auxilios que se hacen sentir á cada instante, y que aseguran á su vejez los apoyos y consuelos oportunos contra las necesidades y miserias de todo género que agobian esta edad. Pero por desgracia muchos padres se extravían en esta parte: no aman á sus hijos, sino que los acarician, les satisfacen todos sus caprichos y los echan á perder. Esta fué la conducta de mi desgraciado hermano D. Dionisio, y este el origen de que estas pobres

mugeres no tengan hoy cabeza para nada útil, y solo piensen en despiifarros.

Habiendo callado mi tutor, le dijo Doña Matilde: —todo es una verdad muy sensible para mí, porque veo que ya no tiene remedio la última ruina de mi hermana y sobrina, pues solo Dios, como se lo pido, puede hacerlas entrar en acuerdo, y mantenerse honradamente, y sin las congojas que consigo trae ese modo de vivir tan desarreglado.

El domingo inmediato estuve á las oraciones de la noche en casa de Doña Eufrosina, en donde ya encontré una concurrencia que no esperaba, con una música regular, y á las señoras de la casa con todos los atavíos del gran tono. A poco comenzó el baile, que rompieron Pomposita y un oficial que estaba allí haciendo el primer papel, siendo acreedor tambien al primer puesto en los presidios de Islas Marianas por la notoriedad de sus depravadas costumbres, pues pertenecía á una pacotilla de *téperos* de casaquita y fraquecito, que llamaban el *manojito*, y vivían á espensas de los tontos que los admitían en sus casas para sus diversiones, en las que por modo de broma y á *si pega*, se embolsaban las cucharas y tenedores, cambiaban su repelo de sombrero con los buenos que llevaban los hombres decentes, dejaban sus otates, y se llevaban buenas cañas y paraguas, y á ese modo hacían otras travesuras de ingenio, con que se habi-

litaban para sus necesidades de burdel etc. etc. De esa partida había en la diversion de las Langaruto unos cinco ó seis, que todos á su vez ballaban, cantaban y brincaban, comían y bebían sin tino y sin tasa, antes de la merienda, en la merienda y despues de la merienda. Esta fué muy buena, pues ni Doña Eufrosina ni su hija querían heder á pobres, sino quedar bien en su fiesta aunque el día siguiente fuera necesario empeñar algo para comer. Yo aunque al principio me incomodé con todo aquel desbarato, convenciéndome de que no tenía remedio, me hice el ánimo de divertirme bailando mis contradanzas, que es lo que me agrada por lo que aprovecha el ejercicio.

Al concluir una de ellas fui á sentarme, y observé entre la concurrencia una señora de ochenta años, otra de sesenta y otra de cuarenta con una sobrina de veinte á veintidos. Cierta instinto hizo que me arrimase á esta última, la cual me dijo al oído:—¿qué le parece á usted de mi tia, que con su edad quiere tener cortejos, y hacer la ninita?—No tiene razon, le dije, que eso en quien cae bien es en usted. Poco despues me puse junto á la tia, y me dijo esta:—¿no ve usted esa vieja que cuando menos, ha cumplido los sesenta, y ha gastado hoy mas de una hora en el tocador?—Pues pierde su tiempo, le respondí, menester sería que tuviera el mérito que usted para pensar así.

Arrímome á la desventurada sesentona doliéndome en el alma de su suerte, y me dice al oído:—¿hase visto cosa mas risible? vea usted ese carcaman, con mas de ochenta años poniéndose cintitas encarnadas, y haciendo la criaturita, y se sale con ello, porque se ha vuelto á la edad de los niños.

¡Ay Dios mio! dije para mí, ¿no veremos nunca mas estravagancias que las del prójimo? ¡Acaso es dicha que nos consolemos con las flaquezas ajenas! Como estaba de buen humor, dije para mí sayo, bastante hemos subido; bajemos ahora, y empecemos por la mas vieja que está en el testero del estrado.—Señora, se parece usted tanto á esta otra dama con quien acabo de hablar, que yo me habia figurado que era su hermana, y creo que son ustedes de una misma edad con corta diferencia.—Es cierto, caballero, me dijo, que cuando se muera una de las dos, mala se la mando á la otra, porque presumo que no hay dos días de diferencia entre ambas

Oida esta decrépita, me llego á la de sesenta, y le digo:—es menester, señora, que falle usted una apuesta que acabo de hacer, porque he apostado que usted y aquella señora (señalando la de los cuarenta años) tenían la misma edad.—A fé mia, me respondió, que creo que no hay medio año de diferencia.

¡Bien va! continuemos. Fui mas abajo y acercándome á la de los cuarenta.—hágame usted favor, se-

ñorita, de decirme si se chancea cuando llama sobri-  
na á aquella otra señorita que está allí. Tan niña  
como ella es usted y aun tiene ella en la cara un o  
sé qué aviejado, que no hay en la de usted, esas me-  
gillas luego de color de escarlata tan vivo, ese.... —  
Oiga usted me respondió, de veras que soy su tía; pe-  
ro su madre tenía veinticinco años largos mas que yo,  
porque no éramos de la misma edad, y he oido decir  
á mi hermana que habia nacido su hija el mismo  
año que yo. — Bien lo decía, señora, y no sin razon  
extrañaba tanto el parentesco. Esta ocurrencia me  
hizo entender que las mugeres que se ven morir po-  
co á poco perdiendo su hermosura, querrian retroce-  
der hácia su juventud. ¡Ah! ¡pues cómo no han de  
anhelar por enganar á los otros, cuando se afanan  
por enganarse á si propias, y zafarse de la mas triste  
de todas las ideas, que es para ellas la de afearse y  
enviejarse.

En estas reflexiones estaba yo distraído, cuando  
me llamaron la atención infinidad de palmoteos que  
daban *los del manojito*, gritando desde la puerta que  
entraba á la pieza donde habíamos merendado:  
"Señores y señoritas, aquí hay otra diversion para  
los aficionados: Morales ha puesto el montecito con  
cincuenta pesos. En el momento se metieron á di-  
cha pieza, y los siguieron algunos concurrentes pi-  
caos: O la araña, y á poco Doña Eufrosina fué tam-

bien diciendo que iba á ver si sacaba los costos de  
la diversion. Lo que debia temerse de que jugara  
una señora que no entendia mucho de eso, y que iba  
á ponerse con los maestros de Birjan (1) como ta-  
hures y fulleros de profesion, me hizo seguirla y  
aconsejarla no hiciera tal disparate; mas nada fué  
bastante á contenerla, y fué el resultado que aturdi-  
da con las primeras pérdidas se cegó, y poniendo  
paradas de consideracion, antes de hora y media no  
le quedó ni medio, ni mas recurso para pagar á los  
músicos, que empeñar al dia siguiente alguna ropa,  
porque hasta las alhajitas habian ganado ó robado ya  
los pícaros del manojito, que todos hacian pala á su  
compañero el montero, cometiendo cuantas faltas y  
groserías les eran peculiares, negando á Doña Eu-  
frosina algunos pedidos que hacia para seguir ju-  
gando, y contestándole que solo prestaban sobre  
Pomposita.

Esto desazonó enteramente á madre é hija, y los  
concurrentes que lo advertian se fueron saliendo,  
así como los señores del manojito, que á mas de su  
mala ganancia se llevaban ya algunas servilletas y  
pañuelos en la bolsa, segun lo tenian de costumbre:

(1) Así suele llamarse el juego, aunque equivocándose  
el nombre de Bilhan, que parece haber sido el inventor de  
los naipes, ó su primer fabricante.—E

y yo que vi en mi reloj las once largas, afligido porque me habia distraído tanto, y porque se habria incomodado justamente mi tutor, me despedí y fui con violencia á casa, donde solo me aguardaba el portero para abrir el zaguan, que cerrado á mi satisfaccion me fui á acostar, y dormí hasta las nueve del siguiente dia, por no estar acostumbrado á desvelarme.

CAPITULO XVIII.

*Noticia de donde estaba D. Dionisio, su nueva fortuna, su llegada á México, y conducta que entabló. Por su muger é hija cae en una cama, y muere. Ingratísimo modo de obrar de Eufrosina en este lance.*

Como me levanté tarde, ni pude ni tuve ocasion de decir nada hasta el medio dia en la mesa, á que casualmente asistieron ese dia Pudenciana y su marido, é impuestos todos de quanto desórden habia visto en casa de Doña Eufrosina el dia anterior, se lamentaron de las desgracias que eran consiguientes á esa conducta, y mi tutor tomando oportunamente la palabra, dijo:—la conducta de esas miserables me parte el alma, y mas porque veo que no tienen remedio; pero ya que me dan ocasion, diré á ustedes lo que he observado muchas veces con respecto á la odiosa y criminal pasion del juego. A instancias de algun concurrente se permite por una sola vez y



y yo que vi en mi reloj las once largas, afligido porque me habia distraido tanto, y porque se habria incomodado justamente mi tutor, me despedí y fui con violencia á casa, donde solo me aguardaba el portero para abrir el zaguan, que cerrado á mi satisfaccion me fui á acostar, y dormí hasta las nueve del siguiente dia, por no estar acostumbrado á desvelarme.

CAPITULO XVIII.

*Noticia de donde estaba D. Dionisio, su nueva fortuna, su llegada á México, y conducta que entabló. Por su muger é hija cae en una cama, y muere. Ingratísimo modo de obrar de Eufrosina en este lance.*

Como me levanté tarde, ni pude ni tuve ocasion de decir nada hasta el medio dia en la mesa, á que casualmente asistieron ese dia Pudenciana y su marido, é impuestos todos de quanto desórden habia visto en casa de Doña Eufrosina el dia anterior, se lamentaron de las desgracias que eran consiguientes á esa conducta, y mi tutor tomando oportunamente la palabra, dijo:—la conducta de esas miserables me parte el alma, y mas porque veo que no tienen remedio; pero ya que me dan ocasion, diré á ustedes lo que he observado muchas veces con respecto á la odiosa y criminal pasion del juego. A instancias de algun concurrente se permite por una sola vez y



*Dr. Dionisio Langaruto*

despues de muchas instancias, un rato de monte. Este rato se prolonga mucho mas de lo que se creyó al principio, y ya está hecho el daño, y abierto el camino á uno de los mayores azotes que pueden sobrevénir á una familia. Un solo hecho de esta especie, basta para contraer una adiccion, que crece con los años, nunca se estingue, y que conduce al crimen, á la ignorancia, y á la pérdida del reposo, y á un fin trágico y deplorable. Si se hubiera tratado de inventar el medio mas eficaz de despojar á la muger de sus gracias naturales, no hubiera podido hallarse uno mas á propósito que el juego. La muger que le cobra adiccion, está en un frenesi habitual, en una ansiosa inquietud, en un anhelo continue que la priva para siempre de la aptitud para las ocupaciones serias y útiles. Ni siquiera le queda el derecho de escigir las consideraciones y preferencias que se tributan en toda sociedad á las señoras, porque el juego requiere una perfecta igualdad, y los jugadores de profesion la miran como su victimas si pierde, como su enemiga si gana, y en todos casos como su cómplice. Cuando esta perversa propension de hecho dominante, no sé cómo se pueda oponer á la inmoralidad y al desórden, ni creo que puede haber sombra de estabilidad en las relaciones públicas y privadas. Las inclinaciones mas depravadas, el embroteamiento, la chocarrería, las libertades mas

LA QUIJOTITA. N. 23                      tomo II. 19

groseras é indecentes, deben ser y siempre son las compañeras inseparables del juego. La degradación que imprime en el alma, aletarga las facultades, la condena á ejercitar su comprension en la mas despreciable de las futilidades, y dándole el convencimiento de su propia bajeza, le quita los medios y el deseo de ella y de emprender la menor reforma. Se me figura que este vicio es propio y el mas eficaz instrumento para ejercer sobre el hombre el mas absoluto despotismo, porque interesado este en convertir al hombre en máquina, ¿puede inventarse un medio mas seguro que el que lo reduce á fijar toda su atencion en las vicisitudes del azahar, y en los movimientos de unos cartones pintados? Hablo solo con mi familia, y creo que ninguno de ella es capaz de venderme por decir con franqueza mis sentimientos, y con tal seguro diré, que en mi juventud vi que el juego llegó á ser una de las horribles calamidades, con que los agentes de la tiranía habian inficionado mi patria; pero esta, si no en la presente lucha, aunque mas tarde, ha de ser libre á costa de cualquier sacrificio, y esta consideracion solo es bastante para imprimir el sello de la proscripcion y de la ignominia á un pasatiempo mas destructor que la guerra desoladora, y dejarnos el tiempo espedito para educar á nuestras familias y formar buenos ciudadanos que ya serán nuestros hijos, y muy

particularmente las mugeres que son las encargadas de dar las primeras impresiones á la infancia.

Asi discurrió el coronel sobre el maldito juego, y seguimos hablando del estado de angustia en que estarian las señoras Langaruto, cuando al terminar la mesa metieron á D. Rodrigo dos cartas que conducia el cartero, y vió una grande que venia de Chihuahua y tan abultada, que su porte eran cinco reales, y la otra de Puebla por el porte, de dos reales. Pagó ambos, y llamándole la atencion la primera por lo abultada y por ser de un punto en donde no tenia ninguna relacion la rompió, y con admiracion dió un grito de sorpresa: "D. Dionisio, D. Dionisio." Todos nos sorprendimos é interesamos en saber cuál era la suerte de aquel hombre, y el coronel apartando una carta que venia para Doña Eufrosina, otra para Pomposita, y otra para un comerciante, leyó la que á él se dirigia, y decia asi:

Señor coronel D. Rodrigo Linarte.—Chihuahua, &c.—  
Mi muy amado hermano y mejor amigo: cuando la triste situacion á que me redujeron mis pasados desórdenes, me hicieron separar de mi casa y familia, el volver á ella, era de lo que menos esperanza tenía. El despecho me conducia errante y sin destino, y era inevitable perderme; pero la Providencia Divina que ha escuchado seguramente las oraciones de usted, mi hermana y sobrina, me preparó el remedio de mis males. Yo con el carácter de soltero y con

el nombre de Pedro Murguía me destiné en Durango en una tienda por el mezquino sueldo de cien pesos anuales, con el que sufrí un año, y concluido me subió mi amo cincuenta pesos mas; pero habiéndole escrito un comerciante de Chihuahua que un amigo suyo necesitaba un cajero de confianza y que daría doscientos cincuenta pesos, me lo propuso, y yo que deseaba alejarme todo lo mas posible, acepté y marché á los tres dias. Llegué á mi destino, y me encontré con que mi nuevo amo era un español, soltero de sesenta años que tenia una tienda con cosa de ocho mil pesos, una casa propia, y una hacienda que valia treinta y cinco mil; pero me enfrió cuando oí que se llamaba D. Ambrosio Langarulo. Sin embargo, resuelto á ocultar mi nombre, comencé mis trabajos como hombre que no desconoce los negocios, de que resultó que á pocos meses me dijo mi amo: "D. Pedro, yo estoy viejo, no tengo aquí pariente alguno que vea por mí, y usted ha simpatizado conmigo, á mas que le veo amor al trabajo: desde hoy se encarga usted del cuidado y administracion de todos mis intereses, véame usted como un amigo, que yo quiero serlo de usted y no le ha de pesar." Yo le ofrecí cuanto me esgrigio, y desde entonces comencé á manejarlo todo con la exactitud y fidelidad que debia. En las conversaciones familiares que despues tuvimos, descubrí que mi amo era hermano menor de mi padre, que vinieron juntos de España, y que por una riña que tuvieron, se separaron. Mi padre quedó en esa ciudad y D. Ambrosio se vino á esta, sin que jamas volvieran á comuni-

carse de ningun modo.—Conciba usted cómo quedaria con tal noticia, y la incertidumbre en que entré, de si me descubriría ó no; pero me resolví á lo segundo y así me mantuve hasta ahora hace dos meses, que mirando que mi amo se agravaba de sus achaques habituales, y concibiendo alguna esperanza, me determiné á descubrirme, valiéndome de poner con disimulo mi partida de bautismo que tuvo cuidado de traerme en mi fuga, para que en caso de morir, ella dijese quien yo era, y se avisara á mi familia. Tan pronto como la leyó, comenzó á gritar: Dionisio, Dionisio; y yo temblando y anegado en llanto acudí á verlo. Ya lo encontré que venia á buscarme: me leché á sus piés, se los besé porque veia en él la imagen de mi padre y me alzó: nos abrazamos, y cuando astutimos desahogados, le conté mi historia. El me previno dispusiera mandar por mi familia á toda costa, y así lo habria yo hecho si mi tio no cayera gravemente malo. Ellos tres dias: se fué poniendo peor cada dia, hizo su testamento en que me dejó de su único y universal heredero, y murió hace mes y ocho dias.—Hice sus funerales como correspondia, lo mismo que sus honras: y determinando luego volver al seno de mi familia, he traspasado la tienda, de lo que mando á usted la adjunta libranza de tres mil pesos, que me hará favor de poner en manos de mi Eufrosina, para que ella y mi hija lo reciban como una prueba de mi amor, y de la mejora de nuestra suerte.—Solo aguardo á que me den el valor de la casa y hacienda en el mes que he dado de plazo, é inmediatamente salgo pa-

ra esa, en donde tendré el gusto de acabar de pagar á mis acreedores, y de abrazar á usted, á mi hermana y sobrina, y manifestarles de mil modos mi reconocimiento y cariño. Entre tanto mande usted como guste á su apasionado y agradecido hermano que ansia por verle y atentó b. s. m.—

DIONISIO LANGARUTO.

Todos nos llenamos de alegría, y mi tutor me mandó que inmediatamente la llevase á casa de Doña Eufrosina y Pomposita, á quienes encontramos llorando porque no tenían ya esperanzas algunas para remediar sus necesidades: luego que vieron á D. Rodrigo, procuraron disimular su estado lo mejor posible, y despues de saludarle entre humillacion y orgullo, que disimuló el cononei, les dijo que ya estaba instruido de la situacion en que se hallaban, y que para ellas era conductor de un gran consuelo que les enviaba la Providencia, como lo verian por las cartas que les entregaba, así como les entregaria al dia siguiente tres mil pesos que esperaba le darian de la libranza, porque era contra buena casa.

En el momento que leyeron sus cartas comenzaron las alharacas y privaciones, etc. se les auxilió con lo necesario, y dejándoles mi tutor veinte pesos, nos retiramos despues de recibir muchos agradecimientos y abrazos. Al dia siguiente se cobró la libranza, y yo fui el comisionado para entregarles el

dinero, que recibieron con cuanto gusto se puede imagidar, é inmediatamente mandaron por un coche y me estrecharon á que las acompañase, metiendo al coche dos mil pesos. Yo les preguntaba qué iban á hacer? advirtiéndolas de que era menester meditar cualquiera cosa, y de que se fueran con tien-to en gastar, porque no sabiamos si la Providencia dispondria que fuera el último socorro. A todo contestaron que siendo otra vez ricas, no les correspondia la casa que tenían, ni todo lo demas, y marchamos previniendo ellas al cochero fuera á andar por las calles principales, y que donde viera cédulas de casa vacía allí parase. Por mas que yo les decia en el camino, nada bastó á disuadir las, antes me dijeron que era un necio, que habia formádome por las ranciedades de mi tutor á quien le atribuian ser un miserable. Quise distinguirles la miseria y mezquindad de la economia que usaba mi tutor, que justamente huía de la prodigalidad y despilfarro. Todo lo escuchaban como quien oye llover y no tiene á que salir: y en estas y las otras paró el coche en la calle Vergara, y entramos á una casa que estaba de traspaso, porque la familia que la ocupaba se iba fuera, por cuya razon también vendian algunos muebles de lujo. En dos por tres, aquellas cabezas volcánicas ajustaron el traspaso de la casa en cuatrocientos pesos, y en ochocientos los muebles, y me

entargaron hiciese al cochero subir el dinero: de él : e pagó lo tratado, se recogió recibo, se convinieron que al día siguiente recogerian todo, y hasta el portero de la misma casa quedó ajustado de cuenta de las mismas Langurato, y nos volvimos al coche con los ochocientos pesos restantes que se quedaron dentro de hora y media en distintos cajones de ropa, de que fué el coche bien habilitado.

Tal principio tuvo la nueva fortuna de aquella familia. Al otro día fueron á recibir la casa y se mudaron en el momento: mandaron imprimir papeletas, y las repartieron á todas las personas particulares de sus antiguas relaciones y amistades. De que resultó que el síndico del concurso de D. Dionisio, tan luego como supo todo esto, solicitó se embargase lo que tenía la familia, y fueron al efecto á la calle de Vergara. Doña Eufrosina queriendo ó no, mandó llamar á mi tutor, quien fué á ver al síndico, y manifestándole la carta del deudor, le persuadió que dentro de poco estaria aquí y pagaria lo que restaba, pues que no lo había olvidado. Con este se contuvo el embargo, y como este servicio del coronel obligaba las consideraciones de Eufrosina y Pomposita, esa tarde mandaron por un coche y fueron á visitarlos lo mismo que á Pudenciana y su marido. En ambas casas recibieron los mejores consejos para su posterior conducta; mas era lo me

nos en que ellas fijaban su atencion. Al siguiente dia mi tutor, Doña Matilde, D. Modesto y Pudenciana fueron á pagar la visita, aunque con repugnancia del primero; pero vencióse porque D. Dionisio no los encontrase desavenidos, y entendiése todo lo ocurrido con su familia, pues que esto seria un gran pesar para un pobre hombre que venia de nuevo á comenzar su vida despues de algunos padecimientos. Con aquella visita quedaron ya corrientes en su amistad.

Al mes y medio llegó D. Dionisio Langaruto, parando en la casa de mi tutor, de donde pasó á la de Pudenciana y rogó que lo acompañásemos todos á la suya, y montando en el mismo coche de camino en que él había venido solo, obsequiamos su voluntad. Pomposita que estaba en el balcon, luego que vió parar el coche, gritó á su mamá, y ambas bajaron hasta el patio donde ya nos encontraron. Madre é hija sin hablar palabra y bañadas en llanto, se abrazaron de D. Dionisio que quedó hecho una estatua y sus ojos rompieron en deliciosas lágrimas, gozando todos la mas placentera felicidad en aquel momento que creian el mas dichoso de su vida. Mi tutor, su esposa, D. Modesto y Pudenciana con los ojos humedecidos y con la ternura que inspiraba la escena, los hicieron caminar y subir á la sala, donde poco á poco fueron respirando, y repitieron los abrazos y las

mejores palabras de amor y sensibilidad. Los criados que traia D. Dionisio, tan pronto como descargaron el coche, de cuya comision me encargué, y que colocaron este y las mulas en su lugar, subieron á ofrecerse á sus amas, á quienes los recomendó Langaruto diciendo que habian muchos años servido á su tío con fidelidad, y reconocido, se los habia traído en su compañía.

Comimos allí aquel dia, y nos retiramos hasta las nueve de la noche con repeticiones de abrazos, lágrimas y ofertas. Al dia siguiente á la hora de almorzar llegó D. Dionisio, y á poco avisaron que estaban allí sus criados con unos caballos, y al momento nos suplicó bajásemos á verlos. Ya en el patio dijo al coronel que no creeria que lo amaba como hermano y amigo, si no recibia aquella pequeña demostracion de su voluntad y reconocimiento: que un caballo retinto que allí estaba era para mi tutor. el tordillo para D. Modesto, un rosillo para Doña Matilde, un colorado sano para Pudenciana, y un moro para mí. Todos resistimos lo posible este obsequio, aunque á mí se me iban los ojos tras el moro que era de la mejor estampa, aunque parecia inferior entre los cinco, y por último á las instancias los recibimos dando muy espresivas gracias.

Subimos á almorzar, para lo que se convidó á Pudenciana y su marido, y en la mesa contó cuanto le

habia pasado desde que se separó de su casa, y concluyó dando gracias á Dios por todo, y diciendo: "la experiencia me ha dado á conocer cuánto mal me manejé en la primera época de mi fortuna, y hoy estoy resuelto á llevar nueva conducta segun me lo aconsejó y encargó en los últimos mementos de su vida mi tío y bienhechor; pero para celebrar mi nueva fortuna, quiero tengamos un dia de campo, entre los de nuestra familia, y al que no concurrirán mas estraños, que dos amigos de toda confianza. Hoy mismo he pasado á ver al síndico del concurso de mis bienes, y mirando la cuenta que tiene bien formada, vi que entre lo que se adeudaba á los acreedores, y lo que se ha pagado de costas, debia yo once mil y pico de pesos que en el acto le pagué en buenas libranzas, que aceptó luego á presencia del escribano que fué á dar cuenta de todo al juez, para que dé por concluido el concurso, y se archive segun pedimos en un escrito el síndico y yo." Todos lo felicitamos por su ventura, y quedamos en asistir al dia de campo, que tuvimos en una casa de la Orilla, con mucho placer, pues vimos que D. Dionisio era completamente otro hombre.

En la mañana siguiente á su llegada, traspasó D. Dionisio una tienda de ropa en el Parian, cerca de otra que ya tenia D. Modesto con buen capital é que habia subido por su continuo afan, cuidado y econo-

mía de Pudenciana, que no olvidando las lecciones de su padre y ejemplo de Matilde, hacía la felicidad de su marido, al mismo tiempo que cuidaba atentamente de la educación de dos niños y una niña que ya tenían, y cuyas primeras impresiones estaba haciendo por sí, decidida á no mandarlos á las amigas á donde mas bien van á corromperse los niños que á aprender, porque las maestras no son capaces de nada, y todo se les va en regañar, gritar, remedar, coscorronear, azotar, y nada de enseñar, porque ó á ellas no las enseñaron, ó no tienen genio, método ni empeño para el lleno de sus deberes.

Abierto el cajón de D. Dionisio, que ya, si bien trataba con amor á su familia, no le permitía los anteriores despilfarros, presentaba las mejores esperanzas; pero fué el caso, que allí mismo no faltaron imprudentes que so color de amistad le fueron imponiendo de la conducta toda que durante su ausencia observaron su muger é hija, lo que no dejó de desazonarlo, é indisponiéndose mas por las impertinentes solicitudes de una y otra, que anhelaban por sus antiguas tertulias, teatro etc. etc., á los tres meses de venido, por un baile que comprendieron ellas, y á que no quiso acceder, riñeron marido y muger de tal modo, y le dijo ella tantos insultos, que de resultas de tan grande cólera y derramamiento de bilis le dió una fiebre que se le agravó en momentos.

Siete días estuvo en una terrible incertidumbre asistido de Doña Matilde y Pudenciana que acudieron á ese efecto, ayudándolas nuestra Quijotita, como una hija que ya conocia cuánta falta le hacía su padre. No así Eufrosina que en los primeros días apenas entró alguna vez á la recámara, y no cuidó de verle mas. Estaba sentada con una aparente melancolía; pero jamás le vieron echar una lágrima. Una vez se le dijo que su marido daba señales de conocimiento, y se determinó á verla: le dijo dos palabras, salióse luego dando algunos suspiros, y nada mas. El coronel aprovechando los momentos, hizo llamar un escribano, y D. Dionisio hizo su testamento, en que nombraba de heredera á su hija; mandó que el quinto de sus bienes se emplease en misas por su alma y la de su tío y bienhechor D. Ambrosio Langaruto, y aunque mi tutor lo resistió bastante quedó nombrado albacea con el mayor sentimiento suyo, de su familia y mio, porque veíamos las incomodidades que esto le traería.

Finalmente, D. Dionisio volvió á agravarse y despues de sacramentado, rodeado de sus amigos, parientes é hija, espiró. La ingrata Eufrosina no pasó de la pieza inmediata, y mas fué engaño que verdadero dolor, alguna lágrima que salió de sus ojos: asistió con entereza á todo cuanto pudo ocurrir para los funerales, y luego que estuvo enterrado el cadá-



ver, se dedicó con el mayor escrúpulo á quanto podia constituir mas culto y perfecto su duelo. Toda la conducta de esa vil muger estaba demostrando que nunca tuvo á su marido mas que un amor interesado: que el gusto de su regreso fué porque esperaba volver con desahogo á su antigua vida, y que como esto se le alejó por que el colmo de la desgracia habia hecho cuerdo á su marido, lo aborreció y acaso deseó su muerte para gozar á sus anchuras de aquél caudal.

Concurrieron á dar el pésame los parientes y amigos, y á la verdad, que al principio cada uno procuraba espresarse con tiento para no renovar una herida tan dolorosa: pero quedaban sorprendidos al ver la indiferencia de la viuda, y que ella misma suministraba argumentos consolatorios. *Me consuela, decía que no soy una vieja. No tenia mas que cincuenta y un años. De allí á poco decía: Me consuela, que quedo con alguna cosa en el mundo. Despues de algun momento añadía: me consuelo con tener algunos parientes y amigos. No mucho despues replicaba: me consuela que no tengo mas de una hija ya grande, y no fea ni sin gracias. Luego sucesivamente: me consuela que no tengo que estar sujeta á voluntad ajena; soy libre y sin sujecion, podré hacer lo que quiera.*

En suma, ella por sí misma andaba buscando y eligiendo motivos de consuelo, sin que alguno se fa-

tigase en enjugar sus lágrimas, pues no habia ferramado ninguna: su amor era un amor interesado. Las mugeres de esta clase por su comodidad aman al marido. Cuando llegan á perderle, lloran su pérdida propia, sobre la que reflexionan; pero no la pérdida de un fiel compañero. Esto sucedió á Enfrosina: la pérdida del marido no le quitó las comodidades y abundancias, antes bien se las aumentó, porque quedaba absoluta é independiente, y por lo mismo en su imaginacion no halló motivo de llorar y de lamentarse. Y así dijo con bastante energia una de sus amigas que fué á visitarla. *Esta señora tiene tantos consuelos, que se puede decir que ha logrado muchas satisfacciones.*

No se conducia así nuestra Quijotita, que aunque malamente educada, tenia una alma algo sensible, y no las tenia muy cabales cuando recordaba todo lo que le pasó en la ausencia de su padre. Ella huyendo de la concurrencia, se iba á alguna pieza apartada á llorar con Doña Matilde y Pudenciana, que estuvieron allí los nueve dias del duelo, lo mismo que mi tutor y D. Modesto, que solo salian á cosas precisas y volvian á la casa mortuoria, mientras yo solo iba á ratos y volvía á cuidar de las otras dos casas que me habian encargado.

CAPITULO XIX.

*El coronel cumple pronta y fielmente su encargo de albacea. Eufrosina y la Quejotita continúan sus desbaratos, Pudenciana y su marido, constantes en su buena conducta, progresan. El coronel cuenta la historia de una viuda.*

Luego que pasaren los nueve dias del duelo de D. Dionisio, mi tutor consultó con Eufrosina y Pomposita si querian que los inventarios fuesen estrajudiciales, ya porque entre dos solas interesadas y de su clase no debian esperarse diferencias, y ya para economizar el enorme gasto de las costas que importarian un díneral, pues siempre los primeros herederos del que muere, son el juez, el asesor, el escribano y todos los arlequines de estos, que aparentando á los herederos el sentimiento de su desgracia, procuran alargar los dias, comen en ellos medio lado, y luego el tasador de costas, interesado en el tanto por ciento del importe de ellas las hace subir inmensamente. Algo resistieron la viuda é hija esa opinion, porque querian las muy necias entrar en relaciones con esas gentes, y que viera el mundo que todo se hacia con lujo y ostentacion; pero por último cedieron á las prudentes persuasiones del coronel, que inmediatamente pasó á ver á un abogado que conocia de juicio, é hizo y presentó un escrito al alcalde ordinario de primer voto, pidiéndole licencia para hacer

La Quejotita.



D. Rodrigo Linerte

los inventarios estrajudicialmente, que se notificase á Pomposita nombrara curador *ad litem* porque solo tenia veintitres años larguitos de edad, y que hecho por ella este nombramiento, se sirviera discernirlo en forma, previa la fianza de la ley. El juez proveyó *como lo pide*, y notificada Pomposita, salió con la quijotada de nombrar por su curador al conde de... y aunque mi tutor le manifestó que esa clase de sugetos por su rango se escusaban de hacer esos servicios, que cuando los aceptaban era por cumplimiento, y nunca llenaban su deber, ella y la madre insistieron en su nombramiento, diciendo que á una señorita de su representacion no le correspondia nombrar á un cualquiera, y que en el momento iban á ver al conde, como fueron de facto, y volvieron asegurando que estaba pronto á aceptar por lo que asentadas las diligencias necesarias quedó discernido el cargo de curador al señor conde.

Inmediatamente se precedió á todo lo demas pedido en el escrito; y los inventarios, á que nunca asistió el señor curador, quedaron concluidos en cinco dias: en seguida mi tutor los presentó con un escrito pidiendo que lo ratificasen los peritos con juramento, y que si haciéndose saber á las partes no contradecian, se aprobasen y elevasen y la esfera de inventarios juridicos, obligando á las partes á estar y pasar por ellos en todo tiempo. Así se hizo todo

previa la deferencia de la viuda y del curador de la Quijota, mas Quijote que ella, y quien de nada tenia menos cuidado que de la pupila y sus intereses. En este estado se pidió el nombramiento de contador, que recayó de acuerdo de los interesados en el licenciado Tono Carretas, que aceptó, y recibidos los autos formó la cuenta divisoria, que presentó y fué aprobada de consentimiento de las partes, deducido el quinto, de que se rebajaron los gastos de entierro, y mandas forzosas, distribuido el resto en limosnas de misas, la cuarta parte como debe ser, en la parroquia á que correspondió el testador; y las demas en S. Coame, S. Fernando, S. Diego, y á algunos clérigos de buena conducta y necesitados que mi tutor buscó, todo segun la intencion de D. Dionisio, y recogiendo recibos de todo. Resultó por último, que no habiendo de gananciales en el poco tiempo que á su vuelta sobrevivió D. Dionisio, mas que dos mil cien pesos, tocó á la viuda Eufrosina la gran cantidad de un mil cincuenta, y á Pomposita por su total herencia, la de treinta y siete mil y cincuenta pesos.

No puede ponderarse la pesadumbre que recibió Eufrosina al verse tan pobre, cuando se imaginaba que la absoluta de todo el caudal, y el orgullo que adquirió nuestra Quijota, que mirándose dueña de todo, reconoció la superioridad que iba á tener sobre su madre.

Hasta aquí no habian ido tan mal las cosas del albaceazgo; pero como mi tutor tenia obligacion de asegurar el interés de la menor, y no dejar el libre manejo de esos bienes á dos locas, propuso para el efecto los medios mas prudentes, que no admitian, porque para ellas todo era bueno, menos el sujetarse á que otro ordenadamente les manejase y distribuyese aquello, pues lo que querian era libertad para disponer á su arbitrio. De esto resultó que se indispusiera mi tutor, hasta que la viuda le dijo que mientras pensaba lo que debía hacerse, se suspendiese todo, como se suspendió, sin que restara otra cosa de parte del albacea, que en mes y medio habia concluido la testamentaria. ¡Ojalá y hubiera muchos albaceas como este! Pero apenas se halla uno en cada cien mil.

Entre tanto Eufrosina y su digna hija comenzaron á disipar su dolor con algunos paseos y dias de campo entre sus amistades antiguas y mas análogas á sus ideas, pues aunque mi tutor les iba á la mano, nada conseguia, ni logró quitarles de la cabeza que pusieran coche. Aunque él les instaba sobre que se resolviera lo que debía hacerse con los bienes de la menor, porque queria terminar eso, no le contestaban mas de que habian consultado y esperaban la respuesta.

La consulta la habian hecho de facto; pero á personas tan fatuas y tan calaveras como ellas, y el consejo que acordaron en una concurrencia tenida para ello, fué que se determinara Pomposita á casarse; que no faltaria hombre de su gusto y de franqueza, y entonces podria quitarse ya de la fiscalizacion é intervencion de su albacea tan miserable y mentecato; y hé aqui ya á nuestra Quijotita fija en casarse y en buscar para ello un marqués ó conde como tenia de antigua mania.

Al mismo tiempo que Eufrosina y Pomposa continuaban labrando el edificio que las habia de envolver en su ruina, D. Modesto y Pudenciana iban progresando á gran prisa, de manera que haciendo su balance en aquellos dias, se encontraron con un capital de sesenta mil pesos, que no se echaba de ver por el grande arreglo que habia en los gastos. La casa, que tenia las piezas necesarias sin ninguna de sobra, les ganaba veinte pesos, no habia mas criados que el portero, cocinera, costurera, y una jóven pobre, de familia decente y religiosa con muy buenas costumbres, que ayudaba á Pudenciana en el cuidado y educacion de los niños.

En estas circunstancias se anunció en la Gaceta el remate de una casa en la calle del Relox, y por consejo de mi tutor que manifestó á sus hijos, (co-

mo llamaba á ambos) las ventajas de tener uno su casa sin esperar al casero todos los meses, y con la libertad de ponerla segun que les conviniera ó fuera de su gusto, D. Modesto se determinó á hacerle postura; pero con la condicion que él y Pudenciana esigieron de sus padres, de que se irian á vivir con ellos, á lo que condescendieron en fuerza de instancias y ruegos, y tambien porque no podian sufrir sus corazones el separarse algo de tan buenos hijos.

Llegó el dia del remate al que se presentó D. Modesto con papel de abono del conde de Agreda, y rivalizando con moderacion con otros dos postores, fiacó en él el remate de la casa, en cantidad de treinta y dos mil pesos, dando al contado diez y ocho, y reconociendo catorce de unas capellanias que reportaba la finca, con libertad de redimir cada año el capital que le fuera conveniente.

Tan luego como recibieron la casa, le hicieron las composturas necesarias, y se mudaron padres, hijos y nietos, que desde entonces formaron una familia la mas armoniosa y llena de placer, pues que á todo cooperaba la dulzura de aquellos genios y su muy buena educacion, añadiéndose á esta felicidad la de que el coronel para tener una ocupacion útil á la familia, se encargó de la educacion de sus nietos varones que lo amaban tiernamente, y observaban como inviolables preceptos los consejos que les daba.

Un día que D. Rodrigo habló de lo inquieto que estaba por no acabar de asegurar los bienes de Pomposita, á causa de las entretengas de ella y de la madre, se promovió conversacion entre todos sobre la suerte de aquellas señoras, y del modo como podría evitarse el mal que por sí debían hacerse. Cada uno propuso lo que creyó conveniente, y D. Modesto espuso que creia útil que Pomposita casara con un hombre de juicio y madurez que supiera sujetarla, pues que ya en ese estado, la madre que casi nada tenia por sí, se veria estrechada á estar quieta.

Oído esto, mi tutor tomó la palabra y dijo: "la cosa, señores, era muy buena; pero es menester no pensar en lo que no ha de poder verificarse. Esas señoras no se comunican con personas entre quienes puedan proporcionarse un hombre de los tamaños y cualidades que necesitan para hacerlas entrar al órden, ni son ellas las que han de presentar una trasformacion milagrosa, porque ya están mal habituadas á causa de D. Dionisio (que en paz descanse) que no supo arreglar su casa, ni mi padre político (que de Dios goce) habia dado á sus hijas mas educacion que tenerlas absolutamente encerradas, rezando, sin tratar con nadie, ni salir mas que á misa, á confesarse y á comulgar, y sin proporcionarles conocimientos para saberse conducir en el mundo, y con estos principios y el otro extremo en que cayó

la casa de D. Dionisio, es imposible esperar ya nada bueno. Todo estremo es vicioso, y mucho mas en la educacion, que debe darse con mucha discrecion para que no tenga con el tiempo funestos resultados."

"Algo viene al caso una historia que sé de personas conocidas, y que me parece útil contar, por si mi Matilde ó mi Pudenciana envidaren, que por mí no es muy difícil, porque ya estoy muy cerca del sepulcro. No pudo proseguir porque todos nos enternecimos, y Doña Matilde y Pudenciana bañadas en lágrimas corrieron á abrazarlo, sin quererlo dejar, hasta que él las persuadió, las halagó, y se las sentó una á cada lado, diciéndoles: "hijas mias, la muerte debe ser esperada con tranquilidad. Obramos como verdaderos cristianos, y no la tomamos, que acaso Dios la manda para dar descanso al hombre, y premiarle las pocas buenas obras que haya hecho; pero dejemos eso por ahora, y vamos á mi historia."

"En una ciudad no muy distante de este capital, hubo un padre de familias, que le habria estado mejor ser donado demandero de algun convento, pues que no supo educar á los hijos que tenia, y crió siempre en un santo encierro y una virtuosísima ignorancia, de que resultó que á la muerte de aquel necio, ninguno de su familia supiera manejar lo que

dejó, y que al mismo tiempo que no se ocupaban mas que de rezar, se acabara el capital. Dejemos la suerte de los otros hijos, y hablemos solo de la que hace el papel principal de la historia que he anunciado. Esta infeliz jóven despues de algunas escaseces que padeció al lado de su madre, tuvo la *chiripa* de casar con un hombre de bien muy trabajador; pero de edad ya algo avanzada y de ideas rancias é imprudentes, de manera que continuó nuestra jóven la misma vida que cuando existia su padre. Así vivieron cosa de seis años, á cuyo tienpo murió el marido, y quedó nuestra viuda con quatro hijos; pero en la edad de veintidos años, con no malos bigotes, y con cosa de sesenta mil pesos. En estas circunstancias se le presenta un militar del alma mas negra que se le puede imaginar y de una verbosidad muy propia para enredar á aquella honradísima bestia: le hace setenta mil ofrecimientos, le promete una proteccion decidida, y por último se encarga de todos los negocios de la casa, ocultando maliciosamente que era casado. Se hizo estender un poder amplisimo que nuestra viuda firmó como quien firma en barbecho, y ya desde entonces quedó constituida una pupila de aquel malvado, que poco á poco fué ganando el corazon de aquella miserable, y en breve lo hizo dueño de su honor y de quanto poseia. Ese perverso para cubrir las esterioridades,

hizo se formalizase la testamentaria, y quiso que no quiso, como el curador de los menores no era como él, aseguraron las legitimas de esos pupilos, y nuestro militar fué tomando en pesos fuertes y floridos el haber de la viuda, con los que satisfacía sus vicios y muy particularmente el del juego, que es capaz de acabar con el candal de Terreros y mil Bordas; y marchaba tan de prisa en su dilapidacion, y de un modo tan público, que no faltó quien por caridad hablase á la viuda para que se resolviera á arrojar de sí y de su casa á aquel lagarto. La viuda, que á pesar de su tontera, no dejaba de conocer lo mal que sus cosas caminaban, que se veía con mas hijos, que ya estaba desengañada de que aquel péfido era casado, y que ya le hostigaba el trato altanero, grosero y cruel que le daba, se resolvió á librarse de él, le intimó la separacion de su casa, y se encuentra con que aquel malvado á pocos dias le presenta una cuenta en que hace parecer le debe cantidad considerable, demandándola ejecutivamente y jurándole habia de procurar su ruina por cuantos medios alcanzare. Así fué, que sucesivamente se le fueron presentando á la viuda varios acreedores con documentos otorgados por el tal militar, con el carácter de su apoderado y obligando sus bienes. La viuda en tal congoja escoge, por direccion de la persona que la habia despertado, un abogado hom-

bre de bien, y se entablan los pleitos con todos aquellos supuestos acreedores que eran otros tantos zánganos coludidos con el zángano principal para sacar aquel dinero á la viuda y arruinarla. Los pleitos siguieron con orden; y aunque los ganó la viuda hasta con costas, como los que figuraban de acreedores eran unos tahures desauados de bienes, ella lo perdió todo; y como lo poco que le quedó no lo supo manejar por su suma tontera é ignorancia, á poco tiempo se vió reducida para todos sus gastos á solo los réditos de los capitales de sus hijos, quienes ya crecidos, por el ejemplo pésimo que habiau mamado, se prostituyeron, trataron á la madre con desprecio y tan mal, que se separó con sus desgraciados segundos hijos, se redujo al extremo de mendigar con estos el pan por las calles, y acabó su vida en la mas espantosa miseria."

He contado la historia de la viuda; y como de estas escenas que el mundo nos presenta á cada paso debemos sacar fruto, te encargo Pudenciana, que no olvidando á la viuda y huyendo de su suerte, aproveches esa prudente franqueza de mi hijo Modesto, que quiere siempre estés impuesta de todos los negocios de tu casa, para que si le sobrevives, no tengas la infeliz necesidad de ponerte en manos de un perverso que te arruine, sino que puedas menear sola, y hacer la felicidad de tus hijos.

CAPITULO XX.

*Violento y desastrado casamiento de Pomposa: ruina de su casa: prision de su marido: desengaño de quién era este, y prostitucion de madre é hija. Muerte del coronel.*

Como D. Rodrigo instaba con urgencia á Eufrosina y Pomposita para que dieran su opinion sobre el modo de asegurar los bienes de la segunda, y como la primera ya tenia pedida y gastada la mayor parte de su haber, volvieron á determinar que se casara Pomposita con el primero que se presentara aunque no fuera título; pero como esto lo contaban á todo el mundo, porque no conocian lo que es prudencia ni discrecion, sus muy dignos contertulios apoyaron tan juicioso pensamiento, y se convinieron entre sí y con reserva, en buscar un hombre de tales tamaños que no se parara en pintas, y que tuviera para divertirse y gastar con toda la franqueza que ellos apetecian para devorar aquel capital, y no tardaron mucho en lograr todo lo que deseaban.

A pocos dias llegó á casa de Eufrosina el consabido oficial del manojito, diciendo á esta y á su hija que en la persona que le acompañaba, tenia el honor de presentarles al señor D. Raimundo Dedorro, marqués de Peña-Hermosa, que acababa de llegar de España con comision reservada del rey, y que



bre de bien, y se entablan los pleitos con todos aquellos supuestos acreedores que eran otros tantos zánganos coludidos con el zángano principal para sacar aquel dinero á la viuda y arruinarla. Los pleitos siguieron con orden; y aunque los ganó la viuda hasta con costas, como los que figuraban de acreedores eran unos tahures desauados de bienes, ella lo perdió todo; y como lo poco que le quedó no lo supo manejar por su suma tontera é ignorancia, á poco tiempo se vió reducida para todos sus gastos á solo los réditos de los capitales de sus hijos, quienes ya crecidos, por el ejemplo pésimo que habiau mamado, se prostituyeron, trataron á la madre con desprecio y tan mal, que se separó con sus desgraciados segundos hijos, se redujo al extremo de mendigar con estos el pan por las calles, y acabó su vida en la mas espantosa miseria."

He contado la historia de la viuda; y como de estas escenas que el mundo nos presenta á cada paso debemos sacar fruto, te encargo Pudenciana, que no olvidando á la viuda y huyendo de su suerte, aproveches esa prudente franqueza de mi hijo Modesto, que quiere siempre estés impuesta de todos los negocios de tu casa, para que si le sobrevives, no tengas la infeliz necesidad de ponerte en manos de un perverso que te arruine, sino que puedas menear sola, y hacer la felicidad de tus hijos.

CAPITULO XX.

*Violento y desastrado casamiento de Pomposa: ruina de su casa: prision de su marido: desengaño de quién era este, y prostitucion de madre é hija. Muerte del coronel.*

Como D. Rodrigo instaba con urgencia á Eufrosina y Pomposita para que dieran su opinion sobre el modo de asegurar los bienes de la segunda, y como la primera ya tenia pedida y gastada la mayor parte de su haber, volvieron á determinar que se casara Pomposita con el primero que se presentara aunque no fuera título; pero como esto lo contaban á todo el mundo, porque no conocian lo que es prudencia ni discrecion, sus muy dignos contertulios apoyaron tan juicioso pensamiento, y se convinieron entre sí y con reserva, en buscar un hombre de tales tamaños que no se parara en pintas, y que tuviera para divertirse y gastar con toda la franqueza que ellos apetecian para devorar aquel capital, y no tardaron mucho en lograr todo lo que deseaban.

A pocos dias llegó á casa de Eufrosina el consabido oficial del manojito, diciendo á esta y á su hija que en la persona que le acompañaba, tenia el honor de presentarles al señor D. Raimundo Dedorro, marqués de Peña-Hermosa, que acababa de llegar de España con comision reservada del rey, y que

sabedor del raro mérito de Pomposita y su inimitable habilidad en el piano, canto, etc., había tenido empeño en venir á ponerse á sus órdenes. Aquí fué lo de todos los ofrecimientos de etiqueta: á poco se despidió el señor marqués, porque segun dijo tenia precision de estar en aquella hora con S. E. el virey, haciendo en medio de la sala setenta mil piruetas, y dirigiendo á nuestra Quijotita una mirada centellante, que ella correspondió con otra muy dulce y expresiva.

Tan pronto como quedaron solas, Eufrosina dijo á Pomposa, que el señor marqués era muy apreciable, pues sobre ser título, tenia las buenas circunstancias de ser español, de buena edad, pues que no pasaria de treinta años, de recomendable figura, y de muy finos modales: y contestando la hija muy conforme en todo, Eufrosina prosiguió diciendo que un hombre como aquel era lo que deseaba para yerno, á que respondió Pomposita, "¿qué sabemos, mamá, lo que Dios dispone? El ha venido por casualidad á buen tiempo, él puede que no sea casado, él me ha mirado con interés, y yo luego le he tomado afición."

Al dia siguiente á las doce, ya estaba de visita el señor marqués, que fué muy bien recibido, y como la madre por... prudencia y sus ocupaciones dejó á la hija sola con su señoría, ambos tuvieron las conversacion siguiente.—Señor marqués, ¿qué le parece á

usted el reino de México y su capital?—Señorita, lo poco que he visto es muy bueno.—¿Vino usted solo ó con su familia?—Solo, porque no tengo mas familia que mi mamá muy al borde del sepulcro, y un hermano que quedó encargado de los negocios de casa.—¿Conque usted es soltero?—Se deja entender.—¿El marquesado de usted en qué provincia está vinculado?—Parte de las haciendas están en Extremadura, otras en Andalucía, y porcion de casas en la misma corte de Madrid, de las que tengo una muy hermosa de mi ordinaria habitación á una cuadra distante del real palacio, y otra de campo, en el gran paseo que llaman el Prado.—Y usted habrá dejado por allá pendientes sus amorcillos.—No señorita, no he sabido lo que es amor hasta esta ciudad.—¿Ola y de cuando acá está usted enamorado?—De ayer acá.—¿Y de quién, señor marqués? ¿qué muger feliz ha podido mover tan pronto ese corazon que nunca ha amado?—Señorita..... Usted sí, usted es la que ha avasallado mi pecho, inspirándome una pasion tan violenta que no podré ya vivir si usted no me hace dichoso.—Pero, señor, usted tendrá que irse á España.—Y tan pronto como dentro de un mes—Pues entonces, ¿cómo.....?—Muy bien, vida mia: todo es que usted se resuelva á irse conmigo y en compañía de su mamá, á quien nunca dejaría yo, á la corte donde en medio de la abundan-

cia, disfrutarán ambas las satisfacciones y placeres que no ofrece México.—Tenga usted la bondad de permitir llame á mi mamá.—Con mucho gusto, señorita, y usted no me suplique sino mándeme con imperio.

Salió Pomposita y volvió luego con su madre que haciéndose repetir el coloquio, manifestó indecible contento, y entrando á tratar el casamiento quedó acordado en el acto mismo en estos términos. Que como el señor marqués por sus empleos en la corte, necesitaba licencia del rey, para no sufrir esa demora, y no esponerse, se casarían con dispensa de vanas lo mas reservado posible, y ocultando su titulo para que no llamase la atención; y que como su comision terminaba pronto, y segun las órdenes de S. M. debia regresar luego á la Corte, realizarian pronto lo que perteneciese á Pomposita, y se marcharian antes de un mes para España. Todo quedó aprobado por aquellas locas y tontas, que tambien convinieron en no decir nada á mi tutor porque no viera al virey y embarazara el casamiento á pretesto de la falta de la real licencia, para no dejar, como ellas decian, el manejo de la testamentaria.

Tan pronto como quedó esto acordado, salió nuestro D. Raimundo, despues de mil requiebros y abrazos prodigados á madre é hija, inmediatamente con testigos falsos bien combinados, que nunca faltan

para esos casos, practicó todas las diligencias, y á los seis dias de haberse conocido estaban casados la Quijotita y su marqués.

En el mismo dia, Eufrosina mandó llamar al coronel, y previo un recibimiento seco y de proteccion, le dijo que su hija estaba casada con aquel caballero que le presentaba, y que por lo mismo procediese á entregarle los bienes. D. Rodrigo sin alterarse contestó que el caballero se presentase al juez de la testamentaria con certificacion del casamiento, y pidiendo la entrega de los bienes, que tan pronto como se le mandase haria efectiva. En el acto se hizo el escrito, se presentó, se proveyó, y en los dos dias siguientes quedó hecha la entrega de todo, y mi tutor suficientemente documentado de quedar ya libre de toda responsabilidad por la pureza de sus manejos y exactitud y claridad de sus cuentas, que no merecieron ningun reparo.

En el momento se buscó traspasador para el cajon y casa, diciendo el marqués que para quince dias que estarían ya en México, en cualquiera posada estaban bien, á lo que nada repugnaron aquellas bestias, que solo pensaban en irse á España, y tener la dicha de conocer y besar la mano al Rey, ser damas de la reina, y otra multitud de sandeces con que estaban aturridas. Se traspasó cajon y casa; el señor marqués dijo que iba á reducir el dinero á letras paga-

deras en la Corte, con cuyo pretesto lo introdujo á una casucha que habia tomado dizque provisionalmente entre tanto se marchaban.

Toda esta bulla debia llamar la atencion, y fijarla muy particularmente en D. Raimundo, hasta que el comandante de la Ronda de capa que tenia orden del virey para prender á un gachupin que habian encargado de Madrid, y cuya filiacion tenia hacia mas de año, dió en conocer á nuestro señor marqués, v advirtiéndole en él todas las señas, á los veinte dias del casamiento, en la noche, despues de las doce, á cuya hora llegaba él diciendo que venia de dejar al virey, me lo atraparon al tocar su casa y lo llevaron á la real cárcel de corte, dando parte inmediatamente al virey, que haciéndolo comparecer á su presencia al siguiente dia, despues de llamar y examinar á Eufrosina y Pomposita, se descubrió que el señor D. Raimundo Dedorvora, marqués de Peña Hermosa, era un impostor muy pícaro: que era un famoso fullero y contrabandista en Cádiz, de cuya cárcel se habia fugado por que estaba próximo á ser decapitado por muchos delitos y entre ellos por tres homicidios y dos robos, en que habia sido cómplice su muger legitima que estaba presa: que su verdadero nombre era Timoteo Pantoja, y que el dinero del traspaso del cajon y casa de Pomposa lo habian perdido en el juego entre él y otros amigos suyos á quienes se buscó y no pudieron pare-

cer, y solo si el oficial del manojito que lo llevó á la casa, quien se llamó á engañado, y el reo para salvarlo, así lo confesó. Se formó un proceso sobre los nuevos delitos de Pantoja, y se mandó á Cádiz, donde despues fué ajusticiado lo mismo que su muger. *De estos señores gachupines* nos vienen en docenas: unos se descubren y pagan, y otros pasan por fatiga y hacen entre nosotros grandes papeles.

Se deja conocer cómo quedarían Eufrosina y la infeliz Pomposita con tal pesadumbre, y tan avergonzadas, que se hicieron el ánimo de no volver á ver para nada al coronel, ni á nadie de su familia; y como el tal señor marqués las dejó tan sin blanca como sin recursos, la tonta y bribona madre, fácilmente se sometió á vivir á espensas del honor y conciencia de su hija, que despojada y sin esperanza alguna de casarse, por lo público que habia sido el escaso, se constituyó en una ramera que al principio vendia con alguna ventaja sus delincuentes favores, pero despues con la edad que aumentaba, y la enfermedad consiguiente á este ejercicio, se fué poniendo en un estado tan despreciable, que tuvo por necesario concurrir á los lupanares, descendiendo á proporcion hasta que fué á los mas miserables y asquerosos, dando de pilon, lo mismo que Eufrosina, en embriagarse, y en toda clase de prostitucion, en cuyo estado ya se nos ocultaron absolutamente, y ni mi tu-

tor ni nadie de su familia; ni yo, hicimos ya mas que encomendarlas a Dios.

El coronel desde las incomodidades que tuvo con Eufrosina y su hija Pomposa, comenzó á enfermarse del estómago, que no lo dejaba tranquilo arriba de uno ó dos dias para volver á molestarlo: él último suceso desgraciadísimo de aquellas mugeres y su posterior conducta, que llegó á saber y sintió muchísimo, lo fué poniendo peor, á pesar de que ya no volvió á mentar ni sus nombres, y todos teníamos cuidado de no recordarle nada. Así pasó dos años, aceptando por instancias y ruegos de su familia algunas medicinas, pues decía que su verdadera é invencible enfermedad eran los sesenta años que llevaba á cuestas.

Apenas entró el mes de marzo de 1821, cuando el cambio de estacion hizo en D. Rodrigo la mayor impresion, y aunque él por no afligir á su amable familia sacaba fuerzas de flaqueza, la naturaleza no le ayudó mas, y el dia dos ya no se pudo levantar: en el estómago nada le paraba, el pecho y las flemas le fatigaban demasiado. Cada uno de la familia propuso un médico: de todos se escogieron los tres mejores, y entre estos señaló mi tutor el que le inclinó mas, pues como en toda su vida no habia padecido enfermedad de cama, sino cosas ligeras que con remedios caseros se quitaban, nunca habia tenido ne-

cesidad de médico que se encargara de su naturaleza.

Toda la familia entró en el mayor cuidado y afliccion y mucho mas el dia seis, que estando todos rodeados de su cama, dijo que convencido de que el hombre no debe esperar á los últimos momentos de su vida para disponer de sus cosas, tenia hecho ya su testamento que estaba en la gaveta de su mesa: que en él declaraba, como era justo, que cuando casó no tenia mas que el rancho en precio muy bajo, que todo el aumento que tenia por la mejora de la casa, por la reunion de tierras que habia comprado, y agna que le habia metido, era todo gananciales durante su matrimonio, lo mismo que cantidad de onzas que tenia en unos secretos del estante de sus libros: que la mitad de todos los gananciales eran de Doña Matilde: que del quinto, separados los derechos del entierro y mandas forzosas, se hiciese una particion entre sus criados y sirvientes del rancho, á proporcion de sus familias y necesidades, muy particularmente á su honradísimo viejo y antiguo mayordomo Pascual, en justa remuneracion de su fidelidad y buenos servicios: que ya dejaba ordenado, y nuevamente encargaba á sus albaceas, que lo eran mancomunados Doña Matilde y D. Modesto, que su entierro fuera en el camposanto de Santa María sin pompa ninguna, y sobre lo que les estrechaba la

conciencia, siendo su universal heredera Pudenciana: que no dejaba mandado se dijese misas, porque sabiendo lo que aprovechan en vida, siempre habia procurado buscar eclesiásticos pobres que las dijeren por su intencion y la de su familia: y que á la piedad y amor de esta, dejaba los sufragios que quisieran hacer por su alma.

Esta manifestacion nos hizo á todos derramar abundantes lágrimas, y cada uno sin articular palabra se llegó á abrazarlo. Todos nos distribuimos las horas del día y de la noche para asistirlo, y como hasta los chiquitos de Pudenciana rogaron con lágrimas les diesen parte en el cuidado de su amado papá grande, como siempre le decian, se les señaló una hora por la mañana y otra en la tarde, las que desempeñaban con tal amor, empeño y caridad, que á todos nos enternecian, y aun al enfermo, que rasados de agua sus ojos los acariciaba, besaba, y llenaba de bendiciones. La distribucion de horas fué inútil, porque aunque el que estaba de turno se estaba allí, todos iban con frecuencia á ver qué se le ofrecia y estarse largo tiempo, y particularmente las muy ejemplares Matilde y Pudenciana que á porfía se esmeraban en cumplir con su deber, y que no siendo bastantes nuestras persuasiones para que fueran á acostarse, no se conseguia hasta que el coronel se los mandaba, y entonces salian á la pieza in-

mediata, y se recostaban á dormir en un colchon que tenian allí con el objeto de no alejarse de su querido enfermo.

Era un asombro ver llegar á visitar al enfermo y su familia, multitud, de personas distinguidas por su religiosidad, singularizándose el coronel D. J. Y. O. que entonces era alcalde 1.<sup>o</sup> quien á pesar de sus ocupaciones iba con frecuencia, y todos ofrecian sus servicios. De varios conventos y casas particulares le llevaron porcion de santos que mandó se le pusieran en una mesa frente de su cama; pero mas le llevaron el día doce, y como tambien le mandó á S. Vicente Ferrer una parienta que tenia religiosa en la Concepcion, cuando metí la imágen, como me quedé allí un rato, me dijo como sonriéndose: "Querido Joaquin, esto está malo." Yo sobresaltado le pregunté ¿por qué? y él con mucha calma me respondió: "Porque ya sabes, hijo mio, que el día de todos Santos es víspera de Muertos." Ese día por disposicion del facultativo se sacramentó con la mayor devocion.

Al siguiente que era en el que cabalmente cumplia los setenta años de edad, amaneció muy entero, y en la mañana nos hizo concebir las mejores esperanzas; pero dadas las doce, se fué poniendo mas malo, de manera que entramos en el mayor cuidado, y tanto, que D. Modesto mandó cerrar el cajon y que

se fueran á casa los cajeros. Todos acudimos, y mientras venia el médico que ya se habia mandado llamar, preveniamos para aliviarlo los remedios que allí estaban de la receta de la mañana; pero nuestro enfermo decia: "ningunos remedios hay contra la senectud, queridas prendas de mi alma: cuando la naturaleza aniquilada apuró todas sus fuerzas, el arte viene á ser inútil: ella lo puede todo sin él, y él, nada puede sin ella. El hielo de la vejez ocupa ya muchas partes de mi débil cuerpo, y es fuerza que se comunigue hasta el corazon dentro de poco." Bien conoció esta verdad D. Modesto, y por lo mismo envió á llamar al Dr. R. que era íntimo de la casa, para que viniese como vino al momento, á tributar á su amigo el postrer obsequio. La amable esposa Matilde y la tierna hija Pudenciana mezclaban sus lágrimas suministrando al enfermo cuantos remedios pedia su deplorable estado, con tanta solicitud y desvelo, que el moribundo viejo exclamó: "¡Oh, y qué contento muero al verme rodeado de tantos verdaderos amigos, en los brazos de la mejor y mas ejemplar de las esposas, y de los mas amantes hijos. A todos los bendigo de corazon en nombre de Dios, y me voy con el consuelo de que por la virtud de mis hijos, no hago falta á mi adorada Matilde. ¡Eh! á Dios, amados míos, resignaos siempre en la voluntad de la Providencia Divina, y esperad la muerte

con tranquilidad, que ella os unirá á mí en la gloria que espero de la Divina misericordia." Asi hablaba el virtuoso anciano en el momento de pasar á la eternidad. Hasta su postrer instante habló á todos los que rodeaban su lecho con la mayor presencia de ánimo; y aunque su voz iba debilitándose por grados, no le faltó enteramente hasta el último suspiro, que exhaló en punto de las tres de la tarde, dia martes.

Entonces se manifestó en un grito horrible el dolor agudo que el silencio habia sofocado en el fondo de los corazones. Todos llorábamos con profusion negándonos á todo consuelo. Pero cuando D. Modesto y yo algo desahogamos, por su orden se dispuso el entierro, segun lo dejó prevenido el difunto, y se hizo el dia siguiente sin faltar á su voluntad; mas para pagar el debido tributo al amor y á la virtud se levantó sobre el sepulcro una tumba, sobre la cual en una losa se grabó el siguiente

EPITAFIO.

En la inerte ceniza que reserva  
El brève hueco de esta losa helada,  
De un volcan de piedad acrisolada  
El pábulo dichoso se conserva.

Aunque su llama por la furia acerba  
De la Parca, parece sofocada,

Allá en el firmamento colocada,  
 Está burlando su intencion proterva.  
 Muevan, espectador, tu triste llanto,  
 Un sol de caridad enardecida,  
 Un héroe de virtud acreditada:  
 Un varon justo, religioso y santo,  
 Un modelo ejemplar de buena vida,  
 Un todo de piedad que ya hoy es nada.

### CAPITULO XXI Y ULTIMO.

*Duelo de la familia del coronel, y gran trato de su viuda.  
 Noticia de Pomposita y su muerte.*

Como mi tutor fué tan bueno, al tanto lo sintieron todos, particularmente y con justicia su familia. Esta lo horó largo tiempo, haciendo en sufragio de su alma y por su memoria, muchas obras de caridad cristiana. D. Modesto, Pudenciana y sus hijos redoblaron su amor y cuidado hácia Doña Matilde, y recibia esta tantas demostraciones de todos, que decia á sus amigas: "Ya no tengo fuerzas para soportar y agradecer el cúmulo de bienes que hacen llorar sobre mí mis hijos. ¡Ojalá estuviera en su poder resucitarme á mi amadísimo esposo!" D. Modesto trató de llenar su deber de albacea, solo por cumplir y nunca por pensar en la division; pero Doña

Matilde no quiso que hiciera inventario de los bienes, sino que todo lo dejó en manos de sus hijos, diciéndoles que eran dueños de todo: estos la cuidaban y contemplaban al pensamiento, sin dejarle desear nada ni un momento, y haciendo que todo el mundo la tratara y respetara como la madre y cabeza de toda la familia.

De este modo habia vivido largos cuatro años aquella virtuosa familia, llena de felicidad, solo suspirando por D. Rodrigo y deseando saber de Eufrosina y Pomposita, de quienes no habia la mas ligera noticia: cuando una mañana que estaban almorzando, el criado avisó que afuera estaba una muger que decia llevaba un recado importante; y diciéndole que entrase, vieron una vieja, cuyo semblante, y andrajoso y sucio vestido representaban la misma miseria, la que sin detenerse dijo: "Señoritas, les vengo avisar, allán casa asiocho dias que esta muy mala, y yo como probe no tengo para los remedios, no mas tantito atole le doy á ña Tontosita." No acabaron de oír este disparate, sin conocer que se trataba de Pomposa y concibiendo el estado infeliz en que estaria, en el momento se dejó lo que faltaba del almuerzo, y parándose D. Modesto como distraido, gritó: "Que saquen el coche, y vamos por mi hermana Pomposita." Las señoras preguntaron á la muger si estaba tambien con ella la madre de la enferma,



y ella contestó: "Conque croque dicen que ya se murió." Salió el coche, montamos D. Modesto, las dos señoras y yo, pues aunque se hizo instancia á la muger para que subiera, no se pudo conseguir, y se fué á pié guiando al cochero, porque no sabía dar las señas de su casa, y nos condujo á una accesoria del callejon de la Chiquihuitera, en donde sin mas ajuar que el *decullí* y tres *tepalcates*, encontramos á la desventurada Pomposita, en una cama que formaban dos petates de tule rotos, en el suelo, cubierta con asquerosísimos andrajos, y hecha un esqueleto, de manera que no la habríamos conocido, si ella no hubiera rompido en un fuerte llanto luego que nos vió, llamando con voz dolorida y penetrante á todos y cada uno, pidiendo por amor de Dios que olvidásemos su conducta y le tuviésemos compasion. Doña Matilde y Pudenciana sin asco á su deplorable estado, ni temer á la enfermedad, se arrojaron á aquel miserable lecho, y llenándola de abrazos, le manifestaron que nunca podían olvidar lo que les pertenecía, y que procurarían tratarla segun su deber, y que de su conducta no se acordase mas que para arrepentirse de ella, y pedirle á Dios perdon.

Mirando que, á lo que parecia, no estaba en disposicion de que se pudiera mover, se mandó al cochero fuera violentamente por el Dr. G.... y como entretanto, deseosos de saber de Eufrosina, pr. guntá-

ron por ella á la enferma, dando esta un profundo suspiro y como ahogándose en su pecho un acerbo dolor, exclamó: "¡Ay, mi madre infeliz, causa primaria de nuestros males, ya no existe! ¡Ella ha dado cuenta de sus días y de los míos, en el tremendo tribunal de la Divina Justicia! murió hace dos meses en el hospital de San Andrés.... Todos estábamos anegados en llanto, y cuando algo nos serenamos, Pomposa prosiguió: "Aunque ustedes no pueden apreciar la historia de nuestros últimos días, y sin embargo de que ella no es honrosa ni agradable, para que sirva de ejemplo y escarmiento á los padres de familia sin prudencia ni juicio, y á los jóvenes que con tiempo no aprovechan lo poco que se les enseña y las lecciones que da el mundo, pido á Dios me de aliento para poderla relatar aunque en breve, y á ustedes sufrimiento para escuchar procederes lamentables y vergonzosos. Ya saben hasta el casamiento que mi inconsiderada ligereza y vil interés de mi madre me hicieron celebrar con el perverso que hizo toda mi ruina. Pasado esto, como nos encontramos sin recurso, abandonadas de los buenos amigos, notoria y enormemente infamadas, ya no dimos ningun lugar á la reflexion, y desechadas, yo me prostituí con el apoyo de mi madre: y si los primeros días pudimos vivir por medio tan infame y criminal, bien pronto fué menos

útil, porque yo desmerecía diariamente, y atacadas de hambre, nos relacionamos con públicas rameras con quienes concurri á toda clase de lupanares, des- cendiendo á proporcion hasta á los mas miserables. En uno de estos me comuniqué y trabé ilícita amista- dad con un soldado de Guanajuato, que desertó á poco tiempo con la mira de que nos fuéramos á su tierra, según él decía; pero antes de esto combinado con un M. R. y otros tan malvados como él, hicieron un robo de consideracion, que mi madre y yo ocul- tábamos en la parte que tocaba al desertor; y como no tardara en descubrirse, nos prendieron y llevaron á la cárcel de corte, donde negamos nuestros nom- bres poniéndonos otros. Mi madre sobre su edad y anteriores padecimientos ya no pudo sufrir, como yo, en la prision las hambres, miserias, hediondez, y demas plagas de la cárcel: ya no pudo resistir, y ca- yendo á los seis meses muy mala en una cama de fiebre, tuve el dolor de verla salir para el hospital, y saber despues que habia muerto. Yo continué en la prision, donde me fui enfermando mas de lo que estaba, hasta que habrá quince dias que me manda- ron poner en libertad, dándome por compurgada de la complicidad en el robo. Yo salí sin saber adon- de iba, echando menos la compañía de mi madre, cuya falta me hizo conocer mas lo horrible de mi situacion, y sin discurrir el modo de remediarla, por

no tener ni á quien volver mis ojos, pues que la ver- güenza no me dejaba buscar á ustedes ni queria vol- ver á la prostitucion, andando maquinalmente, al pasar por esta casa ví en la puerta á su dueña, é ins- pirándome alguna confianza su esterior, le rogué me diera posada que con generosidad me franqueó al momento. Como por esta franqueza y caridad conque en medio de su pobreza me socorria con al- gun alimento se hiciera acreedora á mi confianza, le conté algo de mi vida, la muerte de mi madre y la familia á que pertenecia; pero rogándole que guar- dase secreto, pues que me moriria de vergüenza á la vista de ustedes. Mas ella que me ha visto mas en- ferma cada dia á resulta de mi conducta y padeci- mientos, habrá solicitado á ustedes y avisádoles por caridad. Dios sabe cómo y por qué ordena todos los acontecimientos del mundo. A mi no me toca mas que pedir á su Magestad me perdone mis innumera- bles culpas, y á ustedes los disgustos y pesares que les he dado.... ¡Oh muerte! ¡Qué terrible es tu as- pecto para quien acibaró su vida con las vanidades é indigestos placeres del mundo, y que jamas le- vantó sinceramente el corazon á su Criador! ¡Oh si mis dias....!"

Desvaneciósse á estas palabras. Cayó privada, y que- dó inmóvil por algunos instantes y sin sentido alguno. Volvió á poco pero la calentura se le habia agravao

notablemente y comenzaba á delirar, á tiempo que llegó el médico, y reconociéndola dijo que era traerle la muerte mas violenta, el sacarla de allí como quería su familia: que sobre un gálico irremediable, como lo decian bien claro las úlceras de boca y nariz, y las llagas de las piernas, tenia una fiebre voraz de que no podía escapar: que era necesario se asistiese allí, y que luego que se serenara un poco, se dispusiera y sacramentara. Recetó, y por disposición de la familia repitió durante la tarde y la noche otras cuatro visitas.

Tan luego como D. Modesto y Padenciana se enteraron del estado de gravedad de la enferma, montaron en el coche, quedándonos allí para lo que se ofreciera, Doña Matilde y yo: fueron á casa, y á poco volvieron trayendo en el mismo coche, colchon, ropa de cama, y camisas para la enferma, y los trastes necesarios para su asistencia y servicio, y á poco rato llegó el mozo con cargadores que traian mesa, sillas, bancos de cama, y lo que se creyó preciso. Todo el día y la noche lo pasamos allí, menos Doña Matilde que por instancia de sus hijos que querian libreria de un contagio, á pretesto de que les hiciera favor de ir á cuidar de la casa y los niños, la hicieron irse en la noche, y volvió al día siguiente temprano. La enferma amaneció mejor, y aprovechando el tiempo se dispuso lo mejor posible y se sacramentó y oleó; pe-

ro apenas acababa de recibir los auxilios espirituales, cuando se fué empeorando, y á las ocho de la noche, en medio de los mas vehementes dolores y agitación, auxiliada por los padres Camilos que se habian llamado, entregó su alma al Criador, dejando un patético y sensible ejemplo y escarmiento á las mugeres sin juicio que siguen las mismas ideas y conducta de la infeliz Pomposa.

Esa noche, dejando allí dos personas de confianza fuimos todos á dormir á casa, y al día siguiente se dispuso el entierro como de una persona de la familia al que asistió un capitán que nunca se pudo saber quién era, pues solo concurrió, y se fué sin despedida, y muy triste. Se mandaron decir por su alma porcion de misas, y se sepultó en el panteon de S. Pablo, y en su sepulcro se puso el siguiente

#### EPITAFIO.

Detente y mira, viagero  
Esta ceniza asquerosa  
Que formaba de Pomposa  
El atractivo hechicero.  
Por él, abrió ella el sendero  
Que la llevó al precipicio,  
Desplomando un edificio  
Que mas hubiera durado,  
A no ser presipitado  
Por la falta de buen juicio.

D. Modesto, de acuerdo con madre y esposa, para compensar su caridad á la pobre vieja que habia recogido y socorrido á Pomposa, le regaló la cama y cuanto habia llevado para su asistencia, le dieron alguna ropa y le señalaron un socorro de doce pesos cada mes. Así obraba esta ejemplar familia, que con los muy buenos principios que tuvo y supo aprovechar y sus naturales generosos sentimientos, hizo su felicidad, así como la de todas las personas que la rodeaban.

A pocos días de la muerte de Pomposa, me encontré casualmente con dos colegiales que le pusieron el sobrenombre de Quilolita, que eran cabalmente Sanson Carrasco que ya era eclesiástico y cura de T... y el Zorro que estaba recibido de abogado, é impuestos del fin triste de Pomposa, y de lo que lo habia ocasionado, con aquel su humor alegre y bufon que no habian perdido, le compusieron un epitafio que decia así:

Quijota, ¿de qué sirvieron  
Tus monadas y embelesos,  
Si al fin reducida á huesos  
Todas tus gracias se vieron?  
¡En polvo se convirtieron  
Tus formas tan esquisitas!  
Desengaño, mugercitas,  
Pensad con mas madurez,

tu lado, haz de modo que no encuentre en otras partes tantas gracias, modestia, dulzura y terneza como en tu casa.

Jóven casada: si deseas vivir en paz, evita el querer tener siempre razon con tu marido.

Sea la esposa, la hermana de su marido enfermo

Esposa ofendida: no seas vengativa. El perdón de una injuria embellece á la misma Vénus.

Yo que habia visto en la familia de Pomposa tan sensibles desengaños de lo que es el mundo, no queriendo experimentar lo mas, me di por muerto.

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cc  
ed  
ou  
al  
so  
qu  
apr  
hiz  
qu  
tré  
el  
Sa  
T.  
imp  
hab  
fon  
fio



## INDICE.

DE

### LO CONTENIDO EN ESTE SEGUNDO TOMO

Cap. I. Discurre el coronel sobre el estado religioso, y comienza á instruir á su hija acerca del matrimonio.....	3
Cap. II. En el que se refiere la conferencia de Pomposita con una amiga suya, y solemne modo con que los colegiales le pusieron por nombre Quijotita..	30
Cap. III. En el que se cuenta una conversacion que tuvo el coronel con su sobrina Pomposa y la gran cólera que hizo esta cuando supo que le habian puesto Quijotita.....	33
Cap. IV. Tan pequeño como interesante á los que lo leyeren.....	47
Cap. V. En el que se trata de la historia de Irene..	52
Cap. VI. En el que continúa la historia de Irene..	74
Cap. VII. En que se da razon de las famosas esequias con que honraron la muerte de Pamela, Doña Eufrosina y la niña Quijotita.....	94
Cap. VIII. En el que continúa el coronel instruyendo á su hija acerca del matrimonio.....	121
Cap. IX. En el que sigue la disputa que el coronel tuvo con la beata.....	150
Cap. X. En el que se refiere la conversacion de las dos niñas, y se descubren los formidables espectros	

	que asustaron á la tímida Quijotita.....	166
Cap. XI.	En el que se refiere la peligrosa aventura en que se vió nuestra Quijotita por su ferozosa é imprudente virtud.....	192
Cap. XII.	En el que se sigue tratando de la santidad de Pomposa, y su heroica resolución de ser ermitaña.....	211
Cap. XIII.	Hallazgo de la ermitaña Quijotita, y peregrino desenlace de su santidad y la de su madre.	227
Cap. XIV.	Juiciosa conducta del novio que se presentó á Pudenciana, y cordura con que esta y sus padres se manejaron hasta verificarse el casamiento	233
Cap. XV.	En el que continúa la juiciosa conducta de Pudenciana, y los despilfarros de Pomposita...	245
Cap. XVI.	En el que se da razon de una estraña aventura que le sucedió á Pomposita.....	264
Cap. XVII.	Continúa la desarreglada conducta de Eufrosina y la Quijotita: desatinada inversion que le dieron al último dinero que esperaban tener, y acabó en una noche en el juego. Discurso del coronel contra este vicio detestable.....	276
Cap. XVIII.	Noticia de donde estaba D. Dionisio, su nueva fortuna, su llegada á México, y conducta que entabló. Por su muger é hija cae en una cama, y muere. Ingratísimo modo de obrar de Eufrosina en este lance.....	288
Cap. XIX.	El coronel cumple pronta y fielmente su	

	encargo de albacea. Eufrosina y la Quejotita continúan sus desbaratos, Pudenciana y su marido, constantes en su buena conducta, progresan. El coronel cuenta la historia de una viuda.....	304
Cap. XX.	Violento y desastrado casamiento de Pomposa: ruina de su casa: prision de su marido: engaño de quien era este, y prostitucion de madre é hija. Muerte del coronel.....	315
Cap. XXI.	y último. Duelo de la familia del coronel, y gran trato de su vida. Noticia de Pomposita y su muerte.....	328

